



SARIMA VAMP

JULIO GARCÍA ROBLES

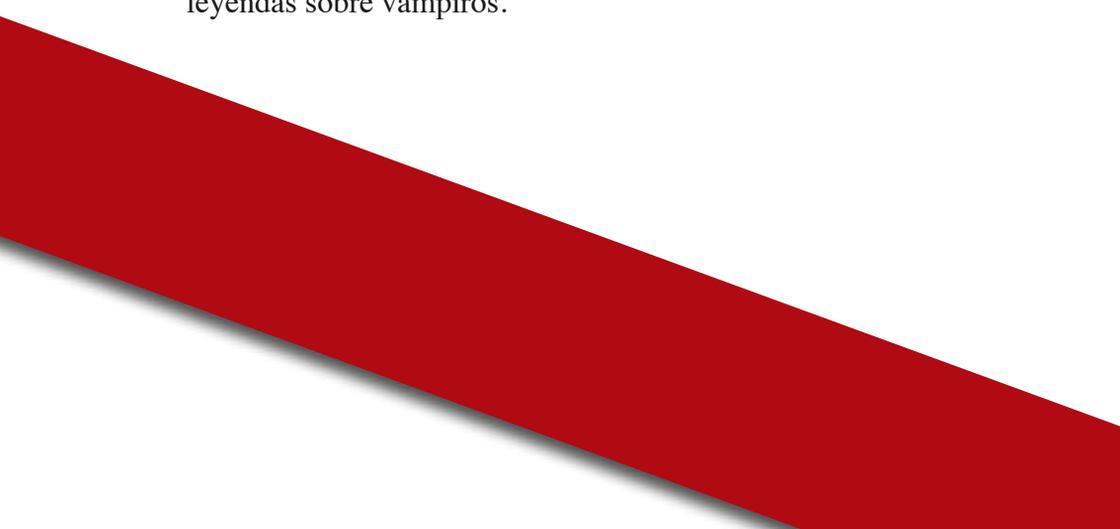
SARIMA VAMP

JULIO GARCÍA ROBLES



EDICIÓN ESPECIAL REVISADA POR EL AUTOR
VERSIÓN PDF E--BOOK

Una serie de fatídicos accidentes sacude el pacífico pueblo de Viñedos. Sin embargo, el juez Rieri sospecha que hay algo más. Mientras el FBI va cerrando el círculo sobre los posibles asesinos, una oleada de terroríficos crímenes asolará la población con la llegada de la viuda Merkel, una peculiar y hermosa baronesa húngara, desconcertando a los agentes especiales y desatando las leyendas sobre vampiros.



Capítulo I

LOS VIÑEDOS DE SONOMA

13 de agosto de 2010. Se alzaba un día hermoso, de cielo despejado. Las últimas sombras desaparecían de las estrechas calles de piedra; mientras el sol bañaba las encaladas casas, de coloridas macetas en sus balcones. La plaza Mayor se adornaba con una lustrosa fuente, sobre la que se alzaba el Sagrado Corazón de Jesús. El lugar acogía la alcaldía, la iglesia, el supermercado y el bar de Jacinto. Viñedos era un pequeño pueblo de humildes creyentes; habitado, en su mayoría, por hijos de la Madre Patria, los Alvarado; una estirpe de ancestros españoles antaño favorecida por la bondad de la tierra, el fruto del trabajo y el ímpetu conquistador de sus raíces hispanas; y que procedían de las hermosas lozanías andaluzas, tierras de olivos, parras y mochuelos. Habían levantado, con el paso de sucesivas generaciones, tres grandes haciendas vinícolas en el valle de Sonoma.

Pero los tiempos de riquezas y bondades parecían haber terminado. Sonoma era una de las regiones más importantes de California para la producción de vinos. Sin embargo, los descendientes de los Alvarado, no habían sabido adaptarse a las nuevas tecnologías ni a las ofertas de futuro del mercado internacional. En los últimos años, todo había ido a peor; los grandes patriarcas habían fallecido y, con ellos, la conciencia emprendedora. Sus hijos, a los que nunca les faltó de nada y nada hicieron por procurarse oficio, no estaban preparados para mantener una plantación vinícola. Faltaba interés, técnica y capital. Sus propios excesos y descuidos habían hecho reducir notoriamente las cosechas, la excelente calidad de sus vinos y sus ingresos. Terratenientes y cortijos, como llamaban a las haciendas, quedaron desfasados. En nada podían competir con las producciones de sus vecinos del valle de Napa. Sobrevivían a las deudas arrancando a la tierra su última simiente, vendiendo enseres y el poco ganado que les quedaba.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén. Podéis ir en paz —finalizó el padre Celestino, el sacerdote del pueblo.

—Señor, apiádate de nosotros, tus humildes siervos —murmuró Tracy Merkel, vestida de riguroso luto hasta los tobillos. Era una joven huérfana de largo y rubio cabello, cara angelical y mirada piadosa. Recatada, tras la oración del sacerdote se santiguó y se dispuso a salir de la casa de Dios rodeada por sus primos.

Como cada domingo, la misa acababa en Viñedos. Mientras algunos de los devotos feligreses rezaban sus últimas plegarias para que Él les diera una salida, Rivas Alvarado, el alcalde del pueblo, un hombre corpulento de largas patillas y poblado bigote, se reunía en la entrada con sus familiares y vecinos más allegados, prohombres de respeto.

—Las fincas se secan. Se necesitan canalizaciones, agua. No hay dinero para inversiones, las cosechas no rentan, todo son pérdidas —apuntó el alcalde con resignación.

—Tenemos que hacer algo y pronto —replicó Stanley Alvarado; un hombre de maneras finas y educadas, algo delgado y de sonrisa jocosa, dueño del supermercado del pueblo y hermano menor del alcalde Rivas.

—Nuestros vecinos del valle no sufren esta sequía. Tienen agua de sobra, pero se niegan a abastecernos —dijo el padre Celestino.

—Pretenden cobrar al contado —apuntó Stanley.

—Lo que quieren es nuestra ruina, para poder vender a buen precio sus mediocres vinos —afirmó el alcalde Rivas.

—Sí, quieren que malvendamos nuestras propiedades —aseguró Víctor Alvarado, el segundo de los hermanos del alcalde; un hombre apuesto, dueño de una inmobiliaria.

—No queda otra alternativa que vender. La oferta es mísera. Pero si nada cambia, más grande será la ruina. Mi querido amigo, veo que usted pasará a la historia de Sonoma por ser el alcalde que arruinó y perdió su pueblo —apuntó John, el barbero y concejal del Ayuntamiento de Viñedos; un hombre de edad considerable, delgado y con una lengua tan larga y afilada como su cuchilla.

Tendencioso, le bastó una mirada al alcalde Rivas para mostrar su desaprobación por aquellas palabras.

—Los bancos de San Francisco no nos darán más crédito ni más tiempo. Sus promotores pretenden construir una gran villa residencial. Quieren hacerse más ricos explotando nuestras tierras, dejándonos sin nada. ¡Malditos tiburones! —argumentó Thomas, el banquero; hombre elegante que había conocido el esplendor de Viñedos, fundador de una pequeña entidad bancaria a la sombra de los Alvarado y que ahora veía cómo todo el pueblo se derrumbaba.

—Nuestra única fuerza es la unión. De lo contrario, esos demonios se quedarán con nuestras tierras por apenas unos dólares. ¡En los infiernos arderán! —exclamó el padre Celestino con un acalorado gesto, fruto de la impotencia.

—El cura tiene razón: debemos mantenernos unidos. Las ofertas que recibimos solo prometen pan para hoy y hambre para mañana. Tenemos que buscar una salida y yo creo que todos sabemos cuál es. ¿Qué opinas, Logan? —preguntó el alcalde Rivas a su primo, dueño del Cortijo de Las Auroras.

Logan Alvarado era un joven hermoso, corpulento, ambicioso y tenaz. Se le conocía bien por su vestir elegante y la moral delicada que ejercía: siempre se hallaba rodeado de alegres mujeres y desesperados acreedores. Sentado en silencio, con la mano en el mentón, había permanecido atento a cada palabra.

—Ya conoces mi postura: hace años que podríamos haber salido de esta miseria —aseguró con rotundidad.

—Yo no sé cuál es tu postura. ¿Podrías explicarte? —le dijo John, el barbero, sin mirarle a la cara ni dedicarle una mala mueca.

—John, amigo mío, siempre tan gentil y educado —le recriminó Logan—. Hay una solución y creo que todos sabemos cuál es: aceptar que el doctor Frank Merkel ha muerto, que no regresará nunca.

El silencio se hizo entre los presentes. Las plegarias acabaron de pronto y los fieles devotos, que parecían ausentes a la conversación, se volvieron con asombro hacia Logan, consternados e iluminados por la esperanza que envolvían aquellas palabras.

—¡El abuelo Frank no ha muerto! —exclamó la joven Tracy, acercándose a ellos con cara indignada, con los ojos muy abiertos.

—¡Calla! No debes decir eso. Lo siento tanto como tú. Pero no puede haber otra verdad: el viejo falleció —le espetó Logan.

—Hace muchos años que el doctor Merkel desapareció. La mansión de su hacienda amenaza ruina como sus tierras; sin embargo, posee una riqueza incalculable —expuso Stanley, con un brillo desatado en sus pupilas, estirando su delgada figura.

—¿No dijo que se marchaba a Europa? ¿Y si vuelve? —preguntó John, el barbero.

—Fue en busca de antiguos tesoros medievales para su colección de museo y nada más se sabe de él. ¡Viejo loco! —exclamó Logan.

—Y si vuelve, quiera Dios, ¿qué puede ocurrir? Pues nada, se alegrará de que hayamos salvado nuestras tierras y el pueblo que levantó con sus hermanos, con su padre y su abuelo —apuntó Stanley, con seguridad.

—Sí. No podemos permitir que el legado de toda una familia, de todo un pueblo desaparezca —expuso el alcalde Rivas de manera convincente.

—Debemos darle oficialmente por muerto. El doctor Merkel siempre fue muy generoso: con su dinero edificó la iglesia, creó la escuela, dotó al pueblo de una consulta médica y construyó ese museo —apuntó el padre Celestino.

—¡El cura no tiene ni para cirios! —interrumpió Logan, de forma irónica—. Pero tiene razón: el viejo no permitiría que la casa de Dios se convirtiera en un burdel, que los viñedos fueran un decoro para turistas, que el pueblo se transformara en un barrio de ricos apóstatas y que los nietos de sus hermanos perdieran sus propiedades. Si ha fallecido, como creemos y el Señor lo tenga en su seno, no podrá descansar en paz viendo esta tragedia.

—¿Podemos hacer eso? ¿Darle oficialmente por fallecido? —preguntó John, el barbero, asombrado.

—Sí y creo que debemos hacerlo. No debería resultar complicado. Hace más de una década que no sabemos nada de él —aseguró Logan.

—Este verano cumplía 81 años. Es más lógico pensar que ha fallecido que creer que viva en algún lugar desconocido, buscando tesoros. Nosotros podríamos hacer un buen informe, el procurador puede ocuparse de los trámites y el juzgado decidirá en nuestro favor. Yo me ocuparé de ello en San Francisco —continuó el alcalde Rivas.

—Podemos alegar que, en todo este tiempo, no se ha realizado ni un solo movimiento en su cuenta bancaria. Si está vivo, se me hace difícil pensar de qué puede vivir un octogenario que no se halla ni en su país —expuso Thomas, el banquero.

—¿Podríamos demostrarlo? —le preguntó Logan—. Ese dato es importante.

—Sí, claro: su fortuna no se halla en nuestro banco, pero somos garantes de ella; y, aunque no podamos ejecutar, sí podemos comprobar los movimientos bancarios. Puedo hacer un informe, no hay nada que ocultar. No ha gastado ni un solo dólar en doce años.

—Debemos actuar. No podemos ser herederos de una fortuna y perder nuestras tierras de tal forma —animó Logan a los presentes.

—Sí, tenéis razón. Desaparecido por diez años, puede darse por muerto. Ninguna evidencia nos dice que se halle vivo. Todos le queríamos. Ahora hemos de aceptar la verdad y más en este caso que la salvación nos trae —expuso Stanley.

—En San Francisco se necesita algo más que diez años para estar muerto. Aunque todo es negociable. Además, los intereses de las constructoras son fuertes, muy fuertes —señaló Alberto Medina, secretario del Ayuntamiento y dueño del Cortijo de Los Laureles, un hombre campechano, de pocas pero decididas palabras.

—Es posible. Pero creo que podremos recabar el apoyo de algunas personas de leyes, gente importante, amigos míos, que seguro también desean que este pueblo no desaparezca. Mejor, seguimos esta reunión en el bar de Jacinto —sugirió el alcalde Rivas al percatarse de que ya eran demasiados los que escuchaban interesados.

Apenas había pasado una semana cuando el alcalde Rivas y Alberto, el secretario del Ayuntamiento, ya habían tramitado toda la documentación necesaria, adjuntando numerosos informes médicos que detallaban la delicada salud del doctor, así como otros documentos financieros y civiles que apuntaban a su fallecimiento. En la terraza del bar de Jacinto se preparaba la visita a los juzgados de San Francisco.

—Acompáñenos, padre. Le presentaré al alcalde de San Francisco. ¡Él nos avala en nuestra causa, somos grandes amigos! De algo han de valer nuestro votos —dijo el alcalde Rivas, tomando por el hombro al sacerdote.

—Yo también quiero ir —dijo la joven Tracy, sorprendida al enterarse de que una comitiva, organizada por sus primos, partía hacia los juzgados de la gran ciudad para solicitar el beneficio de la herencia.

—Tú mejor te quedas en el cortijo. No hay sitio para todos. Ya vendrás en otra ocasión. No vamos de turismo: será ir y volver —le contestó Logan.

Tracy, disgustada, agachó la cabeza y, sin decir una palabra, se dirigió hacia la iglesia sintiéndose, como de costumbre, excluida de los planes de la familia.

Al amanecer, tras un suculento almuerzo en el bar de Jacinto, la comitiva salió hacia San Francisco en una vieja furgoneta. Reían y bromeaban, pues veían el pueblo salvado, sus bienes incrementados y una mejora en inversiones que traería negocio y riquezas a cada uno de ellos. Tras hora y media de viaje, cruzaron con ilusión el espectacular puente colgante Golden Gate. Ante ellos se extendía la gran ciudad y, por un momento, callaron mientras contemplaban las aguas sobre las que circulaban. Para algunos de ellos, acostumbrados a la vida hogareña de la hacienda y el viñedo, la gran ciudad les parecía otro mundo; para otros, era la ambición que devoraba sus cuentas bancarias y alimentaba su ego al disponer de lujosos caprichos, reuniones con afamadas personalidades y mujeres caras.

Cuando llegaron, pasearon por las avenidas, sin perder detalle de las tiendas y gentes que veían, hasta llegar a los juzgados. El padre Celestino admiraba los enormes edificios y mostraba su sorpresa: era todo tan nuevo y distinto de su mundo rural, que se asustaba al ver a un hombre negro bailando, el generoso escote de una mujer o al escuchar el claxon acelerado de un vehículo.

—¡Dios, qué perversión! —exclamó llevándose las manos a la cara, mientras miraba atónito a dos muchachos que se besaban sin prejuicios apoyados en un semáforo.

—¡Vamos, ya hemos llegado! —exclamó el alcalde Rivas. Ante ellos se alzaban los juzgados de San Francisco.

—Pasen, el juez Rieri les está esperando —les comunicó una simpática secretaria.

Sentados en un ancho despacho de cómodos sillones y una gran mesa, esperaron por unos momentos a que apareciera el juez.

—Buenos días. Les esperaba. Ayer estuve hablando con el señor Newsom. Me informó detalladamente de su problema. Está preocupado; veo que son buenos amigos —comentó el juez Rieri, un hombre mayor, serio, estirado, de pelo cano, bigote y perilla.

—Sí, bueno... Algo nos conocemos. Los dos somos alcaldes, aunque su ciudad es un poco más grande que nuestro humilde pueblo —contestó Rivas, con una sonrisa

y cierta cara de complicidad.

—He estado estudiando su solicitud y me encantaría ayudarles, pero...

—¿Pero? —preguntó el alcalde Rivas tan sorprendido como preocupado.

—No creo que el doctor Frank Merkel esté muerto.

—Son más de diez años sin saber de él, señor. ¡Doce! Y ni un solo movimiento en su cuenta —apuntó Thomas, el banquero, sin poder esconder su desesperación.

—Usted tiene que saber lo que significa para todo el pueblo. Ha visto la documentación —insistió el alcalde Rivas.

—Lo sé, lo sé... Por ello me ha sorprendido mucho que no supieran que el doctor Merkel regresó a California hará cosa de dos meses.

Un silencio se hizo en toda la sala.

—¿El abuelo ha regresado? —preguntó Stanley, al momento.

—Sí, así es. Hace apenas medio año que recibimos en el juzgado una carta donde anunciaba su llegada, junto con un acta notarial; parecía muy animado con el tema del museo de Viñedos. Lo sé porque me la envió a mí, somos viejos amigos —insistió el juez.

—No es posible. Nosotros no sabemos nada —contestó Alberto, contrariado.

—Se me hace extraño que el doctor Merkel no se pusiera en contacto con ustedes —añadió el juez.

—Quizás quería darnos una sorpresa. El viejo era muy dado a ello. Pero, si ha llegado, ¿dónde está? —contestó Stanley.

—No lo sé. Me tienen preocupado. Creo que ustedes deberían saberlo. Viendo su urgencia y lo delicado de la situación, ordenaré su búsqueda. No es lógico que no sepan nada de él. Más no puedo hacer por ustedes.

Tan desconcertada como decepcionada, la comitiva abandonó el juzgado. El alcalde Newsom no pudo recibirles, partía hacia Nueva York. Decepcionados y cansados, durante el camino de regreso a Viñedos nadie hizo ningún comentario sobre la herencia ni sobre el doctor Merkel. Permanecieron serios, mirando cada uno por una ventanilla del vehículo. Parecía que su tío abuelo seguía vivo. Unos no sabían si alegrarse o llorar, otros maldecían en silencio.

Capítulo 2

LA HERENCIA DEL DOCTOR MERKEL

Transcurrida una semana del encuentro del juez Rieri con el alcalde Rivas y varios prohombres de Viñedos, la investigación de la policía dio su resultado: el cadáver del doctor Frank Merkel, sentado en su viejo Ferrari 250 GTO rojo, apareció en el fondo del pantano de Berryessa. El fino escape de aceite y gasolina del vehículo, en unas aguas limpias, no pasó desapercibido para la patrulla que descubrió la tragedia.

Durante todo el día, bomberos, cuerpos de rescate y policía estuvieron trabajando en el lugar. Todo apuntaba a que el doctor se había quedado dormido al volante, quizás bebido, lo que le llevó a caer al pantano. Su cadáver permanecía sujeto con el cinturón de seguridad, con la cabeza apoyada en la ventanilla y una botella de vodka entre las piernas.

La noticia llegó pronto a Viñedos.

—¡Un terrible accidente! —gritaron unos, conmovidos.

—Tan mayor, no debía conducir ni beber tanto, pobre hombre —aseguraron otros.

—¡Bendito sea Dios! ¡Ha aparecido! —exclamaron todos, tan visiblemente emocionados como complacidos.

Solo la joven Tracy lloró aquel día.

El doctor Frank Merkel Alvarado, aquel gran hombre, altruista y bondadoso como pocos, había muerto. Todos aplaudieron el emotivo acto que el Ayuntamiento preparó, en el cual fue nombrado Hijo Predilecto de Viñedos. Luego, el padre Celestino dedicó en la iglesia palabras piadosas y llenas de agradecimiento que resonaron en el altar, con sentida nostalgia, para consuelo de todos y gloria del fallecido. Nadie del pueblo faltó al funeral.

El juez Rieri asistió conmovido por la suerte del que fuera su amigo y observó que únicamente Tracy, vestida con su riguroso luto, vertía sus lágrimas. Una larga procesión, encabezada por los familiares y el sacerdote, acompañó el féretro hasta la sepultura, ubicada en una singular capilla del campo santo y decorada con numerosas coronas. Con una oración y un adiós, el ataúd fue introducido en el sepulcro y sellado con una gruesa piedra de mármol blanco. Dentro, depositaron una jarra de porcelana de dos asas, que contenía las cenizas de la que en vida fuera la amada esposa del doctor: Julia de Alvarado. Un Cristo tallado de piadosa mirada y un hermoso cuadro de la Virgen María cuidaban de su descanso eterno. Con una cadena, aseguraron el portón de duro roble, cerrándolo con un grueso candado. Tracy, totalmente afligida, introdujo el tallo de una rosa roja en uno de aquellos fríos eslabones. Seguidamente, miró alrededor y se sintió sola y desdichada. Todos se habían marchado. Cabizbaja, se alejó del lugar en silencio.

En el bar de Jacinto, el vino corría, las buenas palabras y la tristeza del funeral dejaban paso a las promesas inciertas y a la alegría del legado prometido. El juez Rieri regresó a San Francisco, dudoso y apenado de todo lo que había visto. Nadie parecía sentir la muerte del doctor, tan solo aquella joven de luto, Tracy. Por el contrario, parecían alegrarse. Trató de comprenderlo, pero no pudo. El accidente del doctor Merkel fue una tragedia que traía la dicha al pueblo, pues su herencia era una fortuna sin parangón y, ahora, sí estaba muerto y enterrado.

Al cabo de nueve días, todos se reunieron de nuevo en la iglesia: sobrinos herederos y prohombres ansiosos. Sentados, entre bromas y comentarios distantes de cualquier pena, esperaban al notario de San Francisco, que no se hizo esperar. Llegó con un maletín en el que guardaba el testamento y en todo momento estuvo acompañado por dos agentes de policía judicial. Pues al juez Rieri le preocupaba la urgencia de algunas personas en recibir su parte y, por ello, temía que pudiera ocurrir algún desorden cuando escucharan la última voluntad del doctor.

—Señores, vengo más que nada por cortesía. Así me lo solicitó el juez Rieri. Pues nada tengo que decir que les reporte beneficio: la señora Merkel y su hija Elizabeth son las herederas universales de la fortuna del doctor, tal y como dicta su testamento aquí presente.

Los rostros de los allí presentes, desencajados, mostraron su estupefacción al tiempo que los ojos parecían salirseles de las cuencas. Tracy se desmayó.

—¿La señora Merkel? —se preguntaron unos.

—¡No puede ser! ¡El doctor era viudo! ¡Julia falleció! —se apresuraron todos.

—El doctor contrajo matrimonio de nuevo, en Hungría, y envió un acta notarial con todos los requerimientos e indicaciones necesarias para modificar su testamento. Eso fue hace seis meses, antes de regresar a Estados Unidos —aclaró el notario.

—No, no puede ser. Debe ser una broma de mal gusto —susurró el alcalde Rivas.

—Yo hablé personalmente con él por teléfono. Estaba encantado con su mujer. Hacía muchos años que vivían juntos. No es ninguna broma, señores —apuntó el

notario, estirando el cuello ante las miradas enojosas que sucedieron al asombro inicial.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Logan, visiblemente contrariado, con los ojos entrecerrados y una expresión de cólera contenida en su faz.

—No me habló mucho de ella. Pero en la documentación de que disponemos consta como la señora Sarima Merkel de Alvarado y tiene una hija, que se llama Elizabeth.

—Pero... —objetó el alcalde Rivas sin poder terminar de hablar.

—¿Una hija? ¿Les ha dado nuestro apellido? —continuó Logan gritando y perdiendo la compostura.

—Señor, le ha dado “su” apellido... Y toda “su” herencia. Nada más deja a nadie —dijo el notario, dando por terminada su visita.

Por un momento, un silencio terrible envolvió la iglesia. Luego, las cabezas bajas y los labios apretados se alternaron con soplos incrédulos, maldiciones sentidas y llantos de angustia.

—¡Lo perderemos todo! ¡Dios! ¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó el padre Celestino, en tono de súplica y con la mirada fija en el notario, buscando una alternativa.

—Pueden hablar con ella —respondió el notario—. Aunque he de decirles que si en el plazo de un mes, la señora Merkel no toma posesión de la herencia en Viñedos o si decide regresar a Hungría sin responder a los mandatos impuestos por el doctor, ustedes podrían disponer de su fortuna, tal y como estaba acordado antes de su boda.

—¿Un mes? ¿Mandatos? —preguntó Logan, intrigado, ante la expectación de todos los presentes.

—Señores: los planes del doctor incluían una gran remodelación del pueblo, una ampliación del viñedo de su hacienda, la ampliación de los canales de riego y la construcción de una nueva bodega —les informó el notario—. Además, quería promocionar la construcción de una villa residencial y un campo de golf. Pensaba que todo ello traería turismo y sería de gran beneficio para el pueblo.

—¿Era el doctor el principal inversor de esas viviendas? —preguntó Thomas, el banquero, un tanto desconcertado.

—Sí. Y, por lo que hablé con él, quería invertir parte de su fortuna en el museo, el cual regentaría su esposa. Sabía que todo ello dotaría al pueblo de la fuerza necesaria para crecer y asentarse como un referente muy importante tanto vinícola como turístico. El doctor era conocedor del mal momento que atraviesan ustedes —comentó el notario, con un notable sentimiento de respeto.

—Pero los bancos... Nos lo iban a quitar todo —apuntó Stanley, con un balbuceo.

—No, las deudas ya las había cancelado él —aseguró el notario.

—Pero, en su cuenta no hay movimientos —dijo Thomas.

—Las compró desde Hungría. Seguramente debía de tener un capital en metálico,

pues la deuda está cancelada. El ingreso del pago lo realizó la señora Merkel en un banco de Budapest —especificó el notario.

—Entonces, no era necesario preocuparse; nadie nos iba a tirar del pueblo —apuntó el padre Celestino con una media sonrisa—. ¿Cuando nos lo iba a decir?

—Era un sorpresa que les tenía preparada. Él siempre quiso que su fortuna se quedara en Viñedos, la tierra de sus antepasados y de su familia. Pero me temo que no confiaba mucho en ustedes como empresarios —continuó el notario—. Aun así, el doctor estimó que, si tras su muerte, su esposa no se quedaba en California cuidando del proyecto, la herencia sería gestionada por la alcaldía y la iglesia en beneficio de todo el pueblo.

—Pero esa mujer... ¡Por Dios, el viejo era viudo! ¡Seguro que lo embaucó para quedarse con su fortuna! —exclamó Víctor Alvarado.

—¡Deberíamos denunciarla! ¡Investigar! No sé... —espetó el secretario Alberto Medina, alzando las manos sobre su cabeza, una y otra vez.

—¿Y el seguro? —inquirió el alcalde Rivas.

—Resulta obvio que la única beneficiaria del seguro de vida es su esposa —contestó el notario.

—Pero Merkel llegó solo, nadie le acompañaba. ¿Dónde está esa mujer? —preguntó Logan, apretando los puños.

—Ya le he mandado la notificación a su domicilio de Hungría, que, por cierto, es un tanto peculiar. Si tienen suerte, quizás nadie se presente. Otra cosa no sé decirles, pues soy consciente de su situación. Si se presenta, tendrán que hablar con ella, ya que no es solo la heredera de la toda herencia del doctor, sino de la deuda que ustedes mantienen con él. Viñedos es suyo —afirmó el notario con una rotundidad tal que molestó a todos.

Logan, consternado, se pasó la mano por la cara mientras el alcalde Rivas y los demás suspiraban entre maldiciones. El padre Celestino se santiguó al ver cómo aquel hombre de leyes abandonaba la iglesia y Tracy, algo más recuperada, trataba de enterarse de lo que había pasado.

—Hungría es un país complicado y muy lejano... ¿Cree que vendrá? —preguntó el padre Celestino antes de que el notario abandonara la iglesia.

—Rece, padre, rece. Esperemos unas semanas y sabremos. La herencia es de ellas, a no ser que renuncien a sus derechos o que no se presenten, algo que me parece improbable. Así es la ley, se debe cumplir con la voluntad del doctor Frank Merkel —les dijo el notario de forma solemne, volviéndose por un momento para, luego, seguir su camino junto a los dos agentes.

—Pero si viene, esa mujer no sabrá nada de nosotros, de nuestra desgracia. No puede ser, estamos perdidos —susurró el padre Celestino.

—¡Arruinados! ¡Esa cazafortunas nos ha arruinado! —añadió el alcalde Rivas.

—¡Seguro que no tiene dinero ni para el avión! —exclamó Logan, indignado.

—¿Dónde está Hungría? —preguntó Stanley.

Capítulo 3

LA SEÑORA MERKEL

El tiempo pasó lento en Viñedos, aunque sin la presión de los bancos todo parecía ir mejor. En la terraza del bar de Jacinto, como cada mañana, el pan, los callos, las olivas y el vino tinto llenaban las mesas. El olor del café negro con crema, del carajillo de brandy y del humo de los puros ambientaba el local. Los hombres se reunían para almorzar, una costumbre de la vieja “tierra del olivo” que no dejaron atrás en la distancia ni en el tiempo.

Habían pasado cuatro semanas y nada sabían de aquella desconocida señora Merkel. Ya empezaban a albergar la esperanza de que no apareciera y de que la herencia se quedara en el pueblo.

—¡Alcalde! ¡Un coche! ¡Viene un coche negro! ¡Es el del notario! —exclamó Thomas, el banquero, entrando en el bar con denotada angustia.

—Jacinto, ponme otra copa —pidió Logan, nervioso.

La gente se alzó de la terraza y, los que se encontraban en la barra, salieron del bar. Todos querían ver qué iba a pasar. Sabían que la presencia de aquel hombre de leyes en Viñedos solo indicaba una cosa: ella había llegado y, por tanto, no verían nada de la herencia.

El vehículo aparcó delante del Ayuntamiento. El alcalde cruzó la plaza Mayor, limpiándose el bigote mientras observaba cómo el notario bajaba del coche y se disponía con presteza a abrir la puerta trasera, por la cual asomó un pie calzado por un bonito zapato rojo de tacón. Ante la asombrada mirada de todos, bajó una joven hermosa, de apariencia delicada, con un entallado vestido negro, de corte muy distinguido, y con un sombrero de ancho vuelo que sombreaba la belleza de su cara. Apenas aparentaba poco más de veinte años. Su piel era muy pálida, sus carnosos labios se anunciaban en un rojo tentador y sus cejas, finas y arqueadas, enmarcaban unos ojos tan azules como el cielo despejado. Tenía una larga melena

de color castaño, de tonos rojizos, que cubría sus hombros.

Tras unos momentos de incredulidad ante la belleza y distinción de la joven viuda de Merkel, llegó la indignación.

—¡Es una cría! —exclamó Jacinto mientras le servía otra copa a Logan.

—Lo sabía... ¡Una cazafortunas! —aseguró Stanley.

—¡Zorra! —añadió Víctor.

—¡Es una putita del este! —espetó Thomas.

—Dios... ¡Qué vergüenza! Aún no puedo creerlo. ¿Cómo pudo el doctor caer tan bajo? —susurró Celestino, limpiando de su boca la salsa de los callos.

La joven viuda del doctor Merkel les dedicó una sola mirada, profunda, cautivadora. Su rostro denotaba la amarga tristeza que la consumía. Pero nadie quiso verla. Cubrió su cuerpo con una larga capa negra y se ocultó con un parasol, esquivando los rayos del sol y las miradas llenas de odio, de maldad, que caían sobre ella como una losa. Del coche salió también una niña, de apenas ocho años, que corrió a su lado buscando con inquietud la sombra. El notario, la muchacha y la pequeña entraron en la alcaldía acompañados por el alcalde Rivas y bajo la mirada inquisitiva del pueblo allí reunido.

—Siéntense, por favor... La señora Merkel, supongo —les invitó el alcalde, en su despacho.

—Sí, permítanme: la señora Sarima Merkel y su hija, la señorita Elizabeth; el señor Rivas Alvarado, alcalde de Viñedos —les presentó el notario.

Transcurridos unos minutos, mientras en el bar seguían dando vueltas a las mesas y bebiendo chupitos de vino, cazalla y mistela, el alcalde y sus invitadas salieron a la calle.

—Señora, le hemos preparado un carro. El camino es tortuoso, hace mucho que nadie llega hasta la mansión del doctor y no quisiéramos que se estropeará el vehículo del señor notario. Así podrá ver también las vistas de su parcela y los viñedos. Yo mismo lo guiaré; les acompañaré con gusto —comentó el alcalde Rivas.

—Gracias. Sí, estamos cansadas. Pero me apetece un paseo en carro... Siempre me ha gustado. Adoro los caballos, ¿sabe? —contestó ella, cortésmente, con un leve tono que pareció un delicado susurro.

El carro cruzó el pueblo, pasando ante el bar de Jacinto.

—Esa furcia nos ha robado la herencia —dijo Víctor, levantándose de la silla y bebiéndose de un trago la quinta copa de brandy.

—Esa niña no puede ser hija del doctor, seguro que es una bastarda —apuntó Logan, tomando su escopeta de caza.

Decididos, todos salieron del bar y se unieron a unos vecinos que seguían de cerca el carro, a unos cuatro metros. Algunos de ellos comenzaron a increparla en voz baja; otros les lanzaron unas piedras.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos siguen? —preguntó la joven viuda, observándoles incrédula.

—No se preocupe, señora Merkel. Están inquietos, son gente de pueblo, ya sabe —le contestó el alcalde Rivas, más pendiente del trote de los caballos que de ella.

—¡Ja! ¡Creían que era suya la herencia del doctor! —exclamó el notario, en voz alta y con una sonrisa indiferente que exacerbó la ira que ya se arrastraba tras ellos.

Cuanto más se alejaban del pueblo, más gente se congregaba en los caminos. Finalmente, una veintena de personas las acechaban llegando al acoso; los insultos se hacían más notorios y las piedras más grandes.

La joven Tracy salía de la iglesia, de prender una vela por el alma de su tío abuelo el doctor Merkel, cuando vio regresar a la mayoría de los vecinos, resignados y con mala cara, por el camino que llevaba a la hacienda del doctor.

—¿Qué ocurre? —preguntó, ante el tumulto generado.

—Parece que la viuda del viejo ha llegado. Se ha marchado a la hacienda con el alcalde. Algunos les han seguido... No sé para qué, quizá para pedirle limosna —le contestó John, el cual regresaba a su barbería, con un gesto indiferente.

Tracy miró hacia el camino presa de una tremenda curiosidad. No se veía nada, y corrió decidida a conocerla. ¿Quién podría ser esa mujer de la que su abuelo se había enamorado? Un par de minutos después, su paso rápido se volvió lento tras escuchar un primer disparo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha sido ese tiro? —preguntó a unos vecinos que regresaban con paso acelerado, casi huyendo.

Nadie supo contestarle. Escuchó un nuevo disparo, otro y otro más, y se asustó. Habían sonado muy cerca. No era temporada de caza, así que paró por un momento, alzó la vista preocupada y reanudó la marcha más rápido. Tras una loma cercana, que se abría con una estrecha curva del camino, al lado de un viejo álamo, enorme y seco, vio aparecer al padre Celestino, corriendo, con la cara rígida como todo su cuerpo, la mirada perdida y la boca recta.

—¡Padre, padre! ¿Y la señora Merkel? ¿Qué ha pasado?

—Nada hija, nada... Regresemos al pueblo. ¡Vamos, acompáñame! ¡No me dejes solo! —le pidió, tendiéndole la mano.

—Pero padre...

—Un terrible accidente, hay heridos y algunos muertos. Tus primos están haciendo lo que pueden. ¡No vayas, hija! Es horroroso. Acompáñame al pueblo, por favor.

En ese momento, doblando la estrecha curva, apareció Jacinto. Llevaba de las manos a las pequeñas hijas de Víctor Alvarado, cuyas angelicales caras mostraban un notable enfado. Tracy quiso hablarle. Pero él la ignoró y pasó rápido, tirando con fuerza de las dos niñas. Al momento, aparecieron Alberto y Manuel, el médico del pueblo, quienes llevaban a hombros al alcalde Rivas maldiciendo y gimiendo como un burro herido. En su cara manchada de sangre se podía percibir una brecha que se hundía en su cráneo.

—¡Llévala al pueblo! —le exclamó Alberto al sacerdote, nervioso, sin parar.

—Sí, sí... Nos vamos. Ya le dije que ha ocurrido un terrible accidente, que no debe ir... Por Dios —dijo Celestino, temeroso.

Tracy estaba aterrada ante aquella visión: su primo, el alcalde Rivas, sangraba bastante. Sin pensarlo, se volvió y regresó con ellos, tratando de ayudar, de saber.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido? —preguntaba una y otra vez.

—¡La viuda y su hija han muerto en un fatal accidente! ¡Y ese hombre, el notario! Los caballos se desbocaron con una cascabel y el carro volcó —contestó Rivas, con voz amarga, bajando los párpados manchados de sangre.

—¿Y los tiros? —insistió Tracy.

—Logan mató la serpiente a tiros, maldita bicha —contestó el médico, y se apresuró en su paso, silenciando las preguntas.

—Dios les acoja en su seno —murmuró Celestino, santiguándose.

Tracy no supo qué decir y una terrible pena envolvió de nuevo su corazón.

—¿Cómo ha podido pasar tal cosa? —se preguntó con tristeza, con un leve murmullo de incredulidad.

Unas risas la sacaron de sus pensamientos. Se volvió hacia atrás, lanzando una mirada hacia aquel camino de tierra, piedra y hierbajos, y vio a sus primos Víctor y Stanley, y a Logan con la escopeta sobre el hombro, avanzar pletóricos, sin pena ni prisa, con una gran sonrisa. En ese momento su alma se sobrecogió.

—No me gusta nada. Ya vieron la prensa: ¡apenas unas líneas! Parece que a nadie le importa un accidente ocurrido en un pequeño pueblo del valle. El alcalde Newsom no quiere saber nada del tema —manifestó el juez Rieri en su despacho de San Francisco.

—Ya veo, quiere que archivemos el caso como un trágico accidente —apostilló el agente judicial Patrick Morgan; un joven altivo, que ocupaba un puesto de confianza en aquel juzgado. No en vano era el hijo del juez Rieri. Vestía de forma elegante, con traje a medida y corbata a juego; siempre bien afeitado. Su pelo era negro, corto y peinado hacía un lado. Tenía las cejas marcadas, gruesas, sobre unos ojos saltones de color avellana. Y sus carnosos labios escondían una dentadura blanca, con los incisivos un poco separados en el centro, que le proporcionaba una sonrisa traviesa.

—Es difícil de creer: la heredera, su hija y el notario han muerto dejando en manos de esa gente una inmensa fortuna —insistió el juez Rieri.

—Sí, me resulta raro hablar de “un trágico accidente” y más, tras revisar toda la documentación del caso —apuntó Clarisa DeLong, devolviéndole al juez el expediente que sujetaba en sus manos. Amiga del juez Rieri desde hacía más de veinte años, era una psicóloga muy respetada, pues había dedicado toda una vida a la lucha contra el crimen como agente especial del FBI. Su mirada era profunda e inteligente. Vestía con traje negro, elegante, femenino, sobre una camisa azul oscuro.

Su pelo era negro, corto, con un atractivo peinado que dejaba que el flequillo le cubriera la frente.

—Y a mí. Pero parece que todo el pueblo así lo afirma: el alcalde, la policía, los concejales, el médico, el sacerdote... —apuntó el juez.

—No tiene sentido que cambiaran de vehículo a pocos kilómetros de la mansión. ¿Por qué tomó un carro de caballos? —preguntó DeLong—. Tras un viaje tan largo, tenían que estar deseando llegar para descansar.

—Ya has visto. El alcalde Rivas atestiguó que esa mujer quería ver sus posesiones, dar un paseo y que la niña estaba algo mareada de tanto coche. Un caballo se desbocó con un crótalo y el carro volcó aplastando a sus ocupantes. Solo él se salvó, aunque quedó herido con una brecha en la cabeza —añadió el juez.

—Quizás fuera un accidente. Pero hay algo que no me gusta. A todo el pueblo le beneficia la muerte de esas personas; nadie colabora en nada —apuntó Patrick.

—Está claro que no han dicho la verdad —asintió DeLong.

El juez Rieri cerró el expediente, apretó los labios y miró por el ventanal de su despacho.

—Sí, es posible. Pero estamos en blanco, solo tenemos una terrible sospecha que incrimina a todo un pueblo —aseguró—. También puede que nos equivoquemos. De momento nadie presenta denuncia ni sabe nada, el cuerpo del notario ha sido incinerado y los cadáveres de la señora Merkel y de su hija Elizabeth están enterrados en el sepulcro del doctor Merkel. Las autopsias corroboran lo que nos dicen los testigos del accidente.

—Sí, pero las autopsias las realizó el médico del pueblo; un heredero. Si las hizo, pues el informe es de pena. Los atestados los redactó el jefe de policía de allí, un familiar del alcalde que no sabe ni escribir inglés. Es terrible pensarlo. Si fue un triple asesinato, todo el pueblo está encubriéndolo —apuntó DeLong.

—De la señora Merkel y su hija no sabemos mucho —se dijo el juez Rieri.

—Estuve investigando. Pero no he encontrado nada en sus enseres personales: ni pasaporte ni cualquier otro documento que nos pueda ayudar. No podemos ni siquiera avisar por teléfono a sus familiares, si es que los tiene. Tenemos una dirección: un antiguo castillo medieval perdido en una región montañosa de Hungría. En la embajada tampoco se puede adelantar... Aún estoy esperando alguna noticia por parte de ellos —explicó Patrick.

—El doctor Merkel era mi amigo, un buen hombre y creo que, ante nuestras dudas, debemos investigar algo más, aunque el caso esté cerrado —dijo el juez Rieri—. Patrick, hijo, me gustaría que me informaras de cuanto ocurra en Viñedos. No levantes polvo, sé discreto.

—Comprendo —asintió el joven agente.

—DeLong, mi querida amiga, ahora ya sabes por qué te he llamado: me gustaría mucho que me ayudaras, confírmame si fue o no un accidente. Tendrás que trabajar en silencio y usar todas tus habilidades. Creo que solo así, sin presiones, podremos esclarecer qué pasó realmente.

—Juez, hace diez años que me jubilé. No sé cómo podré ayudar. Pero si quieres que te dé mi opinión, yo considero que una muerte puede ser un accidente; cuatro y una herencia es asesinato... No olvides que tu amigo, el doctor Frank Merkel, también murió de un accidente.

—¡Pues a trabajar! ¡Jubilada? Un agente especial del FBI siempre es una persona de ley: confío en ti, mi querida amiga. Mi hijo te ayudará en todo lo que necesites —afirmó el juez con una sonrisa encantadora, alzando una ceja e invitándola a participar en el caso.

Capítulo 4

LA BRUTAL MUERTE DE VÍCTOR ALVARADO

Era sábado por la tarde. El sol caía entre copas y decires de alegría en Viñedos. Apenas habían pasado unos meses de la terrible tragedia de los Merkel. Aunque en el pueblo, nadie parecía recordar nada de lo acontecido. Sin embargo, una gran fiesta se celebraba ante tal acontecimiento: la cuantiosa herencia se había repartido, atrás quedaban las deudas y los temores de la ruina. Pronto llegó el agua a los sedientos viñedos, una gran urbanización y un campo de golf comenzó a erigirse bajo el control del alcalde Rivas y las gentes de respeto, prohombres por todos conocidos. El museo, sin más inversión, quedó relegado como almacén del Ayuntamiento. La iglesia realizó una reforma que la llenó de luz y arte; se hizo de un nuevo ajuar eucarístico, de puro oro, y de un imponente altar de mármol blanco sobre el que se alzaba un precioso Cristo crucificado. Todos los domingos se llenaba de fieles adoradores que daban gracias a Dios por su infinita bondad e imploraban perdón por sus actos impuros.

La oscuridad de la noche envolvió el lugar y, tras una opulenta cena en la plaza Mayor, organizada por el Ayuntamiento, continuó la fiesta. La gente bailaba al compás de una modesta orquesta que interpretaba rancheras de Rocío Dúrcal y coplas de Lola Flores entre cantes jondos y destellos de magia gitana.

Muchas personas habían llegado al municipio de Viñedos, pues se ofrecía trabajo y excelentes oportunidades. Los tiempos habían cambiado de nuevo. Ya no parecía un pueblo pequeño ni humilde, sino grande y ambicioso. La algarabía recorría las empedradas calles. Muchos llenaban la plaza, los bares y tascas. Nadie reparó en aquella muchacha de piel pálida, cabello castaño rojizo y ojos oscuros que deambulaba entre las sombras, observándolo todo envuelta en una capa negra manchada de tierra.

Al día siguiente amaneció nublado. Unas finas gotas caían limpiando los restos de vino que quedaban en la piedra y el asfalto de la plaza Mayor. Como todos los días de guardar, los vecinos se disponía a acudir fieles a la iglesia. Esta vez acompañados por la resaca, con un ligero dolor de cabeza y un soporífero cansancio. Un grito descarnado les heló el cuerpo y terminó de despertarlos por completo.

Eva, la mujer de Víctor Alvarado, corría horrorizada por la calle, tirándose de los pelos, descalza y con un albornoz medio ajustado que apenas ocultaba su desnudez. Cayó al suelo llorando ante el padre Celestino, el alcalde Rivas y su primo Stanley, que se dirigían a la iglesia. No podía hablar, solo gemía, entre sollozos, con la cara descompuesta, indicando hacia la puerta de su hogar.

—Eva, ¿qué te ocurre? —preguntó Stanley, preocupado.

—Por Dios, ¡cúbrete! —exclamó el sacerdote, arrodillándose ante ella.

—¿Qué pasa? —insistió el alcalde Rivas.

Sin responder, la mujer, temblando y con la mirada perdida, presa de la locura, alzó las manos cubiertas de espesa sangre.

El alcalde y los demás vecinos corrieron desconcertados hacia la casa de Eva, temiendo lo peor. Allí encontraron, con horror, el cadáver de Víctor Alvarado: yacía colgado de los tobillos a unas argollas fijadas en el marco superior de la puerta de la entrada, desnudo y sujeto con una cadena de gruesos eslabones. Un tajo enorme le abría el vientre en vertical hasta el esternón y sus entrañas colgaban como jugosas ristra, llegando hasta el suelo. La cabeza, sujeta por un jirón de carne, cayó de pronto rodando hasta los pies de aquella consternada gente.

Tracy llegó en ese momento y, al ver aquel escenario, cayó de rodillas dando una arcada. Su vista se dirigió al cuerpo vencido de Víctor y empezó a gritar cubriéndose la cara con las manos y bajando la cabeza hasta apoyar la frente en el suelo. La angustia y el horror le impedían alzar la mirada. En su mente, solo podía ver el cuerpo de su primo brutalmente castigado, desventrado y decapitado. El padre Celestino, con un Avemaría, la arropó alejándola de allí al tiempo que susurraba dos palabras: “Dios mío”.

—¡Eva! ¡María! —exclamó Stanley, sin recibir respuesta, y entró buscando a sus sobrinas, seguido del alcalde Rivas y otros vecinos. Subieron rápido los escalones que les llevaban al segundo piso de la vivienda y, al abrir la puerta de la habitación, las encontraron tumbadas en sus lechos. La pequeña Eva estaba pálida, sin aliento y con la boca entreabierta, gritando sin voz, con sus pequeños ojos, sin brillo, mirando al techo, con los dedos agarrotados y la muñeca abierta por un profundo corte. María, la menor de las dos hermanas, parecía dormida, tranquila. Pero su tez pálida y el brazo que, colgando del cuerpo, dejaba ver la sangre que lo manchaba, delataban su vacío.

—¡Nooooooooo! —gritó Stanley.

Cerca de allí, en la colina del campo santo, frente a la pequeña capilla donde se hallaba el sepulcro del doctor Frank Merkel, el de su joven esposa y el de la pequeña

Elizabeth, una hermosa joven permanecía indiferente a los gritos que procedían del pueblo. Aquella criatura de larga melena roja, piel pálida, ojos azul oscuro y labios carnosos, envuelta en una capa negra, ofrecía una imagen casi espectral ante el mausoleo adornado con cruces y flores. Con un fuerte golpe de mano, lanzó fuera de su vista el Cristo tallado y el cuadro de la Virgen María que guardaba la tumba del doctor, y dirigió su mirada angustiada sobre aquel féretro. Un gran trueno crujió en aquel momento y el destello luminoso de un rayo cruzó el oscuro cielo como un presagio tétrico. La lluvia no se hizo esperar y arreció con fuerza acompañada de truenos y relámpagos. La joven irguió el rostro y cerró los ojos. Las gotas salpicaban en su cara diluyendo la sangre de sus labios. Apretó los puños y abrió su boca con un rugido tan silencioso como pavoroso, mostrando sus afilados colmillos como un anuncio de muerte.

Anocheceía en el pequeño pueblo de Viñedos. Habían sido dos días muy largos. El brutal asesinato de Víctor Alvarado y sus hijas no había pasado desapercibido en San Francisco y pronto se tuvo conocimiento en todo el país. La policía peinó el pueblo casa por casa y recorrió viñedos, haciendas y campos en busca del asesino. Contaron con refuerzos de las poblaciones cercanas y de la gran ciudad. No hallaron nada. Eva seguía con la mirada ida, aterrorizada. Sus manos no encontraban sosiego y sus mandíbulas castañeteaban impidiéndole articular palabra.

La prensa sensacionalista, ante tanto accidente y el atroz crimen, había estado abundando en la tragedia, en lo macabro. Hablaron de un despiadado psicópata, de un posible ajuste de cuentas e incluso de una guerra de poder en los viñedos de la región. Lo cierto es que no hallaron ni culpable, ni móvil, ni sospechoso. El alcalde Rivas se vio desbordado y solicitó ayuda a su amigo Gavim Newsom, alcalde de San Francisco.

—Sí, señor Newsom. Estamos muy consternados por lo ocurrido en Viñedos, actuaremos con rapidez para detener al culpable —contestó al teléfono el juez Rieri, que acababa de recibir la llamada de la alcaldía de San Francisco.

El juez Rieri escuchó con interés y paciencia.

—Sí, tenemos que encerrar a ese loco asesino —continuó—. El agente judicial Patrick Morgan y la psicóloga Clarisa DeLong ya están en Viñedos.

—¿La señora Clarisa DeLong y su hijo están ya allí?

—Sí señor, hace un tiempo que venimos investigando los entresijos de Viñedos. Demasiadas muertes en tan poco tiempo.

—¿Qué insinúa?

—No sabría decirle...

—Por favor, juez Rieri, infórmeme de todo.

En Viñedos, Clarisa DeLong salió pensativa de la casa de las víctimas. Aquel triple asesinato había desatado el temor en el pueblo y daba una nueva dimensión a la

investigación de los accidentes de los Merkel.

—¿Crees que todo tiene relación? —preguntó Patrick, saliendo tras ella, mientras guardaba su bloc de notas.

—No lo sé, podría ser. El modo que se ensañó el asesino denota una venganza personal, mucha ira y, desde luego, no es la primera vez que mata —contestó DeLong.

—¿Un profesional?

—No, yo afirmaría que es un sociópata, una asesino incapaz de sentir empatía por sus víctimas. Para un profesional, acabar con alguien es un trabajo, no es necesario realizar una obra macabra. Nunca había visto algo igual —dijo DeLong, volviendo a mirar la entrada de aquella casa, el marco de la puerta donde había sido colgado el cadáver.

—Podría ser la misma persona que buscamos desde la muerte de la viuda y su hija. Quizás no todo quedó zanjado —apuntó Patrick.

—No se molesta en aparentar un accidente... o no le importa que le detengan. No. Definitivamente creo que no es la misma persona —discrepó DeLong.

—Tal vez piense que jamás le atraparemos, quizás un desheredado o alguien que busca más botín.

—No creo que este asesino busque dinero y me temo que esto no ha hecho más que empezar. La frialdad con que ha descuartizado el cuerpo en vida de ese hombre y lo despiadado que ha sido con las niñas es terrible, es inhumano. El asesino de la familia Merkel, si hubo crimen, buscaba la herencia; ahora es diferente, se ha recreado y ha expuesto su obra para que todos la vean. Esto es una venganza que no ha terminado.

Los dos investigadores se alejaron de la casa hasta llegar al vehículo, pensando en el caso que había paralizado sus investigaciones sobre la muerte de los Merkel y el notario de San Francisco.

—¿Sabemos algo más de la sangre? —preguntó Patrick, girando la llave del contacto.

—La sangre... ¿Dónde está la sangre? —inquirió DeLong asombrada—. Bajo el cuerpo de Víctor había poca sangre. Sus venas estaban vacías: debía haber una enorme mancha en el suelo y no había apenas nada, ni tan siquiera salpicaduras.

—¿Crees que el asesino le extrajo la sangre después de matarlo? —insistió el agente, conduciendo en dirección hacia la plaza del pueblo.

—No. Le vació en vida casi por completo. Pero dejó lo suficiente como para que pudiera ser testigo de su propia muerte y le abrió. Después le arrancó el corazón y le cortó el cuello —afirmó la psicóloga.

—Si su esposa lo presenció todo, comprendo su locura. Esperemos que progrese y vuelva en sí. Será difícil. Ella podría ayudarnos mucho, creo que lo vio todo. ¿Y las niñas?

—Les cortaron las venas y, como consecuencia, se desangraron. Pero tampoco hay rastro ni manchas de sangre. El asesino debió de sentarse junto a la pequeña

para extraerla y, luego, acabaría con María de la misma manera. Ella debió de darse cuenta de lo que ocurría; la terrible expresión de su cara lo dice todo. Después les pegaron una puñalada en el corazón a cada una.

—No quiero ni pensarlo —murmuró Patrick.

Tras unos momentos de silencio y un pequeño resoplido, llegaron a la plaza Mayor dejando atrás la escena del crimen.

—No entiendo lo de la sangre. ¿Un recuerdo? ¿Un trofeo? —insistió Patrick, sin apartar la vista del frente y de la gente que se cruzaba por delante de ellos.

—No, demasiada sangre. Bastaría una ampolla, una gota —respondió DeLong, pensativa.

—Sí, tienes razón. ¿Qué hará con la sangre? Y... ¿porqué apuñaló a las niñas si ya estaban muertas? ¿Tal vez quería asegurarse?

DeLong estiró los labios, sin respuesta.

Realizadas las autopsias, al cuarto día del crimen, los cuerpos de Víctor Alvarado y de sus hijas, Eva y María, fueron enterrados en el campo santo de Viñedos. Todo el pueblo acudió al funeral de riguroso luto. Llovía de forma ligera. Una gran procesión de paraguas llenó la plaza y el camino hasta la sepultura. También acudieron muchos periodistas de todo el estado de California, incluso los reporteros de numerosos canales de televisión del país. La tristeza se reflejaba en el rostro de todos. Nadie entendía aquel despiadado asesinato y, menos aún, el de las dos inocentes niñas. La rabia y la impotencia marcaban el semblante circunspecto del alcalde Rivas y el de Stanley, hermanos de Víctor y tíos de las niñas; el de Logan, su primo; y el de la joven Tracy, que lloraba con desesperación ante tanta tragedia, fundiendo sus lágrimas con el agua de lluvia.

Terminadas las exequias fúnebres, la gente se fue disgregando poco a poco, entre lágrimas y lamentos, bajo la lluvia y el ligero viento que les acompañaba. Tracy, destrozada por la pena de la pérdida, recordó a su tío abuelo y se dirigió al mausoleo del doctor Frank Merkel. Llevaba el paraguas en una mano y, en la otra, un cirio, un ramo de flores y un rosario que dejó sobre el macetero de la lápida mortuoria, en una preciosa capillita de porcelana, junto a una fotografía del doctor. Encendió la llama del cirio y una pequeña lágrima resbaló por su húmeda mejilla.

—¡Abuelo... te echo tanto de menos! —exclamó con voz tenue.

Las nubes comenzaron a cerrarse por completo, el cielo se oscureció y la lluvia empezó a caer con más fuerza. El resplandor de un relámpago, seguido de un trueno seco, estremeció a Tracy. El cirio se apagó dejando un fino haz de humo que se perdió rápido, elevándose entre las gotas que mojaban la capillita. Una racha de aire helado recorrió su cuerpo mientras un tembloroso escalofrío se apoderó de su alma en pena. Notó una extraña presencia que llegaba hasta ella envuelta en un suave aroma de jazmín. Se volvió lentamente y vio, a un palmo de su frente, los ojos de aquella joven.

—¡Ah! ¡Oh! Perdón... Me he asustado, no esperaba aquí a nadie —dijo dando dos pasos atrás, con una sonrisa tímida, sin dejar de mirar aquellos ojos azules, profundos y oscuros como la noche, que la seguían en cada movimiento.

La extraña no contestó, se limitó a posar la mano con que portaba una rosa roja sobre el hombro de Tracy, mientras con la otra le acariciaba el cabello.

—¡Qué hermosa eres! Frank tenía razón —susurró, entregándole la rosa.

Tracy, halagada, percibió una dulzura increíble en las palabras de la joven desconocida.

—¿Quién eres? ¿Conocías al abuelo? —preguntó inocente.

No obtuvo respuesta, solo una mirada plácida y penetrante como ninguna, y una leve caricia deslizándose por su cuello. De pronto, notó como una leve mordida en su cuello. Tracy, abrumada, intentó separarse. No pudo, su cuerpo no reaccionó. Un intenso y desconocido placer le recorría el cuerpo y cedía ante aquellos labios que la acariciaban y que la envolvían en un sopor indescriptible. Bajó los párpados y se estremeció.

—¡Tracy! ¿Estás ahí? —gritó Logan, acompañado de sus primos, quienes la buscaban para regresar a la hacienda.

Tracy se giró y abrió los ojos de golpe, como despertando de un sueño.

—Sí, estoy en la capilla del abuelo —contestó y, volviendo la mirada, descubrió que se encontraba sola. La extraña joven había desaparecido. Pero la rosa roja estaba en su mano y una sensación de agradable cosquilleo permanecía en su cuello.

—¿Qué te ocurre? Estás pálida —advirtió Logan.

—He visto a alguien... La cadena no está y el Cristo, la rosa... —dijo Tracy, señalando hacia la puerta del pequeño mausoleo y mostrándole la flor.

Logan se acercó, seguido por dos hombres de la hacienda. Abrió la puerta con cuidado, despejando las telarañas y el polvo que había en el interior y alumbró las sepulturas. Un pequeño murmullo llegó hasta su fino oído.

—¿Habéis oído? —preguntó.

—Sí, me ha parecido oír una niña llorando —murmuró uno de ellos.

Logan alumbró cada rincón.

—Aquí no hay nadie. Sería este maldito el viento. Vámonos —ordenó, saliendo, y cerró el mausoleo con dos golpes—. Y traed unas cadenas, lo cerraremos de nuevo.

Al día siguiente, durante el almuerzo, en el bar de Jacinto, muchos tuvieron noticia de lo acontecido a la joven Tracy en el mausoleo del doctor Frank Merkel. Al fondo de la barra, Logan saboreaba un cremoso café y una copa de brandy, sin dejar de escuchar comentario alguno.

—Ese asesino usó las cadenas del mausoleo del doctor para asesinar a Víctor. ¡Eran esas! ¡La puerta estaba abierta! —comentó Stanley, con el entrecejo arrugado.

—¿Es verdad? —preguntó el padre Celestino, con cierta preocupación.

—Sí. Tuve que buscar otras para cerrar de nuevo esa tumba —confirmó Logan, con el rostro serio y apuró la copa—. Jacinto, ponme otra, más generosa que hace frío.

—¿Y esa rosa roja? Dicen que Tracy le dejó una igual el día de su entierro y que ayer vio a alguien merodeando en la tumba del doctor, una joven muy hermosa —aseguró Thomas, el banquero.

—¡Maldita bruja! Esa húngara era una bruja, seguro que nos maldijo —espetó el padre Celestino, haciendo patente sus temores.

—Es un demonio, una bestia..., un vampiro. A Víctor y a sus pequeñas hijas les chuparon la sangre hasta dejarles sin gota —afirmó Stanley, de forma rotunda.

En una pequeña mesa, junto a la chimenea, el agente Morgan y Clarisa DeLong prestaban atención a todo cuanto se hablaba mientras almorzaban unos huevos salteados con jamón, pan tostado, zumo y café caliente.

—Debemos vernos con Tracy Merkel. Creo que es con la única Alvarado que aún no hemos hablado —dijo DeLong, en voz baja.

—Sí, aunque todos la citaron lejos del accidente, será mejor hablar con ella antes de que nos cuente una historias de fantasmas —apuntó Patrick.

—Da igual. Tal vez nos diga algo nuevo —expuso DeLong, limpiándose la comisura de los labios con una servilleta y levantándose de la silla.

En ese momento, una voz les sorprendió.

—¡Eh! ¿A dónde van ustedes tan deprisa? Llevan unos meses dando vueltas por Viñedos, molestando con sus preguntas indiscretas... ¿Por qué no detienen a ese monstruo en vez de incordiar con sus absurdas sospechas? —les increpó Logan, con dureza. Luego, terminó su tercera copa de un trago y les siguió con la mirada, en busca de respuesta.

DeLong le devolvió la mirada por unos segundos y, luego, lo ignoró.

—Lo atraparemos, no lo dude. Ningún asesinato quedará impune —contestó Patrick, te tal forma que pareció una amenaza velada.

Capítulo 5

LA VIUDA DEL DOCTOR MERKEL

Durante tres días seguidos estuvo lloviendo en la región de Sonoma, que vio bañados todos sus viñedos. Los campos se abastecían de agua suficiente y la temporada prometía ser extraordinaria. Atrás quedaban la sequía y las malas horas. Había motivo para la alegría. Pero la pena y la angustia se habían instalado en la población tras los graves acontecimientos sufridos. Los rumores sobre un vampiro demoníaco recorrieron todo el pueblo. Creyeron que, tal y como afirmaba el padre Celestino, la viuda del doctor Merkel podría tratarse de una bruja húngara que debió conjurar una terrible maldición antes de morir. Nadie se explicaba sino aquellas muertes.

En el Cortijo de Los Laureles, la señora Medina observaba la lluvia por el ventanal del dormitorio. En camisón, sentada en la cama y con un libro entre las manos miraba el salpicar del agua entre página y página, mientras esperaba a su marido Alberto, secretario del Ayuntamiento; el cual arrojaba leña a la chimenea del salón para que el hogar se mantuviera caliente. La noche era fría y los truenos retumbaban con fuerza. Sus hijos, dos pequeños de once y nueve años, dormían en el piso de arriba. Los peones estaban en sus alojamientos, y solo dos de aquellas casitas cercanas a las caballerizas mantenían aún la luz en sus ventanas.

De pronto, la señora Medina abrió los ojos exageradamente, pues con el relámpago de un trueno le pareció ver a una persona en el viñedo, caminando hacia el cortijo. En la oscuridad la perdió y se esforzó por ver lo que para ella había sido una visión muy clara. Se aproximó al ventanal, limpió con el puño el cristal y acercó el candil: quería comprobar si era cierto lo que había visto o si eran sombras de la noche.

—No puede ser —pensó y abrió un poco el ventanal.

Un nuevo relámpago, seguido de un fuerte trueno, la sorprendió, asustándola, y un pequeño grito se le escapó del alma: una joven, completamente empapada, estaba justo frente a ella, al otro lado de la ventana, mirándola fijamente. Aquella extraña alzó su mano ensangrentada, puso el dedo índice en el cristal y empujó. La ventana cedió y se abrió lentamente. Del susto, a la señora Medina se le cayó el candil de las manos. Cuando fue a recogerlo y lo levantó, ya no había nadie.

Confusa y nerviosa, miró hacia fuera, a izquierda y a derecha, y no vio nada. Y cerró el ventanal, rápidamente. Un frío intenso inundó su alrededor y, de pronto, un cálido aliento en su nuca le erizó la piel. Notó en su carne el contacto de unos labios húmedos, calientes y fríos a la vez, y un leve corte mientras una mano le retiraba suavemente la melena para dejar al descubierto su cuello. Una sensación libidinosa y desconocida la inundó por completo, dejándola sin fuerzas, temblando sumisa. Se volvió lentamente y encontró la mirada penetrante de aquella joven salida de la oscuridad; sintió como le absorbía el alma y desfalleció con un lastimoso gemido de placer y pánico entre sus brazos.

A la mañana siguiente, la policía rodeaba la hacienda: un terrible crimen volvía a sacudir Viñedos. Patrick Morgan llegaba en su vehículo acompañado por Clarisa DeLong. Los hijos de la señora Medina estaban sentados fuera, en unos escalones del cobertizo, junto a su tía, la joven Tracy, la cual trataba de consolarlos sin hallar alivio para ella. La señora Medina descansaba en una vieja mecedora de junco y anea, junto a la entrada de la puerta, y era atendida por el médico, una enfermera y dos policías. El alcalde Rivas y otros muchos vecinos del pueblo habían salido de batida, buscando al asesino: Alberto Medina se hallaba tumbado boca abajo en el suelo, junto a la chimenea, con la cabeza dentro, completamente calcinada sobre las cenizas y el carbón, y sus manos, amputadas, se hallaban sobre la mesa. El fétido olor de la carne humana quemada inundaba la estancia provocando arcadas y la visión sobrecogía al más valiente de los presentes.

—Morgan, fíjate: no hay apenas sangre —dijo DeLong observando el cuerpo y alzando un poco la cara para evitar aquel olor pestilente—. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó Patrick, mirando el cuerpo sin vida, con una mueca de pesar y repugnancia.

—En el cuello —apuntó su compañera, agachándose, poniéndose un fino guante blanco, limpiando la ceniza y estirando la piel quemada—. Parecen dos pequeños cortes sobre la yugular... Fíjate. La primera víctima y las niñas también los tenían, ellas en las muñecas.

—Sí, ya lo veo. Apenas están separados por dos dedos. Si no fuera porque parecería loco, afirmaré que son las marcas de dos afiados colmillos —aseguró Patrick, con cara de circunstancia—. ¿Puede ser que nuestro asesino esté simulando ser un vampiro?

—Es posible, eso explicaría por qué no hay sangre... y el temor de esta gente, los rumores que recorren el pueblo —afirmó DeLong.

—No me extrañaría que ese sicópata se beba la sangre —murmuró Patrick.

—¿Vio algo la esposa? —preguntó DeLong al jefe de policía, que, atento a sus palabras, se acercó y dirigió la vista hacia el cuello del cadáver.

—No, no. Sus hijos encontraron el cadáver y corrieron a despertarla —contestó, cubriéndose la nariz y la boca con un pañuelo—. No sabe nada.

Clarisa observó al jefe de policía, lo notó nervioso y se dirigió hacia la señora Medina, ofreciéndole una taza de hierbas aromáticas que le habían preparado.

—Señora Medina...

—No se encuentra bien, está bajo los efectos del shock —apuntó Manuel, el médico del pueblo—. Necesita tranquilidad, unos días. Luego podrán preguntarle, ahora déjenla descansar.

La señora Medina lanzó su mano, tomando fuerte el brazo de DeLong.

—Fue ella... Ella... ha regresado... de la tumba —dijo tartamudeando.

Bajó la cabeza y comenzó a llorar entre risas descompuestas.

—Déjela descansar. No sabe lo que dice. Puede ser contraproducente —insistió el médico.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —preguntó Patrick, acercándose a su compañera.

—No lo sé, volveremos cuando esté en mejores condiciones... ¿Te has fijado en las marcas de su cuello?

—No, no me digas que tiene esas marcas —dijo Patrick.

—Las esconde con su melena. El asesino la atacó... Pero no la mató, no había venido a por ella, ni a por los niños —aseguró DeLong—. Si no estaba dormida, sabe bien quién es nuestro asesino.

—Por lo menos, esta vez ese monstruo no se ensañó con los niños. ¿Por qué mataría a esas dos niñas? Está claro que elige a sus víctimas y se toma todo el tiempo del mundo para realizar sus crímenes.

—Sí, es curioso. Además, según la autopsia, los cortes de las puñaladas a las niñas no coinciden con el arma utilizada en el cuerpo de Víctor Alvarado. Es un cuchillo más pequeño.

El teléfono de Patrick Morgan sonó por tres veces mientras revisaba de nuevo aquellas extrañas marcas en el cuerpo de la víctima.

—¿No vas a responder? —le preguntó DeLong.

—Hum... —murmuró pensativo y mirando fijamente las marcas del cuello. Luego, contestó sin dejar de observar.

DeLong aprovechó para hablar con los hijos de la señora Medina y con las mujeres de los peones, sin encontrar respuestas. Después, paseó por el cortijo, recorriendo su exterior. Paró frente a la ventana de la habitación, que estaba abierta. Unas estrechas huellas en el barro la llevaron hasta allí.

—Entraste por aquí, te abrió y tecruzaste con la señora Medina, sin peleas ni discusiones. Luego, pasaste por delante de la habitación de los niños y los ignoraste... y fuiste directo a por él —murmuró DeLong—. ¿Qué le hiciste a ella para que no diera la alarma?

—Señora DeLong, escuche, esto le va a encantar —la llamó Patrick.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, volviéndose.

—Debemos volver de inmediato a San Francisco —le apresuró el agente, ladeando la cabeza ante lo que parecía una información imposible.

—Pero... —opuso DeLong sin poder terminar.

—¡Vamos! —insistió el agente, asintiendo repetidamente, confirmando lo que ella no sabía.

—Espera un momento —dijo y, sin mirar atrás, se dirigió a uno de los policías que tomaban muestras—. En la ventana de la habitación de la señora Medina puede haber algunas huellas y allí hay marcas de botas.

—Vamos para allá, señora... Enviaré al fotógrafo —respondió el policía.

En cuanto salieron de la hacienda, la exagente mostró su impaciencia sin poder esperar más.

—Dime, ¿no me vas a decir nada hasta que llegemos a San Francisco?

—Sarima Merkel está viva.

—¿Qué?

—La viuda del doctor Merkel está viva.

Clarisa DeLong guardó silencio, miró hacia el frente y se quedó mirando fijamente un camión que pasaba lleno de barriles de vino. Seguidamente, asintió y se volvió hacia Patrick, esperando escucharle de nuevo.

—Sí, me ha llamado mi padre. Esa mujer, esta misma mañana, ha retirado su pasaporte de la embajada de Hungría. Por lo visto, lo perdió y solicitó uno nuevo hace dos meses. Su nombre de soltera es Sarima Vamp von Bocskai, una aristocrática, baronesa o algo así —le confirmó Patrick.

—Que una desconocida haya retirado un pasaporte de la embajada húngara no quiere decir precisamente que la señora Merkel esté viva —contestó DeLong, confusa e incrédula.

—Hay más: la viuda del doctor Merkel, tras recoger su pasaporte, se ha presentado en el juzgado y ha reclamado la herencia de su marido. Quiere interponer una querrela criminal contra el Ayuntamiento de Viñedos y algunos de sus ciudadanos. Mi padre nos espera. Está con ella.

—Bien, está viva. Me has convencido. Pero, entonces... ¿Quién es la joven que está enterrada en el mausoleo del doctor Frank Merkel?

—Lamentamos el retraso, el camino ha sido largo —apuntó Patrick nada más entrar en el despacho de su padre, el juez Rieri.

—Pasen, pasen... No se preocupen. La señora Merkel y yo hemos tenido una conversación muy agradable e interesante sobre arte medieval. En cuanto se me ha notificado de su presencia en el juzgado, la he invitado a mi despacho. Les presentaré: la señora Clarisa DeLong y el agente Patrick Morgan. Trabajan para mí en este caso.

—Encantada —dijo Sarima, levantándose del sillón e inclinando un poco la cabeza.

—Siéntense —insistió el juez.

Patrick se sintió atraído por la belleza de Sarima y su delicada voz. Parecía una mujer tan frágil y desconsolada como valiente y decidida. Una rojiza melena caía por encima de sus hombros, cubiertos por un ajustado vestido clásico y discreto, hermoso, que realzaba su figura de mujer. La mirada de la joven era tan profunda que el agente sentía su mente desnuda ante aquellos hermosos ojos azules que, transparentes como el hielo, parecían permanecer clavados en él.

—Esos miserables asesinaron a mi marido. Yo realizaré su sueño: levantaré el museo. Pagarán caro su crimen —afirmó ella, seria.

—La cosa no será tan fácil. La herencia se repartió legalmente. Se tendrá que remover mucho papeleo y es muy arriesgado acusar a alguien de homicidio sin pruebas. ¿Cómo sabe que le asesinaron y no fue un accidente? —preguntó DeLong, observándola con curiosidad. A ella tampoco le había pasado desapercibida la inusual mirada de la viuda ni la atractiva belleza de su pálida tez, así como el tono impío de sus palabras. Las cuales pronunciaba con un ligero acento europeo, encantador, aunque cargadas de odio.

—También acabaron con la vida de mis hermanas: Marisa y Elizabeth. Han de pagar —insistió Sarima.

—¿Elizabeth no era hija del doctor y suya? —preguntó DeLong.

—No. Era mi hermana menor. Queríamos venir las tres a California... Como hermanas era difícil sacar un permiso de residencia.

—Pero como mujer e hija... era otra cosa —apuntó la exagente, comprendiendo la treta para burlar al Departamento de Inmigración.

—Solo yo, como su esposa, podía. Ya sé que no está bien. Pero no quería dejarlas solas en Hungría. Además, éramos una familia. El doctor se portó muy bien con nosotras. Le queríamos.

—¿Cómo se conocieron?

—Frank llegó hace unos diez años a nuestro castillo, atraído por sus tesoros medievales. Estos últimos años los pasó catalogando esculturas, cuadros, armas... Quería traer nuestra colección de antigüedades a su museo, exponerla en Estados Unidos. Por eso, nos propuso venir a California: yo me casé con él, Elizabeth sería nuestra hija... Mi hermana se hizo pasar por mí, ya que nos parecíamos mucho. Así pasaron la frontera. Luego llegaría yo. Era una buena idea, aunque quizás no les guste: nos mantenía a los cuatro juntos hasta que pudiéramos regularizar nuestra documentación. No hacíamos mal a nadie.

—¿Hace diez años? ¿Qué edad tenía usted cuando se conocieron? ¿Doce, catorce...? —preguntó DeLong, tan perpleja como perspicaz.

—Eso, ¿qué importancia tiene? Fuimos muy felices, se preocupaba por nosotras. ¿Qué insinúa?

—No, nada. ¿Cómo pensaba pasar usted Inmigración? No sería fácil con su

hermana en el país —insistió DeLong.

—He llegado sin pasaporte ni visado. Es más fácil de lo que parece: solo se necesita algo de dinero y voluntad.

—Según cree la señora Merkel, sus hermanas llegaron como esposa e hija del doctor y fueron asesinadas, al igual que él y el notario, por algunos de los habitantes de Viñedos y todos les encubrieron para quedarse con la herencia. La he aconsejado que no interponga la demanda hasta que no estudiemos el caso con detenimiento y reunamos pruebas suficientes. Primero debe normalizar su estancia en nuestro país. Además, como la mansión del doctor sigue deshabitada, quizás podría trasladarse allí. Lugar que, al igual que el museo, hoy es propiedad de la señorita Tracy Merkel. Yo puedo agilizar algunos papeles, me encargaré de ello. Usted tendrá que hablar con ella —aseguró el juez Rieri, dirigiéndose a Sarima.

—¿Por qué no vino antes, cuando se le notificó la muerte del doctor? —preguntó DeLong, buscando respuestas que despejaran unas dudas que no se iban.

—Hace una semana que llegué, nadie me notificó nunca nada. Al no obtener repuesta alguna a mis llamadas por parte del doctor y mis hermanas, decidí venir. Parecían haber desaparecido... Y así fue. Me informaron de todo al recoger el pasaporte. ¡Me creían muerta! —respondió con incredulidad.

—Entonces, si no sabe nada, ¿cómo puede asegurar que fueron asesinados?

—¿Quién si no? Me informé en la embajada y leí la prensa de esos días en el archivo de la biblioteca. ¿Acaso creen que fueron dos fatídicos accidentes?

El juez miró a su hijo y a Clarisa DeLong, los tres negaron con la cabeza.

—Sospechamos que algo terrible pasó en Viñedos. Llevamos tiempo investigando con cautela. Pero necesitamos pruebas para actuar. No queremos iniciar una investigación oficial donde no podamos detener nunca a los culpables. Una caza de fantasmas, por decirlo de alguna manera. Esperamos el momento oportuno para reabrir el caso —apuntó Patrick, observándola conmovido por su pena y su belleza.

Sarima lo miró en silencio por unos momentos, penetrando de nuevo en él con sus hermosos ojos.

—¡Pero ahora harán algo! —Exclamó—. ¿Verdad? Yo soy la legítima heredera, su viuda.

—Sí, desde luego. No obstante, para solucionar el tema de la herencia, es necesario convocar a las partes. Tenemos que intentar llegar a un acuerdo antes de iniciar un litigio costoso y penoso. Con respecto a los “accidentes”, con usted tenemos un nuevo frente que quizás nos conduzca hasta la muerte de su marido, del notario y de sus hermanas —señaló el juez.

—¿Dónde estaba usted el martes pasado? —preguntó DeLong, para sorpresa de todos.

—¿El martes pasado? —respondió Sarima, viendo la intención.

—Sí, dice que llegó hace una semana. ¿Dónde se encontraba el martes por la noche? —insistió la exagente.

—En el Hotel Union Square. Estoy alojada en él desde que llegué a San Francisco.

—¿No ha visitado Viñedos?

—No. Ese día asesinaron a ese hombre y sus hijas, ¿verdad? ¿Sospecha de mí? —preguntó Sarima, arqueando una ceja con apariencia desconcertada.

—No, no... Pero seguro que habrá quien lo haga —apuntó Patrick—. Disculpe a mi compañera. Tenemos que saber todo lo necesario, ir un paso por delante. Solo hace su trabajo y es muy buena en ello.

Sarima volvió a clavar su mirada en el agente y giró el semblante para contestar.

—No salí en toda la noche del hotel. Puede comprobarlo en conserjería. No he salido ninguna noche, no conozco nada de la ciudad ni a nadie... Estoy sola, muy sola —aseguró, con voz temblorosa, mientras sus ojos se entristecían. Luego, se levantó del asiento un tanto confusa.

—Disculpe, no quería molestarle —aclaró DeLong.

—Si no les importa, me gustaría pasear hasta el hotel. Si me necesitan, saben dónde encontrarme. Espero que me notifiquen algo pronto. Gracias —zanjó la joven viuda, mostrando su orgullo herido por la desconfianza.

—Sí, desde luego. Nos pondremos en contacto con usted muy pronto —afirmó el juez Rieri, levantándose, y la acompañó hasta la puerta.

Mientras el juez se despedía de ella, DeLong se volvió hacia su compañero, con voz baja.

—No le has preguntado nada. Parecías... Mejor no lo digo. ¿Qué te ha pasado? Patrick no respondió, alzó un poco las manos y ladeó la cabeza.

—Bueno, ya preguntabas tú —contestó finalmente.

—¿Qué os ha parecido? Desconcertante la viuda, ¿no? —preguntó el juez Rieri, volviendo junto a ellos.

—Pues sí, no se puede negar —afirmó DeLong.

—¿Y tú, hijo? Te he visto muy callado.

—No sabría qué decir. La verdad es que me ha impresionado.

—Sí, de eso ya nos hemos dado cuenta —apuntó DeLong.

—Has sido muy dura con ella —le recriminó Patrick.

—No puedes negarme que es nuestra principal sospechosa; por lo menos de estas últimas muertes. Nos ha mentido y sabe mucho más de lo que nos ha contado.

—¿Cómo iba a poder hacer una cosa así una muchacha tan...?

—¿Tan...?

—¿Débil? Creo que está asustada y que ha sido muy valiente al venir. Sabe a lo que se enfrenta. Podría tener problemas con Inmigración.

—Esa historia del pasaporte... —dijo DeLong, negando con la cabeza.

—Quiero que la acompañen a Viñedos en cuanto se acuerde una cita formal. Vigílenla y procuren que no le pase ningún accidente —ordenó el juez—. No quiero que esto vaya más allá, ya está bastante serio el asunto. Si en verdad esas muertes

fueron asesinato, como pensamos, nos enfrentamos a un despiadado asesino que no dudará en tratar de acabar también con ella. Además, por lo visto, es una joven muy respetada en su país y tiene una fortuna incalculable.

—¡Hasta un castillo! Veo que no busca la herencia del doctor, sino venganza, algo que cuadra con el ensañamiento que muestran los cuerpos —apuntó DeLong, alzando una ceja y mirando de reojo a Patrick.

—O quizás cumplir el sueño del doctor, su marido, y erigir ese museo —dijo Patrick, defendiéndola claramente.

—Esa joven puede parecer débil, con su aspecto pálido y desvalido, de alta alcurnia europea... Pero quien tiene una fortuna, tiene poder y quien tiene poder y es herido, mata.

—¿Quieres decir que pudo pagar a unos profesionales? —preguntó el juez.

—No lo sé. Hay algo en ella que me confunde. No quiero prejuzgarla. Pero no creas que es una inocente inmigrante... Esa mirada no conoce el temor ni la piedad.

Capítulo 6

LA VIEJA MAGALI

Había sido un día intenso para Sarima. Pasó la mañana recorriendo la embajada y el juzgado en busca de alguien que la pudiera ayudar hasta llegar a conocer al juez Rieri. Después de exponer su peculiar caso, salió de aquel despacho de leyes un tanto confusa. Sabía que sería escuchada, que la justicia actuaría. Pero aquella sospecha velada de Clarisa DeLong le había dado qué pensar. Esa interesante mujer había querido ahondar demasiado en ella, en los entresijos de su mente, y eso podría resultar terriblemente peligroso.

Levantó la vista entrecerrando los párpados y posó la mano sobre sus finas cejas, protegiendo sus hermosos ojos de la luz del atardecer que llenaba la entrada del edificio. Bajó lentamente los escalones buscando el refugio de la sombra en la acera, gracias a los altos edificios, y observó con curiosidad a la gente que, de forma atropellada y con expresión seria, pasaba junto a ella. Todo era tan diferente a su mundo, a su vida en el castillo de Hungría, donde apenas veía a nadie.

La presencia de cuatro jóvenes alocadas que cruzaron ante ella, riendo, llamó de inmediato su atención. Iban vestidas con prendas sacadas de otros tiempos: vestidos negros y sinuosos, con velos, cueros y encajes atrevidos, colmados de glamour. Portaban, a modo de pendientes y collares, crucifijos cristianos y estrellas demoníacas. Sus caras eran tan pálidas como la suya. Los labios, lila o rojo sangre, iban pintados a juego con la sombra de los ojos. En tres de ellas, en sus cabellos negros, destacaban mechadas de diferentes colores y una lucía una larga melena roja.

Con una mirada penetrante y una mueca seria, la última de ellas se volvió y, luego, la sonrió. Sarima no pudo contener su curiosidad y se sintió atraída.

—Mirad, esa loca nos sigue.

—¿Quién es?

—No sé. Estaba en los juzgados.

—¿Has visto su pelo? ¿Y ese vestido?

—Sí, y su piel blanca —comentaban las jóvenes entre susurros poco disimulados.

Sarima las siguió, a unos diez pasos entre la gente, hasta la biblioteca, un edificio enorme, modernista, de numerosos pasillos y grandes salas de lectura. Llegó tras ellas y entró en una sala que contaba con infinidad de libros sobre ocultismo, fantasía y demonios, y las vio sentarse. Entonces, recorrió los estantes leyendo los lomos de los libros y alzando las cejas ante algunos títulos.

—¡Vampirismo! Qué interesante —susurró, tomando un viejo libro entre sus manos.

—¿Por qué nos sigues? —le preguntó la joven de mechas rojas, acercándose hasta ella de forma sinuosa y apoyándose en la estantería.

—Quería saber —respondió Sarima, sin inmutarse ni dirigirle la mirada, fija en aquel libro lleno de ilustraciones vampíricas, demonios sedientos de sangre y hermosas doncellas.

—¿Saber?

—Sí, pero veo que no podéis.

—¿No podemos?

—No siento vuestro hálito. Sois humanas —afirmó y cerró el libro, clavando la mirada en ella.

La joven la miró sorprendida, sonrió sin poder retirar la vista de aquellos profundos ojos azules que encerraban una irresistible y terrible oscuridad en su interior. Y pensó: “está loca”.

—Veo que eres una vampira. Ven siéntate con nosotras. Quizás sí te podamos ayudar —dijo la joven, haciéndole un guiño de complicidad y atrayéndola con un sentido movimiento de la mano.

—¿Sabes de mi naturaleza y no me temes? —le preguntó Sarima con un tono suave y algo distante, sorprendida.

—Soy Mara y también soy vampira.

—Ah... Eres vampira... —susurró Sarima, perpleja ante las palabras de la joven.

Sarima dejó el libro en el estante y la siguió, sin tener por bien seguro cómo actuar ante aquella que aseguraba ser depredadora pero que, indudablemente, no lo era.

—Mis amigas: ella es Gabrielle y estas son Izarne y Zoia. También son vampiras, como nosotras —le presentó Mara con una sonrisa tan irónica como familiar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Gabrielle, la joven de melena roja y llamativas muñequeras de remaches, dejándole sitio a su lado para que se sentara.

—Sarima Vamp.

—Un nombre muy bonito. No te hemos visto antes. ¿Vas a la universidad? ¿Estudias leyes o algo así? Como te vimos salir del juzgado —preguntó Zoia, una

joven escuálida con el pelo teñido de color violeta.

—No, no entiendo —contestó Sarima.

—Has dicho que pensabas que podríamos ayudarte... ¿En qué? —insistió Mara, cautiva por la mirada y las palabras de aquella extraña, sin dejar de observar sus sinuosos labios perfectamente delineados.

Sarima percibió una mirada lejana fija sobre ella y volvió la cabeza: al otro lado de la sala estaba el agente Patrick Morgan. El cual se hizo con un libro grande y se sentó disimuladamente, vigilándola. Ella lo miró con atención por un momento.

—¿Lo conoces? —preguntó Mara, que también se había percatado de la presencia del joven.

—Sí.

Luego, sin hacer mayor caso, dirigió su mirada hacia Mara.

—Busco a alguien y no encuentro —dijo Sarima.

—¿A quién? —preguntó Mara.

—A alguien.

—Vivo o muerto.

—Un muerto que anda entre los vivos.

—¿Cómo haces para tener la piel tan tersa y pálida? No llevas maquillaje —advirtió Gabrielle, acariciando su cara.

Sarima la miró, sorprendida por su osadía, y echó lentamente hacia atrás su rostro.

—Eres de fuera, ese acento no es de aquí —apuntó Izarne.

—Vengo de muy lejos, de una región de Hungría.

—¿De Transilvania? —preguntó Zoia con cierta emoción.

—No, de una región más al norte... Transilvania queda más al sur, en Rumania.

—Creo que sí podremos ayudarte, conocemos a una buena amiga que habla con los muertos —asintió Mara.

—Y con los vivos —apuntó Gabrielle con pose de suspense.

—Ella te ayudará a encontrar a ese “alguien” —aseguró Mara.

—¿Cuándo? —preguntó Sarima, interesada.

—Mañana damos una fiesta en nuestra casa. Vente. Primero, iremos a ver a la bruja Magali y, después, lo pasaremos bien. Ten, es la tarjeta de mí “club”, ahí está la dirección. Con ella podrás entrar sin que te claven una estaca... No vengas muy tarde o tendrás que ir andando. No es un barrio muy recomendado, los taxis pasan de todo —insistió Mara, arrugando sus labios y el entrecejo.

—Tenemos que irnos. Nos esperan los machos... ¡Sedientos de sexo! —exclamó Izarne y se levantó ajustándose los senos con cara de malvada y una sonrisa.

—Te esperamos; estaremos toda la tarde allí —se despidió Mara.

—¿Eh? —exclamó Sarima, con un gesto mudo, sorprendida, viendo cómo se alejaban. Y se quedó allí, pensativa, con la tarjeta en las manos.

Entonces cruzó la vista con el agente Patrick, que seguía sentado con aquel libro en sus manos. Se levantó y caminó hacia él.

—Hola, ¿me está vigilando? —preguntó, viendo que el libro que sujetaba estaba al revés, con el texto boca abajo.

—No, no.

Sarima tomó el libro lentamente, lo puso con el texto boca arriba y se lo devolvió.

—Bueno, sí. La verdad es que sí. Me preocupa que le pueda pasar algo. Ya conoce lo que ha ocurrido en Viñedos. Si saben que usted está viva y aquí, sola, no sé...

—¿Se preocupa por mí? Sorprendente y... ¡qué caballeroso por su parte!

Patrick asintió con la cabeza y una leve sonrisa que no pudo disimular. Ella lo miró, observando las facciones de su cara, sus labios, su cuello... Y pensó que era un hombre muy hermoso, un ser humano muy apetitoso.

—¿Te gusta lo gótico? —le preguntó Patrick.

—¿Qué?

—Estabas con un grupo de estudiantes... góticas.

Sarimaladeó la cabeza extrañada. Quedó patente que no sabía de qué hablaba el agente.

—Sí, a estas chicas las llaman así por su forma de vestir y por cómo se maquillan. Es una forma de vida según dicen.

—Ya, comprendo. No son vampiras.

—No, no... Puedes estar tranquila, no te van a morder —aseguró, sonriendo.

Sarima observó la sonrisa de su boca y los hoyuelos de sus mejillas. Vio en los ojos de Patrick un brillo especial y pensó que le gustaba aquel joven no solo por el carácter simpático y su aspecto jovial, sino porque se había preocupado por ella. No le había mentido: notaba cómo el alma del agente se agitaba en su propio corazón cada vez que la miraba a ella.

—Aquí, en tu país, no está mal visto que una dama invite a un caballero a una copa, ¿verdad?

—No, pero no dejaré que me invites. Yo te llevaré a un lugar especial.

Aquella noche, Sarima y Patrick cenaron en un restaurante exquisito: unos entrantes de la casa, algo de carne roja y un buen vino; aunque ella apenas probó bocado. Pasearon por la bahía de San Francisco bajo la estrellada bóveda de la noche y junto al mar, que golpeaba con fuerza los cortantes de la costa.

Patrick, quien, gracias al excelente vino que habían degustado, ya había vencido la timidez que le mantuvo en silencio durante gran parte de la cena, le hablaba de su vida y le contaba anécdotas de sus correrías en la universidad y en la Academia de Policía ante las hermosas y espontáneas sonrisas que la joven le brindaba. Apenas tenía preguntas para ella. Más tarde, cuando la acompañó hasta el Hotel Union Square y estaba a punto de despedirse de ella, en su mente todo eran preguntas.

—Ha sido una cena muy agradable —dijo Patrick.

—Sí. Me ha gustado mucho poder conocerte mejor. Parecías un policía muy serio en el despacho de tu padre. Me di cuenta de que sois familia: os parecéis mucho,

sobre todo en esos pequeños ojos, tan profundos y tan lindos. Ahora tengo que descansar —contestó Sarima, dejándose querer.

En ese momento Patrick no supo qué decir, sonrió y se llevó la mano hasta la nuca.

—¡Te estaré vigilando! —exclamó luego, observando cómo Sarima cruzaba la puerta del hotel.

Esa misma noche, de madrugada, una sombra fugaz sobrevoló los viñedos del Cortijo de Las Auroras. En la habitación de Tracy Merkel, las ventanas se abrieron de pronto y una helada bocanada de aire frío llenó por completo la estancia. La joven se despertó y se levantó para cerrarlas de nuevo, pasando su mano derecha por los ojos, dominada por el sopor del sueño. Después, volvió a la cama, se tapó con la sábana hasta la nariz y emitió un bostezo que interrumpió de pronto, al notar un movimiento junto a ella. Abrió los ojos de golpe, sin articular una parte más de su cuerpo, y esperó en silencio, sin saber si era realidad o no y sin atreverse a volver su rostro.

Un aliento helado, un suave perfume a jazmín y un levisimo roce hizo que se estremeciera y pensó aterrada: “Hay alguien en la cama”.

Fue a girarse, pero el miedo se lo impidió. Quiso palpar con la mano, pero no pudo ni tan siquiera alzarla. Unos dedos se deslizaron suavemente por su espalda, acariciaron su cabello y le desnudaron el hombro. Inmediatamente sintió cómo unos labios húmedos la besaban, con delicadeza, calentando su cuerpo, helando su sangre. Notó el suave aliento, un delicado mordisco y cómo la punta de la lengua recorría su cuello. Su piel se erizó y soltó un gemido placentero. Quiso gritar, pero no pudo. Un sopor excitante la inundaba por completo, aunque sabía que algo horrible estaba ocurriendo. Se encogió todo lo que pudo y dejó caer una lágrima.

Una leve voz surgió tras ella, como un plácido susurro, al tiempo que percibía cómo unas gotas de sangre recorrían sus redondos senos.

—¿Por qué lloras? Vosotros los matasteis.

Con un esfuerzo sobrenatural, Tracy volvió lentamente la cabeza hacia atrás. La joven desconocida que había visto en el cementerio estaba acostada a su lado. Podía rozar sus piernas, notar sus pechos firmes y sentir sus cabellos sedosos caer sobre ella. Sus ojos azules y oscuros parecían poseerla; sus labios entreabiertos dejaban ver dos blancos colmillos manchados de sangre. Sus caricias la excitaban tanto como la aterrorizaban.

De pronto, se escuchó un golpe en la entrada de la casa: su primo Logan acababa de llegar. Tracy dirigió la vista hacia la puerta de la habitación y cuando la volvió sobre aquella extraña, se vio sola. Un grito desesperado salió de su garganta conforme saltaba de la cama, cayendo sobre la mesita de noche, recorriendo a gatas el suelo, tapándose con una mano la herida del cuello, golpeándose en la oscuridad y gritando una y otra vez presa del miedo.

La puerta no tardó en abrirse de golpe. Logan entró con la escopeta cargada y

le dio al interruptor de la luz. Enseguida llegaron algunos peones y dos mujeres de la hacienda.

—¡Estaba aquí! ¡En mi cama! —exclamó Tracy, aterrada, desde un rincón de la habitación. Se levantó y corrió, dejándose caer sus brazos.

—¿Quién? Aquí no hay nadie —preguntó Logan, apuntando con los cañones de la escopeta a cada rincón de la habitación a la vez que la abrazaba.

—¡Ella! ¡La chica del cementerio!

Al día siguiente, la tarde avanzaba en San Francisco. Pronto anochecería y a Mara se le amontonaba el trabajo en su pequeño despacho. Como era costumbre, estaba enfrascada ante el ordenador, editando unas imágenes que ya debía haber entregado. El desorden imperaba en aquella habitación cargada de pósters tétricos y fotografías de modelos posando como vampiras, blancas orugas y demonios. La cámara fotográfica y los objetivos se perdían sobre una ancha cama que permanecía sin hacer. El timbre de la puerta no paraba de sonar.

—¡Eeeeh, chicas, abrid la puerta! —gritó Mara sin dejar de teclear en el ordenador.

De nuevo, por cuarta vez, sonó el timbre de aquella vieja casa pintada de negro y decorada con ventanales y figuras góticas, crucifijos y estrellas; con las cortinas rojas y un conjunto de esculturas de enanos, gnomos y otros seres extraños que poblaban el pequeño jardín que la rodeaba. Era el “club de Mara”.

—¡Ya voy! —volvió a gritar Mara, saliendo airada del despacho—. ¿Qué? ¿Estáis sordas?

Sus amigas estaban sentadas frente a una pantalla de plasma, ignorándola totalmente, ante un concierto infernal de Rammstein que podía astillar los tímpanos de cualquier mortal.

—¡Eres tú! ¡Has venido! —exclamó al ver a Sarima en la puerta, y sus ojos se encendieron ante aquella joven extranjera que vestía con un glamour gótico muy hermoso: un vestido blanco y violeta sacado de otros tiempos cubría su cuerpo pálido; estaba modelado para la época actual, nada cargante, de encajes rizados y trabajados bordados que la sorprendieron.

—¿Te gusta? Lo he preparado para ti, no sabía cómo vestir para una fiesta y me arreglé este viejo vestido. Hacía mucho que no lo usaba. ¿Está bien?

—¡Es increíble! ¡Estás divina! Tienes que dejar que te haga unas fotografías. Tienes que posar para mí... Pero pasa, pasa.

—Gracias.

—Voy a por la cámara. Estás preciosa.

—No, en serio. No me gusta que me fotografíen.

—¿No? ¡A quién no le puede gustar que yo la fotografíe?

—Por favor, prefiero que no lo hagas: no soy nada fotogénica.

—¡Pero qué dices! ¡Si eres una belleza! Bueno, como quieras, de momento lo dejaremos, tengo que acabar un encargo... Pero ya hablaremos. Pasa y tómate unas

cervezas mientras termino. Acabo de descargar la cámara. Ayer hicimos una sesión para una revista de fantasía. ¿Quieres verlas?

—Sí, me encantaría.

Sarima entró en la habitación, mirando hacia todos lados; se sentó junto a ella, ignorando la cerveza y viendo aquellas imágenes pasar por el ordenador: eran las amigas de Mara caracterizadas de vampiras, con largos colmillos, sangre en sus labios y trajes muy antiguos, en poses provocadoras y escenarios tenebrosos.

—Están preciosas. Dime: ¿por qué actuáis como si fuerais vampiras si no lo sois?

—Sí lo somos.

—No lo sois.

—Hum... En Hungría sois algo cabezotas, ¿verdad?

—¿Cabezotas?

—Sí.

—Yo intento vestir como la gente de la calle para no parecer una vampira; vosotras lo hacéis a la inversa... Me resulta gracioso. Me gusta.

—Vamos, la bruja Magali nos espera. Envío esta última imagen y he terminado —le dijo Mara, suspirando, sin prestar mucha atención a las palabras de Sarima.

—Os acompañamos —dijo Gabrielle, quien, al verlas salir, se levantó y salió de la habitación acompañada por Zoia.

—¡Ey, esperad! Yo también voy. Hace tiempo que no vemos a la vieja Magali. Será divertido —saltó Izarne, apagando el televisor y corriendo al encuentro de sus amigas.

Sarima y las cuatro jóvenes subieron a una vieja furgoneta, oscura y de cristales tintados. Gabrielle tomó unas cervezas y las ofreció.

—¡Bebe! —insistió dándole una lata abierta a Sarima.

—Oye, ¿tú que clase de vampira eres? —le preguntó Zoia.

Sarima alzó un poco sus brazos, abriendo las manos.

—No sé... ¿De las que se alimentan de sangre, quizás? —contestó.

—¡Nosotras nos alimentamos de cerveza! ¡ja, ja, ja! —exclamó Izarne.

—¡Y de sexo! —apuntó Gabrielle tras un largo trago de cerveza, con cara de lujuria satisfecha.

Apenas habían recorrido dos manzanas, Mara frenó y aparcó en un pequeño hueco, entre dos turismos a los que golpeó varias veces para hacerse sitio.

—¡Vamos, hemos llegado!

Una pequeña tienda de ocultismo, sin nombre visible, de aspecto antiguo y lúgubre, exponía en su escaparate desde máscaras antiguas a colmillos de vampiro, pasando por vibradores y cueros negros. Dentro, un sinfín de pócimas secretas tenían su precio marcado en pequeños tarros: esencias de otros mundos, remedios para todo y aventura ante lo desconocido. Frente a ellas, una pared repleta de viejas estanterías de maderas mostraban libros repletos de polvo, con títulos atractivos

e incluso macabros.

—Hola, Magali... Mi amiga necesita tu ayuda —dijo Mara, entrando sin permiso.

—Ah, eres tú, mi pequeña Mara. ¿Cuándo me traerás esas fotografías que me hiciste, niña? —inquirió una mujer mayor, tan menuda como gruesa, que salía de la trastienda con un pañuelo en la cabeza que apenas ocultaba su pelo negro y alborotado. Llevaba un mandil por bata y una ancha falda floreada con algunas manchas. Los largos y gruesos calcetines caían a la altura de los tobillos dejando al descubierto unas piernas llenas de varices, que se arrastraban con cansancio sobre unas alpargatas roídas. A Sarima, aquella vieja bruja le recordó a una de tantas que vio arder en otros tiempos, en las hogueras de la fe cristiana, entre gritos de horror y maldiciones eternas.

—Pronto... Están revelándose —le contestó Mara.

—¿Revelándose? ¿Tu cámara no es de esas modernas? ¿Me crees tonta? ¡Maldita seas! —exclamó la anciana con mal genio, perdonando la vida de Mara con la mirada.

—Te quiero presentar a Sarima, es nuestra amiga. Acaba de llegar de Rumania, tu tierra: busca a “alguien” y le he prometido que la ayudará.

—Y... ¿quién pagará? —preguntó la anciana, observando inquisitivamente a Sarima.

—Yo, yo te pagaré —aseguró Mara.

—¿De Rumania? Sí, tienes cara de gitana. Pero eres muy blanca, niña. Estás pálida como la misma Parca. Pasa, siéntate.

—Vengo de Hungría —corrigió Sarima.

—Hum... Sí, ya veo; eres una rumana excéntrica.

Aquella vieja gitana y las cinco jóvenes entraron en la trastienda, se sentaron en unas maltrechas sillas de madera y anea, junto a una pequeña mesa redonda. La cual estaba cubierta con un tapete púrpura, decorado con figuras infernales y sobre el que había una vieja baraja de tarot. Sarima se sentó frente a Magali.

Un hombre, también mayor, con boina y aspecto cansado, bajó la luz, carraspeando la garganta. Alumbró con una vela en el centro de la mesa, dejó incienso en llamas y salió fuera, a la tienda, sin decir una palabra.

Tras realizar una serie de invocaciones que hicieron sonreír a Mara y sus amigas, Magali tomó las manos de Sarima, rozándolas con las suyas y las apretó con fuerza.

—Estás helada, niña. ¿Tienes frío? —le preguntó Magali.

—No, estoy bien —respondió Sarima.

—Veo que eres muy valiente, niña... Una vampira de verdad.

—¿Podrás ayudarme?

—Sí, mi niña; claro que sí. Ahora cierra los ojos y concéntrate en esa persona. Dime, ¿ese alguien que buscas está entre los vivos o entre los muertos? —le preguntó Magali, bajando los párpados.

—Entre los muertos.

—¿Hace mucho que murió?

—Sí, mucho... En 1718.

—¿De qué la conoces?

—Es mi hermana.

Magali abrió un ojo y la miró seria.

—Niña, ¿no me estarás tomando el pelo?

Entonces, un calor sofocante se apoderó de pronto de la anciana, que inmediatamente abrió los ojos y la boca sin poder cerrarlos ni argumentar palabra. Sintió cómo su cuerpo era poseído por una fuerza que recorría su interior penetrando en su mente. Las dos mujeres quedaron con las manos unidas. La vieja gitana balbuceaba algo sin sentido, sus ojos se fueron tornando rojizos, hinchándose como si pretendieran salirse de las cuencas oculares. La luz de la vela empezó a temblar conforme descendía notablemente la temperatura en la habitación. Sarima permanecía seria, inmutable.

La vieja Magali se sintió desplazada en un mundo oscuro y se vio rodeada de sangre, inmersa entre miles de cadáveres descuartizados, de hombres que agonizaban entre horrorosos gemidos, mujeres que lloraban lágrimas de sangre y niños aterrorizados con las venas destrozadas. La anciana empezó a sudar abundantemente por todos sus poros y apretó fuerte sus manos, entre pequeños gritos que intimidaron a Mara y a sus amigas. En aquel infierno de sangre al que había llegado, vio a una hermosa mujer acercársele: era Sarima, la joven que la tenía agarrada por las manos y que había penetrado en su alma; y tembló ante su presencia. Iba vestida con un chaleco de cuero, a juego con su larga melena roja, y una falda corta hechas jirones, de telas corroídas por el tiempo. La miraba fijamente, con unos ojos negros como el azabache y de destellos azules, brillantes. En una mano llevaba un corazón humano y en la otra, un largo cuchillo. La gitana se estremeció cuando vio que aquella presencia avanzaba decidida hacia ella. Con un fuerte grito, se soltó y se separó de la mesa, cerrando los ojos y cayendo hacia atrás estrepitosamente. Angustiada y temerosa, se acurrucó en un rincón de la habitación ante la sorpresa de las jóvenes y el silencio de Sarima.

El hombre mayor entró dando la luz.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—¿Magali? —preguntó Mara, atónita.

—¿Qué le habéis hecho? —insistió el anciano.

—¡Nada! ¡No hemos hecho nada! —exclamó Zoia.

—¡Se ha caído sola! —apuntó Izarne, atónita.

—Joder, qué susto, me he cagado —apuntó Gabrielle.

Sarima se levantó.

—Veo que, en verdad, no puedes ayudarme —susurró.

—Sí, sí puedo... Solo que no te esperaba —contestó la anciana, y se levantó ayudada por las cuatro amigas. Su cara angustiada miró con valor a aquella extraña, pero ya no la llamó niña.

—¿Qué has visto? —preguntó Mara.

—¿Has encontrado a ese “alguien”? ¡Menudo susto nos has dado! —apuntó Zoia.

La vieja anciana calló, se sentó en la silla, tan seria como temblorosa, y estrechó de nuevo las manos de Sarima, que la apretó con fuerza. Un suspiro se le escapó a Magali, y cerró los ojos mientras notaba aquella cálida sensación que la había trasladado a los infiernos. Cuando los abrió, se vio en un inmenso cementerio, tétrico, cenagosos y olvidado. Un murmullo de lastimeros gemidos y atroces gritos surgían de aquellas tumbas dispares. Se sintió arrastrada del brazo por una fuerza que no veía, pero que sentía: era la mano de Sarima, envuelta en sangre. Sus alocados pasos la llevaron hasta una sepultura: Elizabeth, 1718. Comenzó a escarbar en la tierra húmeda hasta dar con sus dedos en una pequeña caja mortuoria, de una niña. La abrió. Un grito le hizo levantar la cara, ante el sobresalto de Mara y sus amigas.

—¿Magali? —preguntó el anciano, preocupado.

La anciana le ignoró. En su mente, frente a ella, Sarima la observaba, acechando como un animal salvaje. Por la comisura de sus labios caía una fina gota de sangre.

—Es tarde, debes regresar o ya no podrás —le susurró dejando ver sus blancos colmillos.

Entonces, se giró y vio cómo, a su alrededor, cientos de muertos salían de sus tumbas gritando su desesperación, presos de su sed maldita, muertos en vida. En ese momento, una niña la tomó del brazo y mordió su muñeca con fuerza.

Magali salió del trance con un nuevo grito, horroroso. Echándose mano a la muñeca, sintió que sus venas hinchadas palpitaban ante unas marcas de colmillos. Trató de calmar su acelerado corazón, respirando profundamente, entre sudores, y se alzó de nuevo para beber con ansia de un vaso con agua. Sarima permanecía observando, esperando una respuesta. Mara y sus amigas estaban atónitas y aquel hombre mayor permanecía cerca, con cara de pocos amigos, preocupado.

—¿A quién buscas? —preguntó Magali, tratando de mantener la serenidad.

—La pequeña, ¿estaba dentro o fuera del ataúd? —inquirió Sarima.

—Estaba fuera...

—Quiso alimentarse de ti, ¿verdad?

—Sí... Eso significa que está entre los vivos y que tiene hambre, ¿verdad?

—Sí —respondió Sarima, satisfecha.

—Tú también estabas allí.

—Lo sé. Yo te traje de vuelta antes de que los malditos devoraran tu alma.

Sarima se levantó y se dirigió hacia la salida. Mara y sus amigas la siguieron, expectantes ante lo ocurrido.

—Mara, espera —salió tras ella la vieja gitana, un tanto alterada.

—Id delante, tengo que pagar... Con tanto teatro y no se le ha olvidado.

—Sí, págale, que esta tarde se lo ha ganado. Me ha hecho pasar miedo la muy condenada —apuntó Zoia, nerviosa por lo que había presenciado.

Mara se acercó a Magali, que, tomándola por el brazo, la metió en la

trastienda.

—Esa joven... Alejaros de ella... Es un demonio infernal —le confesó, sofocada.

—Sí, es una vampira. Ya te lo dije. Ten, abuela, tómate un descanso —dijo Mara, bromeando, y le entregó un billete de veinte dólares.

—No, no quiero tu dinero. Escúchame: es un demonio de verdad. Es la primera vez en sesenta años que alguien ha dominado mi mente. Se sirvió de mí para llegar al infierno de la sangre, al sagrado campo de los muertos vivientes, los dominios de Lilith... Aléjate de ella. ¡Es una verdadera vampira!

Mara arqueó las cejas, preocupada por el estado de la anciana. Luego sonrió incrédula.

—Tranquila, abuela; me mantendré alejada de ese demonio —contestó con ironía.

Las cinco jóvenes montaron en la vieja furgoneta, vigiladas por la mirada temerosa de Magali.

—Vamos, esta noche hay fiesta. Los colegas ya habrán llegado. ¡Guauu! —exclamó Mara, arrancando el motor, y aceleró—. ¿Te ha ayudado?

—Sí, mucho —contestó Sarima.

—La vieja Magali me ha dicho que tengamos cuidado contigo, que eres una verdadera vampira. ¿Debemos preocuparnos? —le preguntó Mara con una sonrisa irónica.

—No... De momento, no. Me siento bien con vosotras. Tengo donde saciarme y no tengo otras amigas.

Capítulo 7

LA FIESTA DE MARA

Anochecía en aquel barrio de San Francisco. Las luces de las farolas apenas alumbraban las calles desiertas. En la vieja furgoneta, Sarima y sus nuevas amigas reían las bromas de Gabrielle sobre las palabras de Magali, la vieja bruja rumana. El trayecto fue corto, por lo que no tardaron en llegar a la casa de Mara. En la puerta había una decena de jóvenes, vestidos para la ocasión, que preparaban unas mesas con bebida y comida. La música gótica sonaba bien alto para animar la fiesta.

—¡Ey! ¿Quién es esa preciosidad? —preguntó Hank, un joven apuesto, de mirada indiscreta, flequillo de punta y con los ojos y labios pintados de negro.

—Es mía. Quien le pose una mano encima... ¡Se la corto! ¡Y no me refiero a la mano! —dijo Mara, riendo.

Entre dichos, copas y risas, la fiesta empezó ante una atónita Sarima que no entendía a aquellos jóvenes vestidos de muerte, caracterizados como vampiros y criaturas oscuras, que escuchaban una música a veces ruidosa y otras melódica, la cual llegaba a atormentarla. Pero le pareció gente extraordinaria, se sentía bien entre ellos: no tenía que esconder sus afilados colmillos cuando sonreía, pues algunos de ellos también los mostraban, y su pálido rostro, al reflejo de la luna, no asustaba a nadie. Por el contrario, sentía que resultaba hermosa e interesante para ellos.

Avanzada la noche, Mara se sentó, cansada, con una cerveza en la mano, junto a Sarima. Se quedó observándola por un rato. Le gustaba mucho esa joven esbelta y de aspecto vampiresco: le atraía ese perfume de jazmín salvaje tan embriagador, su tersa y pálida piel, aquella melódica voz con acento europeo. Y esos ojos azules, de mirada profunda, que en ocasiones se tornaban oscuros como la noche y, en otras, claros y transparentes como el día.

—¿Qué lentillas usas? —preguntó interesada en sus cambios de tono.

—¿Lentillas? ¿Qué es eso? —respondió Sarima.

—Sarima, ven... Hank va a contarnos historias de ultratumba, te gustará —la llamó Gabrielle.

—¡Voy! —exclamó Sarima—. ¿Vienes?

—No, yo voy a echar un trago que ya me conozco a Hank. Tú no te lo pierdas, seguro que te gustan sus historias macabras. Pero estate alerta o a la que te descuides te lo encontrarás en tus bragas —le contestó Mara antes de verse rodeada por sus amigas.

Tras realizar una fotos a un amigo, en plan vampiro, Mara relajó su cuerpo en un sofá que parecía engullirla; y fijó la mirada en Sarima. Reía al lado de Hank, escuchando relatos de terror en aquel círculo gótico. Luego observó la cámara, tentada de fotografiarla. Finalmente, remugó, giró la cabeza y cerró los ojos. En su mente, se vio fotografiando a Sarima en un tétrico y oscuro cementerio, junto a sus amigas, entre risas, reflectores, trípodes y maquillajes. Pose tras pose, los destellos del flash iluminaban aquel decorado de tumbas, cruces y ángeles caídos. De pronto, empezó a soñar que ambas se besaban, abrazadas, excitadas, y su cuerpo se humedeció en un vaho de deseo. Sus amigas habían desaparecido. Y, en un instante, horrorizada, se vio abrazada a una criatura oscura que se apoderaba de su cuerpo. Aquel ser le cruzó su mirada brillante y abrió las fauces mostrando sus poderosos colmillos. Mara veía y sentía agonizante cómo aquel ser devoraba su alma, tragando su sangre...

—¡Ey, Mara! ¿Qué pasa? ¿Ya has caído? —exclamó Gabrielle, un poco bebida, agachándose a su lado para robarle la cerveza.

Mara despertó al oír su nombre, sobresaltada. Miró a todos lados, un sudor frío humedecía su pecho. Entonces, recordó que se hallaba en la fiesta y, con un suspiro de alivio, calmó su respiración al comprobar que todo había sido una terrible pesadilla.

—¡Dios, era tan real! —exclamó ante una atónita Gabrielle. Y volvió a fijarse en Sarima, que escuchaba atenta las historias de Hank.

—¿El qué? —preguntó Gabrielle, y pegó un largo trago.

—Tengo que fotografiarla —murmuró ignorando la pregunta y, sin pensarlo, tomó la cámara, subió el ISO a 800 y le hizo una foto robada, sin flash—. ¡Y tú, deja mi cerveza!

—Vale, vale... Ahí la tienes —contestó Gabrielle, dejando la lata vacía, y dio media vuelta para alejarse meneando las caderas. De pronto, se ladeó para vomitar en el césped, sobre un gnomo—. Creo que me voy a sobar un poco. No me ha sentado bien ese sándwich vegetal.

—Mara, me voy a dormir, se ha hecho muy tarde —se acercó Zoia—. Ya casi no queda nadie, y los que quedan ya se han pillado sitio. ¡Me tocará dormir sola, sin consuelo y en el suelo!

—Yo también —dijo Izarne—. Ayúdame con Gabrielle.

—Sí, será mejor que descansemos un poco —le contestó Mara, guardando la cámara. Luego, se levantó y se dirigió hacia Sarima.

—¿Qué haces? ¿Te quedas a dormir? —le preguntó.

—No, no puedo. Mañana tengo mucho que hacer —contestó Sarima, que permanecía absorta, junto a otras dos jóvenes, escuchando un cuento romántico, de vampiros, de los que aquel joven apuesto relataba con tanta soltura.

—¿Ya te vas? —preguntó Hank, interesado.

—Sí —respondió ella—. Gracias por tus cuentos, son muy interesantes.

—Puedo contarte más —le sonrió Hank.

—Deja que se vaya, puedes contárnoslos a nosotras... ¿Vamos dentro? —dijo una de las jóvenes que permanecían junto a él.

Con una mueca pícaro y una sonrisa, Hank se levantó con las dos muchachas y se alejó con ellas de la cintura, guiñando un ojo a Sarima.

—Otro día —dijo finalmente el joven.

—Sí..., otro día —contestó Sarima algo perpleja y se volvió hacia Mara—. Ha sido una fiesta estupenda: me he divertido mucho. Gracias por invitarme.

—No seas tonta. Ven, acompáñame. Mi cama es grande y ya es muy tarde. Además, no creo ya que ligue con nadie esta noche. Están todos borrachos o acoplados, cabrones. Ya te irás mañana, descansada. Los taxis no se acercan a estos barrios por la noche y yo estoy muy bebida como para llevarte a ningún lado. Si nos detiene la policía, nos cruje —aseguró Mara y, tomándola del brazo, la llevó hasta su habitación.

Sarima la siguió, notando cada latido del corazón de aquella joven en su mano, fijando la vista en su cuerpo bien moldeado, sano y caliente como la sangre que debía de recorrer sus venas.

Mara se sentó en la cama, se desnudó sin rubor alguno y se tumbó de lado. Sarima la contempló. Pensó que era muy hermosa y sintió hambre. El azul de sus ojos se oscureció y brilló como los de un lobo ante su presa abatida. Apretó las manos y bajó la mirada.

—Debo controlarme... Su dulce sangre espera... Es mi amiga y sé dónde saciarme... Los vampiros no tienen amigos... —murmuró, presa de sentimientos encontrados.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes vergüenza o es que te gustan las mujeres? —preguntó Mara, al ver que Sarima dudaba y no se acostaba.

—No, no... Bueno, sí un poco.

—¿El qué? ¿Tienes vergüenza o te gustan las mujeres? —interrogó, con una sonrisa cómplice, al tiempo que apagaba la luz.

Sarima no contestó, le devolvió la sonrisa y se desnudó a la luz de la luna que entraba por la ventana. Sus curvas perfectas, aquellos pequeños y redondos pechos, de pezones firmes y duros, esa melena roja que caía como una cascada sobre su pálida piel, su penetrante aroma de mujer, acompañado de un ligera brisa de jazmín,

despertaron instintos desconocidos para Mara, que la miraba atónita.

Apenas habían pasado unos minutos y las dos jóvenes se abrazaban, rozando sus pechos, sus vientres, apretando sus cuerpos. Sarima la acarició el cuello con la lengua; le mordió levemente los labios y la sangre brotó, recorriendo una pequeña gota su barbilla. Un temblor recorrió a Mara mientras sentía aquella piel suave como la seda, seguido de una profunda sensación, muy excitante, que le hizo apretar todavía más su cuerpo contra el de ella hasta llegar a un éxtasis desconocido, un orgasmo increíble que parecía no acabar nunca. Sarima seguía besando sus labios dulcemente, a la vez que libaba con delicadeza su sangre, sin dejar escapar otra gota más. Mara solo pudo entreabrir los ojos mientras abrazaba a su desconocida amiga, aquella que la hacía sentir frío y calor al mismo tiempo, que la mantenía en un limbo de constante placer. Miró al espejo que tenía frente a ella y se vio sola, lasciva sobre la cama. Pero sola. No reaccionó, cerró de nuevo los ojos y quedó sumida en un placentero sopor que la dejó sin fuerzas, dormida.

Era más de mediodía cuando Mara despertó. Por un momento, se encontró turbada: miraba confusa el techo de la habitación, se sentía débil y terriblemente cansada. De pronto, al tomar consciencia de la noche de lujuria vivida, se incorporó con un salto y miró a ambos lados, buscando a Sarima, que ya no estaba. El espejo le devolvía la imagen de su cuerpo desnudo. Con la mano acarició sus labios: dos pequeños cortes delataban que no todo fue un sueño y giró su vista hacia las sábanas. Una pequeña mancha de sangre llamó de inmediato su atención. Acarició aquella mancha y luego sus labios. Perpleja, resopló en silencio.

—Ha sido increíble. Esa chica está loca... Me mordió... ¡Me lo he hecho con una tía! ¡No puede ser! —exclamó reiteradamente.

En el Hotel Union Square, el agente judicial Patrick Morgan entró y se dirigió directamente hacia el ascensor.

—Morgan, ¿qué haces aquí? ¿Todavía me estás vigilando? —preguntó Sarima, al cruzarse con él en el vestíbulo.

—No, bueno... Sí, aunque ahora te traigo noticias: el próximo jueves iremos a Viñedos. He concertado una entrevista para revisar el tema de la herencia, un primer encuentro. Solo la señorita Tracy Merkel y Celestino, el sacerdote del pueblo, han accedido a entrevistarse contigo. El alcalde, en representación de los demás afectados, lo hará por medio de un abogado.

—¿Son buenas noticias?

—Sí, por un lado. Por otro, creo que el tema irá para largo.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, te invito a almorzar.

Patrick la acompañó hasta el vehículo, donde Clarisa DeLong esperaba.

—Hola, señora Merkel.

—Por favor, llámeme Sarima.

—Como usted desee —apuntó la exagente y, apretando los labios, levantó las cejas.

Aparcaron cerca de un coqueto restaurante de comida rápida. El aroma a café inundaba el local y conseguía disimular el olor a frituras, huevos y beicon. Era un lugar muy frecuentado, por lo que, viendo que apenas había una mesa libre, aprovecharon que una quedaba vacía en ese momento para ocuparla.

—Un café y un bollo de mermelada —pidió DeLong al camarero mientras retiraba platos, cubiertos y limpiaba la mesa con dos enérgicos movimientos.

—Para mí, unos huevos revueltos con beicon y café —dijo Patrick.

—Yo... No sé. Lo mismo. Pero prefiero agua sin gas en vez de café —continuó Sarima.

—¿Huevos con beicon? —preguntó el camarero.

—No, otro bollo de mermelada... O un croissant si es posible. O mejor solo el agua, no tengo hambre.

—Ya te habrá comentado Morgan que tenemos una cita —dijo DeLong, observando cómo el camarero se alejaba rápido.

—¿Tú también vendrás? —le preguntó Sarima.

—Sí, claro... Debe ir alguien con juicio —apuntó DeLong sonriendo y dirigiendo la mirada hacia ella.

—Creo que no tendrá problemas en trasladarse a la mansión, incluso en trabajar en el museo. Pero... —añadió Patrick.

—¿Pero? —preguntó Sarima.

—No nos fiamos de que te quedes sola. La gente anda muy nerviosa y está claro que no todo el mundo quiere verte por allí.

—Preferimos que se quede en el hotel, si puede. Morgan estaría más tranquilo —comentó DeLong, dando un sorbo de café.

—¿Teme por mí seguridad, agente Morgan? —le preguntó Sarima, ladeando un poco la cabeza.

—Todos tememos por ti. El lugar no es seguro —se justificó Patrick—. Creemos que no es prudente que te marches allí sola.

—Acompáñame —susurró Sarima, dejándose querer, cruzando su mirada con la del agente.

—¿Que te acompañe? —preguntó el joven.

—Sí... ¿No te preocupas por mí?

Patrick la miró sin saber qué contestar. Se sintió estremecer, un pequeño escalofrío recorrió su espalda y aceleró su corazón perdido sin poder retirar la mirada de sus hermosos ojos. Ella le sonrió y él deseó abrazarla.

DeLong saboreó un largo trago de café y estiró el labio inferior, consciente de lo que estaba ocurriendo en aquella mesa.

—Hemos pensado proporcionarle protección policial. Morgan debe seguir con la investigación y no puede estar en dos lugares a la vez —comentó sin mirarle.

Sarima posó su mano sobre la de Patrick, observándola: era grande, sus dedos estaban inquietos y sus uñas se veían cuidadas.

—Eres muy fuerte, seguro que en tus brazos estoy segura —declaró Sarima, alargando su acento europeo, dejándose querer sin recato alguno.

DeLong chasqueó la lengua, dejó la taza sobre la mesa y la miró perpleja. Y pensó que aquella joven podía embaucar a cualquier hombre que le apeteciera. Incluido el doctor Frank Merkel y, por supuesto al joven agente Morgan.

—Puedo acompañarte solo por un par de días, mientras la gente del pueblo te conoce y todo se tranquiliza un poco —aseguró Patrick, preso de aquellos hermosos ojos—. Después, mantendremos vigilancia por un tiempo prudente; y si es necesario, hasta que todo acabe.

DeLong miró al techo, tomó la taza de nuevo, sopló el café y se lo acabó.

—Sarima... Puedo llamarte Sarima, ¿verdad?

—Sí, sí. Por supuesto.

—¿Recuerdas que te pregunté dónde pasaste la noche del martes?

—Sí. En el hotel. Te respondí. ¿No?

—El martes no estuviste en el ático del hotel. Tienes que decirnos dónde pasaste la noche. Es importante para nosotros, para la investigación.

Sarima la miró con desconfianza, sintiéndose presionada, y soltó la mano de Patrick.

—¿Yo no estaba en la habitación? —preguntó.

—No, subieron para revisar el aire acondicionado. Hubo una avería general y revisaron parte del edificio. Aunque era tarde, como no estabas, también aprovecharon para cambiar el ajuar del baño. Luego, nadie te vio llegar en el turno de la noche, ni te vio hasta el día siguiente. Nadie puede confirmar si pasaste allí la noche o no. No tenemos coartada si intentan incriminarte por algo y debemos esperar cualquier cosa de esas personas.

—Comprendo —murmuró Sarima, reticente, pensativa.

—Aunque tampoco dormiste en el hotel —insistió DeLong.

Sarima bebió agua y miró a Patrick, que la contemplaba sin desconfianza, esperando una respuesta. Ella volvió a posar su mano sobre la de él.

—Puede que saliera a pasear un poco, alguna noche he salido. Me gusta pasear. Siempre he regresado muy pronto. No sé. Creo que, cuando regresé, el recepcionista estaba en el bar del hall, recogiendo unos periódicos. No recuerdo haberle saludado.

—Debes confiar en nosotros, esas personas a las que nos enfrentaremos harán todo lo posible por quedarse con la herencia —expuso Patrick.

—Lo siento, no sé qué decir. Anoche estuve en la fiesta de unas amigas a las que conocí en la biblioteca —se disculpó bajando un poco la cabeza.

DeLong se levantó y fue a pagar la cuenta. Patrick tomó la mano de Sarima y, con la otra, subió el mentón de la joven con una caricia. La notó cálida y vio un suave rubor recorrer por sus mejillas pálidas.

—Tranquila, nadie cree que tengas algo que ver con esos asesinatos —le dijo.

—Ella piensa que fui yo.

—No, no... ¡Por Dios! Debes comprenderla, fue una de las mejores agentes del FBI, experta en perfiles y asesinos en serie. Hoy es una prestigiosa psicóloga. Está con nosotros para desenmascarar a esas personas, para esclarecer qué pasó. Solo busca ayudar. Y para lograrlo debe estar bien informada.

Sarima volvió su mirada hacia DeLong, que se acercaba a ellos con una sonrisa complaciente, con un brillo vivaz en su ojos, y supo que esa mujer sabía quién era realmente ella: una depredadora.

—¿Quieres que pase a recogerte esta noche? Podrías pasear acompañada —le preguntó Patrick, sacándola de sus pensamientos.

—Sí, te lo agradecería mucho.

—¿Te llevamos a algún sitio? —preguntó DeLong, conforme la acompañaba a la salida.

—No, pasearé hasta la biblioteca. Me gustaría leer un poco.

—Bien, como quieras.

—Nos vemos esta noche —le dijo Patrick, despidiéndose de ella.

Sarima se alejó andando por la sombra, pensando en Clarisa DeLong.

En el coche, Patrick se volvió hacia la exagente, que sonreía como si hubiera jugado al gato y al ratón y asomara por su boca la cola.

—No hubo ninguna avería —aseguró el joven agente.

—Lo sé. Nos ha mentido. ¿Esta noche vas a verla? ¿No te habrás colado por ella?

—No, no... —aseguró Patrick, titubeando.

DeLong estiró su cuerpo hacia atrás en el asiento del coche para examinarle y levantó las cejas.

—¡Ah! ¿Cómo puede ser? ¿Te has enamorado de la principal sospechosa de un triple homicidio! —exclamó consciente de lo que estaba pasando.

—No es mi sospechosa, es la tuya. Y no estoy enamorado... Solo es que... —dijo Patrick, negando la evidencia.

—¡Por Dios! Espero equivocarme y que esa joven no tenga nada que ver, aunque son tan pocas las veces que me falla el instinto...

—Lo sé y eso me preocupa. Pero esta vez no creo que aciertes.

—Estás enamorado.

Capítulo 8

LA BODEGA DE STANLEY

Aunque no era la única joven de aspecto gótico que visitaba la biblioteca, cuando Sarima entró, su presencia no pasó desapercibida. Sin vacilar un momento, se dirigió a la sala de lectura en la que había conocido a sus nuevas amigas y donde halló interesantes volúmenes sobre vampiros.

Allí estaba sentada Mara, sola, rodeada de varios libros. Sarima dejó a su lado uno viejo y grueso, sin dibujos atractivos ni caracteres especiales. Pero con un título especial: “Lilith, la reina de las vampiras”. Y se sentó junto a ella.

—¡Ah! ¡Eres tú! —exclamó Mara, sin poder ocultar su interés en ella ni su temor.

—Es muy interesante este lugar.

—Sí...

—¿Has encontrado lo que buscas? —preguntó Sarima, pasando la mano por las pequeñas torres de libros sobre vampiros que Mara tenía sobre la mesa.

—No, la verdad es que no. Quiero inspirarme para realizar unas fotografías auténticas.

—¡Ah!

—Pero solo tu mirada me inspira más que cualquier libro...

Sarima sonrió.

—Ya sabes: soy una vampira.

—Anoche... Bueno, yo...

—¿Tienes vergüenza o es que te gustan las mujeres? —le preguntó Sarima.

Mara apretó los labios con una mueca traviesa; recordaba bien esa pregunta.

—¿Vendrás esta noche? —preguntó Mara, deseosa.

—No, esta noche he quedado —respondió Sarima.

Mara se relajó, estirando su cuerpo sobre el respaldo de la silla.

—¿Con el joven que te seguía? Está bueno. Sí, ¿verdad? —le preguntó con una sonrisa pícaro.

—¿Está bueno?

—Sí; vamos, que te lo comerías.

—Sí, lo haré. Pero de momento disfrutaré de su compañía.

Ambas rieron. Mara tomó su mano y, mirándola a los ojos, se acarició las dos pequeñas heridas de sus labios.

—Sarima, amiga mía... ¿Quién eres? —le preguntó.

Ella se levantó lentamente, agachó su rostro y besó sus labios, rozándolos con la lengua.

—Sabes muy bien quién soy. Solo tienes que aceptarlo, amiga mía.

Mara se quedó helada: aquellas contundentes palabras y ese beso tan dulce la habían desconcertado por completo. Un húmedo escalofrío recorrió cada célula de su ser y la colmó de un deseo que le impedía apartar la vista de aquella joven que abandonaba la sala. Suspiró profundamente e intentó recobrar su estado al tiempo que, dándose aire con una mano, volvía su vista sobre el libro que estaba consultando: “Los vampiros son criaturas de la noche y, aunque, a causa de nuestro terror hacia lo desconocido, queramos negarlos, siguen palpitando en nuestro subconsciente, quizás como vestigio de un tiempo en que fueron temidos por considerarse grandes depredadores de hombres. Y a pesar de que existe una gran variedad de ellos, todos tienen en común su principal alimento: la sangre humana...”

Mara alzó la vista y se quedó mirando al vacío. Pensó en su nueva y desconcertante amiga y se preguntó si realmente existían los vampiros. Por un momento, se sintió aturdida. ¿Se estaba volviendo loca? Buscando una respuesta, dirigió sus ojos al libro que Sarima había dejado sobre la mesa.

—“Lilith, la reina de las vampiras” —susurró recordando las palabras de la vieja Magali. El sugerente título invitaba a dedicarle algo más que un vistazo, de modo que apoyó su frente en la mano derecha mientras con la otra abría el libro.

Patrick Morgan caminaba junto a Sarima. Acababan de salir del Aquarium de la Bahía de San Francisco. Tras una calurosa tarde, la suave y húmeda brisa del Pacífico se dejaba sentir, haciendo agradable su paseo por el puerto a la luz de la luna. A la izquierda se podían ver las espectaculares luces del Golden Gate y frente a ellos, una pequeña isla.

—Es la prisión de Alcatraz. Ahí han estado encerrados los criminales más peligrosos de Estados Unidos —aseguró Patrick.

—¿Ya no están? —preguntó Sarima.

—No, ahora está preparada para el turismo. ¿Te gustaría verla?

—No, creo que no... No me gustan las prisiones.

—Por desgracia son necesarias, ¿qué podríamos hacer con los criminales, si no?

—Matarlos.

—¡No! —sonrió Patrick—. Eso no es posible.

—¿Por qué no?

—No, seríamos como ellos... o peor.

—Ah, vagos complejos de superioridad moral ante un vulgar asesino. El ser civilizado ha de imponerse al animal que lleva dentro. Comprendo.

—No, no se trata de eso —respondió Patrick, sorprendido por aquella respuesta; después rodeó con su brazo los hombros de Sarima y se acercó a ella hasta rozar su cara.

—Entonces, ¿de qué se trata? —preguntó ella.

—Estás helada. ¿Te encuentras bien? —respondió Patrick, sin poder argumentar nada más.

Ella alzó la mano para acariciarle el mentón y notó su tibia piel, la escondida barba que se abría camino, el destello de sus pequeños ojos y la acelerada carrera de latidos que producía cuando la tenía entre sus brazos. El viril aroma que desprendía aquel joven por cada poro de su cuerpo actuó en ella como un perfecto detonante: una llama comenzaba a arder, derritiendo el hielo tenebroso que la consumía, y quiso besar aquellos labios carnosos, morder su cuello. Él la atrajo hacia sí con decisión y quedaron fundidos en un dulce beso de amor.

Con un leve gemido, Sarima se separó con cierta inquietud. El deseo de la sangre se le apoderaba.

—Perdona, no debí... —quiso corregir Patrick, pensando que la había molestado.

Sarima miró hacia la bahía y esquivó su mirada, sin soltarle del brazo.

—Lo siento... No he podido evitarlo. Quizás prefieras regresar al hotel —insistió Patrick en su disculpa.

—Sí, será lo mejor; estoy agotada. No estamos lejos, ¿verdad?

—No. Pero podemos tomar un taxi si lo deseas.

—Prefiero pasear... Es todo tan lindo, me siento feliz a tu lado.

Patrick siguió junto a ella y vio cómo la palidez del rostro de Sarima había desaparecido: un hermoso rubor la cubría. Su mano estaba cálida como nunca la había notado. Pasearon de la mano hasta llegar a la puerta del hotel. Apenas se dijeron unas palabras: él no sabía qué decirle, cómo decirle, y ella no tenía nada que contarle.

—Mañana te llamaré —apuntó el agente.

—Sí, ya me dirás algo. Buenas noches —se despidió ella. Luego atravesó la puerta del hotel y se fue directa y apresuradamente al ascensor, mordiéndose los labios.

Patrick anduvo hacia el aparcamiento, donde había dejado el vehículo.

—¡Oh, Dios! ¿Cómo es posible? —remugó, luchando por desechar la idea de subir de inmediato a la habitación de Sarima y estrecharla entre sus brazos.

En el ascensor, Sarima permanecía inmóvil, sin pestañear, con los ojos abiertos y fijos en el espejo: su reflejo era tan claro y nítido como el día. Hacía mucho tiempo

que no veía su alma humana. Solo con pensar en los latidos de amor de aquel corazón, en aquellos pequeños ojos llenos de humildad, en el aroma que emanaba de su camisa, en sus fuertes brazos rodeándola, en su exaltada virilidad... la hacían estremecerse. Aquella sensación ardiente la había superado.

Entró con prisa en el ático y lanzó su bolso contra la pared, con ira. Sus ojos se habían tornado oscuros como la noche. Se desvistió y cambió de ropa en pocos segundos, colocándose un chaleco y una minifalda de cuero rojizo hecha jirones. Quiso contemplarse de nuevo en el espejo de la habitación. Su figura había desaparecido, no había reflejo alguno de ella; tan solo el de la cama y la pequeña mesita. Con un tremendo rugido, saltó sobre el espejo, dejando al descubierto sus largos y afilados colmillos, y le lanzó un puñetazo que lo convirtió en cristal quebrado. Inmediatamente, corrió a la terraza, estiró los brazos y saltó al vacío.

En el Cortijo de Las Auroras, en Viñedos, la luna llena presidía con fuerza un cielo limpio y estrellado, alumbrando con su espectral luz los viñedos. La joven Tracy Merkel, sentada frente al tocador, deslizaba un camisón que dejaba al descubierto su hombro: la marca de dos colmillos, ya casi imperceptible, la herida cicatrizaba rápido, la aterrorizaban y le confirmaban que sus encuentros con la extraña joven no fueron producto de su imaginación. No lo había comentado con nadie. Tenía miedo de ser tomada por loca o, lo que es peor, por maldita y poseída por un demonio. Tomó la Biblia y se acercó al lecho, retiró las sábanas y lo vio vacío, examinó debajo de la cama y suspiró con alivio al ver que no había nadie. Inmediatamente se acostó y comenzó a leer las Sagradas Escrituras. En la mesita había un Cristo y sobre la cama, un crucifijo. Bajo ésta, una ristra de ajos y una palangana con agua bendecida por el propio Celestino, el sacerdote del pueblo.

No muy lejos de allí, en el supermercado del pueblo, Stanley Alvarado revisaba su envidiable bodega: una colección particular de los mejores vinos de la vieja Europa y del Nuevo Mundo. El negocio no iba mal, había conseguido ampliarlo y montar dos nuevos establecimientos en la zona donde se construía el complejo turístico. Además, apenas hacía un año que se había casado con Mariana y ya esperaba su primer hijo para el próximo mes. Todo marchaba bien gracias a la generosa parte que había recibido de la herencia del doctor Frank Merkel. Sonreía mientras ordenaba las cajas y observaba el reposo de los crianzas y reservas.

Encima del local se hallaba la vivienda. En ella, su amada esposa, atareada entre fogones y con la mano en su bendecido vientre, preparaba la cena. Desde el balcón se veía la plaza Mayor y se oía a la gente que, al pasar, se despedía hasta el día siguiente. Escuchó el ruido de la chirriante persiana del bar de Jacinto; cerraba el negocio, mañana sería otro día. Salió de la cocina y bajó unos peldaños de las escaleras de la bodega.

—Stanley, sube a cenar. Ya acabarás mañana, que se enfrían las chuletas.

No hubo respuesta.

—¿Stanley?

La temperatura bajó de forma inmediata y Mariana sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Era como si una presencia sobrenatural la hubiera acariciado. Temerosa, puso la mano en su vientre. Y al momento, de la bodega llegó un fuerte crujido acompañado del sonido de cristales rotos.

—¡Stanley! —gritó.

Las luces se debilitaron. Sintió miedo. Tomó una linterna, bajó las escaleras y recorrió la tienda. Todo parecía en su sitio.

—Stanley —susurró.

La puerta de la bodega estaba abierta, pero no había luz. Mirando sin poder ver, se acercó y alumbró con la linterna. Aunque Stanley le tenía prohibido ir al sótano en su estado, pues los escalones era altos y estrechos, comenzó a bajar lentamente y con precaución. Un leve roce la hizo chillar: había notado de nuevo esa presencia. Resbaló asustada, y logró asirse al pasamano para esquivar una caída fatal. Tragó saliva, consciente de lo poco que había faltado, y comenzó a sudar.

—¡Stanley! ¡No tiene gracia! ¡Me estás asustando! ¡Stanley?

Ninguna respuesta, la bodega permanecía en silencio. Al llegar al sótano, alumbró las botellas y escuchó un leve ruido al fondo, en la oscuridad.

—¡Stanley? ¿Estás ahí? —insistió con enfado.

Entonces, notó los pies mojados de vino y se dio cuenta de que pisaba vidrio. Luego, oyó unos pasos firmes. Sus piernas temblaron y un mal paso le provocó un pequeño corte en el tobillo derecho. Insistió en su llamada dos veces más, de forma agónica y con voz temerosa. Nadie contestó. Nerviosa, pasó la mano por su cara y dio una vuelta por el sótano, alumbrando los barriles de vino. Y quedó muda. Los pies de Stanley Alvarado sobresalían por una de las cubas. Su cuerpo inerte se hundía, boca abajo, en el vino. Presa del pánico, cayó sentada en el suelo y comenzó a chillar desesperadamente.

Los fuertes gritos de Mariana alertaron a Jacinto que cruzaba la plaza y a otros vecinos, que corrieron en su ayuda. Pero la puerta del supermercado estaba cerrada y atrancada por dentro. No podían entrar por muchos golpes que dieran.

—La ventana del comedor está abierta... ¡Traed una escalera! —exclamó Jacinto.

Dentro, en la bodega, Mariana lloraba desconsoladamente sentada sobre un charco de vino y cristales. De repente, percibió una silueta femenina que se acercaba a ella, castañeteó los dientes y volvió a lanzar un grito descarnado que estremeció a los vecinos congregados en la puerta de su casa. Palpando el suelo con sus manos temblorosas, trató de hacerse con la linterna.

En la calle, varias personas corrían con una escalera al hombro mientras Jacinto les apremiaba, exaltado ante los gritos de Mariana. Todo el pueblo se fue concentrando en la puerta de la tienda, inquietos por la suerte de Mariana y Stanley.

Temblando de miedo, la aterrorizada mujer alzó un poco la linterna sin lograr ver nada. Tragó saliva. Notó un leve roce en sus pies y una mano que, con las uñas puntiagudas y color violeta, acariciaba la suya, subiendo por el brazo. Alguien se

había colocado en cuclillas, frente a ella, y en la oscuridad le acariciaba la cara con las dos manos. Cuando la sombra se acercó pudo ver la juventud de su rostro, sus profundos ojos, oscuros como la muerte, y unos afilados colmillos blancos que asomaban bajo los labios manchados de sangre. Aquella boca se posó sobre su cuello y realizó un leve corte.

Al pasar la mano sobre el vientre de la embarazada, Sarima retiró de pronto los labios y la miró con una tristeza infinita. Mariana jadeaba sin parar, no tenía fuerzas para gritar.

—Mi hijo... —susurró en tono de imploración.

Aquellos ojos oscuros se tornaron en un azul celeste que brillaba en la oscuridad. Mariana sintió la mano de aquella extraña tocar su vientre en silencio. Parecía como si las caricias traspasaran su piel y alcanzaran a su hijo no nato. Aterrorizada, echó el cuello hacia atrás y apretó los dientes con fuerza. Samira bajó los párpados y retiró su mano lentamente. Sin fuerza, Mariana cerró los ojos e imploró por su vida y la de su hijo sin dejar de llorar.

—¡Mariana! ¿Dónde estás? ¿Qué ocurre? —gritó Jacinto al pie de la ventana, acompañado del alcalde Rivas, que acababa de llegar, alertado por los vecinos.

Jacinto subió el primero, dando grandes saltos por la escalera, y llegó hasta la ventana que se encontraba abierta. En ese momento, una fuerte corriente chocó contra él como si fuera un muro helado. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el suelo. Quejándose del fuerte golpe recibido con la caída en la cabeza y la espalda, vio al alcalde entrar en la casa y a dos personas más subir por las escaleras.

—Jacinto, ¿estás bien? —le preguntó una mujer.

—Sí... —susurró con la vista perdida y observando atónito, en lo alto, una neblina rojiza, con forma humana, que se perdía en la oscuridad de la noche.

El teléfono sonó por tres veces en el ático del Hotel Union Square donde se alojaba Sarima. Su lecho estaba vacío. Súbitamente, la ventana de la habitación se abrió de golpe y una mano tomó el teléfono.

—Sí... Huum. ¿Qué hora es? —preguntó Sarima con cierta teatralidad.

—¿Sarima? ¿Por qué no contestabas?

—¿Quién es?

—Perdona, soy Clarisa DeLong. ¿Estás bien? Estaba preocupada.

—Sí, sí... Tengo el sueño pesado. ¿Ocurre algo?

—No, nada. Bueno, sí. Pero ahora descansa, ya te contaré mañana. Si te parece bien, te recogemos para almorzar.

—Sí... Pero, ¿estás bien el agente Morgan? ¿Ha ocurrido algo?

—Descansa, mañana hablamos. Solo quería confirmar que te encontrabas bien. Buenas noches —se despidió DeLong.

—Estoy bien, gracias. Buenas noches —colgó Sarima y se quedó mirando la luna llena que aún brillaba en la oscuridad de la noche y se dirigió a la ventana de la terraza para cerrarla.

Al empujar el pomo, reparó en que su mano aún estaba manchada de sangre y vino. Había calmado su ira y su sed. Con parsimonia, se desvistió y se introdujo en la ducha, abrió la manilla y el agua caliente resbaló por su cuerpo frío, y alzó la cara, ante el torrente, satisfecha.

En la calle, DeLong observó por unos instantes la luz de la habitación de Sarima con una mueca perspicaz. Después cerró su teléfono móvil y se alejó caminando, sin prisa.

Capítulo 9

LA NOCHE DE LOS CABEZAS HUECAS

—¡Ey, chicas! ¡Mirad, leed esto! —gritó Izarne, despertando a Mara y a las demás compañeras.

—¿Qué quieres tan temprano? Solo son las doce. Déjanos dormir —susurró Mara, de mala gana.

—“Vampiros en Sonoma” ¡Es increíble! —exclamó Zoia, tomando entre sus manos el periódico que le acercaba Izarne.

—Lo estaban ocultando. Al final no han podido: hay un vampiro en Sonoma. Aquí dice que ya ha “cazado” a tres hombres y dos niñas y que a todos les chupó la sangre —apuntó Izarne sin ocultar su emoción.

—En este dicen que es el putito chupacabras —advirtió Gabrielle, leyendo otro periódico.

—El último caso ocurrió esta misma noche, también en Viñedos —apuntó Izarne.

Sin apenas ropa y con gesto circunspecto, Mara se apoyó en el marco de la puerta, y miró a sus amigas. Se llevó un dedo al labio y lo palpó hasta comprobar que las pequeñas cicatrices habían desaparecido casi por completo.

—No es un vampiro, sino una vampira —dijo Mara de forma rotunda.

—¿Una vampira? —preguntó Zoia.

—Mirad en mí ordenador —apuntó Mara.

Las tres amigas entraron en el cuarto, curiosas ellas, y acercaron la cara a la pantalla.

—¿Eso qué es? —observó Izarne.

—Es nuestra amiga Sarima, la noche de la fiesta —señaló Mara.

—Tuvisteis jaleo, ya lo sabemos. Estaba borracha, pero no sorda. ¿Crees que nos

dejaste dormir, guarrona? —dijo Gabrielle, riendo.

—Mira la foto y déjate de tonterías. ¿No lo veis? No está. En su lugar hay como una luz blanca —le espetó Mara.

—Quieres decir que esa nube blanca que hay al lado de Hank es Sarima.

—Mientras ella estaba escuchando al cuentista de Hank, como no quería que la fotografiara, le hice dos fotos robadas y esto es lo que salió... Nada.

—¿No se deberá, fotógrafa, a que, como es tan blanca, su imagen se quema con unos fondos tan oscuros? —preguntó Izarne, con un toque sutil.

—En mi habitación..., su cuerpo no lo reflejaba el espejo.

Por un momento, las chicas quedaron en silencio. Y de pronto, Zoia sonrió.

—Maldita... Me has llegado a asustar. Eres peor que la vieja Magali.

—¿Sarima es una verdadera vampira! —exclamó Mara, intentando convencer a sus amigas.

—No me digas que ya te has fumado algo tan temprano —dijo Izarne, con una mueca extraña—. Debes dejar esa mierda que fumas, te está afectando el cerebro.

—¿Me mordió en el labio! —exclamó Mara, viendo que ninguna la creía.

—Yo sí te creo. A mí también me mordió —aseguró Gabrielle con cara de remordimiento.

—¿Dónde? —preguntó Mara, acercándose a ella, preocupada.

—¡Aquí! —exclamó Gabrielle, posando su mano en la entrepierna para romper en una estridente carcajada.

—Me voy a ver a la vieja Magali —dijo Mara, contrariada, mientras sus amigas reían, y se dirigió rápidamente a su cuarto para vestirse y salir a la calle.

—¡Espera, te acompañamos! —le pidió Gabrielle.

—Unos segundos para arreglarme el pelo —solicitó Zoia, frente a un espejo, estirándose el cabello con los dedos de forma apresurada—. ¡Ya está, vamos!

El grupo de amigas fue recorriendo la calle en busca de su vehículo, entre risas y comentarios que no le hacían ninguna gracia a Mara.

—¡Mierda! —exclamó al comprobar que le habían robado un rueda de la furgoneta.

—¡Joder, qué faena! —asintió Izarne.

—¿La cambiamos? —preguntó Gabrielle.

—La de recambio la tengo pinchada. Vamos, iremos andando... Puto barrio... Y os digo que Sarima es una vampira —se despechó Mara.

—Oye, Mara, no te enfades. Si crees que es una vampira de verdad, ¿por qué no nos lo habías dicho antes? —preguntó Gabrielle, tratando de entender la postura de su amiga y suavizar su enfado.

—Porque sabía lo que iba a pasar: me tomaríais por tonta o por loca.

—Lo hemos hecho —contestó Zoia.

—¿Por tonta o por loca? —preguntó Mara.

—Por loca, por loca... —aseguró Izarne.

Al voltear una esquina, una voz socarrona cortó aquella discusión.

—¡Eh, conejitos muertos! ¿A dónde vais tan deprisa? —dijo fanfarronamente un joven de ancha sonrisa, desde la ventanilla de un coche en el que le acompañaban cuatro más.

—¡Putas de luto! —exclamó otro de ellos.

—¡Ir a joder a vuestra madre! —gritó Mara, enfadada. Acto seguido agarró una piedra y la lanzó con fuerza, con demasiado ímpetu, rompiendo la luna posterior del coche sin esperárselo.

—¡Joder! —exclamó Gabrielle.

El vehículo frenó de golpe y los cinco jóvenes, rapados, con botas militares y grandes tatuajes fascistas, bajaron rápidamente.

—¡Mierda! Mara, ¿qué has hecho? ¡Son los pelados de la universidad! —exclamó Izarne.

—Me parece que tendremos que correr si no queremos que nos maten a palos —apuntó Zoia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mara, sin entender el temor de sus amigas.

—¡Joder, corre! —exclamó Gabrielle y las cuatro salieron huyendo rápidamente.

Los jóvenes tomaron unos bates de béisbol del coche y unas cadenas, sonrieron y salieron tras las muchachas, corriendo con más rapidez. Pronto las alcanzaron, y ellas se vieron rodeadas y sin posibilidad alguna de huir. El más alto y musculoso agarró a Mara por el pelo. La cual se giró y pudo ver, a la altura de sus ojos, una gran svástica tatuada en el pecho desnudo, cruzado por dos tirantes, de aquel estudiante que levantaba el bate en actitud amenazante.

—¡Eh, mamón, déjala! —exclamó Gabrielle.

Otro de los jóvenes la golpeó en la cara, fuerte, con la mano, y Gabrielle cayó contra un coche, sangrando por la nariz y la comisura del labio.

Clarisa DeLong y Patrick Morgan aparecieron en el momento más oportuno, frenando ante ellos con su vehículo y los rotativos azules y rojos del salpicadero en marcha. Mientras el agente empuñaba su Colt Government .45, la exagente del FBI salió del vehículo dirigiéndose hacia ellos, con su antigua identificación en la mano.

—¡Alto! ¡FBI! —gritó DeLong

—¿Algún problema? —preguntó Patrick.

—Solo era una carrera, un juego... ¿Verdad? —advirtió uno de los estudiantes rapados, mientras los demás guardaban los bates.

—No, no pasa nada —contestó Mara, tratando de evitar problemas posteriores y un montón de papeleo en las oficinas de una comisaría.

Los jóvenes comenzaron a retirarse en silencio, ante el avance decidido de Patrick con el arma en alto.

—Ya seguiremos el juego... ¡Más tarde! —dijo uno de ellos en voz alta.

—Sí, otro día con menos público —apuntó otro.

Los jóvenes se subieron al vehículo y salieron quemando ruedas, sacando un dedo “fuck you” por la ventanilla, hasta desaparecer. Las muchachas se miraron entre ellas, con cara de preocupación.

—Tenéis una forma de ligar muy rara... Si no andáis con cuidado, esos cabezas huecas os partirán las piernas —aseguró DeLong.

—¿Qué queréis? No hemos hecho nada —aseguró Gabrielle.

—No os preocupéis, buscamos a Sarima. ¿Estuvo con vosotras anoche, verdad? —preguntó Patrick, guardando su arma.

—¿Sarima? No conocemos a ninguna Sarima —aseguró Mara.

—Venga, chicas. Sarima también es nuestra amiga. Esto no es un juego, su vida puede estar en serio peligro —aseguró la exagente.

—Sabemos que estuvo en vuestra fiesta. Nos lo ha contado —dijo Patrick.

—¿Os lo ha contado? —preguntó Mara, confusa.

—¡Eh! Tú eres el chico de la biblioteca —apuntó Zoia.

—¿Es por lo del chupacabras? —preguntó Gabrielle.

—¿Van a detenerla? —insistió Mara.

—No, es por su seguridad. Necesitamos encontrarla. Quedamos con ella esta mañana en el hotel y no ha aparecido. Sois las únicas personas que conoce en la ciudad. Pensamos que estaría con vosotras. Vamos, ya sé que no confiáis en el FBI. Os diré un secreto: no somos del FBI, él es un agente judicial y yo solo soy una psicóloga —dijo DeLong, con una sonrisa cómplice, tratando de ganarse la confianza de las muchachas, que se miraban indecisas.

—Vámonos, es inútil —comentó Patrick, negando con la cabeza.

—Por favor, si la veis, decidle que no se mueva del hotel, que pasaremos más tarde a buscarla —les rogó DeLong, mientras se dirigía hacia el coche.

—¿Es por lo de ese asesino que se hace pasar por un vampiro? —preguntó Izarne.

—Sí. ¿Qué sabes de eso? ¿Os comentó algo Sarima? —insistió DeLong.

—Apenas hace una semana que la conocemos. Aunque no parece una chica que se meta en problemas —contestó Mara ante los gestos de complicidad de sus amigas.

—Y solo la hemos visto dos días —apuntó Zoia.

—Desde la fiesta, no la hemos vuelto a ver —asintió Gabrielle.

—Bueno, anoche estuvo conmigo —aseguró Mara, agachando la cabeza.

—¿Contigo? —preguntó DeLong, mirándola con recelo.

—Tienen un rollo especial —aseguró Gabrielle, con un tono irónico, celoso.

—Tened, es mi tarjeta. Aquí podéis localizarme si la veis —dijo Patrick, acercándose a ellas, tratando de transmitirles confianza y sin entender demasiado bien aquellas palabras.

Las cuatro jóvenes se alejaron, volviendo las miradas hacia atrás tímidamente y

acelerando el paso.

—Tened cuidado con esos cabezas huecas —les advirtió DeLong.

—Un rollo especial, ¿qué significa eso? —preguntó Patrick, mientras arrancaba el vehículo.

—No sé, ellas sabrán. ¿Dónde se habrá metido Sarima? —se preguntó DeLong cambiando de tema, dejando a Patrick sin respuesta.

—Espero que esté bien. No debió salir de nuevo —apuntó Patrick, con cierta inquietud, dirigiéndose hacia el Hotel Union Square.

—Tranquilo, la encontraremos; aunque creo que no necesita demasiado nuestra protección.

—¿Qué insinúas?

—Anoche yo no la vi salir. Sin embargo, esa joven dice que estuvo con ella. Lo más interesante es que desde que la dejaste hasta que respondió a mis llamadas, pasaron más de seis horas. Tiempo de sobra para viajar a Viñedos y volver.

—¿Cómo? ¿Volando?

—No sé, pudiera ser... Patrick, la estuve llamando cada hora desde que te marchaste y esta vez sí que fueron a su habitación a ver si se encontraba bien. Y no estaba. Una hora después del crimen, contestó al teléfono. Ya había llegado.

—Esa joven aseguró que estuvo con ella.

—Sí... Un rollo especial. Nos ha mentido.

—No me gusta lo que estás haciéndole.

—El hecho de que no te guste lo que estoy haciéndole a tu novia, no quiere decir que los hechos no sean objetivos.

—No es mi novia y se necesita más de una hora para llegar desde Viñedos al centro de San Francisco.

—Sí, lo sé. Es posible que no viajara. Pero no estaba ni con sus amigas ni en su habitación. Lo curioso es que nadie la vio salir ni entrar. Pregúntale, cuando la veas, dónde estaba... A ver qué te dice a ti que te tiene más confianza.

Pocos minutos después, Mara y sus amigas llegaban a la tienda de Magali. El anciano, sentado a la entrada de aquel cuarto de sesiones y sin parecer prestar atención a las muchachas, miraba un libro de vudú. Mara fue a entrar a la trastienda. Pero él, de pronto, se lo impidió pasando el brazo por delante de su camino.

—Magali está reunida. Unos hombres han venido a hablar con ella... Negocios.

—Esperaré —dijo Mara y se sentó a su lado, sobre el mostrador.

Sus amigas comenzaron a curiosear por el establecimiento, observando toda clase de amuletos para combatir las maldiciones de cada una de las religiones conocidas. Unas palabras desde el interior de la trastienda llamaron la atención de Mara: la vieja Magali parecía haber regresado a los infiernos de sangre.

—Solo hay una forma de acabar con esa vampira para siempre: una estaca de madera ha de atravesar su corazón. Luego, su cabeza ha de ser cortada y el cuerpo,

envuelto en las llamas purificadoras del fuego sagrado. Solo así se puede evitar que regrese de entre los muertos —aseguró la anciana.

Mara afinó el oído, curiosa y temiendo que estuvieran hablando de Sarima.

—Dígame, señora Magali, ¿estaría dispuesta a venir al pueblo para encontrar a ese demonio y acabar con él? Ya sabe que no hay problema en cuestiones económicas —escuchó con cierta sorpresa.

—Deseamos que, cuanto antes, termine esta pesadilla; y sabemos que todos los vecinos colaborarán generosamente en aquello que precise —dijo otra voz.

—Tendré que pensarlo. ¿Habría problema en que llevara a mi gente para acabar con la bestia? —contestó Magali.

—No... Si logra acabar con ese monstruo, ya sabe que nada le ha de faltar. Les estaríamos eternamente agradecidos. Pero comprenda que esto es muy serio, por lo que queremos discreción, mucha discreción —apuntó aquella voz.

—Sí, por supuesto. Necesitaré unos días. No es un demonio cualquiera. Seguro que es la hija de Lilith, la reina de las vampiras. Su poder es muy grande, terrible, y debo ir preparada, pues sé de su fuerza —aseguró Magali.

—¿La ha visto? ¿Podrá con ese monstruo?

—A lo largo de mi vida he visto muchos demonios, aunque esta bestia es la más poderosa de todos ellos. Pero no tema, acabaremos con ella: Dios y la bendita luz del sol están de nuestro lado.

—Bien, confío en usted. Tenga: un adelanto.

—Señor, esto es mucho dinero...

—Queremos ser generosos con usted, sabemos que su empresa no será fácil. La esperamos en Viñedos.

Mara se apartó, dejando que salieran de la trastienda aquellos hombres, que apenas cruzaron sus miradas; y siguió con la vista a la vieja Magali, que les acompañaba como una sierva, sonriéndoles en su camino con un sobre grueso repleto de dólares entre las manos.

—¿Quiénes eran? —le preguntó al verla regresar.

La vieja Magali corrió hasta ella y la tomó del hombro.

—¿Dónde está tu amiga?

—¿El demonio? ¿La bestia?

—Sí.

—Se fue... No la he vuelto a ver. ¿Por qué?

—Mejor que no sepas nada.

—Magali, dime al menos quiénes eran y no te molesto más.

—Está bien. Pero no te diré nada más: son el alcalde y el sacerdote de Viñedos. Quieren a una persona que pueda ayudarles con sus miedos, que mate a la bestia.

—¿Y tú vas a ir?

—Sí... Es la ocasión que siempre he esperado.

—No. Las dos sabemos que esa vampira es tan real como nosotras. No se trata

de uno de tus trucos o de un grupo de supersticiosos que quiere pasar un mal rato. Hay muertos, hay sangre... y hay una bestia de verdad. No vayas.

—No te preocupes, conozco a unos hombres de una agencia de seguridad muy importante.

—¿Una agencia de seguridad? ¿Estás loca? ¿Vas a contratar gorilas?

—No, no lo comprendes. Visitan la tienda a menudo, de forma discreta, en busca de mis remedios de hierbas y sangre. En verdad son cazavampiros. Yo lo sé, pues les vendo lo necesario. Ellos me protegerán, me ayudarán.

—No me lo puedo creer —dijo Mara, de forma atónita.

—Toda mi vida he creído que podía contactar con el más allá, he presenciado cosas que nadie ha creído y he sacrificado toda mi vida por mis creencias —continuó Magali—. ¿Cómo esperas que no vaya? Dime, ¿qué quieres? ¿A qué has venido?

—Nada, ya sé lo que quería saber. ¿Lilith es su verdadero nombre?

—Sí o no... No lo sé. Pero es muy posible que sea la horrorosa Vampyria, su hija maldita. El caso es que estuve en el reino de los muertos en vida, donde habitan las almas condenadas por la sangre... Me llevó ella y ése es su mundo sin duda.

Mara saltó del mostrador y se dirigió a la salida.

—Magali, no vayas. Esa joven es más fuerte que tu magia y esos hombres no saben a qué se enfrentan, no tienen ni puta idea —insistió cerrando la puerta.

—Lo sé —apuntó la vieja, arrugando los labios y girando su cabeza hacia aquel hombre mayor que la miraba. El cual se agachó inmediatamente tras el mostrador y sacó una afilada estaca de madera, tallada por él, y un crucifijo.

—No te preocupes, mi amor —dijo el anciano—. ¡Acabaremos con esa vampira!

Las cuatro amigas regresaron hacia el “club de Mara”, la casa de alquiler donde vivían. El sol comenzaba a esconderse, las últimas luces del atardecer empezaban a dejar paso a las sombras. Mara dibujaba círculos imaginarios con su mano y pensaba en Sarima: “¡Es una vampira de verdad!”, se dijo. No tenía ninguna duda y aún no salía de su asombro. Sus amigas no la creían y ella sabía que, si insistía, la tomarían realmente por loca.

—Mara, nos tienes preocupadas. ¿De verdad crees que Sarima es una vampira? —le preguntó Zoia, como si hubiera leído su mente—. ¿Que ella ha matado a esa gente?

No le dio tiempo a contestar, dos de los jóvenes rapados, con los que tuvieron el altercado a mediodía, aparecieron delante de ellas obstaculizando su camino. En sus manos llevaban sendos bates de béisbol con los que golpeaban ligeramente la palma de sus manos. Tras ellas, los otros tres.

—Uh, uh... —susurró Gabrielle.

—Hola, punkis de mierda. ¿Creáis que os habíamos olvidado? —exclamó el más bajo de ellos—. Llevamos toda la tarde esperando a las señoritas. ¿Siempre llegáis tarde a las citas?

—¡Qué mal rollo! —exclamó Izarne.

—Así que además de ser basura perfumada, sois amiguitas del puto FBI —apuntó el más alto, con una sonrisa descarada y agitando el bate.

—Tenéis que pagar el cristal del coche y lo vais a pagar de una manera u otra —aseguró el más grande, acercándose provocador.

—¡No somos punkis, cabezas huecas! —exclamó Mara.

—Ya vemos —añadió el más rezagado, sacando una cadena de eslabones gruesos con un candado cerrado que colgaba en su extremo.

Las cuatro jóvenes cruzaron la calle en busca de una salida que no veían y, de pronto, echaron a correr.

—Pero..., ¿de dónde han salido estos cabrones? —exclamó Mara.

—¿Qué quieren? ¡Matarnos? —preguntaba Zoia, dando grandes zancadas.

De poco sirvió la carrera. Ellos eran mucho más rápidos y Gabrielle e Izarne fueron las primeras que cayeron, tras recibir dos duros golpes con los bates de béisbol en las costillas. Las demás miraron aterradas cómo las envolvían y les daban puntapiés.

Un viejo vagabundo con el cuerpo lleno de magulladuras, el ojo hinchado y heridas recientes, se acurrucó en una esquina, tras un contenedor de basura, y se cubrió con unos cartones llorando su dolor, su impotencia. Aquellos jóvenes neonazis se habían estado divirtiendo con él mientras esperaban a las muchachas.

—¡Zorras de luto! —exclamaban mientras las golpeaban.

Mara se detuvo, tomó del suelo un madero grueso que vio en su carrera y volvió para ayudar a sus amigas. No podía huir y dejarlas allí, en manos de aquellos jóvenes ávidos de violencia. Zoia apretó los labios y la siguió, saltando sobre ellos. Mara golpeó con todas sus fuerzas a uno de los que estaba dando patadas en el costado de Izarne y rompió el madero en su cabeza. El joven iracundo, al llevarse la mano a la calva y notar la brecha, lanzó un gruñido similar al de un animal rabioso. Sin perder ni un minuto, se volvió y le soltó un tremendo puñetazo a Mara, la cual cayó sin fuerzas y sangrando abundantemente por la boca. La desigual lucha acabó con las muchachas en el suelo, apaleadas; frente a ellas, en pie, los jóvenes, curtidos de arañazos, mordiscos y con algún ojo amoratado, alzaban los bates en posición amenazante.

—Os vais a acordar del día de hoy por el resto de vuestras putas vidas... ¡Zorras! —aseguró uno de los cabezas rapadas.

—¡Asquerosas! —exclamó otro de ellos, y golpeó a Mara en el vientre con la bota.

Una racha de viento helado invadió aquella violenta escena, llegada con un tétrico silbido que paralizó a todos. Y miraron a los lados, sin ver nada. Al momento, sin más, uno de ellos, el más fornido y de grandes tatuajes, impulsado por una mano apenas visible, salió despedido con fuerza hasta el otro lado de la calle y fue a caer sobre un vehículo, dejándolo destrozado y quedando inconsciente.

—¿Qué demonios? —gritaron los demás jóvenes, sorprendidos.

Las muchachas alzaron la vista desde el suelo, entre lamentos y alguna maldición. Una hermosa joven de largos cabellos rojizos surgió de la nada en el oscuro callejón, envuelta en una espesa neblina que se dispersaba con cada paso que daba hacia ellos.

—¡Sarima! —exclamó Mara al reconocer aquellos labios rojos, entreabiertos, que mostraban parte de los afilados y blancos colmillos.

Llevaba una amplia camisa blanca, adornada con volantes de encaje, un chaleco, pantalones ajustados de cuero negro y unas botas altas por encima de la rodilla. Observaba seria la escena, con su mirada profunda, mortal y desafiante clavada en aquellos jóvenes.

—¡Sarima, corre! —exclamaron inocentemente Zoia y Gabrielle desde el suelo, maltrechas a causa de los golpes recibidos, e intentando proteger a su amiga. Izarne no podía hablar, numerosas arcadas se lo impedían.

Apenas habían terminado de decir estas palabras cuando, como un destello, Sarima se volvió hacia uno de los cabezas rapadas, lo agarró por el cuello y lo levantó un metro del suelo, apretando fuertemente por unos segundos hasta que el joven perdió la conciencia. Luego, como si se tratara de un trapo, lo lanzó contra la pared. Con un sonido hueco se estrelló, y quedó maltrecho y sin dientes en el suelo. Otro de ellos trató de abalanzarse sobre ella, golpeando con el bate. De un tremendo revés, Sarima le hizo cruzar la calle rodando por el asfalto, para incrustarse debajo de un vehículo que disparó la alarma tras el brutal golpe. Los otros dos miraron a aquella joven altiva, vestida como un pirata del siglo XVII. Uno se acercó agitando la cadena. Ella la enganchó con su mano con un movimiento veloz, inesperado, y tiró, arrastrando hasta ella al joven. Le golpeó en el vientre, con el puño cerrado. Una bocanada de sangre salió de la boca del muchacho, que cayó al suelo entre convulsiones y gemidos broncos.

—¡Mierda! —exclamó el último de ellos, le tiró el bate, sin fortuna, y salió corriendo, sin mirar atrás.

Sarima se acercó a sus amigas y las ayudó a incorporarse, una a una. Las chicas se levantaron atónitas, bastante maltrechas, sujetándose a ella hasta quedar apoyadas en la pared. Pero no sentían dolor, solo una tremenda curiosidad. “¿Vampira?”, se preguntaban en silencio, creyendo en las palabras de Mara por primera vez.

—¡Ay, nos han dado fuerte esos cabrones! —exclamó Zoia, sin apartar la mirada de Sarima.

—Nada para lo que nos esperaba. Si no llegas a aparecer... Gracias, Sarima —dijo Mara, acercándose a ella y, dándole la mano, se abrazó a ella.

La oscuridad profunda de los ojos de Sarima fue dejando paso al tono azul celeste, el frío desconcertante desapareció y la temperatura del ambiente volvió a ser la natural.

—¡Nos has salvado de una buena! —exclamó Gabrielle.

Izarne le agradeció su afortunada intervención entre sonrisas confusas. Las cuatro amigas rodearon a Sarima. Ninguna dijo nada de lo que habían presenciado: era algo sobrenatural y no sabían cómo reaccionar. Estaban extasiadas y temerosas, pensando en la suerte que habían tenido al librarse de los matones rapados.

—¿Quiénes son? —preguntó Sarima.

—Son estudiantes de la universidad, un grupo de neonazis. Les he visto en alguna ocasión —apuntó Izarne.

—¿Por qué querían haceros daño?

—Se creen superiores... Se divierten pegando a los negros, a los vagabundos y a nosotras, a todo aquel que les apetece. Son unos hijos de puta —dijo Zoia, observando cómo uno de ellos, aún trastornado, se levantaba y se marchaba del lugar tambaleándose.

—¿Quieres su vida? —preguntó Sarima, pasando el dedo sobre una herida que Izarne tenía en la frente, limpiando la sangre con extremada delicadeza, como si de una caricia se tratara.

—No... No —contestó ella, con un respeto inusitado y cierto temor.

—¿Y tú? ¿Quieres su vida? —insistió, dirigiéndose hacia Mara—. ¿Y vosotras? —preguntó a las demás.

Ninguna contestó. Sarima observó en silencio como aquel joven se alejó del lugar. Luego, cruzó la calle, se acercó al que había quedado empotrado bajo el coche, que seguía con la alarma en marcha, y lo enganchó del tobillo, sacándolo de un fuerte tirón. Después, con la otra mano, alzó al otro que quedaba allí inconsciente, por el pecho, y los arrastró a ambos frente a ellas. Y las miró fijamente, penetrando en su interior, escrutando sus almas.

—Deseáis en verdad que acabe con ellos. Pero sois incapaces de pedirme que les arranque la vida que les sobra. No lo entiendo, solo os harán mal. Ellos no han tenido piedad de vosotras. ¿Por qué rechazáis la venganza? —preguntó Sarima.

—La venganza solo acarrea más venganza —dijo Mara—. Déjales ir, no queremos que los mates, no somos asesinas.

Sarima la miró fijamente a los ojos y los soltó de golpe. En ese momento, el sonido de las sirenas de un coche patrulla las alertó. Varias llamadas de los vecinos habían avisado de una pelea entre tribus urbanas, bandas callejeras. Bajo los cartones, el vagabundo magullado miraba con los ojos encendidos de ira y sin perder detalle de lo que hablaban aquellas jóvenes.

—Vámonos. La policía está en camino. No quiero pasar la noche en comisaría dando explicaciones absurdas —aseguró Mara.

Las cinco muchachas se alejaron rápido del lugar mientras el vehículo aparcado seguía con la alarma en marcha y las sirenas se acercaban.

El mendigo que se hallaba oculto en una esquina, salió, estiró su cuerpo lleno de hematomas, vio a las jóvenes alejarse y tomó un bate de béisbol del suelo. Seguidamente, comenzó a pegarles duro a los jóvenes neonazis, en la cabeza.

—¡Toma! ¡Toma! —exclamaba con rabia, saboreando el placer de la venganza

que salpicaba su cara.

La policía, nada más llegar, lo detuvo. El mendigo sonreía feliz, esposado. Les había destrozado el cráneo a los dos.

—Ese joven policía que vimos en la biblioteca te anda buscando, vino a vernos con una psicóloga. ¿Son tus amigos? —preguntó Mara, caminando rápido por la acera hacia el “club”.

—Él sí que es mi amigo. Ella no sé —contestó Sarima, dubitativa.

—Pues los dos estaban muy preocupados por ti. Nos preguntaron si habías pasado la noche con nosotras y si te habíamos visto —le dijo Zoia, expectante.

—Mara les dijo que estuviste con ella —apuntó Izarne, fascinada.

—¿Eso les has dicho? —preguntó sorprendida Sarima.

—Sí. ¿Pasaste la noche con ella otra vez? —tartamudeó Gabrielle, buscando una respuesta que no obtuvo.

—Están en el hotel, esperándote. Eso dijeron —continuó Zoia.

—Aseguraron que era muy urgente —insistió Gabrielle, sin dejar de mirarla ni de admirarla.

—¿Quieres entrar? —preguntó Mara, llegando al jardín de la casa.

—No puedo. Tengo que regresar. Quería pasar un rato divertido en vuestra compañía. Mirad: fui a buscar un traje que hacía mucho que no usaba. ¿Os gusta? —preguntó Sarima.

—Es precioso —apuntó Mara, dejándose querer.

—Tendré que regresar. No quiero que Morgan se preocupe tanto por mí, especialmente si lo acompaña esa mujer.

—Puedes pasar cuando quieras. Ya sabes dónde estamos... Voy a buscar algo para limpiar los moratones y curar las heridas —dijo Zoia.

Sarima se dio media vuelta y comenzó a alejarse por la acera.

Mara la miraba con deseo y se preguntó: “¿Me he enamorado de una mujer? ¿De una vampira? No es posible”.

—¿Sarima, espera un momento! —gritó corriendo tras ella, mientras las demás amigas se despedían con una extraña e incrédula sonrisa.

—¿Dime, Mara? —preguntó, esperándola.

—Sarima, unos hombres de Viñedos han venido a buscarte: el alcalde y un cura. Tienes que tener cuidado, quieren matarte. Están buscando a alguien que pueda enfrentarse a Lilith.

—¿Y lo han encontrado?

—No, aunque ellos creen que sí. Bueno, no lo sé. La vieja Magali les ayuda. Quizás encuentre algo. Ella sabe mucho de esas cosas.

—No más que yo. ¿Por qué me has avisado?

—Yo también me preocupo por ti —aseguró Mara—. Cuidate y pásate pronto por aquí, te estaremos esperando, amiga.

Sarima quedó sorprendida por aquellas palabras tan sinceras y llenas de ternura. Se

acercó a Mara, la besó suavemente en los labios. Luego, la vio alejarse, cabizbaja.

—Las pasiones humanas son tan difíciles de entender —murmuró Sarima cerrando los ojos, queriendo dilatar ese momento lleno de amor que Mara le había brindado. Luego se desvaneció en el aire, desapareciendo como había llegado.

Capítulo 10

AMOR DE VAMPIRA

Patrick Morgan permanecía de pie en el hall del Hotel Union Square, inquieto. Mientras, Clarisa DeLong leía un detallado informe del FBI. Habían pasado la mañana en Viñedos y, tras regresar, no habían podido encontrar a Sarima. Tras buscarla sin éxito, Patrick la esperaba preocupado. DeLong intuía que regresaría a salvo y la sonrisa de su joven compañero le confirmó sus sospechas: ella regresaba, paseando por la acera, sin prisa alguna, como si nada pasara, vestida de pirata.

—Sarima, ¿dónde estabas? —preguntó Patrick, acercándose a ella perplejo por la extraña indumentaria que llevaba.

—Fui a dar una vuelta, a pasear con mis amigas. Me dijeron que estuvisteis con ellas. ¿Qué ha ocurrido tan importante?

—Quedamos en que pasaríamos a por ti —le recriminó Patrick.

—Como no llegabas, pensé que tendrías cosas que hacer —apuntó Sarima y se dirigió al ascensor del hotel.

—Ha habido otra muerte. Queríamos saber si aún estás dispuesta a viajar a Viñedos o prefieres aplazarlo —le comunicó DeLong, acercándose, con la mirada fija en aquel informe.

—Anoche salí. No podía dormir, así que fui a visitar a mis amigas. No recuerdo cuándo volví. Te lo comento antes de que me lo preguntes. Tendré que conseguir una agenda para apuntar mis salidas.

—¿Estuviste con Zoia? —preguntó DeLong de forma desinteresada, volviendo a hundir la vista en el informe que portaba en la mano.

—No, estuve con Mara.

La exagente despegó la vista de los documentos, la miró a los ojos y sonrió coqueta.

—Te hemos traído información de la investigación —le dijo—. Queríamos contrastar algunas cosas y que nos dieras tu opinión. Si no llegamos a un acuerdo, necesitaremos una buena base para la querrela. No podemos involucrarnos en una demanda contra un municipio sin tener las cosas claras.

—Parece ser que el alcalde de Viñedos es amigo del de San Francisco, nuestro jefe. No le va a gustar la demanda —apuntó Patrick.

—¿Por eso no actuasteis antes? —preguntó Sarima.

—No actuamos antes porque no teníamos nada. Ahora te tenemos a ti, tenemos la acusación, los sospechosos y un posible móvil —respondió DeLong.

La puerta del ascensor se abrió y Sarima fijó los ojos en el espejo del interior, inquieta. Su imagen no se reflejaba.

—¿Queréis subir o me esperáis? —preguntó.

—Si te parece bien, mejor subimos. Podremos hablar con más tranquilidad en tu habitación —apuntó la exagente.

—¡Vamos por aquí! ¡Haremos ejercicio! —exclamó Sarima y se dirigió hacia las escaleras.

DeLong se quedó extrañada por el comentario y miró al ascensor, que en esos momentos estaba vacío.

—¿Al ático andando? Yo subiré por el ascensor.

—Yo te acompaño —le siguió Patrick, como participe de aquel juego.

Tras subir numerosos escalones, por fin llegaban al ático.

—Ya queda menos —le dijo Sarima, viendo a Patrick un poco agobiado.

—No te preocupes, podría bajar y volver a subir diez veces más.

—¿Lo harías por mí?

Patrick la miró y vio en ella esa sonrisa que tanto le atraía.

—Por ti lo haría cien veces —dijo sonriendo—. Pero mejor, mañana.

Ella le miró agasajada, con cierto cariño y picardía cómplice.

—Sarima, quería hacerte una pregunta... Pero no sé si debo —apuntó Patrick.

—Sí, por supuesto. Claro que debes, dime.

—¿Estás saliendo con alguien?

Ella no supo qué contestar. Percibía la inquietud de Patrick. No pudo hacer otra cosa que observar en silencio sus ojos, limpios y nobles, su ancho pecho y fuertes brazos y esa sonrisa incierta que le otorgaba un aspecto travieso.

—¿Un chico o... una chica? —insistió el joven.

Sarima notó cómo el calor regresaba a su cuerpo y el rubor coloreaba su rostro.

—¿Qué susto! Creí que me preguntarías si maté a esa gente —exclamó.

—¿Los mataste?

—Por supuesto —afirmó en un tono jovial—. No, no estoy saliendo con nadie. Soy una viuda... ¿Y tú? ¿Tienes novia? ¿Estás casado?

—No, no...

—¿Aún te preocupas por mí? —le preguntó tomándole del brazo, cerca del rellano del ático.

- Sí, creo que podría acostumbrarme —afirmó, rodeándola con sus brazos.
- ¿Se irá pronto tu amiga? Ella no me quiere.
- Sí te quiere, pero es psicóloga. Ya sabes: siempre tienen que estar hurgando en el cerebro de la gente. No tardaremos mucho en irnos.
- No, tú no... Quédate, no quiero estar sola —le dijo Sarima, posando sus manos sobre el pecho de Patrick y besando su boca dulcemente.

Cuando entraron en el pasillo del ático, DeLong seguía inmersa en su lectura, apoyada en la puerta de la habitación.

- ¡Por fin habéis llegado! ¡Creía que no llegaríais nunca!
- Sí, perdona. Hicimos un descanso —se disculpó Sarima.
- ¿Un descanso? —murmuró DeLong, recriminándole a Patrick su actitud—. La próxima vez podéis subir en el ascensor vosotros dos primero y luego yo.

Sarima sonrió ampliamente, observando a la psicóloga. Después, los acomodó en un espacioso salón. El cual disponía de una terraza adornada con plantas y unas vistas excelentes desde las que se podía ver la bahía de San Francisco y el espectacular puente colgante Oakland Bay Bridge.

—¿Os apetece cenar algo? Morgan me ha comentado que no habéis comido nada, en el hotel la cocina es excelente —dijo Sarima.

- Eres muy atenta. Gracias, cenaré luego —contestó DeLong.
- No, no... —insistió Sarima, levantándose, y llamó al servicio de cocina—. Por favor, que suban una botella de vino... No, mejor mi Ribera del Duero y unos entrantes... Para tres, y la carta. Gracias.

DeLong se quedó sorprendida por la amabilidad que mostraba su principal sospechosa.

- Gracias.
- Cuéntame. ¿Habéis adelantado en la investigación? —le preguntó Sarima.
- Sí, aunque me preocupa mucho el tema de los asesinatos más recientes; la prensa se está cebando. Hay un asesino en serie en Viñedos, un sociópata que no siente remordimiento alguno por sus víctimas, que disfruta con cada crimen, se recrea. Yo diría que se trata de una venganza. Los titulares son escandalosos: algunos dicen que es el demonio, otros que es el chupacabras...

—Podría ser un vampiro. Yo me decantaría por esa opción —afirmó Sarima con un tono en el que no se discernía lo serio de la broma.

- Debes ser sincera con nosotros. ¿Sabes algo de ello? —preguntó DeLong.
- No, no sé nada. Yo solo quiero resolver lo mío.
- Ayer asesinaron a otro hombre. Su mujer sobrevivió...
- ¿Y qué tiene que ver conmigo?
- Aseguró que la atacó una joven de cabello rojizo, piel blanca y ojos azules, muy oscuros... y que era muy hermosa.

—¿Yo soy muy hermosa? —preguntó Sarima, comprendiendo el sentido inculminatorio de la pregunta.

—¿Lo eres?

—Nunca he pensado en eso. Creo que soy como cualquier otra mujer de mi edad, aunque quizás más blanca. Sí, supongo que sí. El doctor Frank Merkel aseguraba que era muy hermosa. ¿Tú que opinas, Morgan?

El agente contestó con una mirada cómplice. Sarima sonrió alagada.

—No te han visto, no has ido por allí. ¿Cómo puede describirte con tanta afinidad? —insistió DeLong en la conversación, que parecía convertirse en un interrogatorio encubierto.

—Mi hermana era tan hermosa... —contestó Sarima—. La mataron. Son malas personas. El alcalde y un cura de Viñedos han estado en San Francisco hoy mismo, en la tienda de la vieja Magali. Compruébenlo; me lo dijo Mara. Seguro que saben dónde me alojo y que me han visto más de una vez.

La exagente la miró, cruzando sus manos, sorprendida. En ese momento, Sarima se levantó para recibir al camarero, que llegaba con el vino, un Protos crianza 2006, y la carta.

—Podrías darle un respiro —susurró Patrick.

—Lo haré, antes quiero ver algo más —le contestó DeLong.

—Bien, nos servirá en la terraza, hace un tiempo precioso —comentó Sarima, acercándose acompañada del camarero—. Probad este vino, es excelente, fue elegido como mejor tinto del mundo. Lo traen especialmente para mí, es un pequeño capricho.

Durante la cena, DeLong dejó el expediente de los asesinatos sobre la silla, a su lado, y no hablaron del tema en ninguna ocasión. Patrick se esforzó en describir San Francisco, los barrios, teatros, museos y lugares para visitar que podrían gustarle: desde Chinatown hasta Alcatraz, pasando por Twink Peaks y el Fisherman's Wharf. DeLong habló de los casos más peliagudos en los que le había tocado trabajar, especialmente con mujeres asesinas. Sarima permaneció atenta, escuchando sus palabras, y comprendió que aquella era una mujer extraordinaria que había dedicado su vida en cuerpo y alma a la lucha contra el crimen, que había triunfado y que podía llegar a descubrirla.

—Entonces, ¿ya no está en el FBI? —preguntó Sarima un tanto impresionada.

—No, me jubilé en julio de 2000. Aunque sigo trabajando: en ocasiones colaboro con el juez Rieri, especialmente cuando trabaja en silencio —apuntó sonriendo—. ¿Sabes? Creo que las mujeres pueden ser asesinas más fascinantes y terroríficas que los hombres. Solo hay que ver la obra de Báthory —concluyó, dejando entrever la posibilidad de que el asesino de Viñedos fuera una mujer.

—Sí, la condesa Erzsebet. Tuvo más suerte que Dorotea, Helena y Piroaska: a ellas les arrancaron los dedos con tenazas al rojo vivo y las quemaron vivas. A Majorova también la ejecutaron, y la inocente Katryna, con apenas 14 años, recibió cien latigazos, fue emparedada en una mazmorra y murió dos años después —apuntó Sarima, pensativa, con cierta nostalgia.

—¿Conoces su historia? —preguntó DeLong, sorprendida.

—Soy húngara. En Europa, las historias de sangre siempre salpican a mi país.

Sarima no dijo nada más, alzó las cejas y asintió apretando los labios al tiempo que pensaba: “Mi pequeña condesa de Báthory: siempre joven, siempre hermosa”.

—Cuéntanos algo de ti, la verdad es que sabemos muy poco. ¿Sigues pensando en reconstruir ese museo? —preguntó Patrick.

—Sí, sí... Ya debe de estar aquí todo el material que mandé desde Europa. Creo que está almacenado en el museo de Viñedos, todavía embalado en sus cajas. Allí debe de estar, si no lo han quemado —contestó con cierto tono de seriedad—. Ahora solo me falta traer el castillo.

—Con eso sí que tendrías éxito —apuntó Patrick.

—Creo sería mejor mirar otro lugar donde exponer tu colección. En San Francisco triunfarías y no tendrías que vivir allí. Será difícil acostumbrarse a esa gente y no te ayudarán —le aconsejó DeLong.

Sarima sonrió con aquellas palabras.

—Es posible que tengas razón. Pero han de pagar y no me amedrentarán —expuso.

—Quiero atrapar a los asesinos del doctor Merkel y de tus hermanas tanto como tú, y que puedas levantar ese museo. ¿Nos ayudarás? —preguntó la exagente.

Sarima la miró complacida y pensó que la doctora Clarisa DeLong se preocupaba por ella. Quizás, después de todo, podría ser su amiga por un tiempo.

—Pero que te diga esto no quiere decir que dejes de ser mi principal sospechosa en estos últimos crímenes. Lo sabes, ¿verdad? —dijo DeLong, tras saborear un trago de vino, con un tono cordial que tampoco dejaba ver la broma o seriedad de sus palabras.

—Sí, lo sé —apuntó Sarima sin inmutarse, consciente de que era así, mientras pensaba “por un tiempo muy corto”.

Patrick dejó de cenar, miró a DeLong y después a Sarima.

—Es imposible que os llevéis bien, ¿verdad? —dijo con cierto retintín.

—Sarima, sospechamos que Logan Alvarado fue el asesino de tu marido y el que instigó la muerte de tus hermanas y del notario —afirmó DeLong, ignorando las palabras de Patrick.

—Sí, lo sé... Deberíamos arrancarle los dedos con tenazas al rojo vivo y quemarle en lenta agonía. Al menos, él no es inocente.

Por un momento, los tres callaron.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó DeLong, arqueando una ceja.

—Acabas de decírmelo. Eres una investigadora extraordinaria, exagente del FBI y psicóloga. Si lo dices, así será. ¿Cómo has llegado a esa conclusión? —contestó Sarima, dando la vuelta a la pregunta.

—Llevamos un tiempo trabajando en el caso —aseguró Patrick, interrumpiendo la conversación—. Mi padre fue el primero en pensar que Logan tenía algo que ver en todo este asunto. Ese hombre le afirmó al notario que el doctor Merkel había

llegado él solo de Europa. Y el notario se lo comentó a mi padre antes del fatídico “accidente”. ¿Cómo iba a saber ese tal Logan si el doctor llegó solo o acompañado si se suponía que no sabía nada de él desde hacía diez años? A partir de ahí nos hemos centrado en él y no es trigo limpio. Hace cinco años estuvo inmerso en otro accidente donde fallecieron los padres de Tracy Merkel, dejándola a ella huérfana y, se puede decir, en su poder, pues la acoge en el Cortijo de las Auroras.

—Vaya, veo que esto viene de lejos —murmuró Sarima.

—El parte médico del accidente que acabó con la vida del doctor Frank Merkel indica que la tasa de alcohol en la sangre era terrible. ¿Qué nos puedes contar? Debía de estar bastante ebrio —apuntó DeLong.

—¿Borracho? Imposible, él no bebía. No fue un accidente —insistió Sarima.

—Sus familiares afirman que era un enfermo alcohólico y que, desde la muerte de su primera esposa, solía emborracharse a menudo con vodka.

—No, eso es mentira. El médico del pueblo está implicado. En los diez años que estuvo a mi lado, nunca probó una gota de alcohol.

—El alcalde Rivas y Logan, prácticamente, son ahora los dueños de todo el proyecto de urbanización. Parece que solo queda fuera de su alcance, para poder desarrollarlo como está pensado, la hacienda donde se encuentra la mansión del doctor y el museo, propiedad de Tracy. Pero no es así, es Logan quien gestiona sus posesiones —le explicó Patrick.

—Morgan cree que Rivas y Logan son los culpables de todos estos accidentes y crímenes. Las últimas muertes les benefician mucho. Según los acuerdos de reparto, la herencia siempre revierte en los primeros patrocinadores del proyecto a fin de que no se disperse el patrimonio y siempre quede en el pueblo. Son mis segundos sospechosos —continuó DeLong y le dedicó una sonrisa a Sarima.

—Pero tenemos un problema: nadie conocía el proyecto del doctor Frank Merkel. De hecho, como sabrás, inició las actuaciones seis meses antes de fallecer. Los vecinos de Viñedos creían que era cosa de los bancos que les iban a expropiar y claro, si hacía más de diez años que no sabían de él, ¿cómo iban a estar al corriente del proyecto? —continuó Patrick.

—Por ello, en algún momento, si son culpables, tuvieron que ponerse en contacto con el doctor y enterarse de sus planes: el museo, la ciudad residencial, un campo de golf... Debían estar fuera de las decisiones importantes y de los posibles repartos del negocio, como simples peones. Y eso posiblemente no les gustó —expuso DeLong.

—La única manera de hacerse con el control de aquella fabulosa inversión era con la muerte del doctor. Si podemos demostrar que estaban al corriente de todo, tendríamos un móvil más poderoso que el reparto de la herencia —aseguró Patrick.

—Vaya. No se les ocurrió que el Frank pudiera casarse con más de 80 años. Les he fastidiado el negocio —murmuró Sarima.

—Sí. Tú boda puede impedir que se salgan con la suya. Pero necesitamos ir

despacio. Tenemos pruebas, aunque no son concluyentes —dijo Patrick.

—Yo más bien diría sospechas. De momento, cualquier tribunal rechazaría lo que tenemos por ser especulativo o circunstancial —apuntó DeLong.

Sarima se levantó en silencio, ante la mirada de sus invitados, y se retiró al dormitorio. A los pocos minutos, salió con una entrada del Museo del Prado.

—Frank quería ver la obra de Goya y visitar una reconocida tienda en Madrid: Objetos de Arte Toledano. Son expertos en la fabricación de réplicas de armaduras, tienen muchas espadas y armas medievales.

DeLong tomó la entrada y la observó.

—¿Es suya?

—Sí, es mía. No viajé directo desde Hungría. Primero fui a España, por ello me retrasé más de lo previsto en llegar a Estados Unidos. Yo también quería ver a “Saturno devorando a sus hijos”, “El Aquelarre”... y beber un buen vino.

—¿Crees que se vieron en Madrid? —preguntó Patrick.

—Frank me comentó que estaba con un familiar suyo que había ido de negocios a España, querían visitar unos viñedos.

—¿Sabes de quién se trata? —preguntó DeLong.

—No, no pregunté y él tampoco le dio importancia alguna.

—Si fue Logan o Rivas y podemos demostrar que se vieron en España, sería muy bueno. Lo comprobaremos —advirtió Patrick.

—Frank estaba entusiasmado con una espada medieval que compró en la tienda de antigüedades. Pero él nunca llevaba dinero. Yo le costé el avión. Él apenas tenía algo en metálico para el viaje y no usaba tarjetas. Alguien tuvo que pagarla —aseguró Sarima.

—Si es así, ese alguien debió facturarla en Madrid y la espada debía de estar en el Ferrari cuando cayó al pantano —expuso Patrick.

—Sí, la espada debería estar en el coche; si no se han deshecho de ella —continuó Sarima.

—¿Por qué le costabas todo? —preguntó DeLong, de pronto, interesada.

—Se lo debía: invirtió diez años de su vida en nuestra familia. Yo le quería mucho, a pesar de lo que puedas pensar.

—No lo dudo, cada vez estoy más convencida —asintió DeLong.

Sarima la observó con una vaga sonrisa, intentando descifrar aquella respuesta.

—Fueron a recogerle al aeropuerto para acabar con su vida y, una vez asesinaron a su propio tío abuelo, ¿cómo no iban a terminar con dos desconocidas y un notario que se interponían entre ellos, la herencia y el proyecto? —preguntó de forma retórica Patrick.

—Eres una caja de sorpresas. ¿Tienes algo más que decirnos? —inquirió DeLong.

—No es mala idea lo de construir un castillo húngaro, del medievo, en San Francisco. Según la prensa, ya tenemos los vampiros —afirmó Sarima, tomando la botella de cava que el camarero les había traído junto con un surtido de tartas.

DeLong asintió ofreciéndole un brindis.

—¡Por ese castillo! —exclamó la psicóloga, observando los dedos de Sarima sobre la copa de cava, tan esbeltos como llamativos con esas uñas lacadas de lila; tal y como había descrito Mariana.

—Por nosotros, por vosotras —brindó Patrick.

—Bueno, yo tengo que irme y me temo que vosotros no bajaréis conmigo en el ascensor. Gracias por la cena, ha sido una velada encantadora y muy reveladora —dijo DeLong, mientras se levantaba para recoger su chaqueta y el bolso.

—Espera, ya voy —dijo Patrick.

Sarima le tomó de la mano.

—¿No me acompañas por un tiempo más? ¿Ya te vas? Es pronto...

DeLong abrió la puerta.

—Nos vemos mañana. No te marches muy tarde. Tenemos que madrugar —se despidió, sin dar opción a una réplica.

En cuanto DeLong salió de la habitación, Patrick, decidido y sin una palabra, como si hubiera estado esperando fervientemente el momento, se acercó, tomó por la cintura a Sarima y la besó, rodeándola con sus fuertes brazos y estrechándola contra él.

—Morgan, yo... —susurró Sarima, dejándose querer.

Patrick, con un beso, acalló el susurro y, tomándola en brazos, la introdujo en el dormitorio, dejándola sobre la cama y tumbándose junto ella. La palidez y frialdad de Sarima se disolvió con una caricia, un suave gemido y un beso. Pasó las manos por el ancho pecho de aquel hombre, rizando sus pequeños pelos, y hundió la cara en su cuello, mordiendo suavemente el lóbulo de su oreja, aspirando su aroma, notando su calor, el latir acelerado de su corazón, la sangre caliente fluir por su venas y su fuerza viril sobre ella. Se sintió mujer antes que cazadora. La pasión y el deseo desbordaba cada poro de su piel, y las caricias de aquellas manos fuertes que recorrían su cuerpo le hacían perder el sentido.

Entre juegos eróticos, ambos quedaron desnudos, rozando sus cuerpos entre susurros de lujuria. Sarima lo abrazó con sus largas piernas, acarició sus mejillas y reparó en su cuello. Entreabrió sus húmedos labios. Con cada gemido, sus colmillos se acercaron más y más hasta hundirse en la salada carne de Patrick, suavemente, sin dolor alguno. Presa de la desatada pasión, comenzó a succionar. El joven sintió cómo un espasmo, frío y caliente a la vez, recorría todo su cuerpo. Un placer desconocido le inundaba mientras la abrazaba, haciéndola suya. Su corazón se aceleraba, apenas podía seguir el ritmo frenético de Sarima, que lo atrapaba entre sus muslos con fuerza, girando sobre el lecho y situándose encima de él. Se amaron hasta que sus cuerpos, cubiertos de sudor, se rindieron y cayeron en un éxtasis desconocido.

Sarima desfalleció, caliente como un ascua, acariciando su cuerpo y mirando a los ojos agotados de su amado. Levantó su rostro, relamiendo sus labios manchados de sangre. El azul celeste de sus ojos se tornaban oscuros y, decidida, fue a morderle de nuevo. Pero un ligero parpadeo de Patrick la detuvo en su intención.

—Mi amor... —susurró el joven agente.

Ante aquellas palabras, la vampira logró dominar su instinto más salvaje, que le exigía más. Observó al joven y las dos manchas de sangre en su cuello. Le acarició el rostro con ambas manos y le pasó la lengua por las pequeñas heridas, con dulzura, limpiándolas. Luego, recorrió su pecho y le mordió levemente los pezones, sin herirle.

—Sarima... —susurró Patrick, presa de un plácido sopor que lo envolvió hasta quedar profundamente dormido.

“Debería abandonarle ya mismo. No puedo acabar con él, no estaría bien”, pensó Sarima, cerrando los ojos, con la cabeza apoyada sobre el pecho de aquel joven que la amaba. De pronto, levantó la cabeza, ladeando su larga melena roja. “¡Necesito saciarme!”, exclamó para sus adentros, abriendo sus ojos oscuros, al tiempo que levantaba el labio superior y mostraba sus poderosos colmillos.

Capítulo II

LA PESADILLA DE CELESTINO

La noche caía acompañada por una pequeña bruma que, con el ulular de la lechuza, le daba un aspecto fantasmagórico a las calles estrechas y poco iluminadas de Viñedos. La plaza Mayor estaba vacía, no se hallaba un alma por ningún lado. En muchas de las puertas se podían ver crucifijos, rosarios y ristras de ajos. El miedo a ser la próxima víctima del vampiro había calado fuerte en los habitantes de aquel pueblo temeroso de Dios.

En el Cortijo de Las Auroras, Tracy Merkel rezaba junto a su lecho. Angustiada, vivía con su primo Logan, que la rondaba cada vez con más insistencia. No obstante, se sentía a salvo de los demonios y de aquella joven extraña que la acosaba, pues su primo era muy valiente y decidido. Y se ocupaba de ella. No quería vivir en la mansión del doctor Frank Merkel, ahora de su propiedad. Los recuerdos se cebaban en ella y sus lágrimas brotaban con facilidad: tenía miedo de encontrarse sola. Como cada noche, revisó el baño, las sábanas y miró bajo la cama antes de acostarse. Sin poder dormir, sus ojos se perdían en la oscuridad de la ventana, esperando oír un golpe que no llegaba. Y pedía a Dios que no llegara.

Surgida de la nada, una sombra rojiza, con forma femenina, acarició el cristal con sus uñas violetas. Los rezos de la joven acabaron. Un fuerte grito salió de su garganta y, en apenas unos segundos, Logan abrió la puerta con su escopeta cargada y, tras él, Joaquín, su capataz, un hombre corpulento, de anchas espaldas y duros callos en sus curtidas manos, digno de la confianza de su amo, con una gran estaca en una mano y un crucifijo en la otra.

—Fuera, en la ventana había alguien. He visto a alguien —afirmó la joven, temblando sobre la cama y envuelta con las sábanas.

Logan se acercó decidido, rápido, la abrió y miró al exterior. No vio nada, solo

el perro, que dormitaba sobre un carro de heno.

—No hay nadie... Tracy, debes calmar tus nervios —le aconsejó Logan, girándose hacia ella.

En ese momento, conforme el capataz abandonaba la habitación santiguándose, una sutil neblina de tintes rojizos entró por la ventana recorriendo la habitación y colocándose bajo la cama.

Tracy encendió la luz y trató de calmarse bebiendo abundante agua. Logan volvió a mirar al exterior: el perro seguía sobre el carro, tumbado boca arriba y emitiendo pequeños ronquidos. Todo parecía tranquilo. No se veía peligro por ningún lado. Cerró la ventana, se sentó en una silla y cruzó la escopeta sobre los muslos mirando a su prima.

—Si fueras mi esposa, podrías dormir todas las noches a mi lado. Yo te podría proteger mejor; podríamos formar una familia. Sabes que siempre te he querido.

—Primo, por favor... Estoy cansada.

Logan se levantó de la silla, le lanzó una sutil mirada y salió de la habitación. Tracy apagó la luz y se giró, colocando su cara contra la almohada para que nadie escuchara los sollozos de su infeliz vida.

Media hora después, la neblina comenzó a disiparse conforme subía por el costado de la cama, apareciendo en su lugar la joven de largos cabellos rojizos y penetrantes ojos, oscuros como la noche. Tracy notó cómo su lecho se hundía y un extraño calor la hizo tiritar. Aquella temida fragancia a jazmín la envolvió. Unas manos frías comenzaron a acariciar las suyas al tiempo que retiraban la almohada de su cara. Aterrada, fue a gritar. Pero aquella extraña puso dos dedos sobre sus labios, en un gesto que la invitaba a guardar silencio, y besó su hombro. Sintió latir su corazón con fuerza y una sensación plácida que la envolvía con cada caricia, con cada beso que recibía y, en vez de acurrucarse, se entregó sin oposición, abrazándola mientras ella le acariciaba el vientre y retiraba sus cabellos del cuello. La sangre de sus pequeñas heridas brotó nuevamente al contacto con los húmedos labios de Sarima.

Tracy se vio caminando por un mundo de tinieblas donde cientos de manos huesudas y tétricas trataban de alcanzarla. Ninguna lo conseguía. En su camino de sombras vio una luz y corrió hacia ella. Encontró, rodeado de un gran resplandor, al doctor Frank Merkel riendo con Logan. De pronto vio una botella de vodka rodar por la tierra roja, y a su abuelo inconsciente. No podía oírla por mucho que ella le llamara. Logan lo metió en el Ferrari, abrochó su cinturón de seguridad, lanzó la botella dentro y empujó el lujoso vehículo al agua. Ella trató de impedirlo. Pero no pudo, cada vez que trataba de sujetarle, todo se mostraba intangible. Y el doctor Merkel abrió los ojos, fijándolos en ella antes de desaparecer en el pantano, mientras ella lloraba y lloraba...

Despertó llorando, empapada en sudor. La joven de melena rojiza no se encontraba allí y la almohada, todavía sobre su cara, le impedía respirar bien.

—Todo ha sido una terrible pesadilla —murmuró entre lágrimas, mirando hacia todos lados, tratando de situarse.

Entonces se fijó en la ventana: estaba abierta. Se levantó y la cerró. Dio la luz, acarició su cuello y encontró sus dedos manchados de sangre. Se acercó al espejo y, al ver las marcas recientes, se santiguó. Le temblaron las piernas y cayó sentada en la cama. Un nuevo pensamiento comenzó a atormentarla: “¿Ha asesinado Logan al abuelo?”, se preguntó en silencio. Ese demonio, esa extraña joven podía haberla matado, por dos veces, y no lo hizo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó sollozando.

Poco más tarde, en Viñedos, una débil sombra, que se fundía entre la neblina nocturna alzándose por las enredaderas de una terraza, penetraba en una vivienda.

—Manolo, me ha parecido oír un ruido —dijo la esposa de Manuel, el médico del pueblo, dándole dos empujones en la cama. Era una mujer mayor, de cara redonda y abundantes carnes, que apenas podía menearse.

—No será nada. Déjame dormir —gruñó el médico, dándole la espalda.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió. Una figura esbelta, de melena rojiza, quedó alumbrada en parte por la luz que entraba de la farola de la calle. La mujer quedó horrorizada, con la boca abierta. Entre temblores, tomó con la mano un rosario que tenía en la mesita de noche y tartamudeó.

—Manolo... Está aquí, viene a por nosotros...

Sarima entró tan rápido, que la aterrada esposa apenas pudo darse cuenta de que se había posado al lado de su marido. Tomó de la mesita rápidamente un rosario, apretándolo contra el pecho, mientras rezaba un Padre Nuestro. Sin dejar de orar, la esposa del médico comenzó a llorar como una niña grande. Volvió un poco la vista sobre su marido y vio cómo aquella joven alzaba un cuchillo de grandes dimensiones. Impotente ante lo que iba a ocurrir, cerró los ojos y, gimoteando, alzó el tono de sus plegarias. Al rato, escuchó un golpe seco y un agónico lamento. Luego, nada más. “Me lo ha matado”, pensó sin atreverse a abrir los ojos. Y esperó a que acabara con ella también. Permaneció inmóvil y aterrada hasta que escuchó un leve ruido en la terraza. Apretó el rosario contra su corazón, cerró con más fuerza los ojos y continuó rezando. Pasó una media hora larga sentada, esperando a que el demonio fuera a por ella. Pero no ocurrió nada. Entonces, sudando y armándose de valor, encendió la luz y miró al lado de su cama: Manuel no estaba.

—¡Manolo! ¡Manolo! —gritó, recorriendo la casa cautelosamente y examinando cada habitación.

No lo encontró. Salió a la calle gritando y corrió hasta la alcaldía en batín, buscando el retén de policía. Golpeó y golpeó hasta que un joven agente abrió.

—¡Ha venido a mi casa! ¡Se ha llevado a mi Manolo! —exclamó.

Los gritos alertaron a los vecinos, que salieron con palos y estacas, rosarios y crucifijos, y se dirigieron al domicilio de la mujer. Allí solo hallaron una mancha de sangre en la cama y unas gotas, dispersas desde el pasillo hasta la terraza, que delataban la tragedia.

—¡En la consulta del médico hay luz! —exclamó Jacinto, desde la plaza Mayor.

Todos se acercaron, armados y protegidos por el sentimiento de hermandad que da el grupo. Abrieron la puerta y entraron dos policías con Jacinto, con sus armas en las manos. El vómito se apoderó de ellos: desventrado sobre la camilla de urgencias estaba el cuerpo de Manuel. En el suelo, su cabeza, y en la mesa del despacho, sobre un certificado de defunción por accidente, su corazón.

Tras el brutal crimen de Manuel, Viñedos se llenó de policías, periodistas y curiosos. El alcalde Rivas no pudo impedir que inspectores de San Francisco y un equipo especializado del FBI se presentaran para iniciar una investigación oficial. La policía local perdió su autoridad en el caso a pesar de sus contactos con la alcaldía de la gran ciudad. Muchas familias marcharon precipitadamente, huyeron a otros municipios. Incluso algunos marcharon a tierras lejanas, a otros países, abandonando sus hogares y posesiones.

En el Hotel Los Cortijos, el único hospedaje del municipio, los periodistas esperaban un nuevo crimen, o alguna noticia. Aunque, si no la había, la creaban con especulaciones y leyendas. Las ventas de los periódicos se habían disparado con lo que algunos llamaban “el chupacabras de Viñedos” y otros “el vampiro de las viñas”. En los programas de televisión, hablaban expertos en ocultismo que no dudaban de que todo era obra de una criatura de origen demoníaco. Otros aseguraban que, detrás de todo, estaba la mano del hombre: un psicópata enfermo en busca de protagonismo o un sociópata que se ocultaba tras una máscara de ciudadano ejemplar. A nadie del país le era indiferente lo ocurrido en Viñedos.

En San Francisco, el vehículo del agente judicial Patrick Morgan llegó puntualmente al Hotel Union Square. Era jueves. Sarima esperaba sentada en el hall, leyendo un periódico y tomando una infusión de hierbas aromáticas. Al verlo llegar a través del ventanal, salió meciendo su cuerpo con una sonrisa escueta.

—Hola —saludó Sarima, mostrándose seria, y subió al coche. Vestía un elegante traje azul marino, ajustado, y una camisa blanca, con un ancho y oscuro sombrero de ala.

—¡Hola! —exclamó Patrick, alegre, y le guiñó un ojo. Ella le ignoró.

—Buenos días. ¿Ha dormido bien? —preguntó DeLong, cortésmente.

—Sí, muy bien. ¿Tiene hoy muchas preguntas para mí? —preguntó la joven con una sonrisa desenfadada.

Patrick la miró por el retrovisor y, al no ver a Sarima, trató de ajustarlo. De pronto el espejo se rompió, cuarteándose por completo.

—¡Ah! —exclamó mirándose la mano, un cristal le había producido un pequeño corte.

—¿Conduzco yo? —preguntó DeLong, observando el cristal roto en mil pedazos.

—No, estoy bien. No ha sido nada. Tranquila, maldito retrovisor.

Sarima permaneció en silencio.

Pronto salieron de la ciudad, dirigiéndose hacia el norte. El camino era largo y DeLong aprovechó para conocer algo más a la extraña joven. Su belleza era radiante y la palidez de su cuerpo la hacía más interesante. La psicóloga siempre buscaba respuestas que la acercaran a sus sospechas.

—¿Saliste anoche? Tienes cara de haber dormido poco.

—La verdad es que he dormido poco, pero no salí.

—¿Le molesta que le pregunte? Si es así...

—No se preocupe, la entiendo. ¿El agente Morgan no tiene nada que preguntarme?

—No, yo no... ¿Estás bien? Pareces de mal humor.

—¿Dónde has estado? No me has visitado en estos días. ¿Ya no te preocupas por mí? —le preguntó Sarima, sin disimular su malestar.

—Quería verte. Pero estamos muy liados con el tema de Viñedos. El último crimen obligó a que nos quedáramos unos días en el pueblo, investigando...

—En Viñedos, no espere ser bien recibida —comentó DeLong, cambiando el curso de la conversación.

—No lo espero —aseguró Sarima.

—Desde la muerte del médico del pueblo, la gente está muy inquieta. Hemos llamado a la señorita Tracy Merkel, por si prefería dejar la reunión para más adelante. Pero insistió en que fuéramos. La noté ansiosa por conocerte.

—¿Sí? Me alegro. Ella no participó en los crímenes.

—¿Cómo puede estar segura?

—Usted no la considera una sospechosa... Con eso me basta.

DeLong asintió con la cabeza. Sarima era una joven difícil de escrutar.

—Me preguntó por usted —insistió—. Quería saber si era tan hermosa como se decía, si su cabello era largo y rojizo, si era pálida como la luna y de labios rojos, si sus ojos eran azules, de un intenso azul oscuro, y si se pintaba las uñas de violeta. ¿No le parece extraño?

—Ya hablemos de ello. Además, así era mi hermana. Nos parecíamos mucho. Teníamos los mismos gustos —contestó Sarima.

—Yo no creo que la señorita Tracy Merkel tenga nada que ver. Sin embargo, es una de las herederas más favorecidas en el reparto: la mansión del doctor, el museo y fue la única beneficiaria del seguro. Me gustaría saber, dejando a un lado mi opinión personal, por qué cree que ella no tiene nada que ver —comentó DeLong, retomando el caso de Tracy.

—El doctor la quería mucho, siempre hablaba de ella y muy bien. A menudo, ante los descalabros económicos del resto de sus familiares, pensaba en hacerla su heredera universal. Siempre decía que los demás solo buscaban su dinero, que no eran buenas personas. Pero ella, sí. Para él, Tracy era diferente, era la niña de sus ojos. Y yo lo creo. A veces pienso que Frank llegó hasta mi castillo en Hungría huyendo de la presión de su propia familia... Buitres...

Sarima alzó la vista y miró hacia el exterior del vehículo. Por un momento observó el paisaje.

—Ellos lo mataron y después acabaron con la vida de mis hermanas. Aunque todo el pueblo es culpable. Lo saben. Deben pagar y pagarán —afirmó.

DeLong notó la amargura y el odio con que surgieron aquellas palabras del corazón herido de Sarima.

—El doctor era un buen hombre, solo quería hacer el bien a todo el mundo. Tenía un proyecto y yo podía ayudarlo, quería ayudarlo. Le amé tanto como si hubiera sido mi padre. Esa gente me lo robó. Yo erigiré el museo, en su memoria, y los meteré a todos en la cárcel o en la tumba.

—¿En la tumba?

—Sí, claro que sí... Son asesinos. En California, hay pena de muerte, ¿no?

—Dice que amó al doctor como si fuera su padre y no sabemos nada de éste. Hábleme de su padre. ¿Cómo era?

—¿Por qué quiere que le hable de mi padre?

—No, nada... Solo era un comentario, curiosidad.

El silencio se hizo en el coche. El sol empezaba a dejarse sentir con fuerza y Sarima sacó de su bolso un protector solar y unas gafas oscuras.

—¿Es para la piel?

—Sí, el sol me molesta. Falta de vitamina D, cosas de la genética.

—Ten, si quieres, te dejo mi cacao para los labios; está nuevo.

—Sí, gracias. Muy amable.

Cuando llegaron a la hacienda, fueron directamente a la mansión. Tracy Merkel los esperaba sentada en la terraza, observando cómo el vehículo se acercaba entre los viñedos y, avanzaba por los caminos de tierra, dejando una estela de polvo. Junto a ella estaba el padre Celestino y un abogado, representando a la alcaldía; y Joaquín, el capataz del Cortijo de Las Auroras, para informar de todo a Logan.

—Ya están aquí, veremos qué quiere esa mujer —apuntó Joaquín, mordiéndose un tallo de hierba fina y llevándolo de un lado a otro de la boca.

—Lo suyo, posiblemente —dijo Tracy con voz débil.

—Aquí no hay nada suyo —espetó el abogado.

El padre Celestino permanecía en silencio, tragando saliva, temeroso de perder la iglesia.

Sarima observaba los viñedos y a los peones, en su mayoría, inmigrantes sudamericanos que trabajaban dispersos por la hacienda y que giraban sus sudados y morenos rostros cuando pasaban a su lado.

—Esto puede ser duro. Es posible que le hagan preguntas capciosas que no desee contestar. También puede que escuche palabras que la hieran. Debe mantener la compostura, no caiga en provocaciones sin sentido. Usted sabe hacerlo.

—No se preocupe, señora DeLong. Confío en su trabajo y sé qué es lo mejor

para mí y cuándo debo callar —contestó Sarima y bajó del coche, cubriéndose con un parasol y ocultando su rostro con sombrero y gafas de sol.

Subieron la escalera de la hacienda y quedaron frente a frente con aquella joven, el sacerdote, el abogado y el capataz. Sarima guardó el parasol y se retiró la gafas, fijando sus ojos en Tracy, la cual dio un respingo.

—Dios bendito, es ella —susurró Tracy, temblando.

El padre Celestino la miró y un escalofrío recorrió su cuerpo, recordando el fatal accidente que se llevó la vida de aquella joven y la niña. Todo ocurrió en su presencia: era idéntica a su hermana.

—¡Dios mío! ¡No es posible! —exclamó.

Sarima les sonrió moderadamente y, ofreciéndoles la mano, saludó primero a Tracy, después al abogado, luego a Joaquín y, finalmente, al sacerdote, que permanecía a la defensiva.

Al estrechar su mano, el padre Celestino comenzó a ver aterrorizado cómo el rostro de Sarima se descomponía, manchando la madera del suelo de sangre y carne marchita. Su ojo izquierdo resbalaba por la mejilla y sus labios se descolgaban conforme los dientes caían. Fijó su vista en la mano que apretaba: estaba descarnada, solo colgaban hilarachos de carne putrefacta y tendones corroídos entre los huesos. Un aire helado envolvió todo su cuerpo, empezó a sudar, no podía tragar ni soltarse, apenas respirar, y la horripilante faz de aquella joven se le acercaba con una forzada sonrisa. “Tú, que eras portador de la sagrada fe de Cristo, ahora me perteneces, tu alma pronto vagará entre los míos. Dios te ha dado la espalda. Maldito serás por siempre”, escuchó en su interior, con una voz tétrica, grave, terrible.

El sacerdote no pudo articular palabra, las canillas se le doblaron, cayó de rodillas y, luego, de bruces contra el suelo de madera.

—¡Padre! —exclamó Tracy ayudándole, mientras el letrado y Patrick lo levantaban ante la mirada atónita de DeLong.

—¿Está enfermo? —preguntó Sarima, extrañada, retirándose.

—Parece que ha sufrido una lipotimia —apuntó DeLong tras examinarle los ojos. Después, le abrió el cuello de la camisa y le quitó el alzacuellos, blanco inmaculado, para que pudiera respirar.

—¿Una lipotimia? Sí, eso será —susurró Sarima, frotándose los dedos de la mano que había estrechado con el sacerdote.

—Le traeré un vaso de agua fresca —dijo Tracy, volviéndose hacia el interior de la vivienda.

Más tarde, sentados en una mesa ovalada, en un espacioso despacho de la hacienda, Sarima miraba atentamente todo cuanto había a su alrededor. Tracy no podía quitarle la vista de encima: se sentía tan temerosa como fascinada. No tenía ninguna duda de que era la extraña mujer que la visitaba. El padre Celestino, ya repuesto, se mantenía alejado, sentado en silencio. “Ha sido ella, es un demonio”, pensó atemorizado. Mientras, DeLong y Patrick ordenaban la documentación

adjuntada por el juez Rieri bajo la atenta mirada del letrado.

—Cabe recordar que estamos aquí para exponer unos hechos y buscar un principio de acuerdo. Veo que nos acompaña el abogado de la alcaldía en representación de un grupo de vecinos. Pero de momento no entraremos a discutir temas legales —expuso DeLong.

—Nosotros tenemos que estudiar cualquier alegación que se requiera —contestó el abogado—. Mi cliente, el señor alcalde, no está dispuesto a que esta persona se quede con algo que no le pertenece. Como bien sabemos, el capital se halla repartido e invertido: era deseo del doctor Frank Merkel que su proyecto prosperara en el caso de que no se presentase la señora Merkel en el espacio de...

—Perdón —interrumpió Sarima—. Ya sé su postura y la de sus clientes. Quisiera escuchar qué tiene que decirnos la señorita Tracy, solo por eso estoy aquí.

Sarima estiró la mano y la puso sobre la de ella, ante la sorpresa de todos, y la miró con ternura.

—Frank me habló mucho de ti... —le susurró Sarima.

Tracy recordó la visión que tuvo en su habitación, entre los brazos de aquella misteriosa joven. Su corazón latió rápido al notar aquella suavidad tan fría y cálida que, a pesar de hacerle sentir el horror con fuerza, la atraía vorazmente.

—Lo has visto, ¿verdad? Ya sabes lo que ocurrió. Él te quería mucho —afirmó ella.

Tracy, perpleja y temerosa, retiró la mano de golpe.

—Yo... La hacienda y todo lo que me perteneció por esa maldita herencia es suyo. Yo no quiero nada —afirmó tajante.

El abogado, Joaquín y el sacerdote la miraron perplejos; no menos que Patrick y DeLong. Sarima asintió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el letrado, echando su cuerpo hacia delante.

—La viuda de Merkel puede quedarse con la hacienda, es suya, y con el museo. Y con el dinero del seguro. No lo quiero. Le presentaré a nuestro capataz y al personal de servicio, son de confianza. Puede buscar a otros si lo estima necesario. Yo volveré al Cortijo de Las Auroras, con Logan. Nada de esto me pertenece, nada es mío.

—No tengo ningún inconveniente en que se quede, la hacienda es grande. Es más, me gustaría que me acompañara y que me ayudara, sobre todo, en el proyecto del museo. Sobre su gente de confianza, si se queda, ellos también. No es necesario que vuelva con Logan, ya sabe lo que te espera allí. No deseo nada más. Por favor, señorita Tracy, la necesito junto a mí —apuntó Sarima, sin apartar la mirada de ella, tomando de nuevo su mano y apretándola con cariño.

Descompuesta y temblando, Tracy tragó saliva y asintió levemente con la cabeza.

—¿Cómo que no quiere nada más? —preguntó el abogado.

—No. Nada —confirmó Sarima.

—¿Nada? —preguntó Celestino, perplejo.

—Nada —insistió ella.

DeLong y Patrick, en silencio, observaban cómo Sarima renunciaba a pleitear con la alcaldía y con los demás beneficiarios de la herencia del doctor Frank Merkel.

—Pueden preparar los documentos necesarios. Me basta con la hacienda del doctor y el museo, siempre que Tracy pueda ocuparse de él, pues ésa era la voluntad de Frank. Lo demás no me importa... Creo que ya está todo hablado. ¿Me acompañarás? La mansión es muy grande y estoy tan sola —insistió Sarima, buscando una rúbrica con palabras.

Tracy bajó la mirada, por unos momentos dudó.

—Sí... Me quedaré —afirmó finalmente, entregándose a ella.

—Esto no le va a gustar nada al señorito Logan. Debería usted volver a Las Auroras antes de firmar nada. Ya sabe que él desea llevarla al altar —apuntó Joaquín, sin dejar de mascullar el tallo de hierba.

—Dile que no volveré. Lo comprenderá —replicó Tracy.

—Se lo diré. Aunque bien sabe que no comprenderá.

—¿Es una amenaza? —preguntó DeLong.

Joaquín calló, estirando los brazos con las palmas de las manos abiertas y negando con la cabeza, como si no hubiera dicho nada.

El abogado se levanto satisfecho; a él no le incumbían los líos de Logan y estaba contento; pues, sin esperarlo, llevarían grandes noticias a sus clientes: la presencia de aquella mujer no significaba un problema. Ninguno de los beneficiarios de la herencia tendría que abonar ninguna cuantía económica ni ceder sus tierras, excepto Tracy. Pero ella estaba dispuesta. Con una sonrisa, pensó vanagloriarse de haber conseguido cerrar un asunto muy espinoso con un gran resultado.

—Me alegro mucho por su decisión, nadie la esperaba. Le honra y, sin duda, cambiará la opinión que los vecinos tienen respecto a su persona: muchos piensan que pretendía cosas poco dignas. Si puedo hacer algo por usted, no dude en contar conmigo... No sé qué más decirle —comentó el padre Celestino, relajado, sonriendo y queriendo pensar, tras escuchar a Sarima, que todo había sido en verdad una terrible alucinación debido a sus nervios y a esa inoportuna lipotimia.

—Usted pudo hacer algo: debió impedirlo, no hizo nada... Se fue cobardemente —afirmó Sarima ante el estupor del sacerdote.

—No sé de qué me habla. Yo no... —dijo el padre Celestino, dando dos pasos atrás, temeroso, alejándose de ella precipitadamente, chocando con la silla, viéndola de nuevo, en su mente, sangrando.

—¿Qué has querido decir con eso? —le preguntó Patrick.

—Nada, solo quería tentarle —contestó Sarima.

—Pues parece que ha funcionado —apuntó DeLong, observando al sacerdote, inquieto, introducirse en el vehículo con el alzacuellos en la mano.

En la mesa quedaron Sarima, DeLong y Patrick; acompañados por una Tracy muda, con las manos sobre las rodillas, que esperaba con impaciencia que Sarima le

dijera quién era y qué quería de ella.

—¿Podemos ver el museo? Creo que ya habrá llegado todo el material desde Hungría —preguntó Sarima.

—Sí, claro. Está en el centro del pueblo. Si me disculpan, me arreglo un poco —solicitó Tracy, levantándose de la silla y tropezando—. Perdonen, estoy algo nerviosa.

—Yo, también —comentó Sarima, con una sonrisa dócil.

—¿Está segura de lo que va a hacer? Es una fortuna —dijo DeLong, observando cómo salía Tracy del despacho.

—Sí. No quiero dinero.

La psicóloga agachó un poco la cabeza, tomó un trago y después la alzó, fijándose en Sarima.

—Solo quiere venganza, ¿verdad? —le preguntó.

—Aún soy su principal sospechosa, por lo que veo.

—Bueno, ya veremos. Es cuestión de tiempo.

—Has sabido ganarte a la gente del pueblo. Pero a ese tal Logan no le gustará: la hacienda está en sus planes. Parte de la urbanización está prevista en ella —apuntó Patrick.

—Lo sé. Quería desposar a Tracy a la fuerza para hacerse con su patrimonio.

—¿Se lo ha comentado ella? —preguntó DeLong, sabiendo que eso era imposible, pues se habían conocido ese mismo día.

—No. Pero no tiene otra forma de conseguir estos terrenos, por eso la acoge en su hacienda. No creo que lo haga por protegerla, sino por defender sus propios intereses y robarle los de ella.

—Sería una buena agente, ¿sabe? Me impresiona. Una cosa: la noche que cenamos en el ático, ¿recuerda? ¿Salió luego?

—No, no recuerdo. Creo que no. Esa noche murió el médico del pueblo, ¿no?

—Por favor... —intervino Patrick.

—Solo era una pregunta —apuntó la psicóloga, ladeando la cabeza un poco.

Capítulo 12

ENTRE EL BIEN Y EL MAL

La llegada de Sarima a Viñedos produjo el revuelo entre todos los vecinos. Aunque la mayoría se mostraban reticentes, algunos la saludaban y otros incluso la sonreían. Ya sabían que había renunciado a los posibles derechos de la herencia, excepto los de la hacienda del doctor Frank Merkel y el museo, propiedad de Tracy. El abogado había tardado poco en anunciar la buena nueva a todos sus clientes, aunque al alcalde Rivas y a Logan no les había hecho ninguna gracia.

Mientras Sarima y Tracy visitaban el museo, Patrick y DeLong se dirigieron a las dependencias policiales. El grupo de agentes del FBI trabajaba allí. Aconsejado por DeLong, el juez Rieri había pasado toda la documentación del caso a Frederick, un agente especial que gozaba de su respeto y amistad. Sabía que un asesino en serie era competencia de la agencia federal y que el caso necesitaba nuevas diligencias si querían atrapar al asesino. Para detener a Logan y a Rivas como sospechosos de la muerte del doctor Frank Merkel, del notario y de las hermanas de Sarima, se debía formalizar la investigación, comprobar de nuevo cada dato y preparar el caso oficialmente.

—¿Algo nuevo? —comentó DeLong, presentándose.

—Patrick, señora DeLong... Es un placer verla de nuevo —dijo Frederick, estrechándoles la mano—. Tenemos el resultado de las autopsias de los cuerpos de las últimas víctimas. Nos ha costado lo suyo. Aquí no colabora nadie. Hemos traído un equipo especial de Washington, los mejores. Pero pasen, pasen —los invitó, cerrando la puerta del despacho ante la atenta mirada del jefe de policía local.

—Veo que la policía no avanza mucho. ¿No les han ayudado? —preguntó Patrick.

—Si por ellos fuera, no se habría hecho nada —contestó el agente federal.

—¿Han encontrado algo? —insistió DeLong.

—Resulta difícil, aquí solo hablan de monstruos y demonios —expuso Frederick—. En este pueblo están todos locos. Mire esto, tal y como nos advirtió: a todas las víctimas se les extrajo la sangre en vida. Después, fueron mutiladas. No me extraña que crean en vampiros: aquí, en el hombro de las víctimas, en las muñecas y en el cuello. ¿Lo ven?

—Sí, son esas pequeñas marcas, parecen de colmillos. Lo vimos en el cadáver de una de las víctimas: el señor Alberto Medina —aseguró DeLong.

—Todos tienen esa “mordida”. Debe ser la marca de nuestro asesino. Parece la obra de una sola persona. Aunque quizás sea de dos, pues se requiere mucha fuerza para realizar todo este trabajo si no adormece a las víctimas con alguna sustancia. Pero no hemos encontrado nada. Los cortes en el abdomen y en el cuello se produjeron con una hoja ancha, posiblemente un cuchillo de carnicero, muy afilado; el corte es profundo y sin fisuras, directo. Nuestro hombre es muy fuerte —apuntó Frederick—. Aunque las huellas del jardín del Cortijo de las Auroras, aunque están deformadas por el barro, parecen botas de mujer...

—Con poco tacón, de esas altas, como si fueran botas de pirata —apuntó DeLong.

—Sí, podría ser —certificó Frederick.

—¿Y los testigos? ¿Ha obtenido alguna información nueva? —preguntó Patrick.

—Todos aseguran que es una mujer fantasma. Como en los informes que nos pasaron. ¡Un no muerto! ¡Una vampira! No me valen sus declaraciones, son ambiguas y están llenas de fantasía —expuso el agente federal, un tanto contrariado.

—¿Podría usar el asesino una droga que los debilite y les haga ver esas ilusiones? —insistió Patrick

—Es posible, aunque ya le he comentado que no hemos encontrado ninguna sustancia en los cuerpos.

—¿Qué han podido averiguar de la espada medieval y del señor Logan? —preguntó DeLong, cambiando de tema.

—En efecto, en el vehículo del doctor Frank Merkel se halló la espada que citaban. También hemos podido comprobar que Logan estuvo en Madrid en esas mismas fechas: la pagó con su tarjeta de crédito. Además, tenemos sus huellas en la hoja de la espada y los datos de su vuelo. Lo tenemos.

—Eso es fantástico, podemos vincularle con el asesinato del doctor —expuso Patrick, animado ante los avances realizados en la investigación.

—Pero no con el de esas jóvenes ni con los actuales —expuso DeLong.

—¿Creen que todo tienen relación? —preguntó Frederick.

—¿Usted no? Ha visto nuestro informe. ¿Qué opina? —le replicó DeLong.

—Hemos revisado todos los datos que nos pasó el juez Rieri y es un buen trabajo. Formidable, señora DeLong... Es un honor poder trabajar con usted, pero quizás deberían haberlo puesto en nuestro conocimiento antes. Podríamos haberles ayudado. Esa mujer, la viuda de Merkel, es muy posible que tenga que ver con todo esto o que incluso su vida esté en serio peligro... Por cierto, en el registro del

vehículo encontremos un maletín médico, contiene cuatro ampollas con un líquido azulado. ¿Saben qué es?

—No —contestó DeLong.

—¿Cree que la señora Merkel es sospechosa? —preguntó Patrick con sorpresa.

—Las ampollas están en el juzgado, junto con la espada y varios documentos que habían en el Ferrari. Con respecto a la viuda, no sabría qué decirle... Es la sospechosa ideal: es la principal beneficiada, en el caso de que todo esto prospere. Asesinando a estas personas, allana mucho su camino por la disposición de la herencia. Es un buen móvil.

—Acaba de renunciar a presentar cualquier reclamación económica. Creo que es una víctima —comentó Patrick, preservando la inocencia de Sarima.

—¿En serio? ¿Ha renunciado a la herencia? —apuntó Frederick, sorprendido

—¿No lo sabía? Todo el pueblo lo sabe —preguntó DeLong.

—Aquí nadie nos comenta nada. Creo que ya no tiene móvil —contestó Frederick.

—Sí tiene uno muy poderoso: la venganza —apuntó DeLong.

—Sí, es posible. Según su informe, no tiene coartada para ninguna noche en que se cometieron los crímenes. ¿Saben dónde pasó la noche del último asesinato? Me gustaría poder interrogarla —expuso Frederick.

—Asegura que estuvo en el hotel. Cenamos con ella en el ático, es una joven muy atenta, y, sí, allí la dejamos. Pero pudo salir después, aunque nadie la vio. Le he preguntado y me ha mentido —aseguró DeLong.

—¿Cómo sabes que te ha mentido? —preguntó Patrick.

—Lo noté, esa joven es... No sé cómo definirla: sabe que sospecho de ella y no le importa. Cree que no la voy a poder descubrir, está segura. Es la reacción normal de un asesino frío y calculador. Si fuera inocente, se preocuparía y mucho.

—¿Usted cree que es nuestra asesina? —insistió Frederick.

—Sí. Pero no me pregunte cómo lo hace.

—No salió del hotel, la habrían visto; el personal está avisado —apuntó Patrick, dolido por las palabras de su compañera.

—Nos ha mentido —aseguró de nuevo DeLong.

—No nos ha mentido —replicó Patrick.

—Bueno —dijo Frederick, observando las fotografías de los cadáveres que colgaban sujetas en un tablón—. Lo que está claro es que ella no pudo acabar con la vida del doctor Merkel, ni con la del notario ni con las de sus hermanas. Todo incrimina a Logan. Y, si como sospechamos, no se trataron de accidentes, es posible que esa viuda busque venganza. Pero también podríamos estar ante una espiral asesina que continúe viva entre los Merkel, en la lucha por la herencia: los vínculos familiares unen a la mayoría de los habitantes de Viñedos, por lo que estas muertes siempre benefician a unos u otros.

—Creo que deberíamos centrarnos en esa posibilidad y dejar a la viuda de Merkel

tranquila —apuntó Patrick.

—Seguiremos las dos líneas de la investigación. La venganza es un poderoso móvil y, si el doctor Merkel y esas dos jóvenes fueron asesinadas, no podemos descartar a esa mujer... Le arrebataron mucho —aseguró Frederick.

—Ahora está en el museo, con Tracy Merkel. Podríamos acercarnos y echar una mirada. Tengo curiosidad por ver sus tesoros medievales —apuntó DeLong.

—No, prefiero hablar con ella con más tiempo. Ahora no puedo, en media hora tengo que salir hacia San Francisco.

—Le diré que quiere conocerla —comentó la psicóloga, dirigiendo sus pasos hacia la puerta de la habitación.

—Si encuentran algo más, ya saben. Les agradecemos mucho su colaboración —apuntó Frederick.

—Por supuesto, y gracias por todo —dijo Patrick algo molesto, sin dejar aflorar sus sentimientos ante los agentes federales.

—¿Qué te ocurre? —preguntó DeLong de camino hacia el museo, viendo el silencio de su joven compañero y la cara de preocupación que mostraba.

—¡Botas de pirata! ¿Qué te pasa a ti con Sarima? —replicó Patrick.

—Perdóname por hacer mi trabajo... Lo siento —dijo DeLong con tono reconciliador.

—Creo que te obstinas demasiado, le haces daño. Ella no es nuestra asesina.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Para ella es como un juego inocente, sabe que no la atraparás porque no tiene nada que ocultar.

—¿Inocente? Esa joven nos oculta muchas cosas. Hoy nos ha vuelto a mentir.

—No te ha mentido.

DeLong paró y, por un momento, reflexionó sobre las palabras de Patrick, sobre su vehemente insistencia en defenderla.

—Sé que esa joven te gusta mucho —dijo volviéndose hacia él—. Dime que no te has acostado con ella.

Patrick levantó ligeramente el mentón y apretó los labios en silencio.

—¡No! —exclamó DeLong—. ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Pasaste la noche con ella?

—Sí, por eso sé que no te mintió. Me fui sobre las nueve de la mañana y se quedó dormida. Ella no es tu asesina.

DeLong resopló.

—Si alguien se entera de esto, podría crear un conflicto de intereses con el juzgado e irse todo al traste. Creo que deberías dejar de verla. Es muy posible que tengamos la orden de detención para Logan la próxima semana. No nos vale que el agente judicial que ha estado llevando gran parte de la investigación se acueste con la principal testigo de la acusación.

—Lo sé. Esta semana he intentado distanciarme un poco.

—Ya lo entiendo. Por eso no has querido visitarla.

—Sí, pero se me hace difícil no verla.

—Espero equivocarme. Creo que ella tiene algo que ver. No sé cómo, pero lo sé. Y espero que tu padre no se entere o te mandará a Alaska —apuntó DeLong.

—¿Se enterará?

—No. Espero que no.

En el museo, Tracy Merkel mostraba con desparpajo las piezas medievales a Sarima, que lo observaba todo con gran interés: cada caja, cada escultura, cada cuadro, cada armadura...

—Veo que has estado trabajando mucho.

—Era el sueño de mi tío abuelo, bueno, de Frank. Siempre me gustó su idea.

—Sus cuentos... Me dijo que de pequeña jugabas mucho con él, que te dormías a su lado mientras te relataba historias de princesas encantadas y príncipes valerosos.

Tracy levantó la vista, desconcertada con aquellas palabras que la trasladaban a la inocencia de su tierna infancia.

—¿Te contó eso?

—Sí.

Tarcy pensó que Frank debió de querer mucho a esa joven para confesarle detalles tan familiares y lejanos en el tiempo. Sarima se acercó, sus azulados ojos se oscurecían, y le acarició la cara. El mentón de Tracy tembló mientras bajaba la cabeza con temor. Notó la mano de Sarima deslizarse por su cuello lentamente, abriéndose paso por su rubia melena para retirarle el pañuelo que cubría su herida de vampiro. Con un escalofrío, entreabrió la boca y emitió un leve suspiro al sentir sus labios carnosos, húmedos, sobre su cuello. Quiso salir corriendo, gritar... Pero algo se lo impedía: necesitaba experimentar de nuevo aquella plácida sensación que humedecía todo su cuerpo y la hacía estremecer.

—¿Estáis ahí? —preguntó Patrick, entrando en el museo, acompañado por DeLong.

Sarima pasó las yemas de sus dedos por los labios de Tracy y la besó, acariciando con el reverso de su mano la mejilla sonrosada de la joven.

—Sí, estamos aquí. Al fondo —contestó finalmente.

Tracy emitió un leve gemido y siguió con la mirada la mano de Sarima, en un inútil intento de que no cesaran aquellas caricias.

—Tu abuelo te quería mucho —afirmó Sarima, tranquilizando la mente inquieta de la joven y rescatándola de su sopor.

Tracy acarició las heridas de su cuello, se ajustó de nuevo el pañuelo, ocultándolas, y mantuvo la respiración, sin saber qué hacer, sin decir nada, presa del deseo y del temor que sentía por aquella joven que parecía poseerla a su voluntad.

—¡Ah, estáis ahí! —exclamó Patrick al girar por una de las galerías.

—¡Mirad cuántas cajas por desembalar! —dijo Sarima mirando hacia todos lados—. Estoy deseosa de empezar a trabajar. Primero haremos un catálogo con todo lo que hay en el museo y, luego, otro con las antigüedades de mi colección que vamos a incorporar. Después, realizaremos los planos y estudiaremos las mejores opciones. Eso sí, tendremos que ampliar el museo.

DeLong se acercó a una caja abierta, llena de papeles desordenados.

—¿Y esto? Parece documentación importante.

—No, no te preocupes. No hay nada de valor: son albaranes y catálogos, la mayoría están muy desfasados. El abuelo lo guardaba todo —contestó Tracy, sin prestar mucha atención.

Sarima siguió avanzando por la galería, junto a Patrick.

—Ven, te voy a enseñar una armadura. Te vendría bien. Tienes que probártela un día, así estarás a salvo de mí —afirmó Sarima, riendo al lado de Tracy.

DeLong, presa de su curiosidad innata, hurgó entre los papeles. Nada parecía tener importancia, tan solo había facturas y apuntes, catálogos sin valor. Pero, cuando estaba a punto de dejar la caja, vio una carpeta que le llamó la atención por parecer nueva, en contraste con toda la documentación desordenada que allí había. La abrió y arqueó el entrecejo con sorpresa.

—Es un diario de campo —susurró, mostrando una sonrisa ante aquel hallazgo.

Lo ojeó por encima: había multitud de anotaciones de fechas concretas, reflexiones y vivencias. Vio el nombre de Sarima y de Elizabeth, pero no el de Marisa, y leyó: “Resulta increíble que en una criatura tan bella, tan perfecta y hermosa como mi amada Sarima, capaz de amar hasta lo indecible y soñar con las dulces mieles de la felicidad, pueda habitar el maligno de una forma tan poderosa, capaz de convertirla en esa terrorífica pesadilla, implacable y sedienta de sangre...”

—¡Clarisa, mira! ¡Ven a ver esto! —la llamó Patrick, sacándola de su asombro.

La psicóloga cerró el diario y lo introdujo en su bolso sin que nadie se percatara. Por un momento, aquellas palabras escritas la habían abstraído por completo, como si se las oyera relatar al viejo Frank de su propia voz, y supo que había encontrado algo que la acercaría a saber la oscura verdad que ocultaba Sarima.

—¿Qué hacéis? —preguntó DeLong, avanzando por la galería hasta ellos, y sonriendo al ver a Sarima alegre, a Tracy sonreír algo tímida y a Patrick feliz. Estaban bromeando con un cinturón de castidad en las manos, de hierro colado y con un candado enorme, descompensado.

De regreso en la hacienda, viajaban los cuatro en el vehículo de Patrick. Tracy, cansada, reposaba la cabeza en el hombro de Sarima y ella perdía su mirada en el horizonte infinito, viendo cómo las últimas luces rosáceas alumbraban las nubes.

Al llegar, una sorpresa les esperaba.

—¿Qué hacen ustedes aquí? Lárguense o no respondo —les increpó Logan, desde la entrada de la mansión, bajando furioso por los escalones con una escopeta en la mano y acompañado por Joaquín, su capataz.

—Cálmese y baje ese arma —le ordenó Patrick, tajante, sacando su Colt Government .45, manteniéndolo junto a la cadera, a la derecha, y estirando su brazo izquierdo con la mano abierta.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —preguntó Tracy, bajando del coche, tan sorprendida como preocupada, pues conocía el genio de Logan.

—Te quieren engañar: estas tierras son nuestras, no de esa zorra húngara —espetó Logan.

Sarima descendió del coche y cruzó su mirada con Logan. El cual, al verla, le tembló mandíbula y pensó: “No puede ser”.

Bajó la escopeta, ante la mirada penetrante de Sarima, que ahondaba en su oscura alma y la hacía arder en su interior. Logan notó cómo se le aceleraba el pulso y le caía un sudor frío por la frente. En ese momento, quedó inmóvil, paralizado. Patrick se acercó con precaución y le retiró el arma de las manos.

—Tranquilo...

—No, Logan, estas tierras le pertenecen a ella. Yo viviré en la hacienda hasta que pueda trasladarme al pueblo, cerca del museo —aseguró Tracy.

—¿Qué dices? ¡Ese demonio te ha embrujado! —exclamó, saliendo de su asombro, sin retirar la vista de Sarima.

Tracy lo ignoró y entró en la mansión.

—Debería marcharse, señor Logan —le dijo Patrick.

—¿No lo ven? ¡Esa mujer es un demonio! ¡Una vampira! ¡Está muerta!

—¡Váyase o lo detendré!

Logan bajó la cabeza, se alejó, acompañado por su capataz y subió a un todoterreno maldiciendo y profiriendo amenazas. Patrick lo siguió e introdujo la escopeta por la ventanilla del vehículo en la que estaba Joaquín.

—Llévese esto —le dijo.

Logan salió a gran velocidad de la hacienda.

—¡Maldita zorra! ¿Crees que has vencido? ¡Pues pronto tendrás tu merecido! —exclamó Logan.

Una vez se alejó e ignorando sus amenazas, Patrick y DeLong acompañaron a Sarima al interior de la hacienda.

—Nosotros tenemos que irnos. ¿De verdad quieres quedarte? —preguntó DeLong.

—Sí, sí... Ya iré mañana a recoger mis cosas al hotel. Ahora quiero conocer esta casa, que Tracy me lo enseñe todo.

—No creo que sea buena idea —apuntó Patrick, pensando en Logan.

—¡Quédate! Así estaré más segura. Me prometiste que te quedarías unos días.

—Mañana tenemos mucho que hacer en el juzgado. DeLong me necesita.

—No, no te preocupes; dame las llaves. Yo también me quedaré más tranquila si te quedas y cuidas de ellas —apuntó la psicóloga, observando la mirada de Patrick perdida en los ojos de su amada, y luego la cruzó con Sarima—. Os dejo, quiero llegar pronto a San Francisco. Necesito descansar un poco.

Por primera vez, Sarima no vio en ella esa mirada recelosa que tanto la acosaba. La notó plácida y segura. Lo que la sorprendió hasta la total desconfianza y pensó: “Lo sabe. Está segura, ya no tiene dudas”.

Patrick la acompañó hasta el coche.

—Deberías hablar con tu amante esta misma noche, lo vuestro debe terminar. Por lo menos, de momento —le pidió DeLong.

—Comprendo —asintió el agente.

Alumbrados por varias antorchas y acompañados por la serenata de los grillos y el croar las ranas, las dos jóvenes y Patrick cenaron en la terraza, contemplando los viñedos conforme la noche lo cubría todo. Tracy se mostraba menos nerviosa. Su mirada delataba cierta fascinación por Sarima, cuando no temor. Y ella se empeñaba en tranquilizarla.

—Mañana, antes de ir a San Francisco, tenemos que ver la hacienda. Me gustaría que me mostrases las viñas y la bodega. Estoy tan emocionada...

—Sí, claro. Yo, también —contestó Tracy.

—Seremos buenas amigas, como hermanas.

—Voy a por el café. ¿Queréis una taza? —preguntó Patrick de forma amable.

—No, yo no bebo café. No me deja dormir —dijo Tracy.

—Yo prefiero una infusión. ¿Tienes manzanilla? —preguntó Sarima.

—Sí, en la cocina —apuntó Tracy, levantándose.

—No te preocupes, ya voy yo —dijo Patrick alejándose de la terraza.

Tracy miró a Sarima y, sacando valor de donde creía que no había, le tomó la mano y le acarició sus dedos.

—¿Qué quieres de mí? ¿Vas a matarme como a ellos? —preguntó.

Sarima bebió un poco de vino y puso su mano sobre la de ella.

—Mañana, antes de irme, quisiera visitar la tumba de Frank, donde te conocí. Ahora deberías descansar, te veo agotada.

—¿Lo harás? —insistió Tracy, tragando saliva y desviando la mirada.

—No.

—¿Eres un ángel o un demonio?

—Yo seré para ti lo que tú alimentes en mi alma: ángel o demonio, como siempre ha sido. Ahora puedes retirarte, estás cansada.

—¿Vendrás esta noche? —preguntó con cierto tono premeditado, invitándola a visitarla ante su propia incredulidad.

—No, estás débil. Debes recuperar fuerzas.

Tracy retiró la mano. Se levantó y se dirigió hacia el interior de la mansión, titubeante, bajo la atenta mirada de Sarima.

—¿Y Tracy? —preguntó Patrick al regresar.

—Está cansada, quiere dormir un poco; es tarde.

Los dos quedaron a solas, saboreando el café y la infusión. No hablaron: con sus miradas se lo dijeron todo. Luego, salieron a pasear por la cerca que delimitaba los viñedos. La vista era preciosa bajo la luz de la luna.

—¿De verdad piensas levantar ese museo aquí?

—Sí.

—El doctor Frank Merkel debió de ser un gran hombre.

—Lo fue —asintió Sarima y, girándose sobre él, lo rodeó con los brazos, acercando sus labios a su boca, y fue a besarle.

—Quizás deberíamos dejar de vernos... así —expuso Patrick, rompiendo la magia.

Sarima dio un paso atrás, terriblemente contrariada.

—¿Ya no te preocupas por mí? —le espetó.

—No, no es eso. Simplemente, creo que sería mejor esperar a que todo se solucione.

—No comprendo... ¿Acaso no me amas? ¿Me has mentado?

—No, no es eso. Tienes que comprenderlo, nuestra relación podría entorpecer la investigación. Debemos esperar a que todo se resuelva. Si descubren nuestro amor, lo utilizarán para desmontar el caso.

—¿Esperar?

—Sí... La semana que viene es muy posible que detengamos a Logan. Quizás, antes: el FBI lo tiene vigilado. El círculo se cierra y no se escapará. Pero nuestra relación podría darle alas, dejar paso a la duda.

—Es por ella, ¿verdad? Ella sabe lo nuestro, te ha pedido que no me ames. Sé que de verdad me considera culpable de esas muertes. No es un juego. Tú no me lo dices, pero lo he visto en sus ojos. No me quieres.

—No, no es por ella. Escúchame. Es por ti y por mí.

—¿Por mí? Si fuera por mí, me abrazarías, darías calor a mi cuerpo, alejarías de mí el miedo, la duda y el frío que me consume... No rechazarías mis besos.

Patrick guardó silencio. Ella lo miró con tristeza, se alejó de él y se dirigió hacia el interior de la hacienda. Entonces paró y se volvió.

—No deberías dejar para mañana lo que deseas hoy, quizás no exista un mañana para gozar —le susurró.

Capítulo 13

CRIATURAS DE LA NOCHE

Un vehículo de color oscuro avanzaba veloz por la 101. Las luces del Golden Gate Bridge relucían en la distancia. Atrás quedaba Viñedos. Tras una hora y media al volante, Clarisa DeLong llegaba a San Francisco. Fue directa al Hotel Union Square. La fatiga del día hacía mella en su voluntad. Pero sabía que no podía descansar, disponía de poco tiempo y ahora tenía la oportunidad de conocer mejor a aquella joven que tanto la intrigaba.

—La llave del ático de la habitación de la señora Merkel, por favor —le pidió al recepcionista, mostrando confianza y normalidad.

—¿Ella no le acompaña, señora DeLong?

—No, se ha quedado en su mansión de Viñedos. He de recoger un medicamento para la piel, ¿sabe?, Vitamina D. Se la dejó con las prisas. Mañana tengo que volver a ese pueblo —aseguró de forma convincente.

—Tenga, y recuerde dejarla de nuevo en recepción cuando se marche. No puede haber dos tarjetas... Es por seguridad.

—Sí, claro. Gracias.

DeLong subió por el ascensor. Al llegar a la planta, anduvo por el pasillo hasta la puerta del ático. Abrió, entró y dio la luz. Todo el equipaje de Sarima, apenas para llenar una maleta, estaba preparado sobre la cama. Solo había ropa. “Lo ha recogido todo antes de salir... Sabía que se quedaría en Viñedos”, pensó, recorriendo su cuarto. Los cajones del salón y los armarios de la habitación estaban todos vacíos.

Entró en el baño y observó cada detalle. En el armario solo había un cepillo para los dientes, crema hidratante, protector solar y un tubo de pasta. Ni peine para el pelo ni laca ni pintauñas ni lápiz de labios ni perfume. No había ni un cabello suelto.

—¿Dónde guardas tu perfume de jazmín? Me gustaría saber la marca —murmuró.

Tomó el cepillo y raspó las cerdas, llevándose una muestra que guardó en una bolsita de plástico. Observó las botas altas de pirata, las revisó por encima, estaban limpias de barro. “Ha pasado demasiado tiempo”, pensó. Luego observó unos zapatos rojos de tacón y unas zapatillas. No había más calzado.

“No mira la tele, no lee, no escucha música, no va de compras... ¿Qué hace está joven para entretenerse?” se preguntó, mirando el cable de la antena sin conectar. Seguidamente, abrió la ventana, observó el cielo y salió a la terraza del ático. “¿Cómo lo haces para entrar y salir sin que te vean? ¿Sales volando?”

Entró de nuevo. En la terraza no había nada. Miró en la mesa, bajo la cama, tras las cortinas. Tampoco halló nada. Entonces, se fijó en el chaleco de cuero rojizo, en la falda corta y en la camisa pirata, blanca impoluta, y llamó al servicio de lavandería del hotel.

—No, la señora Merkel no tiene nada para lavar.

—Gracias —dijo DeLong, colgando y se sentó en la cama.

Miró el pequeño cajón de la mesita y lo abrió: la tarjeta del “club de Mara” y una fotografía familiar era lo único que había. En ella, aparecían sonriendo el doctor Frank Merkel, la pequeña Elizabeth y Sarima. “Bonita foto de familia. Pero... ¿Y tu hermana Marisa?”, se preguntó.

En ese momento, notó una corriente de aire fría que la hizo estremecerse, y vio una sombra agitarse en la terraza, tratando de no ser vista.

—¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta.

—Sarima, ¿eres tú? —preguntó sacando un pequeño revólver oculto en su tobillo.

Salió fuera. No vio nada.

Dos pequeños golpes llamaron su atención y se dirigió hacia la salida del ático. Alguien había llamado a la puerta.

—¿Sí? —preguntó, abriendo con cierta precaución.

Una hermosa joven de piel blanca y tersa, cabello rubio y ojos verdes dio un paso atrás. Vestía de etiqueta con una camisa blanca de anchos vuelos y de generoso escote, un pantalón de cuero negro y botas negras de tacón. A su lado, dos hombres, altos, de tez pálida, bien peinados y con trajes elegante, le sonrieron.

—¡Oh, perdón! ¡Me habré equivocado! ¡No es el ático de la señora Merkel!

—Sí, pero ella no está... Ha salido. Pasará la noche fuera.

—¡Ah!

—¿Quiere dejarle algún aviso? Yo la veré mañana, he venido a por un recado.

—No, es igual; gracias, no es nada. Solo somos unos viejos amigos que querían saludarla. No se preocupe, ya la veré —dijo uno de los hombres, con voz tranquila, conforme se marchaba sin aportar más.

DeLong cruzó la mirada con aquella extraña, sus ojos como esmeraldas preciosas brillaron en un rápido contraste violeta oscuro que la sorprendió. Tras una sonrisa maquiavélica, la joven bajó la mirada y siguió a sus acompañantes.

—¿Quién le digo que la buscaba? —preguntó la exagente, tratando de saber algo de la extraña pareja.

—Leyla Haddi... Dígale que la busca Leyla —contestó ella. Él no dijo nada.

DeLong apagó la luz, salió de la habitación y cerró la puerta.

—Esperen, les acompaño —dijo la exagente en el pasillo, acercándose a la extraña pareja que había conocido y que se dirigía a la puerta del ascensor.

—No, baje usted. Nosotros bajaremos por la escalera. Ella tiene fobia a los ascensores; la asustan los espacios cerrados —dijo aquel hombre, con una mueca amable.

DeLong bajó extrañada. Al salir al hall vio a dos personas más, un hombre y una mujer, los dos bien aseados y con trajes elegantes; y se acercó a recepción.

—¿Algún recado para la señora Merkel? —preguntó mientras dejaba la tarjeta.

—No. Bueno, han venido a buscarla unos señores... Pero no han dejado recado.

—¿Han dicho algo especial?

—Querían saber dónde estaba.

—¿Son las personas que esperan en el hall?

—No veo a nadie, pero no hace mucho que vinieron.

DeLong se volvió, aquellas personas habían desaparecido. Salió por la puerta, pensativa; cruzó la calle en dirección al parking y alzó la vista sobre el ático del hotel. Descubrió con sorpresa que la luz de la habitación de Sarima permanecía encendida. Estaba segura de que la había apagado, así que dio la vuelta y regresó corriendo.

—¡Por favor, la tarjeta y llame a seguridad! ¡Hay alguien en la habitación de la señora Merkel! —exclamó en su camino hacia el ascensor.

Mientras subía, se miró al espejo y se preguntó por qué no habían querido bajar con ella aquellas personas. Le pareció muy extraño y recordó el capricho de Sarima de subir andando. Al llegar al ático, se acercó lentamente, sacó su pequeña pistola y se apoyó en la pared. Escuchó un barullo tras la puerta, metió la tarjeta en la cerradura con cuidado y abrió de pronto.

La luz se apagó tan rápido como ella entró y los cristales de la terraza explotaron en mil pedazos, atravesados por una densa neblina negra que desapareció en la noche. Solo pudo ver, vagamente, a Leyla y a aquellas personas de trajes elegantes.

—¡Quietos! —dijo apuntando al aire, dando la luz.

Pero allí no había nadie, parecían haber saltado al vacío precipitadamente. “Eso no puede ser”, pensó.

La ropa de Sarima estaba revuelta y los cajones abiertos.

En ese momento, llegó la seguridad del hotel.

—¿Qué ocurre? —preguntaron los agentes.

—Han estado registrando la habitación. Pero, ¿dónde se han metido? —preguntó

saliendo a la terraza, mirando hacia todas partes.

—¿Quiénes eran?

—No lo sé, estaban abajo, en recepción. Debieron esperar a que me marchara

—contestó DeLong y se asomó a la avenida—. ¡Están cruzando la calle!

—¿Son esos tipos?

—Sí, son ellos.

Al llegar a la otra acera, aquellas personas miraron hacia arriba cruzando su vista con la de la exagente, y se fueron, perdiéndose al girar la manzana.

—¿Cómo han podido huir tan rápido? Debieron de cruzarse conmigo cuando se apagó la luz, rompieron los cristales para desconcertarme —dijo perpleja.

—Nosotros no los hemos visto. Pero subimos por el ascensor... Pudieron bajar por las escaleras —dijo uno de los agentes de seguridad.

DeLong quedó en silencio. Luego, miró las pertenencias de Sarima, revueltas. No faltaba nada, allí estaba todo: las botas, la camisa... Y miró el cajón de la mesita de noche: solo estaba la fotografía. “Se han llevado la tarjeta de esas muchachas”, pensó.

El teléfono móvil de Patrick sonó en la hacienda por cinco veces.

—¿Sí? —contestó, encendiendo la luz e incorporándose en la cama agotado, envuelto en un sopor libido que apenas le permitía hablar.

—Patrick, te llamo desde el Union Square. Unos desconocidos han estado en el ático de Sarima, me crucé con ellos. Registraron todas sus cosas: buscaban algo, la están buscando a ella.

—¿No sabes quiénes son?

—No. ¿Estáis bien? Tuve un mal presentimiento.

—Estamos bien. Ella duerme... en su habitación. Se fue pronto a dormir.

—Mañana iré a mediodía a recogeros. Ten cuidado.

—Sí, tranquila. No te preocupes, te esperaremos. Avisame si ocurre algo más y descansa un poco —se despidió y cerró el móvil.

—¿Quién era? —preguntó Sarima, asomando la cabeza entre las sábanas y apoyándola en el pecho desnudo del joven agente.

—Nada, no te preocupes. Duerme...

—Era ella, ¿verdad? ¿Qué quería? ¿Saber si estamos juntos?

—DeLong sorprendió a varias personas en tu ático, pero no pudo detenerlas.

—¿En mi habitación? —preguntó ella, inquieta, y se sentó en la cama.

—Sí, estuvieron registrándola... Mañana nos contará —apuntó, vencido, y quedó dormido.

Sarima le acarició el cuello y pasó los dedos por las marcas de sus colmillos, recogiendo una gota de sangre que, furtiva, se deslizaba por la espalda. Había vuelto a ocurrir: se habían amado intensamente y él, ahora, extenuado, dormía. Ella se levantó sin hacer un ruido. “¿Quién ha osado registrar mis enseres?”, se preguntó con curiosidad, entrecerrando los ojos y alzando el labio superior.

Se acercó a la ventana abierta y su hermoso cuerpo desnudo recibió la blanca luz de la luna. Sus mejillas habían adquirido un rubor desconocido, el rojo de sus sugerentes labios se había suavizado y sus pupilas azules se mostraban claras, con una transparencia infinita. Se miró la mano derecha, la cerró y la abrió de nuevo estirando los dedos. Acarició su seno, redondo y firme, apretando su sonrosado pezón y pasó la mano por su vientre, notando la suavidad de su piel, observando con interés el color cálido que había desplazado la palidez mortecina de su cuerpo. Se sintió llena, viva y observó de nuevo a Patrick, que seguía dormido, sumido en un profundo sueño. Saltó y su esbelta figura se difuminó entre una densa neblina, qué, como arrastrada por un fuerte viento, recorrió los viñedos y voló rápido hacia la gran ciudad.

Atravesó el bosque y los prados; pasó, como una estela difusa, por encima de las negras aguas de la bahía de San Pablo y llegó a la isla de Alcatraz, donde se posó sobre una de las altas torres de la prisión. Respiró profundo, contemplando la noche, y se deslizó como una suave bruma hasta el Oakland Bay Bridge, donde se irguió sobre la punta de uno de sus altos pilares: San Francisco aparecía iluminada por las intensas luces de la urbe.

En solo un minuto, Sarima estaba en la terraza del ático. La bruma que la acompañaba se dispersó mientras observaba los cristales rotos. Una sensación conocida y repelente la hizo ponerse a la defensiva, mostrando sus colmillos, alterando sus ojos, que se oscurecieron en un segundo. Decidida, como un león que busca su presa, rastreó en la oscuridad.

No había nadie. Pero allí quedaba el fatídico olor de la muerte viva, la estela difusa de la presencia de un vampiro. Podía sentirlo en su cuerpo, en su mente. Era un hálito tenebroso que conocía bien.

Entró en la habitación y observó la cama revuelta. Parte de su ropa estaba en el suelo. Vistió su desnudez con el chaleco y aquella falda de cuero rojo, y se calzó las botas altas. Sentada en la cama, miró hacia el cajón de la mesita: permanecía abierto. Allí estaba aquella fotografía “familiar” que la hizo sonreír con una mueca de nostalgia.

—¡Mara! —exclamó al percatarse que faltaba la tarjeta del “club”.

Como un rayo, corrió hasta la terraza y saltó al vacío, elevándose como una estilizada neblina blanca de tonos rojizos, confundándose en la oscuridad de la noche y dirigiéndose veloz hacia la vivienda de sus únicas amigas.

Una bocanada de aire fresco hizo volar las hojas marchitas del jardín de Mara. Sarima levantó la vista y observó los cristales rotos de la ventana del piso superior de la vivienda. En su interior, se podían apreciar sombras en movimiento. Su cuerpo se estremeció al sentir aquel tenebroso hálito, su fino oído captó el agónico gemido de la muerte y entró de golpe, dando una fuerte patada a la puerta y arrancándola de sus goznes. Estiró su cuerpo, mostró sus colmillos con un rugido y abrió las manos iniciando la búsqueda. Sus aceradas uñas crecieron tres centímetros y sus ojos se oscurecieron. Su melena, roja intensa, parecía viva. En ese instante, fijó la vista en un

hombre alto, vestido con un elegante traje oscuro, que tenía a Mara apresada contra la pared, sangrando. A su lado yacía Izarne, muerta, con el cuello desgarrado.

El cuerpo de Sarima se había tornado mortecina palidez. La humanidad que la había envuelto aquella noche, junto a Patrick, desapareció por completo y dio paso a la bestia que habitaba en ella. La ira se apoderó de su mente, su corazón se aceleró y el azul de sus venas se reflejó en su rostro.

Aquel extraño alzó la vista, sorprendido. Sus pupilas eran rojas, refulgentes como diamantes, como la sangre que le rebosaba por las comisuras de los labios y que manaba del cuello de Mara. Abrió sus fauces ensangrentadas, mostrando sus largos colmillos, rugiendo como una alimaña insaciable.

Súbitamente, Sarima embistió contra el extraño ser, aplastándole con una mano la cabeza contra la pared: los huesos del cráneo crujieron y un ojo se descorchó de su oscura cuenca. Se fijó en un enorme cuchillo de cocina que estaba en la mano inerte de Izarne, lo tomó y, con un tremendo golpe, partió el corazón de aquel vampiro. El cual cayó al suelo, exhalando un silbido agónico y penetrante y convirtiéndose en una masa deforme que se disolvía al tiempo que emanaba un hedor horrible.

—¡Mara! —exclamó Sarima, visiblemente conmovida, volcándose sobre ella mientras el azul celeste de sus ojos renacía en su interior.

—La chicas... están arriba... —contestó, llevándose una mano a la herida del cuello y posando la otra en la mejilla de Sarima.

En ese momento, la puerta se abrió y los extraños de elegantes trajes que visitaron su ático entraron.

—Mira lo que nos has obligado a hacer —espetó Leyla, con un tono familiar, arrastrando por el pelo a Zoia, inconsciente. Sus ojos verdes se habían transformado en violáceas gemas oscuras—. Sabía que eras tú.

—¿Y Gabrielle? —preguntó Sarima, ignorando a Leyla y sin aceptar la posibilidad de que hubiera sido asesinada.

—¿Gabrielle? Está en su habitación... durmiendo —contestó otro, irónicamente, limpiándose con un pañuelo los labios manchados de abundante sangre.

—Eres muy fuerte, has acabado con Jeremías. ¡Es increíble! ¡Madre tenía razón! —apuntó Leyla, soltando a Zoia, que cayó inerte, golpeando su cabeza el suelo.

—Eran mis amigas. Os mataré —sentenció Sarima mientras la ira volvía a consumirla.

Con una mirada de Leyla, la otra vampira saltó sobre Sarima, amenazante, abriendo su boca con un rugido sordo. El blanco de sus colmillos destacó con fuerza y sus ojos parecían tizones rojos de oscuro fuego. Sus manos eran poderosas garras que buscaban muerte.

Sarima, como un relámpago, dio dos pasos decididos hacia ella, estiró su brazo izquierdo y, sin dificultad, la agarró del cuello.

—¿Acaso creéis que podéis algo contra mí, miserables criaturas de la noche? —preguntó de forma activa e indignada.

Sin esperar contestación, hundió sus aceradas uñas y las yemas de los dedos en

el cuello y apretó con fuerza. Seguidamente, la izó, le hundió la mano derecha bajo el esternón y, arrancándole de cuajo el corazón, se lo mostró latente. Después, lo deshizo entre sus dedos como si fuera arcilla pura, sangrienta y oscura. Aquella mujer, antes esbelta y voluptuosa, se convirtió en una masa parda, deforme, nauseabunda, que resbaló de la mano de Sarima hasta quedar inerte en el suelo.

Los extraños, sorprendidos por la fuerza de Sarima, dieron un paso atrás y mostraron sus colmillos con un gesto amenazante. Apenas habían retrocedido un poco, cuando Sarima, como un destello fugaz, se lanzó sobre el que había acabado con la vida de Gabrielle y le atravesó con el cuchillo, partiéndole el corazón. Luego, con un golpe seco, desplazó de lado a lado con fuerza la afilada hoja, astillándole las costillas y abriéndole el pecho. El vampiro arqueó su cuerpo hacia atrás, con un terrorífico grito de agonía, y se transformó en una amalgama pestilente de polvo húmedo.

—¡Leyla, cuánto tiempo sin saber de ti! —exclamó Sarima, volviendo su penetrante y fría mirada sobre la vampira—. Antes de que te arranque el corazón, dime: ¿qué sabes de Madre?

Levantando el labio superior, Leyla rugió con un siseo tétrico y saltó por la ventana del pasillo que daba a la calle, destrozando el marco y fragmentando el cristal en mil pedazos. El otro vampiro la siguió en apenas una décima segundo.

DeLong llegaba en ese mismo momento a la vivienda de Mara acompañada por dos agentes del FBI y una patrulla de policía. Para su sorpresa, tuvo tiempo de contemplar cómo los vidrios de la ventana caían sobre el vehículo en el que viajaban. Una alargada sombra violeta aplastó con un sonoro golpe el capó del coche y, de una zancada, algo parecido a un espectro pasó como una exhalación por su lado, ante la atónita mirada de los agentes.

—¿Qué ha sido eso? —se preguntaron, bajando del vehículo y empuñando sus armas.

—¡Alguien ha saltado! ¡Vamos! —exclamó DeLong, mirando hacia la ventana y corriendo hacia la puerta astillada, seguida por los dos agentes federales mientras el coche de patrulla daba marcha atrás y salía en busca de la sombra que había pasado por encima de ellos.

Sarima se asomó levemente a la ventana, miró a Zoia y corrió a atender su dolor: vivía, pero no mantenía suficiente sangre en su cuerpo como para resistir por mucho tiempo. Apenas podía moverse. Débil y envuelta por un sopor que no le dejaba articular palabra, que le quemaba el alma, se aferraba a la vida, entre los brazos de Sarima, con una voluntad inusitada. Sarima mordió su cuello y succionó por unos segundos, fuerte. Zoia falleció con una mirada piadosa que llegó hasta el sombrío corazón de la vampira.

—Sarima..., te buscaban a ti... No les dije nada —susurró Mara, extendiendo su brazo sin fuerza—. Quieren matarte, son cazadores de vampiros.

Sarima dejó en el suelo con delicadeza el cuerpo sin vida de Zoia. Acto seguido

se acercó a Mara y la acarició el cabello, mirándola desconsolada. Sus ojos ya no eran oscuros: el azul zafiro ocupaba su lugar. Su pelo castaño rojizo reposaba sobre los hombros y las uñas volvieron a su estado natural. Pasó su mano por la herida abierta que tenía Mara en el cuello y, luego, le limpió suavemente con la lengua la sangre que manaba. Sarima mordió suavemente y succionó. La joven notó cómo un escalofrío placentero recorrió su cuerpo, apagando el fuego interior que la devoraba.

—¡Mara! ¡Mara! —gritó DeLong.

La policía registraba el primer piso de la casa, encendiendo las luces y buscando a las muchachas.

—Debes marcharte —apuntó Mara.

Sarima alzó la vista al ver una sombra subiendo por la escalera. Besó los labios de Mara, se fundió en una neblina y comenzó a salir lentamente por la ventana, sin dejar de mirar a su amiga.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido aquí? —exclamó DeLong ante los cuerpos sin vida de las muchachas y el rostro de Mara, sin percatarse de aquellos pies pálidos y livianos, como una bruma, que desaparecían arrastrándose por el marco de la ventana—. ¡Avisad a Urgencias! ¡Que vengan rápido! ¡Tenemos a tres jóvenes malheridas! —ordenó a los agentes de policía que subieron rápido tras ella y se encontraron con la macabra escena.

—¡Oh, Dios santo! —exclamó uno de ellos.

—Aquí hay otra joven herida... No, está muerta. ¡Le han arrancado la yugular! —exclamó otro agente desde la habitación de Gabrielle.

Mara comenzó a llorar, dando pequeños gritos de histeria, tomando consciencia de lo que había ocurrido. Mientras los agentes revisaban la casa, DeLong la abrazó, intentando calmarla, observando cada detalle. Pensó en aquellas personas que había visto desde el ático del hotel. Luego se dirigió a Mara.

—Tranquila, todo acabó, estás a salvo.

—¡Han matado a Zoia, Izarne y a Gabrielle! ¡Eran mis amigas! ¡Esos monstruos las han matado! —gritaba sin parar.

—Tranquila, ya se han ido. Dime si sabes quiénes eran esos hombres.

Mara titubeó entre sollozos.

—¿Eran tres hombres vestidos con trajes oscuros y dos mujeres? —insistió DeLong posando sus manos en el rostro de Mara.

—Sí, eran ellos. Los contrataron en ese maldito pueblo para matar a Sarima, pero no les dije nada —sollozó cayendo sobre el pecho de la exagente, que acarició su cabello.

DeLong se fijó en aquellas extrañas y alargadas manchas negras que había en el suelo: parecían ceniza húmeda y emanaban un hedor insoportable. Que desaparecían lentamente ante sus ojos. La exagente la miró atónita a Mara, pidiendo una explicación que no hallaba. La joven bajó los párpados, llorando, como si no hubiera visto nada.

Dos médicos y cuatro enfermeros subieron corriendo por las escaleras y trataron las heridas de la muchacha. Luego, la trasladaron a la ambulancia. DeLong observó la habitación de Mara, sus cosas. Recogió una muestra de aquella extraña ceniza y miró de nuevo hacia todos lados, buscando.

El ordenador estaba encendido, mostraba unas fotografías sobre las que Mara estaba trabajando antes de sufrir el atroz ataque. Fue a apagarlo cuando le llamó la atención el título de la imagen: Sarimal. Allí se veía a varios jóvenes sentados en lo que parecía una fiesta y, junto a uno de ellos, una figura saturada por una luz blanca. Pasó la imagen y surgió otra: Sarima2, parecida a la anterior, aunque en esta solo se apreciaba un joven y aquella extraña figura resplandeciente. No había más fotografías abiertas. Sacó del bolso un pin electrónico y descargó las dos imágenes. Después revisó el correo de Mara. No encontró nada extraño, nada que llamara su atención.

Apagó el ordenador, tomó el teléfono móvil y llamó a Patrick. Mientras esperaba, se apoyó en el marco de la ventana, se fijó en las manchas de sangre de aquel cuarto adornado con imágenes de vampiros y pósteres góticos y miró con pena los cuerpos de Izarne y Zoia, ambos cubiertos por una sábana.

Una espesa figura rojiza envuelta en una bruma empezó a flotar bajo el borde de la ventana, alzándose tras ella. “Patrick, ¿cómo has podido desconectar el móvil?”, se preguntó, cruzando los brazos ante el repentino frío que la envolvía.

—¿Acaso crees que no sé que está contigo? No era necesario que me dijeras que dormía en su cuarto. Espero que estéis bien los dos. Esto se complica cada vez más —dijo en voz alta. Ante la imposibilidad de contactar con él, guardó el móvil y se volvió hacia el exterior de la ventana.

La bruma se disipó en cuanto ella se volvió, quedando un imperceptible halo a merced de una suave brisa que lo arrastró hacia las alturas. DeLong olfateó una conocida fragancia a jazmín que la hizo desviar su mirada hacia ambos lados de la ventana.

—¿Sarima? —preguntó repetidamente, aquella fragancia era inconfundible. Luego, observó las estrellas y se preguntó: “¿Qué está pasando aquí?”

Pensando en las imágenes del ordenador de Mara, abrió su bolso, sacó el diario del doctor Merkel y buscó la página donde había leído aquello sobre Sarima: “Aún recuerdo su rostro atónito ante mis atenciones desinteresadas, incapaz de verse reflejada en un espejo. Su alma estaba vacía; solo albergaba el mal. Hoy está radiante, feliz, y no es para menos: ha conseguido, por primera vez en su larga existencia, ver su hermoso cuerpo reflejado. Su corazón está lleno de amor y de esperanza. Es posible que consiga atraer completamente su alma humana y alejar ese demonio que la consume en su soledad. Mañana vendrá un conocido fotógrafo. Espero que lo consigamos. Tengo fe en lograr fotografíarla en todo su esplendor humano.”

—Señora DeLong, lo siento —le interrumpió el sargento de policía, entrando en la habitación acompañado por los dos agentes del FBI—. La zona está siendo peinada, pero no hemos encontrado nada: esos asesinos han desaparecido sin dejar rastro.

Hemos pasado la descripción que nos dio, aunque de momento no hay resultado.

—Gracias. Si hay alguna novedad, llámeme a este teléfono... Hans, por favor, mande esta muestra a analizar. Es muy urgente —finalizó dándole a uno de los agentes federales la bolsita que contenía la extraña ceniza.

—Como quiera, señora. Me encargaré personalmente. Lo de esas pobres chicas ha sido horrible. ¿Cómo pueden existir esta clase de monstruos?

—Ha sido horrible. Y sí: parece que los monstruos existen —contestó DeLong, alejándose de la escena del crimen y reflexionando sobre las palabras escritas en aquel diario.

Un halo rojizo meció las suaves cortinas de la hacienda del doctor Merkel, en Viñedos. Una alargada nebulosa penetró en la habitación en que dormía Patrick, y se colocó frente a él. Sarima se descalzó, dejó las botas bajo la ventana, arrojó el chaleco y la falda que llevaba sobre un pequeño sofá y se introdujo bajo las sábanas. Triste y pensativa, lo abrazó mientras observaba cómo dormía plácidamente. Sintió deseos de notar el calor del alma enamorada de aquel joven rozando la suya, de sentir la dulzura de su sangre recorrer su cuerpo. Se inclinó sobre él, inhalando el aroma que emanaba su pecho y le besó el cuello, y succionó suavemente. Después, se relamió los labios y se tumbó boca abajo, alejándose de Patrick, dominando sus instintos depredadores.

“Leyla, mi amor, no sabía de ti desde hace tanto... ¿Quiénes eran esas malditas criaturas de la noche? ¿Madre?” se preguntó en silencio, cerrando los ojos, hasta que se quedó dormida.

En un oscuro callejón del puerto viejo de la bahía de San Francisco, cerca de los bajos del Golden Gate Bridge y junto a una hoguera avivada dentro de un barril de petróleo vacío, dos sucios y harapientos mendigos reían embriagados por el alcohol y los piojos. En el suelo había un pañuelo con varias carteras, dos relojes, cuatro botellas de vino agotadas y unas limosnas.

—¡Ey! ¿Estoy borracho o esa esmirriada yonki nos mira mal? —preguntó uno de ellos recogiendo el pañuelo.

Sin esperar respuesta, guardó su botín en el bolsillo roto de su chaqueta y salió corriendo. El otro quedó sentado, riendo, con una botella de vino pegada a sus labios. En ese momento, Leyla salió de la penumbra y avanzó decidida. La vampira levantó su brazo armado: un resplandor, seguido por el contundente sonido de una Desert Eagle 44 Magnum, iluminó la escena.

La botella de vino cayó al suelo. El mendigo limpió su grasienta boca con la manga y miró a su compañero. Su cabeza había reventado como un melón. Se volvió con un eructo, tragó saliva y cayó sentado en el suelo. Mareado, cerró los ojos por un segundo. Cuando los volvió a abrir, aquella joven se hallaba frente a él y tiraba hacia atrás de su enmarañada melena.

Leyla apreció por un momento la inmensidad de la noche. Luego, hundió sus

colmillos y sorbió con avidez la cálida y espesa sangre.

—¡Uarrgggg! —escupió con un gesto de repugnancia.

Mientras el mendigo reía tumbado en el suelo y cubría con una mano la herida de su cuello, ella lo miraba con asco, intentando eliminar de su boca aquella horrible mezcla de sangre, grasa, sudor, alcohol y pelos.

—¡Dios, qué asco de sangre! ¡Qué hombre más repugnante! —exclamó.

Encolerizada, levantó el brazo y disparó su potente arma.

—Estoy harta de ratas y mendigos. Hoy me merezco algo mejor. ¡Celebremos que mi amada Sarima nos visita! —dijo para sí, en alto, guardando su Desert Eagle 44 Magnum. Luego se dirigió hacia un punto lejano, próximo a los yates de lujo que fondeaban en el puerto, donde la tenue luz de otra hoguera anunciaba una nueva presa más acorde con sus deseos.

Capítulo 14

LA GUARIDA DEL ZORRO

“No hay piedad para los condenados...”, leyó Clarisa DeLong, acostada en su cama, bajo la tenue luz de la lamparilla de la mesita de noche. Acto seguido, se acercó la bandeja en la que había colocado un croissant y un zumo de naranja. Y siguió con atención la lectura del diario del doctor Frank Merkel.

“...estas fueron sus primeras palabras cuando le hablé de otra vida, de esperanza. Creí comprender la angustia y la desesperación que habitaba en lo más hondo de su ser: una condena eterna donde la muerte no conoce la paz y el alma, maldita por siempre, vaga sin amor que la acompañe. Pese a su rechazo inicial, insistí fascinado por aquella criatura. Sarima no es como los demás. Sé que oculta tras la bestia habita una joven noble, de gran corazón, deseosa de amar y ser amada. Ahora vive presa de su terrible maldición; noche tras noche, necesita su alimento: sangre caliente”, leyó ensimismada.

DeLong cerró por un momento el diario y tomó un sorbo de zumo. No sabía qué pensar del doctor Frank Merkel ni cómo interpretar las palabras que leía. Observó las fechas y pudo comprobar que cada sábado escribía un resumen de la semana, apuntando los datos más relevantes en las investigaciones o los pasos que daba y las personas que conocía. Curiosamente, no dudaba en intercalar pensamientos profundos, íntimos, con otros banales que, por algún motivo, creyera oportuno. Sin duda, hablaba de Sarima. Pero escribía sobre ella de una forma increíble, como si estuviera poseída por un ser maligno. Aunque aportaba datos científicos, fechas imposibles y número de víctimas, la psicóloga pensó que todo podría ser producto de una demencia, aunque no concordaba con los proyectos que estaba desarrollando y que requerían una mente ágil y despierta. “¿Cuál es la bestia que habita en Sarima?”, se preguntó.

Ojeó por encima otras páginas del sorprendente diario y paró ante una que llamó su atención y que había titulado “Espejos malditos”:

“Las fotografías han vuelto a salir mal. Ha sido un fracaso: su cuerpo mortecino no se refleja en el espejo de la cámara. ¿Cómo pude conseguirlo hace apenas unos meses? Lo he revisado todo. Si la imagen salió entonces perfecta, ¿por qué su cuerpo vuelve a plasmarse como un haz de luz? No lo sé. Aunque tengo mi teoría, necesito trabajarla más: es su parte oscura la que lo impide. No volveré a intentarlo hasta que su cuerpo pueda verse reflejado en un vulgar espejo. Sé que le hago mucho daño cada vez que lo intentamos y no lo conseguimos: sufre, pierde la esperanza con facilidad y retrocede. Hoy ha vuelto a impresionarme: los dos espejos de la habitación crujieron al unísono a su paso. Los detesta. Fue ella, su ira al no poder contemplar su rostro: los destruyó con un simple movimiento, tan rápido que no pude apreciarlo”.

DeLong cerró de nuevo el diario y lo puso sobre sus rodillas. Si el doctor tenía razón, Sarima pudo subir aquella noche por las escaleras porque sabía que no se vería su reflejo en el espejo del ascensor. Recordó el retrovisor del coche, cuando Patrick se cortó. Y pensó que quizás ella lo rompió para evitar que pudieran descubrirla al no verla reflejada.

—No, eso es imposible —susurró—. ¡Me estaré volviendo loca yo también!

Se levantó, tomó el vaso de zumo y bebió. Luego, sacó de su bolso el pin electrónico y lo conectó a su ordenador. Buscó las dos imágenes que había copiado del archivo de Mara y las abrió en su programa de retoque fotográfico. Estuvo observándolas con detenimiento, limitó los blancos e invirtió una de las imágenes: una silueta femenina se hacía más que elocuente. Volvió a invertirla y oscurecerla lo más que pudo. Luego, buscando un fondo, la saturó. Una tonalidad violeta surgió, y amplió los píxeles. Alzó las cejas, sorprendida: era Sarima, con el vestido blanco de tonos violetas que vio sobre la cama. Realizó idéntica operación con la otra imagen y el resultado fue el mismo.

Regresó a la cama llena de interrogantes. Dejó el vaso vacío sobre la mesita y tomó de nuevo el diario. Buscó la hoja en la que doctor hablaba del inicio de su expedición y pasó páginas hasta que llegó a la fecha en que entró en Hungría. No le interesaba su vida anterior, solo quería conocer a la Sarima que él conoció y leer, por muy disparatado que pudiera parecer, lo que había escrito sobre ella. Necesitaba saber qué terrible secreto guardaba aquella joven de mirada penetrante, capaz de hurgar en su mente; a qué se tenía que enfrentar.

Al día siguiente, tras recorrer las autopistas y carreteras de San Francisco, DeLong llegó a la hacienda del doctor Merkel. El sol del mediodía caía con fuerza. Patrick estaba fuera, paseando por las cuerdas junto con Tracy.

—Antes teníamos muy buenos caballos, los tuvimos que vender con la crisis. Tras el reparto de la herencia, traté de recuperarlos. Pude rescatar a Madame, a Ciclón y a Mister Powers, pagué el doble de lo que me dieron por ellos a fin de que

volvieron al cortijo —apuntó la joven, observando cada rasgo del joven agente, que se mostraba muy atento.

—Me alegro de que pudieras conseguirlo. Espero que también te hagas con los demás; son hermosos animales —le dijo el agente mientras acariciaba con delicadeza la quijada de la hermosa yegua. A Tracy le sorprendió la ternura con la que aquel hombre trataba al animal y le sonrió acercándose a él, atraída, con un ligero rubor en sus mejillas.

—¿Te gustan los caballos? —le preguntó ahondando en sus pequeños ojos.

—Sí, mucho... Siempre quise ser un cowboy del salvaje oeste —contestó Patrick, sin rehuir aquella mirada que buscaba dentro de él.

—¿Morgan? —le llamó DeLong, acercándose hacia las cuadras e interrumpiendo aquel momento.

—¡Aquí, estoy aquí! —exclamó el agente, sin apartar la vista de Tracy.

—¿Y Sarima? ¿No está con vosotros?

—No, está dormida. No pasó muy buena noche. ¿Quiere que vaya a buscarla? —contestó Tracy.

—¿Dormida? Son las dos de la tarde —replicó DeLong, extrañada.

Patrick se encogió de hombros.

—No, déjala —contestó la psicóloga—. Patrick y yo iremos al pueblo —le dijo a Tracy—. Tenemos que ver al agente Frederick. Luego pasaremos a por ella: creo que quería ir a San Francisco, a recoger sus cosas del hotel. Cuando se despierte, se lo comentas. ¿Serás tan amable?

—Sí, claro... Descuide.

DeLong y Patrick se alejaron de la hacienda bajo la atenta mirada de Tracy. Aquel hombre educado parecía sincero, noble e inteligente. Era tan diferente a los zagales que la rondaban... “¡y a Logan!”, pensó la joven mientras acariciaba las quijadas y crines de Madame.

En aquel pueblo temeroso de Dios, Tracy nunca había estado con un hombre. Hubiera sido una vergüenza para la familia. Su destino debía ser desposarse con un terrateniente rico, con Logan, y guardarse para él. Sarima había despertado en ella una desconocida rebeldía: ahora quería tomar sus propias decisiones y ser ella misma. Le agradaba el carácter y las formas de Patrick, le gustaban su cuerpo vigoroso, su tierna mirada y esa sonrisa perturbadora que dejaba entrever los incisivos, un poco separados, y que le daba ese aire travieso. Deseó sentirse rodeada por esas manos grandes y ser abrazada con fuerza. Su rubor aumentó y, para evitar que alguien la viera sonrojada, volvió la cara sobre la yegua.

Dejó las caballerizas y regresó a la mansión con paso acelerado. Entró en la terraza de la hacienda y corrió hasta su cuarto. Lanzándolo al suelo, se desembarazó de aquel vestido oscuro que la cubría por entero y liberó su rubia melena, que cayó como una cascada sobre sus hombros. Se contempló desnuda frente al espejo y se sintió libre por primera vez en su vida. Acarició su cuello, aquellas pequeñas heridas,

y notó los latidos de su corazón. Luego, bajó las manos por sus redondos senos: los pezones duros y sensibles le recordaron el peligro del pecado, tan maldito como deseado. Se tumbó en la cama, bajó la mano lentamente por el vientre y su cuerpo húmedo se estremeció con un suave gemido mientras pensaba en aquel hombre.

—¿Qué ocurre? Te veo muy seria, muy callada —preguntó Patrick, en el vehículo, cerca Viñedos.

—Cinco sicarios han asesinado a tres de las amigas de Sarima, y otra está ingresada en el hospital. Si hubiéramos llegado unos momentos más tarde, también la habrían matado.

Patrick no argumentó nada, tan solo contrajo su rostro.

—Anoche, cuando te llamé...

—¿Anoche me llamaste?

—Da igual, déjalo. Estamos llegando —contestó DeLong, un tanto atónita, sin querer discutir, mientras atravesaban la plaza del pueblo, bajo la atenta mirada de Logan y el alcalde Rivas, que, sentados en la terraza del bar de Jacinto, seguían cada uno de sus movimientos.

—Esa gente nos traerá problemas —expuso el alcalde, golpeando débilmente la mesa con las yemas de los dedos.

—Deberían cazar al monstruo y liberarnos de esta pesadilla de una vez. Para eso les pagamos con nuestros impuestos —dijo Jacinto, limpiando un vaso chato, que posó en la mesa y colmó de vino.

—Y largarse bien lejos... No me gusta que anden por aquí removiendo viejas heridas —apuntó Logan. Luego, tomó el chato y lo bebió de un trago.

—Ellos no pueden hacer nada contra la bestia. Mañana llegan los nuestros. Un poco de paciencia y todo habrá acabado —aseguró el alcalde Rivas.

—Si esa bruja no nos ha engañado —replicó Logan.

—No creo. Nos aseguró que había encontrado a la persona ideal. Y si nos engaña, se lo haremos pagar —afirmó con contundencia el alcalde.

Patrick aparcó en las dependencias policiales, donde les esperaban varios agentes federales.

—La noche fue movida en San Francisco, según las noticias que me han llegado —aseguró Frederick.

—Sí, unas personas entraron en el ático de Sarima y luego asaltaron la vivienda de Mara, su amiga, esa joven fotógrafa —apuntó DeLong.

—Ya me informó Hans. Realmente sorprendente: han contratado a unos profesionales para que los salven de una vampira y matan a esas inocentes chiquillas. Ya te lo dije: están todos locos en este pueblo. ¿Cómo sabemos que los contrataron ellos? —preguntó Frederick.

—Mara me lo dijo. Sorprendió a la anciana Magali hablando con el alcalde y el sacerdote —aseguró DeLong.

—Sí, la dueña de ese antro. He mandado detenerla, pero la hallaron muerta. Esta mañana temprano asaltaron su tienda de horrores, les robaron las joyas, la cartera y el dinero de la caja. La mataron a ella y al anciano que la acompañaba, con dos disparos a cada uno: en el pecho y en la frente —confirmó el agente especial.

—Se aseguraron bien de que murieran —aseguró DeLong.

—Es una ejecución. Son profesionales. Están eliminando los cabos sueltos entre sus clientes y ellos —exclamó Patrick.

—Eso pensamos nosotros. Demasiadas casualidades y cuatro disparos limpios. Han eliminado al intermediario —preguntó Frederick.

—Si son profesionales, creo que esa joven, Mara, sigue en peligro —insistió el joven agente.

—Mara está bajo protección policial en el hospital —confirmó el federal—. También tenemos los resultados de las pruebas que mandó analizar, señora DeLong. Pero no son concluyentes: un polvo finísimo, consumido, procedente de partículas de cenizas orgánicas sin determinar. Posiblemente estarían muy alteradas las muestras, aunque bien podrían ser las cenizas de un cadáver... Eso piensa nuestro forense.

—No es posible, las tomé yo misma —replicó y, pensando en el diario del doctor Frank Merkel, añadió para sí: “Cenizas..., solo cenizas” —¿Y las pruebas del cepillo?

—La muestra estaba contaminada, nada. Ahora, permítanme, quiero presentarles a la agente especial Sylvia O’Connors. Tiene una noticia estupenda.

—Agente, un placer —afirmó DeLong, estrechando la mano de la joven mientras entraban a un despacho, donde una pequeña televisión permanecía conectada a un aparato reproductor de DVD.

—Encantada de poder conocerla, agente DeLong.

—Exagente, ya estoy jubilada —sonrió, viéndose reflejada en sus primeros meses como agente especial ante aquella joven inquieta, tan llena de vitalidad y ganas.

—Un placer —aseguró Patrick, estrechando su mano.

—Llevaba una horas revisando los vídeos del aeropuerto, con la esperanza de que alguien hubiera pasado a esperar al doctor Frank Merkel. Dimos en el clavo. Tras ver al señor Logan recogiendo al doctor, pensé que, si quiso aparentar un accidente a causa del alcohol, debería haberse hecho con una botella en un lugar en el que no lo reconocieran. Y eso me llevó de nuevo al aeropuerto. Frente al aparcamiento hay una licorería con un trasiego impresionante; y se me ocurrió que era un lugar ideal. Guardan todas las grabaciones en formato digital. Como apenas les ocupa lugar, no las borran, las archivan. Dicen que, con tanto tráfico en el aeropuerto, nunca se sabe qué es lo que graban sus cámaras. Lo que no me esperaba era esto —añadió accionando el mando del DVD.

En la pequeña pantalla del televisor apareció la imagen en blanco y negro, pero nítida, de una de las cajas de la licorería. Una pequeña cola de personas aguardaba su turno para pagar, y le llegó el turno a un hombre corpulento, con el pelo peinado hacia atrás, gafas de sol, bigote y una botella de vodka en la mano.

—¡Es el alcalde Rivas! —exclamó Patrick.

—Acompañó a Logan al aeropuerto —dijo DeLong sin sorprenderse en absoluto.

—Sospechábamos que estaba involucrado. Pero realmente no teníamos nada contra él. Es lógico: junto con Logan, son las personas más beneficiadas de su muerte y la de las dos muchachas; incluso de los últimos asesinatos —aseguró Frederick.

—La marca del vodka coincide con el hallado en el Ferrari del doctor. La botella ya no está. ¡Ha desaparecido! Pero hay varias fotografías que realizó la policía judicial cuando se encontró el vehículo —expuso O'Connors.

—Es una lástima que no tengamos esa botella, pues podríamos encontrar sus huellas —apuntó DeLong.

—La botella desapareció: alguien debió asegurarse de ello ese mismo día. Una vez rescatado el vehículo del polvo del garaje, para sacar la espada de debajo de su asiento, mandamos escrutarlo. Sorprendentemente, la policía de Viñedos no se había ocupado de hacerlo... Aunque ya nada nos extraña en este caso. Hemos desmontando cada pieza, analizando cada parte, y no solo encontramos el tapón de la botella, sino también la pequeña bolsa donde introdujeron la botella y el ticket.

—¡Los tenemos! ¡Buen trabajo, agente O'Connors! —exclamó DeLong.

—Esperamos recibir la orden de detención el lunes —aseguró O'Connors, asintiendo con una sonrisa.

—¿Por qué no hoy mismo? —preguntó Patrick.

—Su padre, el juez Rieri está en Washington. Le hemos enviado una copia del archivo por correo electrónico. Quiere que retrasemos la detención hasta que pueda hablar con el alcalde Newsom. Es una cuestión política. Quiere darle tiempo a desmarcarse totalmente de Rivas. Por lo visto, tenían fe en que el alcalde de Viñedos no tuviera nada que ver en el caso —explicó Frederick.

—También nos dará tiempo a saber más de las autopsias. Tras nuestros últimos avances, ha ordenado la exhumación de los tres cadáveres: el del doctor Merkel, el de Marisa y el de la pequeña Elizabeth —expuso O'Connors.

—El lunes por la mañana los detendremos y nos los llevaremos directamente a San Francisco. Registraremos sus domicilios y bloquearemos sus cuentas. Espero que podamos hallar más datos. Si también son culpables de los crímenes actuales, lograremos pararlos y, con el testimonio de esa joven, Mara, podremos relacionarlos —aseguró Frederick.

—¿Y el sacerdote? Según Mara, estaba en la tienda de Magali cuando los escuchó —preguntó DeLong.

—El cura deberá dar explicaciones tras las detenciones. También hemos pedido una orden contra él —afirmó la agente O'Connors.

—¿Y la viuda de Merkel? —preguntó Frederick—. Se alegrará de las noticias.

—Sarima se encuentra en la hacienda. Tenemos que regresar a por ella. La llevaremos a San Francisco, donde estará a salvo, bajo vigilancia, hasta que esto termine. Si quiere, podemos pasar por aquí, por si aún desea interrogarla —apuntó Patrick.

—No, no... Prefiero no realizar ningún movimiento que alerte a los sospechosos. Creo que es hora de descansar un poco tras estas últimas semanas de investigación. Ya tendremos tiempo el lunes; mejor, por la tarde tras la detención. Ustedes están con ella ¿no? —preguntó Frederick.

—Sí, pero no estaría mal disponer de unos agentes de protección. Es una joven muy obstinada y es posible que esta misma noche regresaremos a la hacienda. Esos asesinos que han contratado podrían intentar algo en estos días —aseguró DeLong.

—Yo marcharé con ustedes a la hacienda, buscaré dos agentes más que me acompañen —se ofreció O'Connors, orgullosa.

Sarima se levantó de la cama. Se sentía fuerte, colmada. La sed había desaparecido.

—¡Uf! ¿Qué hora es? —se preguntó remugando, estirándose con un bostezo.

El sol bajaba y una suave tarde se dejaba caer entre sombras alargadas. Se acercó al balcón y miró al trasluz de la ventana: Tracy cabalgaba a lomos de Ciclón, su precioso semental blanco, y estaba tan diferente con su larga melena rubia libre, al viento. Los vaqueros ajustados resaltaban sus perfectas curvas de mujer y estaba preciosa con aquella camisa blanca de rebordes coloridos y escote generoso. Incluso el pequeño pañuelo de seda rosa al cuello, para disimular las marcas del vampiro, aumentaba su atractivo. Parecía otra. Se la veía hermosa y llena de vida.

“¿Dónde está la Tracy que conocía?” se preguntó Sarima en silencio, sorprendida. Luego, fijó la vista más allá y vio el vehículo de Patrick, que recorría el pedregoso camino alzando un polvo amarillento tras él.

—Ah... ¡Necesito una ducha! —exclamó, regresando al interior de su habitación.

Patrick aparcó frente a la terraza de la mansión y miró a través del cristal. DeLong miraba atónita también.

—¿Qué le ha pasado a Tracy? Es ella, ¿no? —preguntó maravillado.

—Sí... —afirmó la exagente sin apartar la vista de la joven mientras se les acercaba trotando a lomos del semental.

Y bajaron del vehículo.

—¡Hola! —les saludó, descabalgando.

—Tracy, se te ve... mucho mejor —aseguró DeLong.

—Desde luego —confirmó Patrick sin dejar de mirar su rostro angelical, esa melena rubia que caía en parte sobre sus abundantes senos, perdiéndose en el escote, y esos pantalones ajustados.

—Avisaré a Sarima de que están aquí. Ya es hora de que despierte.

—¿Aún duerme? —preguntó DeLong.

—Sí.

Los tres entraron en la mansión. Tracy subió por las escaleras al primer piso y Patrick se sentó en la terraza y observó el atardecer. DeLong siguió a la joven

amazona y se detuvo en el cuarto donde había pasado la noche el agente. Las últimas luces que se filtraban por la ventana delataron las botas, el chaleco y la falda de tonos rojizos que descasaban sobre un pequeño sofá. DeLong apretó los labios y bajó la cabeza; estaba segura de haber visto aquellas prendas en el ático del hotel. “¿Cómo han llegado hasta aquí?”, se preguntó.

—Hola, señora DeLong. ¿Busca algo? —preguntó Sarima, apoyada en el marco de la puerta, cubierta con una toalla mientras se secaba el pelo con otra.

—No, la verdad es que no. Me preguntaba si lo vuestro iba en serio.

—¿Lo nuestro?

—Patrick y tú. Veo que habéis vuelto a dormir juntos.

—Ah, sí... No sé. No creo.

—¿No sabes? ¿No crees?

Sarima recorrió la habitación y, sin querer darle más importancia, abrió la ventana.

—¿Qué pasó en mi ático? Patrick me dijo que había tenido visita.

—Unos desconocidos te buscaban.

—¿No sabe quiénes eran?

—No. Esperaba que me lo dijeras tú. Parecían conocerte muy bien, mejor que nosotros.

—No conozco a nadie aquí... Solo a mis amigas y a vosotros.

—Tres de tus amigas han muerto. Y Mara está en el hospital.

Sin volverse, Sarima pasó la toalla por sus hombros y respiró profundamente.

—¿Está bien?

—Sí, está fuera de peligro.

—¿Fuera de peligro?

—Está muy débil, por ahora resiste.

—Quiero verla.

—Sí, pasaremos por el hospital antes de ir al hotel.

—Dígame, DeLong: ¿qué les pasó?

—Las asaltaron en su casa; unos profesionales, parece.

—¿Fueron esas personas que me buscaban?

—Vístete, iremos a verla. No juegues más conmigo —contestó DeLong, dando media vuelta, y se alejó por el pasillo.

Sarima se quedó parada por un momento, ladeó suavemente la cabeza y fijó la vista en la exagente. Luego, la siguió hasta el marco de la puerta y se apoyó en él, secándose con suavidad el pelo, observando cómo bajaba los peldaños. Volvió sus ojos hacia el pequeño sofá, percatándose de que la ropa y las botas con las que se había vestido en San Francisco estaban ahí. Y pensó: “Sí, lo sabe”.

—Sarima —la llamó Tracy, saliendo de sus aposentos.

Ella se giró lentamente, y esperó sus palabras.

—Quisiera preguntarte una cosa, pero temo ser indiscreta —dijo la joven con

cierto rubor y ladeando la cara.

—Dime.

—He visto cómo miras a Patrick... y cómo te mira él. ¿Hay algo entre vosotros?

Sarima se mostró ciertamente sorprendida. Esperaba de Tracy cualquier pregunta excepto ésa. Buscó una respuesta que se resistía a aflorar.

—Debes decírmelo, creo que me he enamorado de él —insistió Tracy.

—¡No! ¡No hay nada! ¡Cómo se te ocurre? —exclamó sin darse cuenta.

Tracy sonrió.

—Gracias, necesitaba saberlo. ¿Puedo acompañaros a San Francisco? Nunca he estado en la gran ciudad.

—Sí... Claro —afirmó titubeando, pensando aún en la primera pregunta. Luego, la observó detenidamente cuando descendía por las escaleras, tan alegre y decidida.

—No tardes, te esperamos en la terraza —exclamó Tracy.

—Sí, ya voy —contestó Sarima, que volvió a la habitación reflexionando. “Tracy ha cambiado. ¡Qué interesante! ¡Le gusta Patrick! ¡No hay nada entre nosotros? Es mío” se dijo en silencio.

Mientras, en un barranco pequeño y pedregoso de la hacienda Las Auroras, entre los bancales que delimitaban el viñedo, Lucas y Matías, dos niños de diez y doce años, y la pequeña Tiffany de ocho años, los hijos y la hija de Thomas, el banquero, jugaban entre risas con una pequeña pelota.

No muy lejos, su padre paseaba junto al alcalde Rivas, Logan y su capataz, Joaquín, que portaba la escopeta y dos setters irlandeses de pura raza.

—Me parece extraño que la viuda no quiera nada de nosotros —expuso Thomas.

—¿Te parece poco? Se ha adueñado de la hacienda del doctor y del museo —declaró el alcalde Rivas—. ¿Y Tracy? ¿Se ha vuelto loca?

—Esa mujer la tiene hechizada. No puede ser de otra forma —apuntó Logan.

—Trama algo. Seguro que es la culpable de todos estos asesinatos: ella es el monstruo, me lo ha confirmado el cura —aseguró Joaquín.

—Sí, deberíamos ir a la hacienda y quemarla viva —instó Logan.

—No, eso no nos dejaría en buen lugar. Si es así, dejemos que se ocupen de ella nuestros invitados. No debemos inmiscuirnos. Podría irse todo al garete y llevamos mucho tiempo y dinero invertido —replicó el alcalde con una sonrisa maliciosa.

—Sí, claro, como de costumbre tienes razón. Llegan mañana, espero que detengan pronto a esa bestia —comentó Logan—. Se quedarán aquí, en mi hacienda. No es aconsejable que esa gente del FBI los vea por el pueblo. Me han solicitado que prepare su alojamiento en la bodega.

—¿En la bodega? ¡Qué extraño! —exclamó Thomas.

—Quieren discreción absoluta, dormirán de día y trabajarán de noche —aseguró el alcalde Rivas.

—Los vampiros salen de noche. Estas personas saben ejecutar su oficio y no tienen ningún miedo, me gusta —apuntó Logan.

—Debes recuperar a Tracy. Su hacienda es crucial para nuestro negocio. No podemos permitirnos otro error —apuntó el alcalde Rivas, cambiando de tema y en tono severo—. Logan, si no puedes llevarla al altar, ya sabes lo que hay que hacer. Ahora está poseída por ese demonio. Ya no es ella.

—Sí, lo sé —respondió Logan, pensativo.

—¡Niños, venid aquí! Nos marchamos para el pueblo —gritó Thomas.

En el barranco, la pequeña Tiffany fue a tomar la pelota cuando, entre unos arbustos, vio unos pequeños ojos almendrados fijos en ella y cayó sentada, asustada.

—Ya vamos —contestó el pequeño Matías.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lucas a la pequeña, al verla caída y asustada.

—¡Ahí hay un bicho! —exclamó ella, señalando los matorrales.

En ese momento, arrastrándose rápido, un bulto salió corriendo entre los arbustos, alejándose de ellos.

—¡Seguro que es un zorro! —exclamó Lucas.

—La vieja madriguera. Han vuelto a ocuparla. ¡Vamos a por él! —animó Matías, tomando del suelo una gruesa rama.

Los niños corrieron unos veinte metros y llegaron a un agujero que se encontraba a media altura de la pared, apenas visible, oculto tras unas cañas y abundante hierba.

—Sí, mira. Está ocupada; seguro que tiene crías —dijo Matías.

—¡Yo quiero verlas! —exclamó la pequeña Tiffany con un salto y dando una palmada.

—Sácalas, se las daremos al tío Logan. Seguro que nos premiará por llevarle los zorreznos —aseguró Lucas.

Matías introdujo la rama y golpeó duro a ambos lados en el interior de la estrecha galería. Después, cortó una larga caña y empezó a fustigar con golpes precisos, en la oscuridad de la madriguera. La pequeña miraba con atención, impaciente, sonriendo y con los ojos abiertos como platos.

Unos pequeños gemidos, lastimosos, salieron de allí.

—Sácalos, la mamá zorra no está... Ya hubiera salido corriendo —exclamó el más joven de los dos niños.

—¡Jugaremos al gato y el ratón con ellos! —soltó la niña dando un bote.

—¡Voy a por ellos! —exclamó el mayor, lanzando la caña a un lado e introduciendo sus brazos y la cabeza en la boca de la madriguera.

Tiffany y Lucas miraban expectantes, esperando tomar en sus manos los cachorros, sonriendo. Un grito sordo les sorprendió. Con medio cuerpo dentro de la madriguera, el pequeño Matías luchaba por salir. Pero no podía. Sacudía los pies con fuerza y chillaba de terror. La niña y el niño tiraron fuerte de él, sujetándole por los tobillos, sin poder sacarle. De pronto, dejó de chillar, de moverse.

—¡Corre, avisa a papá! —exclamó el pequeño Lucas.

—¡No, yo no! ¡Tengo miedo! —replicó Tiffany.

El muchacho salió corriendo en busca de los mayores y la niña se quedó allí, petrificada, viendo cómo colgaban los pies de Matías.

—¡Corre, corre! —gritó, viendo en la lejanía a Lucas.

El cuerpo del niño comenzó a salir lentamente. La pequeña sonrió, pensando que todo había sido una broma y, luego, se puso seria: esperaba que saliera del todo para afearle su conducta. Pero, al aparecer los hombros, el cuerpo inerte de Matías cayó desgarbado al suelo, rodando y mostrando su faz estremecida, los ojos perdidos y el cuello desgarrado. Su pecho estaba bañado en sangre. El pánico se apoderó de la muchacha, que chilló tan fuerte, que parecieron estallarle los pulmones. Logan y los demás la oyeron al tiempo que Lucas llegaba hasta ellos jadeando su terror.

—¡Padre! ¡En la madriguera del zorro! ¡Ha ocurrido algo! ¡Matías no sale!

Los hombres corrieron hacia el lugar indicado.

La pequeña Tiffany se desplomó en el suelo, abatida, sin poder articular sonido a pesar de haberse lastimado con unas piedras. Aquellos ojos almendrados, brillantes, saliendo de la oscuridad, parpadearon dos veces y se acercaron a ella rápidamente.

Por la madriguera asomó una niña desaliñada, pálida como el mármol y con las ropas roídas. Mostrando los colmillos ensangrentados de su boca, alargó sus manos provistas de aceradas uñas.

—Juguemos al gato y el ratón... Tú serás el ratón —dijo, sonriendo, y se lanzó sobre Tiffany.

Cuando llegaron Logan y los demás, Thomas gritó como un loco: el pequeño y frágil cuello de su hija estaba descarnado y la sangre brotaba imparable de la mortal herida. Y corrió desesperado hacia su hijo Matías, que yacía sin vida sobre las piedras del barranco, frente a la madriguera, con el rostro descompuesto por el terror, desangrado.

—¡Corre! ¡Avisa a un médico! ¡Trae el botiquín! —gritó Logan a su capataz.

Joaquín le entregó la escopeta y salió rápido, marcando desde su móvil sin parar de correr. Logan se acercó a la boca de la madriguera y, conmocionado, introdujo el cañón. Disparó dos veces mientras maldecía su suerte. Un intenso golpe de polvo salió del interior. Apresuradamente, volvió a cargar el arma y apretó el gatillo de nuevo. Después, tomó una vara y golpeó fuerte dentro.

—¡Aquí no hay ningún zorro! ¡Está vacía! —exclamó rechinando los dientes y volvió la vista hacia todos lados en busca de algún rastro.

Luego, se giró y vio de nuevo la espantosa escena: Thomas maldecía al cielo y lloraban la muerte de su hijo Matías y de su pequeña Tiffany, abrazando sus pequeños cuerpos inertes.

—No, no ha sido un zorro; esto es obra de la bestia —sentenció Logan, viendo la luna alzarse sobre sus cabezas.

Capítulo 15

MOEBIUS, EL VAMPIRO

Mara despertó en el hospital. El característico olor a asepsia y medicinas la repelía. Parpadeó por tres veces, constatando que estaba viva. Con un dolorido gruñido, se sentó en la cama y observó la habitación, sus paredes blancas, las cortinas, la mesita y la silla. Recordó amargamente cada terrorífico segundo de la noche del ataque y una lágrima recorrió su rostro mientras pensaba en el horrible destino de sus amigas.

Un pequeño chasquido llamó su atención y dirigió la vista hacia la manilla de la puerta, que se abría lentamente. Tragó saliva y se incorporó. Sarima apareció ante ella, con un ramo de flores, visiblemente apenada. Fuera aguardaban Tracy, DeLong y Patrick.

—¡Sarima! ¡Has venido! —exclamó emocionada Mara.

—Eres mi amiga, no tengo muchas. ¿Cómo no iba a visitarte? —le preguntó, sentándose en la cama, y le besó, seguidamente, los labios.

—He visto el horror: su mordedura fue tan diferente a la tuya —contestó Mara.

—Lo sé... y lo siento.

—Quemaba mientras un intenso dolor se apoderaba de mí. No podía defenderme, ni moverme, estaba completamente paralizada.

—Me buscaban a mí. No debió ocurrir. Los encontraré.

—Pude ver el infierno, la oscuridad del abismo. Sentí cómo ese vampiro devoraba mi alma —dijo Mara, angustiada.

—Ellos no son como yo —reconoció Sarima, en voz baja, dándole las flores.

—No, no lo son —murmuró Mara, mientras tomaba el ramo, y calló observándolas. Y le parecieron muy hermosas, como jamás hubiera pensado.

—Son rosas y claveles. No sé si te gustarán... No sabía qué traerte.

—Las flores son preciosas, gracias —le confirmó Mara, olfateando el agradable aroma que emanaba de ellas.

—Son cuerpos muertos sin alma alguna. Su dolor y angustia no tienen fin. Es lo que transmiten con su veneno mientras se alimentan. ¡Criaturas de la noche! Fueron humanos. Ahora nada son y nada serán cuando se consuman. Sus almas vagan malditas por el reino de los muertos, sin un cuerpo que las alimente, sin paz que calme su espíritu.

—¿No son inmortales?

—No, nada hay inmortal. Su poder de regeneración es grande. Pero no como el de un nacido. Su cerebro y su corazón son muy vulnerables, incluso sus cuerpos.

—Tú eres una nacida, ¿verdad?

—Sí.

—Eres pura. Leí el libro de Lilith que dejaste sobre la mesa aquel día, en la biblioteca. Esas criaturas o, mejor dicho, esos demonios debe de haberlos despertado Magali. Tienes que tener cuidado.

—Magali cometió un terrible error al contactar con ellos. No son cazadores de vampiros. Son criaturas de la noche y, entre ellos, debe haber algún nacido... Hay nacidos —rectificó Sarima, pensando en Leyla—. La han matado para asegurar su silencio, su secreto.

—¡No! ¿Ella también? ¿Y Macario?

—¿El anciano? También. Fingieron un robo y asesinaron a ambos.

—Magali... Mi buena bruja, te pedí que lo dejaras —susurró Mara, con gran pena.

—Volverán a por ti.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. No puedes hacer nada. Vendrás conmigo a la hacienda de Viñedos. Allí estarás segura, cerca de mí.

—Pero yo tengo mi vida aquí, en la ciudad. Quizás no regresen...

—Volverán: nadie que conozca en verdad su secreto puede vivir. Es una ley no escrita, antigua como la vida. Si tienen un mentor, la cumplirán y seguro lo tienen. Ya recuperarás tu vida cuando esto acabe. Ahora me pertenece.

Mara se estremeció ante aquel comentario y le dedicó una mirada lánguida.

—Conozco ese secreto. ¿Me matarás? —le preguntó.

—Yo no me rijo por ley alguna. Vivo cada noche y espero el nuevo día. Además, eres mi amiga... No tengo muchas —le aseguró Sarima, acariciando su pelo negro e intentando calmar sus temores.

—¿Te alimentarás de mí y me convertirás? —preguntó Mara, invitándola a saciarse en ella, a poseer su muerte y a darle vida eterna.

—Podría devorarte el alma. Pero te esperaría el horror. No sentirías amor ni placer, solo odio y dolor... La terrible sed de los “no muertos”. Únicamente la sangre calmaría tu ansiedad, por unos días o, quizás, únicamente por un instante.

No serías tú misma, no recordarías a tus seres queridos ni nada de tu anterior vida. Serías una criatura de la noche, atormentada, a merced del sol del nuevo día o bajo el yugo de un mentor.

—Por un momento, me dejé llevar por el romanticismo del vampiro y olvidé el horror de su naturaleza. Nací humana y moriré humana: quiero morir en paz. Pero si no puede ser, si vienen a por mí, no dejes que me conviertan en una criatura maldita, hazme tuya... Quiero sentir, ser yo misma o servirte, tú me cuidarás.

—No tiene nada de romántico ser un vampiro... No hay amor, nada perdura, todo muere a tu alrededor.

Mara la miró, percibió la tristeza que la embargaba en esos momentos y se sintió confusa.

—Pero tú amas. He visto cómo miras a ese joven policía y tus besos están llenos de amor. Tú has llenado mi corazón.

Sarima rozó su mejilla con la de ella, acarició sus pómulos y la besó.

—Yo no soy una criatura de la noche —le sonrió—. Soy Sarima Vamp, una nacida.

—Por ello, puedes alimentarte de la sangre sin consumir el alma.

—Veo que leíste todo el libro. Pero no olvides que lo escribió un humano.

—Lo tengo en mi despacho, lo tomé prestado: quería saber quién eras. No fue casualidad que lo dejaras a mi lado.

—Ya sabes quién soy... y la bestia que habita en mí.

Mara se estremeció. Aquellas palabras resonaron como una tenebrosa advertencia a tener muy en cuenta.

—Aliméntate de mí —le susurró a pesar de todo.

—Estás muy débil, podría matarte.

—Moriría en paz o me convertiría en una criatura de la noche con alma.

—Eres muy joven, debes vivir y el alma no siempre perdura, lo sabes.

—No quiero convertirme en uno de ellos.

—No lo harás... Han pasado dos días. El proceso ya habría empezado. Llegué a tiempo de impedirlo.

Sarima se levantó y la acarició el cabello. Mara dejó a un lado las flores y se abrazó a su cintura, apoyando la cabeza en su pecho.

En ese momento, la puerta se entreabrió.

—¿Podemos pasar? —preguntó DeLong.

—Sí, claro... —contestó Mara, recostándose de nuevo sobre la cama.

—Espero que estés mejor. El médico nos ha dicho que te dará el alta mañana. Podrás pasar el fin de semana en casa —dijo Patrick.

—Vendrá con nosotras a la hacienda por un tiempo. Hasta que todo se aclare. ¿Te parece bien, Tracy? —consultó Sarima.

—Sí, claro. Será un placer poder ayudarla. Soy Tracy Merkel, encantada de conocerte —contestó, presentándose a Mara.

—¿Recuerdas algo más de las personas que os asaltaron? —preguntó Patrick con un tono familiar, buscando una respuesta que aportara algo de luz sobre la horrible matanza.

—No. Ya estuvo aquí el FBI y no sé quién... No sé nada más.

—Mara, aquí todos somos amigos, sabemos a quién buscaban. Tú misma me aseguraste que los contrataron de ese maldito pueblo para matar a Sarima. Si no nos ayudas, no podremos dar con ellos —le dijo DeLong.

—No sé quiénes eran. Pero sé que no quedarán impunes —aseguró y apretó la mano de Sarima, cruzando su mirada con ella, no como un ruego, sino como una afirmación.

DeLong advirtió aquella situación con cierta decepción, con cierto interés.

—No dudo que serán castigados —aseguró—. Pero sería mejor detenerlos y que pagaran en prisión... Antes de ser ejecutados.

—No creo que nadie pueda encarcelarlos ni llevarlos ante un juez —aseguró Mara con voz pausada.

—Para no saber quiénes eran, parece que los conoces bien —apuntó Patrick, que no entendía aquella conversación.

—Es normal que desee la muerte de aquellos que la asaltaron; ella fue la víctima. Yo también lo haría. Debes ponerte en su lugar. Solo así podrás entenderla —aconsejó Tracy, saliendo de su silencio.

Sarima permanecía callada. No hacía falta que Mara le pidiera venganza, pues, de todas formas, sabía que volverían y que tendría que matarlos.

—Perdona, no quería ser ingrata —se disculpó Mara, dirigiéndose hacia el joven agente—. Escuché a unos hombres hablar con Magali, la anciana de la tienda de ocultismo. Buscaban un remedio para acabar con los vampiros de Viñedos. Debieron pensar que nosotras teníamos algo que ver. Eso es todo lo que sé. Nunca los había visto. Espero que los detengan pronto.

—¿Puedes certificar de nuevo quiénes eran esos hombres? —preguntó DeLong.

—El alcalde y el sacerdote de ese pueblo —asintió Mara sin dudar.

—¿Por qué buscaban a Sarima? —insistió Patrick.

—No lo sé... No la quieren aquí.

—Bueno, descansa. Nosotros nos marchamos. Tampoco queríamos agobiarte, solo ver cómo progresabas. Ya tendremos tiempo de hablar —apuntó DeLong, tomando su mano con cariño y dedicándole una sonrisa sincera.

Mara la miró como queriendo decirle más. Pero de su boca solo salió una disculpa.

—Lo siento, sé que pretenden ayudar...

Tracy, Patrick y DeLong se dirigieron hacia la puerta y se despidieron de ella. Sarima tomó sus mejillas entre las manos, con suavidad, y besó cálidamente sus labios.

—Volveré —le dijo.

Patrick la observó confundido, aquel beso le molestó sin saber muy bien por qué; esperó a Sarima en la puerta y la cerró cuando ella salió.

Mara se quedó en silencio, sola y suspiró profundamente. Sintió una gran aflicción por sus amigas: Zoia, Gabrielle e Izarne, y por Magali y su amado Macario. Sin poderlo evitar, pasándose la mano por las heridas de su cuello, por sus labios y deseando despertar de aquel terrible sueño, comenzó a llorar desconsoladamente.

Cuando llegaron a la puerta del hospital, DeLong recibió una llamada. Tomó su móvil y contestó. Su rostro se desencajó mientras escuchaba. Patrick paró, algo había ocurrido.

—No, está aquí conmigo... Sí, hemos estado todo el tiempo juntos. Sí, sí... —contestaba la exagente sin apartar la vista de sus compañeros.

Tracy y Sarima la rodearon mientras guardaba el teléfono.

—Tenemos que volver a Viñedos —aseguró DeLong.

—Pero... San Francisco... —protestó Tracy.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Patrick.

—Han asesinado a dos niños, apenas hace una hora —contestó DeLong.

—Debemos regresar. Ya conocerás la ciudad otro día. Lo siento —se disculpó Patrick, dirigiéndose a Tracy.

—Sí, comprendo —tartamudeó Tracy.

Ante aquella terrible noticia, los cuatro permanecieron callados de camino al vehículo. Parecía que nadie quería saber nada. Subieron y se dirigieron hacia el hotel. Sarima tomó de la mano a Tracy, mientras su mirada se perdía a través de los cristales del coche, mojados en ese momento por la fina lluvia que empezaba a caer. “¿Elizabeth qué has hecho?”, se preguntó en silencio.

—No es preciso que me esperéis. Me quedaré en el hotel —les dijo Sarima.

—¿Quieres que me quede contigo? —le preguntó Tracy.

—No, necesito estar sola.

—¿De verdad quieres quedarte? —replicó Patrick.

—Sí, recogeré mis cosas y ordenaré mis ideas. No os preocupéis por mí, se hará tarde. Quedaos en la hacienda con Tracy.

—Volveremos esta misma noche y mañana pasaremos temprano a por ti.

—No, no te preocupes: me acercaré al hospital para recoger a Mara e iremos a la hacienda. Ya tomaré un taxi. No quiero que vengas a propósito a por mí. No dejes a Tracy sola... No quiero que descuides tu trabajo.

Sarima bajó del vehículo. La lluvia golpeó su rostro. DeLong se fijó en el espejo del retrovisor exterior del coche. No pudo ver el reflejo de Sarima y volvió la mirada hacia ella, atónita. La vio alejarse, no se giró para despedirse, solo alzó la mano y entró en el hotel. Y quedó pensativa, quizás había sido el agua golpeando el espejo o que no había observado en el ángulo correcto.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Patrick, serio, y aceleró.

—Tenemos dos víctimas más, una niña y un niño —contestó DeLong, aún con la mente en el espejo.

—¿Es el mismo asesino? —preguntó.

—Es posible, el niño estaba desangrado y a la niña le han arrancado la yugular. Sus padres estaban cerca y al asesino no le dio tiempo a más; parece ser que estaba oculto en una madriguera de zorros.

—¿De zorros? —preguntó el agente, sorprendido.

—El niño se llamaba Matías y, la niña, Tiffany —prosiguió DeLong, sin contestar a la pregunta.

—¡Dios mío! —exclamó Tracy, que seguía horrorizada la conversación.

—¿Los conocías?

—¡Dios! Sí, sí... Son el hijo mayor y la niña de Thomas, el banquero.

La lluvia caía con más fuerza conforme el vehículo cruzaba la ciudad, saliendo por la 101 hacia los campos de Viñedos.

—Sarima estaba con nosotros —aseguró DeLong un tanto atónita.

—Sí —afirmó Patrick sin perder la seriedad de su rostro.

—Llamaré a tu padre, quiero que le pongan protección policial —aseguró la exagente, tomando su móvil y tecleando.

Acto seguido, levantó la vista hacia retrovisor interior y vio las lágrimas de Tracy recorrer sus mejillas, entre hipos y sollozos. Y dudó de la culpabilidad de Sarima. ¿Era posible que no fuera su asesina?, pensó.

—No ha preguntado qué ha pasado, es como si no le importara —dijo de pronto.

—Creo que está muy afectada por lo de Mara y sus amigas —la justificó Patrick.

—También es posible que no pregunte por que sabe muy bien qué ha pasado —concluyó DeLong.

Cuando llegó al ático, Sarima introdujo la tarjeta de la cerradura de la nueva habitación del ático donde la habían instalado. En ese momento, su cuerpo se estremeció al sentir un sutil olor a muerte que solo ella alcanzaba a percibir: notó el hálito tenebroso que desprendían las criaturas de la noche. Alzó su labio superior, con un pequeño gruñido, sus ojos se tornaron oscuros y sus uñas se alargaron considerablemente mientras la lucecilla de la cerradura se tornaba verde. Empujó levemente girando la manilla, quedando en el marco de la puerta ante la oscuridad de su habitación. Sin mirar atrás, dio un paso firme hacia el interior y cerró sin volverse.

La luz se encendió, frente a ella había dos hombres altos, fornidos, de mirada penetrante y piel pálida, bien vestidos, con trajes discretos pero elegantes. Tras ella, Leyla y el vampiro que huyó de la casa de Mara. Sarima los miró en silencio,

observando altiva y con desprecio cada detalle de aquellas criaturas.

—¿Cómo os atrevéis a regresar a mi hogar? —les preguntó, soberbia.

Ninguno contestó, se limitaron a mirarla con gestos amenazantes. De pronto, entrando por la ventana de la terraza, aparecieron Zoia, Gabrielle e Izarne. Sus rostros, llenos de vida, habían cambiado. Ahora eran fríos y pálidos. Colmadas de sangre, sonreían fijando su mirada en ella.

—Hola, Sarima..., amiga —la saludaron las tres con cierto aire de sarcasmo.

—¿Qué buscáis? ¿Acaso creéis que podéis algo ante mí? —preguntó Sarima, ignorándolas y avanzando firme hacia los demás. Los cuales, dando un paso atrás y rugiendo como bestias acosadas, se pusieron a la defensiva. Leyla cruzó su mirada con la de ella y estiró sus labios.

—Ellos quizás, no. No es mi caso, mi querida Sarima —sonó con una voz ronca que pareció tronar, llenando toda la habitación.

—¿Moebius? —preguntó sorprendida.

Saliendo de su cuarto, con la foto de Frank, Elizabeth y ella en la mano, aquel formidable ser la miró con una sonrisa encantadora. Era un hombre alto, de hombros muy anchos; sus cabellos estaban peinados hacia atrás con demasiada gomina; sus marcadas facciones le daban un aire varonil y hermoso; sus ojos eran grandes, de pupilas dilatadas, enmarcados en unas pobladas cejas; y lucía una dentadura blanca, perfecta, con dos colmillos relucientes se dejaban entrever tras los finos labios. Vestía con una elegancia suprema: un traje a su medida, azul oscuro, con estrechas líneas verticales, y una estilosa corbata a juego.

—De haber sabido que eras tú, no habría mandado a mi gente. Hubiera venido yo personalmente... y antes. Casi no me lo creo cuando mi perversa Leyla me lo dijo. Pero vaya si es cierto —dijo con aquella voz poderosa.

Sarima no se amedrantó, se dirigió hacia él y tomó la fotografía suavemente de su mano, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Muchos de nosotros daríamos una vida por una fotografía como esta. ¿Cómo lo has conseguido?

—¿Qué quieres de mí? —le respondió Sarima, ignorando su pregunta.

Aquel ser acarició su mentón y se dirigió a ella con un tono tan suave como firme.

—Que olvides tu cacería, deja de matar en mis dominios. No es bueno para la familia. Nos pones en evidencia, haces mucho ruido.

—¿Tus dominios? ¿Ruido?

Moebius anduvo unos pasos y se sentó en un sofá. Mirando el lujoso ático, chasqueó su lengua y le contestó con una tranquilidad espantosa.

—Si no obedeces, tendré que matarte... Lo sabes.

—Ya lo intentaste y, como ves, sigo aquí, entre los vivos.

—Sí, es verdad. Pero ahora no te subestimo, mi querida hermanita. He aprendido mucho durante estos siglos de soledad familiar. Dime, ¿dónde está la pequeña bastarda? Si tú estás aquí, ella no puede andar muy lejos.

—No lo sé. Espero encontrarla pronto... No te acerques a ella.

—Lo haré: le arrancaré la cabeza y me alimentaré con su corazón. Si quieres impedirlo, debéis marcharos lejos, muy lejos. Esta no es forma de irrumpir en casa de nadie y menos en la mía. Las cacerías acabaron hace décadas. Tú aún vives en la Edad Media y no puede ser. ¿Lo comprendes? —le aseguró. Luego, extendió la mano y Leyla se acercó a él con dos bolsas médicas llenas de sangre.

—¿Qué es eso? —preguntó Sarima sin bajar la guardia.

Moebius no contestó, la miró con una vaga expresión y una sonrisa. Luego, levantó el teléfono de la habitación.

—Estás muy hermosa. Lástima que me odies —le dijo antes de hablar al auricular—. ¿Sí? ¿Podría subir una botella de vino, un poco de hielo picado y una pizca de sal? Sí, ese estará bien. Sí, sí, es para ella, estamos reunidos. Gracias.

Sarima lo rodeó por detrás, expectante. A su paso, los vampiros retrocedían con cierto temor y respeto.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? Pensé que habías muerto —preguntó ella.

—No, no. Bueno, la verdad es que yo también pensé que iba a morir. ¿Por qué te detuviste?

—Eres mi hermano, no quería matarte... del todo. ¿Debí hacerlo?

—Sí, debiste hacerlo. Quedé muy débil tras nuestro último... ¿encuentro? Un mundo nuevo se abría en las Américas. ¿Para qué insistir en la vieja Europa, donde cada día era más difícil sobrevivir? Además, estabas tú y tu maldito genio. ¡Ja!

En la cara de Sarima se dibujó una extraña sonrisa, embargada por la nostalgia de otros tiempos, otros lugares, otras vidas.

—Aquí soy el único. Mejor dicho, era el único. Ahora somos más. Pero respetamos el código, es importante. En América nadie busca vampiros que matar. Como te he dicho, aprendí: no se busca destruir lo que no existe. Hay que ser sutil, hermanita. Hoy día es fácil alimentarse, más si eres dueño de un banco de sangre y una agencia de seguridad. ¿Para qué crearte enemigos?

—No busco enemigos... Leyla me ha hablado de Madre. ¿Qué sabes de ella?

Moebius volvió su rostro con una notable muestra de cólera hacia la vampira rubia. La cual, encorvando su estilizada figura, dio un paso atrás temerosa y negó con la cabeza.

—Sueña con ella a menudo —respondió, tras volver su mirada de nuevo ante Sarima—. Pobre Leyla, le hiciste mucho daño, como a todos nosotros. No es bueno que sepa de ti ahora que te había olvidado, que la habías olvidado.

—Yo no olvido —respondió Sarima.

—Leyla, la bella nacida que en otro tiempo tanto amaste. Confío en ti como en nadie había hecho jamás. Pero el amor de un hombre os separó. De un mortal. ¡Ja! Su corazón quedó vacío y el odio ocupó su lugar. El verde esmeralda de sus ojos se tornó violeta intenso y la discusión se hizo sangre. Siempre supe que había embarcado hacia las Américas, en un intento de olvidar o de empezar una nueva vida alejada de ti. ¿Cómo pudiste hacerla tanto daño?

Sarima observó a Leyla y ella le devolvió una mirada extraña, mezcla de deseo e ira, que buscaba un fatídico abrazo.

—Siempre igual: tu sola presencia es peligrosa hasta para los murciélagos. Más ahora. Los humanos han avanzado mucho, tienen armas muy poderosas, capaces de destrozarse cuerpos con un movimiento de dedo —añadido Moebius.

—Yo no temo esas armas —replicó Sarima.

—Deberías. Algunas explotan dentro de ti, quemando las entrañas y transformando tu cuerpo en una amalgama de cenizas sangrientas. Puedes tardar semanas en volver; quizás siglos, si no acabas degollada en una hoguera o bajo el sol. Y otras matan por necesidad.

En ese momento, sonaron tres golpes en la puerta de la habitación. Moebius miró a sus hombres. Uno de ellos fue a abrir, recibió al camarero amablemente y le entregó una propina generosa. Avanzó hasta la mesita situada frente a él y dejó la bandeja con el vino, el hielo y la sal.

Moebius se levantó, se acercó al mueble bar, tomó dos copas altas de champagne y bañó sus cantos con agua. Acto seguido esparció la sal sobre un pañuelo, posó las copas boca abajo y las alzó de nuevo; la sal quedó adherida, bordeando la copa. Introdujo dos cucharadas de hielo y miró a Sarima. Con una sonrisa, vertió un poco de vino y, pasando la afilada uña del dedo meñique por el borde de una de las bolsas, la abrió. Y colmó las dos copas. Acto seguido, bebió el resto y estiró la mano. Uno de aquellos hombres le entregó una larga cucharilla. Agitó el contenido de las copas sin perder la sonrisa y lo dejó reposar por unos segundos. Luego, le ofreció una a Sarima.

—¡Bebe! ¡Te gustará! —exclamó, tras sorber y saborear un trago largo.

Sarima lo miró con recelo y probó: el sabor de la sangre mezclada con el vino era extraordinariamente delicioso, más cuando apagaba la dulzura de la sangre con el toque de sal que bañaba la copa.

—¡Exquisito! ¡Verdad? Hay un millón de formas para alimentarse sin necesidad de alarmar a la población. Hermanita, vuelve a tu mundo arcaico de castillos y monstruos, aquí no tienes cabida. Eres un peligro para la familia.

Sarima bebió con deleite de aquel batido sangriento.

—No me conoces, hermano. Pero yo a ti, sí. Yo también he aprendido.

—¿Sí? No lo parece.

—No estoy de cacería. Estoy, digamos, cobrándome una afrenta. Y no puedes alimentarte por siempre de sangre vacía, necesitas cazar. ¿Dónde está la adrenalina que llena de fuerza, el éxtasis que te mantiene con vida? Delicioso. Pero este jarabe solo vale para deleite del paladar caprichoso, no para mantener con vida a un depredador..., a un verdadero vampiro.

Moebius se echó a reír con una tremenda carcajada,apuró la copa y, mostrando sus dientes enrojecidos, sonrió.

—Sí, claro que no se olvida la caza... Para eso tenemos nuestros cotos. Hay países donde los humanos aún viven como bestias, donde no importa si desaparecen

en la selva unos indígenas o en los pantanos, un decrepito borracho. Incluso hay barriadas en la ciudad donde habitan gentes anónimas, desheredados de la vida, presas idóneas. Pero no vamos matando a todo aquel que se cruza en nuestro camino y exhibiendo sus cuerpos como trofeos.

Sarima apuró la copa y la dejó sobre la mesilla, sin apartar la vista de su hermano.

—Puedo comprender algunas cosas... Pero, ¿era necesario que acabaras con esas niñas? ¿O ahora, con ese niño y esa niña? —preguntó Moebius, y terminó su copa.

—No fui yo. Sabes que sería incapaz. Elizabeth está fuera de mi control y es algo impulsiva. Debí llegar tras mi hábito a la casa de ese hombre y se cebó con las niñas; ahora supongo que tenía hambre y cazó lo primero que encontró, dos niños; busca presas fáciles. La encontraré y aprenderá.

—Debéis marcharos, dejar vuestros sangrientos hábitos, los vampiros no existen —le instó Moebius, dibujando en su cara la maldad del pensamiento fatal.

—¿Y ellas? —le recriminó Sarima, señalando a Zoia, Gabrielle e Izarne.

—Fue un trágico error. Una vez muertas, pensé que su lugar estaba a mi lado. Yo mismo las fui a rescatar. Tú me arrebataste a tres de mis mejores criaturas, estás en forma. Debía suplirlas y ¿quiénes mejor que tus amigas? Aprenderán y vivirán en paz su muerte, disfrutarán de la vida eterna calmando su sed y mi lujuria.

—Has hablado de una familia. No creas que no te escucho. ¿Hay muchos como nosotros en estas tierras?

—No. Como nosotros, no... Solo algunos. Pero todos te quieren muerta: te temen. No has hecho buenos amigos a lo largo de los siglos. Eres demasiado impulsiva, vengativa, independiente. ¿Acaso quieres formar parte de nuestra familia?

—No, ya sabes que tengo un problema de autoridad. Soy libre, no me debo a nadie ni a nada.

—Sí, lo sé... Solo te debes a esa pequeña bastarda. Debéis marcharos de inmediato.

—No me iré, tengo un trabajo que terminar. Ya me conoces.

—¡Ja! Tenía la vaga esperanza de que hicieras la maleta y te marcharas, en el fondo sabía que no sería así —aseguró Moebius con una amplia sonrisa—. ¿Sabes? He disfrutado mucho con esta visita: me ha alegrado verte de nuevo, hablar contigo y poder recrearme con tu belleza. De verdad, te he visto tan sana y hermosa... Tan humana que puedes proyectar tu reflejo en una imagen. ¡Una fotografía! ¡Es extraordinario!

Sarima calló, entendía muy bien aquellas palabras: Moebius se sentía superior y si debía enfrentarse a él, iba a necesitar toda la fuerza de la bestia que habitaba en su interior, no las debilidades propias de un ser humano.

Los vampiros fueron desapareciendo por la terraza.

—¿La zorra de Mara está bien? —preguntó Gabrielle con un destello de deseo en sus ojos.

Sarima las miró con desconfianza y emitió un pequeño gruñido, suficiente para que las tres desaparecieran saltando al vacío. Y volvió su vista ante Leyla. La cual la

observaba en silencio. De pronto, aquella hermosa vampira trato de hablarle. Pero no pudo y, con cara larga, se lanzó a la oscura noche. Solo Moebius siguió en el ático, recogiendo el vino y la sal, enjuagando las copas con cuidado y guardando el hielo y la otra bolsa de plasma que había sobrado en la nevera.

—Podríamos haber sido tan felices... Te dejo esto aquí, por si te apetece un batido. Buen vino el que te tienen reservado; español, ¿eh?

—Márchate, deseo estar sola.

—No me perdonarás nunca lo que ocurrió, ¿verdad?

Un silencio incómodo siguieron a sus palabras, dichas con la contundencia de la razón inequívoca. Por primera vez, Moebius había hablado aquella noche con el corazón. Sarima no contestó, ladeó levemente la cabeza y la agachó.

—Vete —insistió ella.

—Regresa de nuevo a tu castillo, antes de la nueva luna, o acabaré contigo; y llévate a la bastarda —apuntó Moebius antes de salir a la terraza. Luego, se elevó acompañado de una nube oscura que lo envolvió.

Sarima salió despacio, dirigiendo su mirada tras aquel hálito fatal que se alejaba, reflexionando las palabras de Moebius. Sabía que no hablaba en vano. Nunca lo hacía. La lluvia había cesado. El aire permanecía húmedo y portaba el olor a tierra mojada. Apretó sus manos sobre la baranda y recorrió el cielo con una mirada fría. Volvió a su habitación, se desnudó y buscó ropa cómoda: las botas altas de pirata, los pantalones ceñidos y la camisa blanca. Apagó la luz, corrió hacia la terraza y saltó.

Capítulo 16

LA TUMBA DE LOS MERKEL

En su camino de regreso a la hacienda del doctor Frank Merkel, llegaban al cruce de la 101 con la 116 cuando el teléfono móvil de Clarisa DeLong sonó. Patrick Morgan la miró preocupado, se preguntaba si podría tratarse de Sarima. Tracy levantó tímidamente la cabeza.

—¿Sí? ¿Quién llama?

—¿Agente especial DeLong? ¿Es usted? Soy la agente O’Connors.

—Sí, bueno. Pero ya no soy...

—Debe volver rápido —le cortó la agente—. Hay una masa de gente descontrolada con antorchas, están armados hasta los dientes con palos y guadañas. Se dirigen hacia el cementerio y han dicho que después van a quemar la mansión del doctor Merkel.

—¿Y Frederick?

—Está en su cabaña del lago Tahoe, allí la cobertura es deficiente. Le he dejado varios mensajes...

—No se preocupe, estamos en camino. Pero tenga cuidado, no se acerque a ellos; una masa encolerizada puede resultar muy peligrosa. ¿Ha pedido refuerzos?

—Sí. Espero que lleguen pronto, antes de que ocurra una tragedia.

—Nosotros no estamos lejos. No tardaremos en llegar —le dijo DeLong, tratando de tranquilizarla. Luego, cerró el teléfono y miró a su compañero, que esperaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Patrick, impaciente.

—Una turba enfurecida se dirige al cementerio.

—¿Al cementerio? ¿Y qué pretenden? ¿Resucitar a los muertos?

—No. Creo que quieren asegurarse de que los Merkel están bien muertos...

Después quemarán la hacienda —le notificó, con cara atónita—. Están todos locos.

—Espero que no encuentren a nadie que les lleve la contraria en su camino. No sería de extrañar que lo lincharan... La gente de ese pueblo es increíble —remugó Patrick. Acto seguido, conectó la sirena y las luces de emergencia y aceleró hacia el valle de Sonoma.

—Me alegro de que Sarima se haya quedado en la ciudad. Quizás Tracy también debió hacerlo —apuntó DeLong.

—A nuestro lado, no le pasará nada —aseguró con rotundidad Patrick.

Tracy los miró nerviosa, observando sus facciones desde el asiento de atrás y se sintió más enamorada de ese joven tan atento y decidido, tan hermoso y fuerte.

—Tenían que haber detenido a esos dos tipos hoy mismo. ¿Para qué esperar al lunes? —preguntó Patrick—. Para que el alcalde pueda desmarcarse de esa gente —se contestó él mismo, indignado.

Tracy contuvo la respiración, miró a través de la ventanilla y contempló la bruma alzarse entre los árboles.

—¡Ah! —exclamó de pronto, sobresaltada.

—¿Qué ocurre? —preguntó DeLong, volviéndose hacia ella, mientras Patrick la observaba a intervalos.

—No, nada... Estoy muy nerviosa, perdonad —se disculpó, y volvió su mirada de nuevo hacia el bosque mientras pensaba: “Es ella”.

Entre la arbolada, avanzaba rápidamente Sarima, envuelta en una densa neblina, atravesando montes a gran velocidad y esquivando barrancos con sus saltos. Luego, sobrevoló los viñedos, acompañada por el viento y la niebla, hasta caer sobre el cobertizo del Cortijo de Las Auroras. Aspirando el aire húmedo de la noche, recorrió todo el horizonte y trató de encontrar el hálito de su hermana Elizabeth.

—¿Dónde te escondes, pequeña? —murmuró.

En Viñedos, una amenazante procesión de antorchas se dirigía hacia el camposanto, alumbrando la llegada de la noche como una serpiente gigante de fuego, entre gritos de venganza y odio. Escopetas, revólveres, estacas, martillos, ajos, agua bendita, cruces, horcas, guadañas... Toda arma era válida.

Al frente, marchaba el alcalde Rivas y su hermano Logan, decididos a acabar con la bestia asesina. Les acompañaba de cerca Thomas, el padre de los niños brutalmente asesinados en la guarida de zorros. Les seguían el padre Celestino, Jacinto el del bar y Joaquín, el capataz. Tras ellos, caminaban con grandes zancadas cerca de un centenar de vecinos indignados y valientes.

Llegaron a la capilla del doctor Frank Merkel y se congregaron frente a ella. La multitud murmuraba mientras el sacerdote rezaba una oración y salpicaba la puerta con agua bendita. Luego, se retiró. Logan abrió el candado y corrió las cadenas: la puerta cedió con un largo chirrido y la luz de las antorchas iluminó el interior. Dos murciélagos salieron volando, rápido ante el grito histérico del padre Celestino.

—¡Abrid los sarcófagos! ¡Matemos a la bestia! —ordenó Logan.

Jacinto y Joaquín comenzaron a desplazar la losa que cubría la tumba de la joven. Los demás permanecían ansiosos, alzando las estacas temerosos, animados y crecidos en la masa que hacía valiente al más cobarde de ellos.

—¡Está vacía! —exclamó Joaquín, desencajando el rostro.

—¡Padre nuestro que estás en los cielos! —rogó el padre Celestino, santiguándose, sin soltar el rosario de sus manos.

—Abrid la de la niña —ordenó Logan.

Tras unos tensos minutos...

—¡También está vacía! —exclamó de nuevo Joaquín.

—¡Hay que encontrarlas! ¡Quememos la hacienda! —gritaron todos.

—¡Alto, FBI! ¡Deténganse! ¡Lo que están haciendo es un delito! ¡Cálmense! ¡Disuélvanse y marchen a sus casas! ¡Esto es una locura! —exclamó la agente O'Connors, alzando su brazo con la identificación y manteniendo la otra mano sobre su arma, posada en el costado.

Acababa de llegar al cementerio junto a los dos agentes que se habían quedado en Viñedos para pasar la noche en la hacienda. Notó la mirada recelosa de todos aquellos hombres, deseosos de encontrar a la bestia y acabar con ella. Y tragó saliva.

—¡El doctor! ¡Mirad si está el doctor! —gritó alguien y la gente se volvió de nuevo, ignorando las palabras de O'Connors.

Mientras los agentes federales avanzaban entre la muchedumbre hacia el mausoleo, Jacinto y Joaquín abrieron la última tumba. Allí estaban los restos mortales del doctor: un cadáver amarillento, cubierto de telas mortecinas, con los labios agrietados y los dientes anclados sobre ellos; con las cuencas de los ojos hundidas y delgado como una momia. Sin embargo, sorprendía que, para el tiempo que llevaba sepultado y tras estas sumergido en el lago, el cuerpo estuviera prácticamente incorrupto.

Sin mediar palabra, Logan posó una estaca en el traje descompuesto del doctor, a la altura del corazón, y la hundió con un fuerte golpe de maza, atravesándolo por completo. Una pequeña nube de polvo se levantó, acompañada de un tétrico olor. Hubo un minuto de intenso silencio. Nada ocurrió.

—Está muerto. ¡Ellas son las vampiras! —aseguró el padre Celestino mirándolo, ante los ojos atónitos de los demás.

—¡Pero qué hacen! ¿Se han vuelto locos? —exclamó O'Connors, llegando hasta ellos.

—Ustedes sí que están locos. ¿Qué hacen aquí? Nos están degollando como corderos en el matadero y ustedes se limitan a preguntar por ahí si el doctor bebía mucho o no... ¿Se cree que somos idiotas? —arremetió Logan contra ella, dándole un tremendo empujón.

Los dos agentes corrieron a ayudarla, intentando no provocar a la enfervorizada multitud que buscaba descargar su frustración ante las muertes de sus familiares y

amigos. Los golpes violentos se sucedían en sus espaldas al tiempo que una terrible expresión de odio se apoderaba de toda aquella gente. Pronto empezaron a ser increpados.

—¡A por ellos! ¡Ellos nos han traído esta miseria! —se escuchó.

O'Connors trató de sacar su arma, pero no pudo. Tenía un brazo aprisionado contra la espalda y con el otro no podía desenfundarla. El pánico se fue apoderando de ella conforme notaba la presión de una afilada guadaña en su vientre. Los dos agentes fueron arrastrados por la masa encolerizada y cayeron al suelo, donde fueron golpeados y pisoteados.

Tres disparos resonaron en el aire y, momentáneamente, se restituyó la calma. Patrick encañonaba a Logan, mientras DeLong apuntaba a los que tenía más cerca.

—El que mueva un dedo está muerto y tú, el primero —aseguró Patrick, caminando directo hacia Logan.

—¡Son agentes federales! ¡Solo pretenden ayudar! ¡Qué queréis? ¡Matarles? —gritó Tracy, acercándose tras DeLong.

La masa de gente retrocedió, guardando sus armas, palos y hoces tras las espaldas, conscientes de lo que había estado a punto de ocurrir, mascullando su preocupación, su rabia insatisfecha.

—¿Así matasteis a la viuda y su hija? —preguntó Tracy de pronto, con la voz tan suave y amarga como contundente, mientras sus ojos se nublaban e intentaba reprimir un angustioso sollozo.

Nadie contestó. Todos bajaron la cabeza y la mayoría comenzó a alejarse en silencio. Logan se acercó a ella.

—¿Qué te han hecho para que pienses así? ¿Cómo puedes decir eso? ¡Estás loca! Te quedarás conmigo esta noche. Con ellos no estás segura, son amigos de la bestia... De esas vampiras.

—No. Aléjate de ella —dijo Patrick, amartillando el percutor de su Colt Government .45 frente a la cara de Logan.

Joaquín y Jacinto se acercaron apuntando a Patrick y a DeLong con sus escopetas. Thomas y varias personas les rodearon alzando las antorchas, apretando con furia los dientes, clavando sus angustiados ojos en ellos, y mostraron sus viejos revólveres. El padre Celestino agachó la cabeza y se alejó, dando unos pasos atrás, rezando. Muchos vecinos, entre murmullos y protestas, comenzaron a marchar aceleradamente en dirección al pueblo, desentendiéndose de lo que ocurriera en el cementerio, sin hacer nada por impedir nada. Otros se quedaron ondeando las guadañas.

Patrick y DeLong comprendieron que el asunto se les había ido de las manos. Si aquellos hombres eran culpables e iban a acabar con tres agentes federales, ¿qué más daba la muerte de otros dos?, pensaron sintiéndose perdidos.

—Diles que bajen las armas o tú serás el primero en caer —amenazó Patrick y posó el cañón de su Colt en la frente de Logan, apretando con fuerza.

—No será necesario. Señores, por favor, tranquilidad; dejen esto en nuestras manos —interrumpió de pronto Moebius, de forma rotunda, con su voz grave,

haciéndose un hueco entre los vecinos que rodeaban a los agentes.

Moebius anduvo altivo hacia ellos, acompañado por dos hombres más, observando todo. Intimidaban solo con su mirada inquisitiva, su porte y su indumentaria.

Logan le observó, apretó los labios y, con una cínica sonrisa, levantó su mano.

—No pasa nada, todo ha sido un lamentable malentendido. Los nervios de los que hemos perdido en circunstancias tan terribles a nuestros seres queridos, a veces nos traicionan. Los Señores de la Noche, supongo. ¿El Sr. Moebius? Les esperábamos.

Moebius asintió con la cabeza y una escueta sonrisa. Caminó por delante de Patrick, y, con gesto circunspecto, bajó las armas de Joaquín y Jacinto, empujando con su mano la boca de los cañones hacia el suelo.

—Teníamos una reunión. Mis hombres se dirigen hacia la hacienda. ¿Se ha cancelado? —preguntó, plantándose al lado de Logan e ignorando a Patrick.

—No, no. Vamos, aquí no hay nada que hacer —respondió Logan, dando dos pasos atrás, sin apartar la vista del agente que aún permanecía tenso, apuntándole mientras una alargada gota de sudor le bajaba por su sien.

Patrick bajó el arma observando cómo los vecinos del pueblo se alejaban entre miradas furtivas, murmullos inquietantes, quejas y maldiciones. Aquel hombre vestido con clase y de voz penetrante les había salvado de una situación difícil. Y cruzaron sus miradas.

—Gracias, ha llegado en buen momento. Soy Patrick Morgan, de la oficina del juez Rieri —le dijo, ofreciéndole la mano.

—Puede llamarme Moebius, caballero. Deberían comprender el dolor de esa gente. Lo ocurrido puede desquiciar a cualquiera. Me alegro haber llegado a tiempo de impedir que se cometiera una locura —le dijo aquel misterioso hombre, apretando la mano. Saludó a DeLong con una grata sonrisa y a O'Connors. Luego, se volvió y se alejó del lugar, seguido por otros dos desconocidos.

DeLong y Tracy atendieron a O'Connors y los demás agentes, que permanecían maltrechos en el suelo. Las sirenas de varios coches federales se hacían eco en la noche, acercándose al camposanto. Los refuerzos que había solicitado la joven agente llegaron. No quedaba allí ningún vecino de Viñedos. Patrick resopló y se volvió hacia DeLong.

—¿Los Señores de la Noche? —le preguntó perplejo, pensando el Moebius.

En las extensas tierras del Cortijo de Las Auroras, la mano de Sarima se posó sobre la tierra, húmeda por la tenue lluvia que comenzaba a caer y por la sangre vertida. Levantó su rostro y se dirigió hacia la madriguera de zorros: estaba vacía. Respiró profundamente y rastreó con sus hermosos ojos el infinito que abarcaba con la mirada. No había ningún vampiro cercano, su hálito le delataría por mucho que se escondiera.

—¡Elizabeth! —gritó al aire, a pesar de ello.

Esperó en vano varios minutos como una estatua, seria y sin parpadear, con la

cabeza inclinada sobre el turbio charco de sangre, mientras la fina lluvia calaba sus ropas.

—¡Elizabeth! —insistió.

De pronto, alzó la cabeza como disparada por un resorte. Aquel tétrico hábito que se cercaba rápido hacia ella no era de Elizabeth, sino el de una poderosa criatura de la noche. Quizás más; al menos cuatro, pensó. Fundiéndose en la noche, desapareció rápido entre el denso bosque cercano a los viñedos y se alejó de la hacienda entre la bruma.

En apenas unos minutos, llegó Leyla, la vampira rubia de hermosos ojos verdes; en sus manos portaba una potente Desert Eagle 44 Magnum cargada de balas explosivas. La acompañaban Zoia, Gabrielle e Izarne, vestidas con ceñidos pantalones y escotadas camisas con volantes góticos. Tenían sus pelos teñidos de rojo y azul, y mostraban sus blancos colmillos con orgullo.

—Ha estado aquí —dijo Izarne.

—Su presencia es increíble... Como la de nuestro mentor —asintió Zoia.

—Más —sentenció Gabrielle y se situó justo donde ella había estado, sobre sus huellas. Respiró con fuerza el aire, excitándose con aquel aroma a jazmín que todavía permanecía flotando en el aire, envolviendo cada gota de lluvia.

—Volvamos. Se ha marchado. Moebius pronto llegará a la hacienda y querrá vernos allí —aseguró Leyla.

Apenas llegaron las cuatro vampiras al caserón del Cortijo de Las Auroras, cuando varios todoterrenos aparcaban enfrente. Logan bajó del primero, acompañado por Joaquín; del segundo bajó el alcalde Rivas, acompañado por el padre Celestino y Jacinto; del tercero descendieron Moebius y sus dos sicarios; y del cuarto, Thomas, cabizbajo, derrotado, con la mente perdida. Entraron en un amplio salón, decorado de forma rústica, con varias cabezas de cérvidos, osos y lobos en la pared, y una de un puma, decrepita, con las fauces abiertas. Una ancha mesa de madera noble les esperaba y todos se sentaron alrededor de ella, mientras los sirvientes pasaban botellas de licor y tazas de aromático café entre los allí reunidos.

—Es un placer tenerles con nosotros. Espero que comprenda. No tome a mal nuestra desesperada respuesta ante la muerte de dos inocentes más —comentó Logan.

—¡Dos niños! ¡Dios los tenga en su seno! —exclamó el padre Celestino mientras se santiguaba.

—Comprendo, no se preocupe —asintió Moebius con un tono condescendiente de hombre culto.

—Han matado a mis niños —sollozó Thomas, cayendo abatido sobre la mesa ante la mirada desconsolada de los demás.

—Quizás sería mejor que marchase a descansar, a velar a sus hijos —expuso Moebius.

—No, señor. Perdone mi llanto. Quiero atrapar a esa bestia y hacer pagar sus

crímenes, me quedaré... No seré una molestia —asintió Thomas, controlando las lágrimas.

—Antes de tratar el problema principal, esperaremos unos minutos más a la señora Magali, parece que se retrasa —apuntó el alcalde Rivas.

—No se preocupen, podemos empezar. He oído que su tienda fue asaltada por unos drogadictos. Parece que les robaron algo de dinero... y la vida. Es un crimen. Mataron a los dos ancianos por unos miserables dólares —aseguró Moebius, arrugando sus labios, con cara de desprecio.

El silencio se hizo en la habitación.

—Veo que es usted un profesional. Me alegra poder contar con sus servicios —dijo Logan, de pronto, satisfecho, apoyado por la complicidad de los demás.

—¿Quiénes vieron al vampiro? ¿Están seguros de que no se trata de un imitador? —preguntó Moebius, acariciando su mentón.

—No. Es ella sin duda, es una vampira —aseguró Logan.

—Yo, yo la vi: salió volando tras asesinar a Stanley. La vi salir por la ventana y ascender por el aire como si fuera un murciélago gigante envuelto en humo —aseguró Jacinto.

Moebius lo miró atónito.

—¿Un murciélago gigante? —le preguntó con una mueca incrédula.

—Sí, sí...

—Yo también la vi. Bueno, quizás sería más exacto decir que me arrastró a sus infiernos. Pero pude verla descarnada. Sin duda, esa joven mujer, la viuda de Merkel es la vampira que tanto mal está sembrando —interrumpió el padre Celestino.

—¿Nadie más ha visto a esa vampira? —insistió Moebius.

—Estuvo acosando a Tracy, ahora se halla en su poder. Debemos rescatarla antes de que sea tarde —apuntó Logan.

—Tengo entendido que la viuda de Merkel estaba en San Francisco cuando se dieron los últimos asesinatos, los de su hija y su hijo... Lo siento. Parece ser que estaba custodiada por varios agentes. No pudo ser ella —dijo Moebius pausadamente, saboreando el café y una copa de excelente Brandy.

—Los dos ataúdes estaban vacíos —apuntó Thomas.

—¿Son dos! ¡Fue la niña! —exclamó Logan.

—Un murciélago, una posesión y una niña vampira. Bueno, parece que no será difícil resolver su caso —expuso Moebius con cierto sarcasmo.

—Pero... —refunfuñó el alcalde Rivas.

—No, no se lo tome a mal. Creemos en ustedes y mucho más en su dinero. Encontraré a ese asesino y, sea vampiro o no, sea uno o sean dos, acabaré con su problema. Pueden estar seguro de ello —afirmó Moebius con rotundidad.

Logan y los demás reposaron sus espaldas en los asientos, con satisfacción, degustando el café, sirviéndose licor, y observaron las armas que aquellos hombres y mujeres portaban encima.

—Dormiremos al alba, todo el día, en su bodega, tal y como quedamos. Con el

atardecer, nos reuniremos, saldremos a buscar en la noche, cuando están activas las alimañas. Si son ellas, las encontraremos, créame... Acabaremos con su pesadilla mañana mismo o en unos días; a lo sumo, tres o cuatro. En cuanto demos con su escondite, solo tendremos que esperar al nuevo día para hundirles una estaca en el corazón, si antes no hemos volatilizado sus cuerpos —expuso Moebius, de forma tranquila.

—Aquí tiene su dinero —dijo Rivas, abriendo sobre la mesa un maletín lleno de fajos de billetes de cien dólares—. El resto, finalizado el trabajo; tal y como acordamos.

—Gracias. Es un placer hacer negocios con ustedes. Sinceramente, disfrutamos de nuestra profesión. Odiamos a esas criaturas de la noche. Dios las maldijo y nosotros las enviamos a donde deben estar: el infierno —asintió Moebius, recogiendo el maletín.

—La bruja Magali nos advirtió que esa criatura era muy peligrosa, que era muy poderosa... Dijo que no era un vampiro fácil de matar —apuntó Celestino.

—Tenga por seguro que lo tendré muy en cuenta. Pero creo que no será más que otro sicópata ávido de protagonismo; de todas formas le arrancaré su cabeza y la reduciré a cenizas, por si acaso —aseguró Moebius, agradeciendo la información.

—¡Qué pena lo de esa anciana! —exclamó el padre Celestino.

—Sí, qué pena —dijo Moebius, alzando una ceja.

En ese momento, llegaron dos furgonetas oscuras a la hacienda. Cuatro hombres trajeados y armados bajaron de cada una de ellas.

—Señor, ya han llegado —afirmó Leyla.

—Ya están aquí sus hombres —aseguró Rivas.

—Sí, no tienen que temer más por esas criaturas malditas: ellos protegerán nuestro descanso durante el día y vigilarán el suyo durante la noche —afirmó Moebius alzando una mano, mientras sus sicarios salían a recibir a los recién llegados.

—Veo que está usted en todo —expuso Logan, ofreciéndole otra copa.

—Mi agencia de seguridad es muy seria. No queremos que nadie más sea asesinado. Cuatro de mis hombres se quedan aquí, permanecerán atentos. Los demás vigilarán su sueño en Viñedos.

—Pero Viñedos es grande. ¿Por dónde andarán? —preguntó el sacerdote un tanto receloso—. Pueden quedarse en la iglesia.

—No se preocupe, mis hombres saben hacer su trabajo. Si se acerca la bestia, serán los primeros en detectarla. Ahora quisiera ver esa bodega, deben de estar cansados y no deseo molestar; y también queremos prepararnos.

—Sí, desde luego —afirmó Logan, amablemente, levantándose de la silla—. La hemos preparado para que no les falte de nada, con las doce literas, armario y la mesa de trabajo, y les hemos colocado una nevera con refrescos y una cafetera. El lavabo está al fondo de la bodega, a la derecha. Y tienen un timbre de aviso. Si necesitan algo, solo tienen que pulsar y un sirviente le atenderá con gusto.

—¡Formidable! Veo que está usted en todo —le felicitó Moebius con una palmada de satisfacción complacida.

En la hacienda del doctor Frank Merkel, Patrick todavía no daba crédito a lo ocurrido esa misma noche. O'Connors permanecía con ellos. Los otros dos agentes habían tenido que ser hospitalizados con varios traumatismos. Dos coches oficiales del FBI permanecían allí, con cuatro agentes más.

Frederick acababa de llegar.

—Lo siento, he venido en cuanto he podido. No tenía cobertura. He visto los mensajes al regresar del pantano y, tras enterarme de lo ocurrido, vine lo antes posible.

—¿Les detendremos a todos? —preguntó O'Connors, molesta y nerviosa.

—No sé, es complicado —apuntó el agente federal, pensativo y con una mano acariciando su mentón.

—¿Complicado? ¡Casi nos matan! —exclamó la joven agente, con cierta sorpresa.

—Debemos esperar la orden de detención. El juez Rieri me aseguró que dispondría de ella a primeras horas de la mañana del lunes. Esperemos que Viñedos se relaje un poco. Detener ahora a un grupo de vecinos no podría causar más que nuevos problemas. Esperemos unos días. Luego, miraremos a quiénes debemos inculpar y de qué. ¿Intento de linchamiento? —afirmó Frederick.

—Podemos arrestarles por lesiones a varios agentes de la ley. Por lo menos, a los que reconozcamos —apuntó DeLong.

—Sí, por supuesto —afirmó Frederick—. ¿Es cierto que asaltaron el mausoleo?

—No están en las tumbas —afirmó O'Connors, alzando la cabeza, aún dolida.

—¿Qué? —preguntó Frederick.

—Los cuerpos de Marisa y Elizabeth no están en las tumbas —insistió la agente.

—Alguien debió sacarlos antes de armarse este Cristo..., muy oportunamente —dijo DeLong.

—Es posible que descubrieran que íbamos a exhumar los cadáveres para practicarles una nueva autopsia y se anticiparan. Ahora querrán ocultar su delito. El jefe de policía debe de haberles informado —apuntó Frederick.

—Esta farsa vampírica parece querer descartarlos a todos como sospechosos: era mejor que fueran ellos los primeros en descubrir que los ataúdes estaban vacíos a que lo hiciéramos nosotros —continuó Patrick.

—Sí, ahora, en vez de interrogarlos nosotros para que nos expliquen por qué están vacíos, parece que tenga que ser al revés. Son ellos los que nos preguntan qué está pasando —aseguró DeLong con cierto sarcasmo en su expresión.

—El alcalde y ese terrateniente no se esperan que los detengamos por los crímenes de hace un año, por eso se muestran tan seguros. Creo que son los

culpables de todo, cuando les detengamos, se terminará esta pesadilla.

—Yo no estaría tan segura —apuntó DeLong.

—Vamos, ¿aún crees que Sarima tiene algo que ver en todo esto? —preguntó Patrick, con cierto tono airado.

DeLong emitió un leve suspiro y, alzando las cejas, puso cara de “quién sabe”.

—Voy a dormir, mañana será un día muy largo. Señor Frederick, le hemos preparado una habitación por si quiere quedarse aquí a descansar —le invitó Tracy.

—No, gracias. Antes, quiero ver ese mausoleo y leer los informes. Luego me pasaré por el hospital a ver a mis hombres. Descansaré en San Francisco y mañana regresaré al mediodía.

—Yo le acompañaré, quiero recoger a Sarima y a su amiga Mara. No quiero que recorran Viñedos sin protección —apuntó DeLong.

—Yo te acompañaré —se ofreció Patrick.

—No, tú debes cuidar de Tracy —respondió DeLong, tajante—. Ahora que no está con ellos, esa joven es un claro objetivo para poder desarrollar sus planes.

Tras beber una taza de café caliente, Frederick bajó los escalones y marchó junto a DeLong. Patrick entró en su habitación y cuatro agentes quedaron distribuidos por la planta baja de la casa, atentos a cada movimiento en el exterior.

Nadie se percató de que, en el tejado, sobre la cima de la chimenea, Sarima permanecía en cuclillas, observando cómo se alejaba el coche federal. Preocupada, con una mueca de nariz, giró su vista hacia las plantaciones y, luego, hacia la arboleda. Dando un saltó, voló, a un metro del suelo, envuelta en una nube oscura, y recorrió plantaciones, barrancos y antiguas casas de aperos buscando sin resultado alguno. Finalmente, resignada, emprendió el regreso hacia San Francisco.

—Elizabeth, ¿dónde te escondes? ¿Por qué no puedo encontrar tu hálito si estás viva? —susurró.

—¿Patrick? —la pregunta sonó en la oscuridad mientras la puerta de su habitación se abría. Con el torso desnudo, el agente tomó su arma de la percha y se acercó cauteloso. Era Tracy, la tenue luz de la luna que llegaba desde la ventana iluminó su rostro angelical.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—No, tengo miedo. No me dejes sola —contestó Tracy y entró en la habitación, con un camisón transparente que dejaba ver sus encantos de mujer.

Patrick bajó el arma y ella se le acercó. Le posó la mano en su pecho desnudo, mirándole a los ojos y, luego, hundió la cabeza en su cuello. El agente, desconcertado, le pasó la mano por la cintura, notando la suavidad de la seda que cubría aquella cálida piel, y le acarició la cabeza apretándola contra él.

—No pasa nada, tranquila —murmuró.

Tracy separó la cabeza y rozó con sus húmedos labios el cuello del agente,

apretando su cara contra la de él. El tacto de aquel rostro sin afeitar irritaba un poco su suave piel. El olor a hombre la excitaba, haciendo que se uniera más; y la erección que notaba en su vientre la hacía estremecerse. Patrick saboreó aquellos labios con dulzura, apretándola aún más contra él, recorriendo su espalda y muslos hasta que paró en seco.

—No, no puedo hacer esto...

Tracy separó la cabeza, sorprendida y avergonzada.

—Creí que yo te gustaba, que había algo entre nosotros. ¿No soy lo suficientemente hermosa para ti? ¿Solo soy una chica de pueblo? —preguntó dolida, con los ojos nublados, sin soltarse del cuello de Patrick.

—Me gustas, mucho. Pero Sarima y yo...

—Mientes: ella me ha dicho que no hay nada entre vosotros. ¿Por qué me haces esto? —le cortó con enfado.

—¿Eso te ha dicho ella? —preguntó Patrick, perplejo.

—Sí, ¿no es cierto? —insistió ella, apretando sus caderas contra las del joven agente, y alzó los ojos con los párpados entrecerrados, con una mirada triste seguida de un puchero infantil.

—No lo sé —dijo Patrick, dubitativo, notando el cuerpo tenso de Tracy apretando con fuerza el suyo.

El calor intenso que le transmitía la joven con sus caricias y el dulce aroma que manaba de ella envolvieron sus instintos, dejándose besar el cuello y el pecho.

—No quiero dormir sola —aseguró ella con un leve susurro.

—Vamos, ve a tu habitación, acuéstate. Yo cuidaré de ti, vigilaré tu sueño —le dijo separándola lentamente de él.

Capítulo 17

VENENO EN LA SANGRE

Nada más llegar a San Francisco, DeLong encendió las luces de la vivienda, dejó su bolso sobre un pequeño sofá y estiró su cuerpo hacia atrás. Estaba cansada del viaje y de lo acontecido en Viñedos. Pero sobre todo se encontraba muy confusa, algo que no era normal en ella. Tenía calor. Se acercó a la ventana y la abrió. Una suave brisa penetró en la habitación recomfortándola. Respiró profundamente, una y otra vez, y asintió mientras se decía: “No puede ser”.

Anduvo hasta la cocina, se preparó un plato con unas piezas de manzana y un kiwi y se encaminó, comiendo, hacia su cuarto. Se desvistió, se puso un pijama azul, picó el último trocito de kiwi que quedaba en el plato y se acostó, tapándose hasta la barbilla. A los cinco minutos, volvió a abrir los ojos y se incorporó en la cama. Inquieta, se levantó y fue al pequeño escritorio, donde estaba el diario de Frank Merkel. Se lo llevó a la cama, tomó una gafas de la mesilla de noche y lo abrió.

“Martes 29 de marzo de 2005. Hoy cumpla 75 años: soy un viejo cabezota, no me cabe la menor duda. Cada vez se me hace más difícil recordar y esconder mis pensamientos. Gracias a Dios, aún tengo la mente clara y quiero expresar, en estas líneas, todo cuanto acontezca en la fortaleza: los resultados de mis investigaciones, por increíbles que puedan parecer. Tengo la firme esperanza de que me ayudarán a comprender a estas hermosas criaturas y, quizás, a que algún día halle la fórmula para que puedan convivir entre nosotros, sin que tengan que ocultarse ni matar.

Debería empezar por el principio, desde que llegué a estas maravillosas tierras húngaras con aires gitanos y aroma a tierra húmeda. Sus gentes son humildes y generosas; todo ello se me hace muy lejano: han pasado cinco años. Haciendo caso omiso a las advertencias de los numerosos amigos que conocí en mi camino, decidí

visitar la fortaleza medieval. Aquella de la que tanto había oído hablar: el castillo del barón Mórt von Bocskai. En cada ocasión que comentaba mi pasión por las reliquias y las obras de arte de la antigüedad, en esas pequeñas tascas que salpican los escarpados valles de esta región, me hablaban del castillo, de sus armaduras, cuadros y mazmorras; y la curiosidad me llevó hasta allí. No creía que pudiera existir un castillo tan antiguo y que permaneciera anclado en el pasado, con todas sus riquezas históricas inmaculadas en su interior. Pues sí, existía y las mantenía y no era extraño, ya que estaban bien cuidadas desde hacía siglos: los descendientes del barón se ocupaban de ello desde tiempos inmemorables.

La fortaleza no es muy grande, pero sí impresionante: de altas torres esquineras con ventanales estrechos y saeteras, más otras tres, en su interior, con vidrieras oscuras y una majestuosa torre de homenaje acabada en estilizados pináculos góticos. Están rodeadas por unos alargados muros de piedra cubierta de musgo y tiene unas almenas prominentes, empalizada, barbacana y un foso de aguas negras. El castillo se alza en medio de un bosque denso, en la cima del pico del Lobo, un lugar abandonado por el paso del tiempo, olvidado, donde la densa bruma y la exuberante vegetación lo llenan todo de sombras. Ese día, en mi camino, con cada paso que daba, parecía que retrocedía en el tiempo conforme avanzaba hacia la fortaleza, y eso era una buena señal. Nadie se acercaba por allí.

Quería conocer a esa aristócrata tan afamada y esperaba que me atendiera, más si quería descubrir su castillo y las obras que en él hallara. Debo reconocer que no tenía mucha fe en que me mostrara sus secretos. Pensé que sería una mujer mayor, sin demasiada cultura, una noble de cuna, huraña, prepotente y despectiva con la gente. Me había formado esa idea, no sé por qué. Los pobladores de la región le tienen un respeto desmedido, más bien temor: aseguran que la baronesa es descendiente de un linaje de vampiros.

Por educación, traté de no ofender a estas gentes y no les negué la existencia de lo que ellos llaman criaturas de la noche. Estas leyendas son muy comunes en este país, tanto o más que en Rumania. Pero sí insistí y al final logré que un gitano de extraño acento seseante y mirada intranquila me acercara hasta el castillo. ¡Quién lo iba a suponer! ¡Estaban en lo cierto!

En cuanto pagué a aquel pícaro, en vez de esperarme, agitó con fuerza las riendas sobre sus caballos y desapareció de allí como alma que lleva el diablo. La pasarela estaba bajada. Parecía que estaban esperándome. Subí varios escalones y atravesé los portones, recorrí el patio de armas hasta llegar a un edificio donde la luz se reflejaba por sus ventanas. Entré y llegué a un amplio recibidor sin encontrar a nadie.

‘¿Hay alguien?’, pregunté. Tras una pausa incierta, una suave voz me contestó: ‘Aquí, por favor, pase’. Anduve hasta la sala de donde procedió la voz. Una gran chimenea daba calor a la habitación y, frente a ella, se hallaba una hermosa joven que, para mi sorpresa, se alegró de mi interés cuando le comuniqué los motivos de mi presencia en el castillo y los posibles tesoros medievales que pudiera encerrar, que, como bien supuse, no eran pocos. La impresión que me causó su semblante,

con aquellos ojos de esclera blanca como el mármol y pupilas de un azul casi negro, fijos en mí, recorriendo cada detalle de mi rostro, examinando cada uno de mis movimientos, fue indescriptible. La imagen de su piel tersa y pálida, aquellos labios sinuosos y rojos como su larga melena, fuego vivo deslizándose por sus hombros, cubriendo sus pechos ocultos bajo un fino camisón de pura seda, fue extraordinaria. Se llama Sarima Vamp von Bocskai. A mi edad, me dio un vuelco el corazón: pensé que podría ser una vampira de verdad. Sí, esa fue mi primera impresión. No me extrañó que la gente pensara así de ella. Pero resultó ser una joven extraordinariamente atenta y ansiosa de saber, de sentir y conocer mundo. Me recordó tanto a mi pequeña Tracy... ¿Qué será de ella rodeada de tantos buitres?

Aquel día, su hermana Elizabeth, una preciosa jovencita de apenas ocho años, no dejaba de revolotear a mi alrededor. Le regalé una bolsa de golosinas, de las que suelo llevar para los niños desfavorecidos que encuentro en mi camino. ¡Inocente de mí!: llevaba cerca de tres siglos de existencia y yo estaba frente a ella con unos caramelos y una sonrisa infantil, patético.

Sarima me enseñó cada recoveco de la fortaleza. Era impresionante: las habitaciones, la cocina, la sala de armas, la guardia de las torres, aquellos increíbles cuadros, las armaduras, los escudos, la sala de torturas... Aún recuerdo cómo me estremecí al ver la sangre tintada en los maderos y la piedra de aquella tétrica sala. Daba la sensación que hacía poco que había sido usada. No me equivocaba.

La baronesa me invitó amablemente a pernoctar en la fortaleza. No hacía buen tiempo, llovía a cántaros y tampoco tenía forma de volver al pequeño hostel donde me alojaba, pues aquel gitano me había abandonado a mi suerte. Esa noche apenas dormí, extraños ruidos procedentes de los recovecos del castillo se escuchaban a menudo, y me sentí observado, como si cientos de personas clavaran sus ojos en mí. Sentí temor. Finalmente logré conciliar el sueño, pensando que era un viejo tonto.

Y pasaron los días. Sarima dejó en mis manos un carruaje de toscas maderas con el que iba y venía. Cada vez eran más frecuentes mis visitas, ciertamente estaba tan hechizado con los tesoros que guardaba el castillo, que no advertí nada peligroso en mi anfitriona ni que me hiciera temer el mal que habita en ella. Eso sí: era muy discreta y solo contestaba a mis preguntas más personales cuando insistía, aunque no a todas.

Todo pareció acabar cuando mi presupuesto se agotó, debía volver o solicitar a mis sobrinos nietos que me enviaran dinero. Algo que, sinceramente, detesto, aunque sea mío. Mi sorpresa fue total cuando Sarima me pidió que catalogara sus obras y las expusiera al mundo, quería que la gente pudiera acceder a ellas. Quizás parte de culpa fue mía, pues mucho le hablé de los museos, de la cultura y la riqueza que generan. Preparó una habitación para mí, adecuada con todo lo que necesitaba. No buscaba mi fortuna, todavía no sabía quién era yo. Desde el primer momento, dejó claro que ella se haría cargo de todos los costes, incluidos mis gastos y un jornal. Eso me hizo gracia y me gustó. No le costaba nada satisfacer todo aquello que le solicitara para poder llevar a cabo un buen trabajo. Insistió en que viviera

allí: yo soy un hombre mayor, no me convenía recorrer todos los días cerca de tres horas de caminos rurales en un carro para llegar al hostel y luego volver. Pensé que estaría cerca de tres meses trabajando en el castillo. Eso creí. Ya son cinco años y no me arrepiento, aunque ahora mi fascinación no son los tesoros medievales que encierran este castillo, sino ella, Sarima: el depredador más perfecto que ha creado la Madre Naturaleza.”

DeLong alzó la vista, un pequeño ruido en el exterior la sobresaltó. Se levantó y se asomó a la ventana. No vio nada. Una suave brisa recorrió su rostro; era tan agradable, que se dejó mecer por un momento. De pronto, unos ojos felinos se clavaron en ella, y lanzaron un bufido que la hizo chillar. Era un gato pardo, como todos en la noche, que merodeaba por las cornisas buscando pajarillos dormidos. Con la mano en el corazón, lo miró.

—¡Dios, me estoy volviendo loca! —exclamó.

Se dirigió a la cocina y empezó a preparar un zumo de naranjas. Aquel diario bien podría ser el borrador de una novela de terror o una realidad inquietante, pensó. Por un momento, paró de exprimir la fruta y se dijo: “No es un borrador... Pero no es posible”. Volvió a la cama y se sentó con la espalda apoyada en el cabezal. Ya no tenía sueño. Deseaba saber más. Sorbió un poco de aquel zumo y siguió con la lectura.

“Sábado 2 de julio de 2005. Han pasado tres meses. Apenas he podido acercarme al escritorio. Me involucro demasiado: la pequeña me llama abuelo y ella, padre. Me gusta. Durante estos años no han envejecido ni un ápice, siguen igual de hermosas que cuando las conocí, reflejan la misma edad. No existe el tiempo para ellas. No envejecen. Yo sí. Hemos creado un vínculo difícil de explicar. Somos una familia. Hemos reído y llorado, aprendido y enseñado. Creo que soy feliz, casi como cuando vivía mi amada esposa. ¡Ah, Julieta, cuánto te echo de menos y cuán feliz sería si estuvieras a mi lado!

Para mi sorpresa, los ojos de estas criaturas hace mucho que son cristalinos como el cielo azul, la oscuridad parece haber desaparecido. Hemos progresado, aunque tengo que alimentarlas a menudo con mi propia sangre. A veces quedo debilitado por semanas enteras. Pero creo que merece la pena. Se sienten queridas y su alma humana responde arrinconando a esa oscura y poderosa naturaleza mortal que las domina.

En mi mente guardaré con horror el día que lo descubrí, el pánico que sentí y la profunda amargura que vi reflejada en el rostro de Sarima cuando no supe aceptar quiénes eran en verdad. Llevaba un año viviendo en el castillo, leía confiado mis apuntes sobre la armadura de la sala de armas, la más antigua, es extraordinaria, todavía mantiene sus defensas y acomodos interiores como si fuera reciente. Estaba absorto en ella cuando una persona se abalanzó sobre mí, golpeándome con fuerza en el vientre y levantándome como si fuera un pelele. Ante mi desconcierto, tiró de mi cabeza hacia atrás y mordió mi cuello con fuerza, tragando ávidamente mi

sangre. Su hedor era horrible y la mordida quemaba el interior de mi cuerpo como brasas al rojo vivo. Creí morir. Ella me salvó. Apareció de pronto lanzando un terrible: ‘¡No!’

Con un solo golpe, hizo volar a aquel brutal asesino de lado a lado de la sala, estrellándolo contra la pared. Alcé mi vista, atónito, y conocí su lado oscuro, salvaje: aquellos ojos negros como tizones habían regresado, su pelo volvía a ser como fuego, unas largas uñas aparecieron en sus manos y esos tremendos colmillos, ignorados por mí hasta ese día, destellaron con furia. Saltó sobre aquel ser con un gruñido espantoso: le arrancó el corazón de un golpe, destrozándole el esternón con el puño, lo estrujó en su mano como si fuera gelatina y clavó sus ojos en mí. Sentí pánico, retrocedí con la mano sobre la herida de mi cuello, arrastrando mi cuerpo hasta un rincón. ‘¡Dios mío! ¡Aléjate de mí!’, exclamé. ‘Tu dios no te salvará, lo haré yo’, aseguró acercándose, abriendo su mano y dejando que un ligero polvo volara en el aire: los restos de aquel corazón. El cuerpo convulso de la bestial criatura que me atacó se consumió por sí solo. Únicamente quedó una oscura mancha, pestilente, de moho y polvo húmedo en el suelo. ‘¡No, aléjate de mí! ¡Eres un monstruo! ¡Dios!’, imploré.

Sarima se quedó por un momento quieta, me miró seria como no la recuerdo y noté el daño que la había hecho con mis palabras. Pareció dudar, se agachó sobre mí y pasó su mano por mi herida. Sus colmillos se hundieron en mi muñeca y comenzó a libar mi sangre. Pero la sensación era totalmente diferente a la producida por aquel horrible ser: un agradable y placentero sopor se hizo conmigo. Levantó su rostro y pude ver cómo saboreó mi vida, pasando la lengua por sus labios. Luego, se alejó. No podía moverme. Tardó unos minutos en regresar con un botiquín: trató mis heridas con delicadeza, me hizo tragar unas pastillas de antibióticos e inyectó en mis venas una solución azulada y oscura. Desfallecí, no me enteré de más.

‘Has dormido toda la semana’, me comentó, sentada a mi lado. Había recuperado su aspecto de indefensa doncella y sus hermosos ojos azules. Tardé dos días más en hablarle. En ambas jornadas me llevó el desayuno, la comida y la cena a la cama. Elizabeth la acompañaba siempre, tan dulce, y me preguntaba cuándo volveríamos a jugar. No hablemos de lo acontecido.

Al tercer día me levanté. Me encontré más fuerte que nunca, aunque la pena me embargaba. Estaba decidido a salir de allí: sabía lo que había visto, nadie podía negármelo. Puse mi ropa en la cama y saqué mi vieja maleta, preparé mis zapatos y las notas del viaje; nada más. Elizabeth entró en la habitación y, al verme preparar mi equipaje, salió corriendo. ‘¡Sarima! ¡Sarima! ¡El abuelo se va!’, gritó. En apenas unos segundos, su presencia inundó la habitación con ese característico perfume a jazmín que la acompaña siempre. ‘Quiero que te quedes, no te marches’, me dijo con un tono sincero, suave. Pero no la escuché. ‘Era una criatura de la noche, un humano convertido en vampiro; te habría matado’, insistió. ‘¿Y tú? ¿Qué eres tú?’, le reproché.

Cuando fijó su tierna mirada en mí, comprendí que aquellas criaturas estaban sufriendo. No querían perder el calor de un ser que les daba cariño y amor. En

ese instante, supe que yo tampoco podría vivir ya sin ellas. No sé cómo ni cuándo ocurrió, pero nuestro vínculo era más grande del que jamás pensé. En verdad, no deseaba irme.

‘Yo soy Sarima Vamp von Bocskai, y soy vampira como lo fue mi madre. Yo soy nacida, no como ellos. Tus palabras me hieren. Siento mucho lo ocurrido. No podía dejarte morir. Y ella es mi adorada hermana, Elizabeth von Bocskai. Nos gustaría mucho que te quedarás con nosotras, sabrás quienes somos’. Me senté recostándome en el pequeño sofá del cuarto. Noté en sus palabras una sinceridad y aplomo que me desconcertó: no quería que me fuera y estaba dispuesta a contarme sus secretos, algo que no había realizado jamás en sus siglos de vida. Recorrió la sala de lado a lado por dos veces. La pequeña Elizabeth permanecía de pie, observando en el marco de la puerta.

‘Nací en primavera del 666, en algún lugar de la Europa germánica. Mis padres eran grandes cazadores, no temían ser lo que eran y mostrarse como tales. Eran tiempos felices, no resultaba fácil acabar con uno de los nuestros ni encontrarnos en los bosques y valles en que vivíamos. La exuberante naturaleza ocupaba gran parte de nuestro mundo. Tampoco nadie nos buscaba y muchos nos adoraban como dioses. Mi madre era una persona fuerte, la pasión y el carácter la desbordaban. Pero sobre todo era una madre excelente. La quería mucho, era mi vida. Se llamaba Lilith y era muy hermosa. Ella nos alimentaba’.

‘¿Nos alimentaba?’, pregunté y, luego, sabiendo que había interrumpido, me disculpé y callé.

‘Sí, ella cazaba para nosotros. Al principio éramos dos hermanos: Moebius y yo. En 1311, llegaría Leyla. No sé de dónde vino; creo que de Grecia, tras las batallas contra los almogávares aragoneses. Y luego, más tarde, Elizabeth. Pero eso fue mucho más tarde. Gabriel, mi padre se ocupaba de mantener su territorio libre de otros cazadores, de acabar con todo lo que pudiera suponer un peligro para nosotras. Murió. Descubrimos el poder aterrador de la pólvora. Nuestros cuerpos podían tardar años en regenerarse, incluso siglos, cuando las heridas eran producidas masivamente por aquellas armas. Por primera vez, un humano podía acabar con uno de nosotros en la distancia no por una sola bala, sino por la metralla y el fuego. Heridos éramos presa fácil del desmembramiento y el sol. Muchos de nuestra especie acabaron sus días inesperadamente, mientras creían abatirse sobre su indefensa presa. Los tiempos del emperador Carlos V fueron muy difíciles: había ciudades humanas por todos lados y nos buscaban concienzudamente para acabar con nuestra raza. Durante el día, nuestra vulnerabilidad creció a medida que el fanatismo religioso, unido al poder de las armas en el transcurso de las décadas, aumentaba. Alimentarse resultaba relativamente fácil. Pero durante el día nos convertíamos en presas: si descubrían el nido, era imposible esquivarles. A mi padre lo hirieron en 1603, en el corazón. Antes de que pudiera curar su herida, le cortaron la cabeza y esparcieron sus restos desmembrados en el valle. El sol quemó sus restos. Aprendimos pronto, nos iba la vida en ello. Las cacerías se volvieron discretas: ocultábamos las marcas y

los cuerpos. Mi hermano desapareció, Leyla también y mi madre y yo cambiábamos continuamente de ciudad y, así, lleguemos al castillo. Mi madre se desposó con el barón Mórt von Bocskai en 1710. Ese mismo año nació Elizabeth’.

Recuerdo cómo paró su relato, se acercó a su hermana y la acarició el cabello. Luego, alzó su tembloroso mentón y, por un momento, pensé que iba a llorar. Resopló y continuó: ‘Siete años después apareció de nuevo Moebius. Borracho de alcohol y sangre, se alimentó del barón y, celoso, lo mató. Nunca aprobó que mi madre amara a otro hombre, a un humano, ni aceptó que Elizabeth era su hermana ni que yo no sería nunca suya. Fueron días terribles: no se ocultaba, mataba por placer y despecho. Inflamó al pueblo y lo puso contra nosotras. Marchó como un cobarde cuando vio aparecer a cientos de aldeanos a las puertas de la fortaleza. Mi madre fue acusada de brujería, la detuvieron en pleno día. Nunca más supe de ella. Se rumoreaba que la quemaron viva en la plaza de armas de este mismo castillo, ahí abajo. Sin embargo, aunque nunca más sentí su hálito, albergo la esperanza de que siga viva en algún lugar. A Elizabeth y a mí nos apresaron y torturaron sin piedad hasta que, perdida la noción del tiempo, nuestros cuerpos cedieron. El corazón dejó de latir. Nos habían matado. Para Elizabeth fue la primera vez que dejó de respirar, para mí fue la segunda. Nos enterraron en un cementerio lúgubre, junto a desconocidos, vagabundos y criminales. Alguien aconsejó que nos dieran cristiana sepultura, pues no teníamos culpa de ser hijos de la bruja, y eso nos salvó la vida. Había pasado medio año cuando desperté. Me costó trabajo salir de aquella tumba, a pesar de que apenas la cubría medio metro de tierra. Noté un frío y una hálito sobrenatural en mi cuerpo, muy superior a mi primera muerte. Desenterré a Elizabeth, estaba presa, con los ojos abiertos como platos ante aquella realidad: nos habían matado, pero estábamos vivas. Perdió su hálito humano y descubrió su verdadera naturaleza. Regresamos al castillo, no teníamos dónde ir y estábamos solas. Para mi sorpresa, el pueblo había sido arrasado por el cólera. Apenas quedaban con vida unas docenas de campesinos que pasaban el día cultivando, recolectando y rezando. Aprendí a vivir en soledad, tras las murallas, alimentándome con precaución y cazando para Elizabeth. Con la llegada del nuevo siglo, el valle volvió a repoblarse. Pero la leyenda del pico del Lobo, donde los hombres eran cazados, había permanecido viva a través de las generaciones. A pesar de que me cuidé mucho de cazar en la zona, nadie se acercaba por aquí y, si lo hacía, yo lo atendía con cariño y devoción cristiana, socavando la leyenda. El Siglo de las Luces fue providencial: la razón y el pensamiento cambiaron el mundo. Desaparecieron las luchas de pueblos en la Europa humanista; las religiones perdieron poder y las brujas y vampiros desaparecieron de la conciencia humana. Nos habíamos salvado: nadie buscaba brujas que quemar ni vampiros que desmembrar, pues no existían. Los relatos posteriores de monstruos aterradores facilitaron nuestra causa, pues asentaron el mito alejándolo de la realidad. Ahora ya sabes quién soy’.

Un silencio siguió a sus palabras. Después, se dirigió hacia la puerta, tomó la mano de su hermana y se volvió hacia mí: ‘¿Te marcharás?’ Tenía muy claro lo que tenía que

decir, me marchaba de allí, lo había decidido. Sin embargo, mi boca pronunció de manera rotunda: ‘No, aún no he terminado mi trabajo’. Ella sonrió por un segundo, después asintió y salió cerrando la puerta.

Esa noche no pude dormir, ni al día siguiente. Tenía tantas preguntas... Quería respuestas que no sabía si obtendría. Temía que Sarima regresara en mitad de la noche y desgarrara mis venas. Aunque si no me había matado en aquel momento en que le dije que me iba, ya no lo haría ahora. ¿Por qué no acabó conmigo cuando descubrí su terrible secreto? En el año que había convivido con ellas, fuimos lo más parecido a una familia que ellas habían conocido en mucho tiempo: me querían. Han pasado ya más de cuatro años desde aquel terrible día y sí, somos una familia.”

DeLong cerró el diario, pensativa. Lo dejó en el cajón de la mesita de noche y miró el reloj: las cuatro de la madrugada. Pensó en descansar un poco y apagó la luz. Pero, tratando de negar aquello que parecía evidente, su mente no dejó de imaginar absurdas teorías. En el diario encontraba explicaciones a las extrañas realidades que salpicaban los asesinatos: la mancha que se disolvió en el suelo del piso de Mara, los resultados inconcluyentes de los restos en el laboratorio y los ataúdes vacíos del camposanto y ese tal Moebius que apareció en el momento más oportuno; además de las imágenes de las fotografías y los cristales rotos. Por enésima vez miró el reloj: las cinco de la madrugada.

—Así que Moebius es tu hermano... Me estoy volviendo loca. Sí, eso es lo que está pasando —susurró y se quedó dormida.

En el Hotel Union Square, Sarima observaba desde la terraza el firmamento. El cielo estaba despejado y las estrellas lo cubrían. No era como en campo abierto, aunque sí lo suficiente para relajarse. Pensó en Moebius: “¡Cómo ha cambiado!” Se apoyó en la baranda, dejó que la suave brisa marina la inundara y sus mientes volaron hasta aquel día en que tuvo que luchar contra él.

Recordó cómo, en una noche lluviosa, Moebius regresó al castillo con un cuerpo sobre su hombro. Con una fuerte patada, entró en el interior de la sala de armas, donde se encontraba ella junto a su hermana. Sin decir palabra, tumbó sobre la ancha mesa de madera aquel cuerpo, una joven muchacha con la ropa hecha jirones, ultrajada y que aún jadeaba; y, con una maligna sonrisa, clavó un enorme cuchillo de cocina en la madera. La espesa sangre recorrió toda la hoja hasta bañar la mesa.

—¿Estás loco? ¿Qué haces? ¿Para qué la traes aquí?

Pero él no contestó: sí, estaba loco o, mejor dicho, borracho. Recordó el olor a vino y muerte que exhalaba su aliento, seguido de aquella sonrisa inmisericorde y las obscenas palabras que brotaron de su boca.

—¡Te voy a follar, hermanita! ¡Y a ti también, pequeña bastarda! ¡Y luego os mataré a las dos! ¡Nadie desprecia a Moebius!

Apoyada en la baranda, la mano de Sarima tembló al recordar aquel momento. Seria, cerró los ojos y se dejó llevar a través del tiempo.

—Has logrado que maten a Madre, ahora harás que acaben con nosotras... Pero no, no permitiré que eso ocurra ni que hagas daño a Elizabeth.

De un saltó, arrancó el cuchillo de la mesa y un destello surcó el aire cortando la garganta de Moebius. Dos borbotones de sangre azulada salpicaron el rostro de Sarima antes de que hundiera aquella hoja sangrienta en el pecho de su hermano.

Al recordar aquella escena, los ojos de Sarima se tornaron negros de nuevo. Mientras envolvía el cuerpo agonizante de Moebius en lonas, la joven asaltada jadeó notablemente: estaba despertando de su sopor. Elizabeth se lanzó sobre ella y comenzó a alimentarse sorbiendo con ganas la sangre que brotaba de su cuello. Moebius sacó una mano de aceradas garras entre las telas y, agarrando a su hermana por el cuello, apretó con fuerza al tiempo que daba patadas al aire para lograr deshacerse de parte de la envoltura que le cubría. Sarima se vio de nuevo, en la sala de armas, tomando el cuchillo del suelo y hundiéndolo una y otra vez en el pecho de su hermano, en el vientre y en la cara hasta que el corazón dejó de latir por completo. Después, reparó en su hermana: estaba inmóvil y la miraba con la boca llena de sangre.

—¿Quieres alimentarte? Debes alimentarte... —dijo la pequeña.

—¿Está muerta?

—Sí.

Se vio recorriendo la sala para llegar hasta la mesa. Acarició la mejilla de su hermana, levantó la muñeca de aquella presa, hundió sus colmillos y comenzó a libar la sangre que aún manaba. Después, alzó el cuchillo y lo hundió en el corazón inerte de la joven con tal fuerza que la hoja atravesó el cuerpo y se clavó en la madera. Fue desmembrada y enterrada bien hondo en los jardines del castillo. Cuando le tocó el turno a su hermano, no pudo.

“¡Debí hacerlo!”, exclamó Sarima con rotundidad, volviendo al presente y alejando sus recuerdos. “¡Maldito loco!”, se dijo. Regresó adentro. Vio la botella de vino y la tomó en sus manos: un Protos. Miró hacia la nevera. Le apetecía beber. No se había alimentado y allí había una bolsa de plasma esperándola. Sin prisa, como si se tratase de un ritual, preparó aquella receta culinaria de su hermano que tanto le había gustado. Una vez coronada la copa helada con sal y vertido el vino, se acercó a la nevera y sacó la bolsa. “Grupo sanguíneo O. Magnífico”, susurró conforme la sangre se mezclaba con el vino.

La primera copa se la bebió de un trago, sin saborear; la segunda fue un deleite. Incluso aportó un poco más de vino y una pizca de sal para neutralizar un sabor algo amargo. Se sentó con la copa en la mano durante unos escasos minutos. Sus pensamientos ahondaban en las posibilidades de encontrar a Elizabeth antes que lo hiciera Moebius. Y miró la bolsa de plasma, que permanecía vacía sobre la mesa.

Una pequeña pegatina roja atrajo su atención. Notó una extraña sensación en el vientre que se aceleró vertiginosamente y se trasladó de inmediato a su corazón. Se irguió y miró la bolsa que antes había compartido con su hermano: la pegatina era verde. “Maldita sea”, dijo cayendo al suelo, mareada y con un ardor intenso en

todo su cuerpo. Tuvo arcadas y vomitó parte de la bebida. Tan solo pudo levantar la vista cuando notó un hálito mortal que se acercaba. La contraventana de la terraza se abrió y Moebius pasó a su interior, acompañado por Leyla, Gabrielle, Zoia e Izarne.

El vampiro avanzó firme por la habitación, dirigiéndose hacia su hermana.

—Parece que no te sienta muy bien el cóctel de crótalo diamantado, Atrox le llaman —dijo con su voz grave, de forma tétrica.

—¿Me has intoxicado con el veneno de una cascabel? —preguntó Sarima, entre arcadas y retortijones.

—Sí, ¿importa mucho la especie? Te he buscado una acorde a tu estatus mortal. Por fuerte que sea tu sistema inmune, por más que quieras regenerarte, sus enzimas te destruirán... poco a poco. Estás en mi poder, te lo advertí. Mañana te convertirás en polvo entre los viñedos que nunca debiste pisar. Espero que Elizabeth acuda a ti antes de que mueras. Tienes pinta de ser un buen reclamo. Será conmovedor. Las dos hermanas juntas en un último abrazo.

Moebius se agachó y, tomándola del pelo, la cargó sobre su ancha espalda. Avanzó hacia la terraza y se volvió sobre Leyla, Zoia, Gabrielle e Izarne.

—Pronto amanecerá. Id con cuidado... Tenéis que visitar a vuestra amiga. No quiero más convertidos. ¡Matadla! Leyla, asegúrate de que han aprendido—ordenó.

—Sí, como desees —susurró Leyla, estirando el mentón.

—Te llevaremos su corazón —afirmó Zoia, sonriendo, sin quitar la vista de Sarima, que emitía lastimeros gemidos, indefensa, sobre aquel poderoso ser.

Moebius asintió satisfecho y saltó al vacío, formando una neblina densa que ascendió por los aires, desapareciendo en la oscuridad de la noche. Poco más tarde, en el hospital, una sombra cayó sobre Mara, ocultando la luz de la luna que se filtraba por la ventana. A su lado, sus viejas amigas sonreían.

—Mara, despierta... Hemos venido a por ti, mi amor —le susurró Gabrielle.

Capítulo 18

VAMPIRAS DE SAN FRANCISCO

Los rayos de sol se filtraban por la cortina de la ventana y alumbraban la habitación. Clarisa DeLong levantó una mano y, con un pequeño gruñido, dobló la almohada para ocultar su cara de la molesta luz. Acto seguido, la retiró, abrió los ojos y se volvió rápidamente hacia el reloj: las diez de la mañana.

—¡Oh! ¡Qué tarde es! —se quejó y, con pereza, se acercó a la ventana, protegiendo sus hinchados ojos con la mano en la frente.

Hacía un día soleado, las calles de San Francisco bullían en su frenética actividad diaria. Sin pensarlo más, se aseó y, en unos minutos, estaba maquillándose las ojeras que tenía a causa del cansancio acumulado. Almorzó un sándwich y un kiwi y tomó su bolso dispuesta a salir la calle. Bajó los escalones con prisa y, de pronto, paró. Retrocedió observando el cielo con cara de paciencia bendita y volvió al interior de la vivienda. Tomó el diario del doctor Frank Merkel, miró hacia la ventana, cruzó las cortinas y lo introdujo en el bolso.

DeLong tenía que estar a las 09.00 h en el Hotel Union Square para recoger a Sarima, pero se le había hecho tarde.

—No contesta, señora. ¿Está segura de que pasó la noche aquí? —preguntó el recepcionista del hotel.

—Sí, sí. Déme la llave, quizás esté dormida. Tiene un sueño muy pesado. Yo la despertaré.

Revisando sus ojeras en el espejo del ascensor y dando un poco de color a sus pómulos, subió hasta el ático. El escueto timbre que sonó le advirtió que había llegado. Caminó hasta la puerta e introdujo la tarjeta. Luego, asomó su rostro por la puerta.

—¿Sarima?

El ático estaba vacío. Lo recorrió en silencio, con cara de preocupación, observando la puertaventana de la terraza abierta. El pequeño sillón estaba volcado y en el suelo, una mancha oscura, sanguinolenta, la asustó. Sacó su pequeña pistola y volvió la vista. Vio la botella de vino volcada y los cristales de la copa dispersos por el suelo. Levantó el arma hacia delante, con los brazos estirados, y salió al balcón. No vio nada extraño, pero una sensación amarga la embargó. Corrió hacia la salida, cerró con un portazo y bajó de nuevo hasta el recibidor.

—¡Tenga, que nadie entre en la habitación! —ordenó tajante mientras devolvía la llave en recepción.

Salió a la calle con el móvil posado en su oído, mirando hacia todos lados.

—¿Frederick? Sí, soy yo. Manda a tus hombres al ático de Sarima, algo ha ocurrido. Voy hacia el hospital.

En apenas unos minutos, tras un corto recorrido por las calles de la ciudad, sembrado de dudas y temores, la exagente llegó al hospital. Dejó el coche en la puerta de urgencias con la puerta abierta, y recorrió de forma apresurada el largo pasillo que la conducía a la habitación donde estaba ingresada Mara, esquivando a los internos que salían de sus habitaciones y al personal del hospital. Abrió la puerta y su rostro se encogió: la cama estaba vacía. Salió dando un portazo.

—Señora, ¿le ocurre algo? —le preguntó una enfermera alarmada.

—Mara, la chica que estaba internada, ¿dónde está? —preguntó DeLong, mostrándole su vieja identificación de agente federal.

—Se fue muy temprano, en el cambio de turno. No esperó el alta.

—¿Se marchó sola?

—No, vinieron tres amigas a buscarla.

—¿Tres amigas? —insistió DeLong, sorprendida.

—Sí, tres jóvenes de aspecto raro, de éstas modernas.

—¿Y la dejaron marchar?

—No, pero se fue igual. No esperó a nadie. Dijo que volvería mañana a por el parte médico y el alta.

La exagente asintió con la cabeza, todavía incrédula, recogiendo el cabello hacia atrás. Luego, se despidió y salió con prisa. De camino a su vehículo, dos celadores la apremiaron para que lo apartara de la puerta de urgencias.

—No puede ser —susurró, ignorando a los enfermeros.

Tomó el móvil y llamó a Frederick. Colgó y quedó pensativa, dudando de todo, y volvió a llamar.

—¿Agente especial Frederick? Sí, soy yo, la señora DeLong. Escuche, pensaré que estoy loca. Pero, ¿podría comprobar si los cuerpos de las víctimas del triple asesinato están en su sitio?

—No están —sonó de inmediato por el pequeño altavoz del teléfono.

—¿Cómo que no están? —preguntó DeLong, llevándose la mano a la frente y cerrando los ojos.

—Desaparecieron la misma noche que ingresaron en la morgue.

—¿Por qué no me lo dijo? —insistió, levantando la cabeza y subiéndose a su coche que aún permanecía en la puerta de urgencias con una puerta abierta.

—Pensaba hacerlo tras detener a esos asesinos —le aseguró Frederick, justificándose—. No creo que tenga que ver con el caso y no quería que este hecho pudiera distraer nuestra atención. Parece ser que no es la primera vez que ocurre: hay un ladrón de cadáveres en la ciudad.

—¿Cómo es posible?

—Yo me enteré cuando se me informó que no habían podido practicarles la autopsia porque habían desaparecido. La policía anda tras ese loco desde hace varios años. Créame, me quedé tan sorprendido como usted.

—¿Un ladrón de cuerpos? —preguntó DeLong mientras en su mente rondaba inconscientemente la posibilidad de que fueran vampiras. Luego, negó con la cabeza buscando borrar esa idea de su cabeza.

—Parece ser que, en cinco años, han desaparecido nueve cuerpos, más los de las tres jóvenes asesinadas. Llegaron a sospechar de varios estudiantes de medicina, de dos médicos y de un celador... ¡Venta de órganos! La verdad es que no tienen nada. Nadie reclama los cuerpos. Por lo que he podido ver, son de gente desconocida, mendigos o inmigrantes sin papeles... Excepto las tres muchachas.

DeLong levantó su vista y arrancó el vehículo. Sin palabras, permaneció con el móvil pegado al oído, esperando oír algo que la convenciera de que lo que estaba pensando no podía ser verdad.

—Por cierto, esta noche alguien ha disparado contra los cadáveres de las hermanas asesinadas en Viñedos y contra los dos niños que fueron degollados en esa hacienda. Una bala de fragmentación en el corazón y otra en el cerebro. Según el médico, ingresaron sin esos disparos. ¿Señora DeLong? —preguntó Frederick al no escuchar respuesta alguna.

—Sí, sí... Voy a casa de Mara, a ver si la encuentro —contestó perpleja.

—¿Cómo?

—No está en el hospital, se fue muy temprano.

—¿Con Sarima?

—No, vinieron tres amigas a buscarla.

—¿Sabe algo de Sarima?

—No. Le llamo mas tarde... Voy a buscarlas.

DeLong cerró el móvil y aceleró. Cruzó la ciudad hasta llegar a las afueras, al barrio donde vivía Mara, y aparcó frente a su "club". Pero allí no había nadie.

—¡Sarima! ¡Mara! —las llamó inútilmente. Todo permanecía como quedó aquella trágica noche, excepto el armario: estaba abierto y su ropa dispersa. Sin pensarlo más, salió de la vivienda y se dirigió al vehículo.

En la hacienda del doctor Merkel, Tracy galopaba sobre Ciclón, su brioso caballo blanco, recorriendo una senda entre viñedos. Patrick la acompañaba, seguía su trote

a un metro de distancia, contemplaba a la joven disfrutar sobre su montura mientras notaba que su atracción por ella aumentaba con cada sonrisa que le dedicaba.

—Perdona, anoche estaba algo confusa... Tenía miedo; no quise molestarte.

—No, no tienes que disculparte. Yo lo deseaba tanto como tú. Me gustó mucho sentirte en mis brazos; de verdad, deseé besarte y no quería dejarte escapar —contestó Patrick.

Tracy se ruborizó y notó su cuerpo acelerarse.

—Pero mejor así, que no pasara nada. Estoy algo confuso, no sé lo que siento en mi interior. Perdóname si te ofendí en algo —insistió él.

—No, no es nada. Creí que sentías algo más por mí —sonrió ella, dejándose querer.

Patrick la observó: estaba bellísima vestida de amazona, con aquellas botas de montar, los pantalones vaqueros ajustados y esa camisa blanca, entreabierta, que mostraba el nacimiento de sus senos y parte de su sujetador. Ella le sonrió pícaro, percatándose de aquella mirada de deseo y aceleró su galope hacia la hacienda. Patrick apretó los dientes con un torpe murmullo y la siguió.

—¡Agente Morgan! —le llamó uno de los agentes federales al verle acercarse hacia la mansión.

—¿Sí? —le contestó, aproximándose al trote hasta él.

—La señora DeLong llamó preguntando si Sarima y Mara estaban aquí.

Patrick sintió caerle el mundo encima. Sabía con total certeza lo que aquellas palabras significaban: habían desaparecido.

—¿Dejó algún mensaje?

—No.

Descabalgó y corrió hacia su habitación, tomó el móvil y vio ocho llamadas perdidas, todas de su compañera. Nervioso, tecleó su número mientras Tracy aparecía por la puerta.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

—Creo que Sarima ha desaparecido... y Mara, también.

Tracy vio la cara descompuesta de Patrick, su desmesurado interés y el temor que le inundaba: estaba realmente preocupado por Sarima. Alzó su mentón y apretó los labios, celosa, molesta.

—¿Clarisa? Sí, perdona; estaba en los viñedos. Sí, Tracy está bien; está a mi lado. Dime, ¿qué ha pasado?

—Sarima y Mara han desaparecido. Creo que las han raptado o algo peor. Voy a reunirme contigo. Si no me equivoco, no deben de andar lejos del Cortijo de Las Auroras.

—Voy para allá —aseguró el agente, decidido.

—No, Frederick va en camino también. Nos veremos todos en media hora. Esperanos... No hagas ninguna tontería.

—No sabes lo que me pides.

—Morgan, sé lo que sientes por esa joven.... Lo siento. Pero debes esperarnos

o empeorarás las cosas. No dejes sola a Tracy.

Patrick colgó y observó el techo de la habitación, con el rostro serio, y se fijó en Tracy. Su mirada se clavaba en él, buscando una respuesta.

—¿Puedes llevarme a Las Auroras? —le preguntó él, mientras recogía su Colt y lo guardaba en la funda.

El sol se alzaba sobre los extensos viñedos en el Cortijo de Las Auroras. Una pequeña casa de aperos daba sombra a dos guardias de seguridad. Vestidos con elegantes trajes, estaban sentados en unas viejas sillas de anea. Uno de ellos se distraía con un periódico deportivo de hacía varios días; el otro mantenía fija su mirada en Sarima que agonizaba sentada en un claro, atada con una gruesa cadena de acero a un enorme tocón, a pleno sol, tumbada hacia arriba.

—¿Crees que aguantará mucho? —preguntó uno de ellos, restregándose la mano por la incipiente barba.

—No, no creo —contestó el otro, alzando la mirada de una forma furtiva sobre el periódico.

Sarima se mantenía estoica, tragando saliva entre pequeños hipitos. Sus entrañas le ardían, el veneno del crótalo desmenuzaba sus células, su sangre moría. Cualquier humano hubiera muerto ya. Ella luchaba con todas sus fuerzas por regenerar sus heridas. Sin embargo, su cuerpo comenzaba a ceder. Bañada en sudor, hacía rechinar los dientes con cada sacudida que daba su dolorido cuerpo. Su piel, enrojecida por el sol, parecía querer arder en cualquier momento y unas ampollas sanguinolentas empezaban a surgir. Sabía lo que pasaría si cedía en su lucha por vivir: su cuerpo se convertiría en cenizas sobre aquella cepa y, luego, cuando el sol bajara, cazarían a Elizabeth. Su hálito agónico debía estar haciéndola retorcerse en cualquier lugar que se escondiera e iría a buscarla en cuanto atardeciera. Moebius estaría esperándola y pensó: “No, no lo permitiré”.

—El jefe dijo que era posible que aguantara hasta que él regresara, que no le perdiéramos ni un segundo de vista.

—¿Cuándo vuelve?

—Al caer el sol.

—No aguantará, morirá de una insolación. ¿Quién puede aguantar?

—¿Sabes si vendrán a relevarnos?

—No, parece ser que estos días haremos algunas horas extras.

—Pues vigíla tú, que voy al servicio. Ya no puedo más con estos retortijones.

—¿Al servicio?

—Ahí, detrás del árbol...

La agonía de Sarima parecía llegar a su fin. No podía abrir los ojos, que, empapados de sudor y sal, le escocían como si le aplicaran hierro candente cada vez que el sol se reflejaba en sus pupilas. Por primera vez en su vida, se sintió vencida.

Apenas habían pasado unos minutos cuando el guardia resguardado a la sombra

de la caseta notó una presencia tras él.

—¿Ya estás aquí? Sí que has sido rápido.

—¿Dónde está tu compañero? —escuchó una voz seria de mujer.

Con un sobresalto, se giró. Tras él estaban Zoia, Izarne, Gabrielle y Mara. El aspecto frío y tétrico de las jóvenes le asustó, haciéndolo levantarse.

—¡Moebius dijo que no les quitarais el ojo de encima a esa zorra! ¿Es que no quedó claro? —exclamó Zoia, con furia.

—Ahora viene, ha ido a... a cagar. Enseguida vendrá —contestó con apuro, señalando a un grupo de árboles. El guarda sabía que los sicarios de su jefe, gente extraña, pálida, eran de temer, asesinos profesionales dispuestos a todo y sin miedo a nada.

Mara sonrió despectivamente y, mirándolo, castañeo finamente su dentadura. Se dirigió hacia Sarima, sonriendo, con los dedos de las manos abriéndolos y cerrándolos.

—Voy a ver si esa puta aún aguanta —apuntó con firmeza.

El guarda asintió, sin dejar de mirar sus provocadoras curvas, enfundadas en cuero negro y una camisa-corsé, de verticales líneas violetas, que se cerraba sobre sus pechos.

Al oírla, Sarima ladeó un poco la cabeza. Apenas podía moverse. Pero logró entreabrir los ojos y la vio acercarse fría, distante, con la cabeza inclinada un poco hacia la derecha y una sonrisa cínica.

—He fracasado —susurró Sarima, con pena.

Mara la rodeó, posó la mano en su mejilla y la sintió hervir. Extrajo con sutileza, de entre sus pechos, una jeringuilla con la aguja, le quitó el plástico protector e inyectó un líquido en su azulada vena, que parecía a punto de estallar con cada latido. Estiró la mano y soltó la jeringuilla, volviendo a posar su vista sobre sus ojos.

Gabrielle se volvió y se dirigió junto a Zoia hacia la arboleda.

—No has fracasado —dijo Mara con una sonrisa cómplice.

—¿Qué le ha inyectado, más veneno? ¿Un calmante para que resista? —preguntó el guarda a Izarne, al verla cerca de él.

Izarne le miró arqueando una ceja y entreabriendo sus labios.

—Es un suero contra el veneno del crótalo de diamante, Atrox le llaman —le contestó.

El guarda la miró sin entender y, de pronto, temblaron sus piernas al sentir una punzada en el estómago. Una estrecha daga le atravesaba el vientre. Aquella joven giraba la hoja con saña hacia la derecha hasta desventrarlo. El guarda cayó doblado al suelo e Izarne tomó su arma y le disparó en el cráneo, por dos veces. Luego sacó de su cinto unas llaves y corrió junto a Mara y Sarima.

En ese mismo momento, un grito desesperado se escuchó tras la arboleda. Rápidamente, cubriéndose del sol entre pequeños gemidos, Izarne se abalanzó sobre el candado que cerraba la cadenas y lo abrió. Con ayuda de Mara, llevaron a la sombra rápidamente a Sarima. Gabrielle y Zoia regresaban con el cuerpo del otro guarda,

atravesado por dos estiletos: uno en el cuello y otro en el pecho.

—¡Rápido, aliméntate! —exclamó Mara, acercando las heridas de aquellos hombres a su rostro.

Sarima empezó a libar despacio, en la sombra de la pequeña caseta de aperos, mientras sus ojos recorrían sin parar los rostros satisfechos de sus amigas. La sangre comenzó a llenar su boca y a descender por la garganta, inundando su cuerpo a la vez que el antídoto hacía su efecto. Con cada segundo, sentía su vida renacer y acabó por morder con fuerza y succionar con avidez aquella espesa y cálida sangre. Las cuatro amigas la miraban con deseo contenido, alegrando sus rostros. Sarima levantó de nuevo la vista sobre Mara y luego sobre las demás, sin dejar de beber. Consumido un cuerpo, se lanzó a por el otro.

Satisfecha, todavía muy dolorida y débil, Sarima se incorporó y se puso en pie. Estiró los brazos al aire, gritó con fuerza arqueando el cuerpo hacia atrás y fijó sus ojos de nuevo en ellas.

—Te debíamos una —aseguró Gabrielle, encogiendo los hombros.

—Somos amigas, ¿no? ¿Pues qué esperabas que hiciéramos? ¿Dejarte morir? —preguntó Zoia.

—Ese tipo engominado se creía que iba a mandarnos, a nosotras... Pues sí, ignorante. ¿En qué siglo se cree que vive? —preguntó Izarne, sonriendo y apuntando con aquel arma al cráneo del otro guarda, sobre el que disparó dos veces.

Sarima quedó en silencio, tras escucharlas, y levantó su mirada hacia los ojos nublados de Mara.

—Tenías razón, volvieron a por mí al hospital. Pero no buscaban mi sangre, sino un antídoto para la picadura del crótalo. Me contaron lo ocurrido y me dijeron dónde podríamos encontrarte... Casi no llegamos —le dijo sollozando.

Sarima la abrazó con fuerza, sin acabar de comprender: nadie había hecho jamás algo similar por ella. Notó su corazón estremecerse con una sensación desconocida, humana, que la hizo temblar, y una lágrima azulada recorrió su mejilla.

—Vamos, debes reponerte. Te curaremos esas heridas —aseguró Izarne.

—Cuando anochezca, Moebius nos buscará cabreado. Debemos escondernos en un lugar seguro, donde no te encuentre, hasta que te repongas por completo. Luego, nos marcharemos a tu castillo, a Europa. Allí estaremos a salvo —apuntó Gabrielle.

—Sal de ahí, puedo percibir tu hálito..., tu aroma... —dijo de pronto Sarima, dando un paso al frente, dejando atrás a sus amigas.

Apoyando su estilizado cuerpo en el marco de la puerta de la caseta de aperos, apareció Leyla con su Desert Eagle en la mano. Sus ojos, clavados en Sarima, brillaban intensamente verdes. Sin salir de la sombra, y golpeándose levemente el muslo con aquella terrible arma, se acercó radiante ante la pasividad de las demás vampiras. Le acarició el cabello lacio y sus mejillas quemadas, y le pasó el pulgar por debajo del ojo derecho, limpiando una lágrima. Luego se volvió sin decir una palabra y se alejó.

—¿Leyla? —susurró Sarima.

No obtuvo respuesta.

—Vamos, tenemos un trecho por delante —apuntó Zoia, cubriéndole el rostro con una tela. Luego la envolvió con una capa oscura y la ayudó a caminar pasando su brazo por detrás del cuello, cargando con ella.

Sarima se dejó ayudar. Penetró en un vehículo de cristales tintados y se recostó en el asiento con un pequeño gemido. Mara condujo tan rápido como pudo, alejándolas de allí, dejando tras ellas el polvoriento aire, dos cadáveres desangrados, con dos balas cada uno en el cerebro, una jeringuilla vacía y aquellas cadenas de acero sobre la cepa.

Saciada su hambre, el dolorido cuerpo de Sarima encontró descanso en la oscuridad reconfortante del asiento. Pero no así su mente. Leyla la había permitido escapar de una muerte atroz. “¿Por qué?”, se preguntaba. La recordó en el lecho de la cabaña de la vieja Europa, hacía tanto, oculta en los bosques de cedros gigantes, amándose, notando la calidez y humedad de su cuerpo empapado en el delicioso sudor del amor. Sus manos acariciaban cada rincón de su estilizado cuerpo mientras deslizaba los labios por sus pequeños senos, tan hermosos y suaves, y mordía sus rosados pezones, tan duros como una piedra y tan deliciosos como la ambrosía.

El odio se apoderó del alma de Leyla aquel día oscuro en que la desdicha quiso que así fuera. Un apuesto y desconocido labriego merodeaba la cabaña del bosque donde vivían, tratando de ponerse a salvo de la lluvia que comenzaba a arreciar. Sarima le ofreció hospitalidad junto a la hoguera, un plato de caldo caliente y ropa seca. Estaba sola y hacía días que no se había alimentado. Cada latido del muchacho llegaba hasta el fondo de su alma cazadora: la presa había entrado en la guarida del lobo sin darse cuenta y sonreía ajena a su destino. Era joven, corpulento y hermoso: una tentación demasiado fuerte para una vampira que no esperó a que terminara de desnudarse. Sin dirigir una palabra, acarició su pecho y siguió la senda marcada por unos trenzados y cortos pelos hasta llegar a su cuello. Palmó con su pulgar los latidos de la yugular a medida que lamía y sus colmillos penetraron en la carne hasta que la sangre recorrió su pecho. Él la abrazó con fuerza, estremecido y envuelto en un sopor plácido que lo alejó de la realidad mientras notaba cómo aquella desconocida lo tumbaba hacía atrás y se sentaba sobre él. Gimiendo y rozando su cuerpo lascivo, acariciando cada rincón de su ser, de su alma; la amó hasta que tembló con el aliento de la joven en la cara, perdiendo el sentido, envuelto en un embriagador aroma de jazmín y lujuria calmada.

Entonces fue cuando la puerta se abrió de golpe. Aquella escena quedó para siempre grabada en la memoria de Sarima a pesar del paso de los siglos: Leyla entró con una sonrisa que se esfumó rápidamente.

—¡No!

—¿Qué...? ¡Leyla! ¡Mi amor! ¡Ven, aliméntate! Mira qué hermosa criatura vino a mí buscando refugio de la lluvia. Aún hay sangre para ti en sus venas. Ven...

Sarima sabía que Leyla gozaba del calor de un apuesto joven de las aldeas del sur, donde grandes extensiones de olivos ocupaban montañas enteras. Le había hablado en numerosas ocasiones de él. Lo amaba y eso ella no podía entenderlo. ¿Amar a un humano? Lujuria, sí. Pero amor... Lo que nunca pudo imaginar es que aquel joven labriego con el que había gozado hasta quedar saciada, que aquel desconocido al que le había arrancado la vida libando cada gota vital de su frágil existencia, fuera el amor tan deseado de su amada Leyla.

—¿Qué has hecho? ¿Lo has matado? ¿Por qué? Yo le amaba...

—¿Yo? No. Sí, pero... ¿Qué? —tartamudeó ante Leyla.

—Te odio, lo has planeado todo para matarlo. Sé que no aceptabas mi amor por él... Te mataré... ¡Te mataré! —gritó Leyla saltando sobre Sarima.

Recordó cómo la sujetó con fuerza, cómo cruzó su mirada atónita con la de ella, al tiempo que las azuladas lágrimas brotaban de sus ojos, y cómo estos se tornaban de un color violeta intenso como nunca había visto. Miró al joven labriego que yacía sin vida y comprendió: ese hombre era el amor del que ella tanto le hablaba.

—¡Solo es un humano! ¿No comprendes? Yo no... —dijo empujándola contra la pared.

Sarima no pudo terminar la frase. Leyla dio un tremendo portazo y salió de la cabaña. Corrió tras ella sin encontrarla. El agua de lluvia bañó su rostro y acompañó sus llamadas. Pero el hálito de Leyla había desaparecido. Nunca más volvió a saber de ella. Moebius le insinuó que había salido hacia el oeste. Por lo que había oído, quería llegar a España y tomar un barco hacia las Américas. Nunca pensó que lo lograría sola y siempre la añoró. Y ahora estaba aquí, de nuevo..., tan hermosa.

Capítulo 19

LOS SEÑORES DE LA NOCHE

—¿Dónde pueden ocultar a Sarima? —preguntó el agente Patrick Morgan, tras un muro de piedra y hiedra; mirando hacia la mansión del Cortijo de Las Auroras. Preocupado por Sarima y desobedeciendo las indicaciones de Clarisa DeLong, había decidido ir en su búsqueda, acompañado por Tracy, concedora del peligroso terreno en que se movían.

—No lo sé, la casa es muy grande y tiene muchos cuartos. Pero yo diría que en el sótano, quizás; está situado en la parte de atrás —le contestó Tracy, descabalgando y corriendo a su lado.

—¿Podemos llegar hasta allí sin que nadie nos vea?

—Sí, será mejor rodear las caballerizas. Logan tiene un capataz muy duro y no quisiera encontrarme con él. A estas horas estará en la hacienda. Podemos esperar a que oscurezca un poco. Así no podremos entrar en la casa ni llegar hasta el sótano sin que nos descubran.

Patrick asintió con la cabeza y se dedicó a seguirla entre los viñedos, volteando la hacienda junto al muro, hasta llegar a las cuadras. Al entrar, provocaron los resoplidos de los caballos. Tracy los calmó acariciando sus quijadas. Con cuidado, subieron a un techo de acomodados, lleno de paja, desde el que se podía apreciar la zona posterior de la casa de la hacienda, junto a la cual estaba la entrada del sótano y una mecedora. Allí, una mujer armada dormitaba a la sombra y dos hombres paseaban, de guardia, con fusiles automáticos en sus manos.

—¿Quiénes son esos hombres trajeados? —preguntó Patrick.

—No lo sé, nunca los había visto —le respondió Tracy, un tanto sorprendida por la vigilancia—. Debe de ser la gente que han contratado para acabar con Sarima.

Por unos momentos miraron en silencio, escudriñando la zona. Luego, ambos

se quedaron con la mirada perdida al frente. La vista de aquel paisaje rural, con los viñedos en un primer plano y la frondosa arboleda tras éstos, resultaba espectacular con los tonos vivos del atardecer.

Patrick volvió su vista hacia ella. El cabello rubio de la joven caía como una cascada sobre la escotada camisa blanca. Tumbada a su lado, con el reflejo del sol y aquella fragancia que le debilitaba, sentía cómo el deseo se apoderaba de él.

—Me gustaría que, si algún día me encuentro en peligro, te molestaras tanto por mí como lo haces por ella —aseguró Tracy, sin desviar la mirada.

—Lo haría —aseguró Patrick, acariciándole el cabello dulcemente.

—¿Es por tu trabajo?

—Lo haría por ti, no por mi trabajo.

—Déjalo, ya no soy una niña.

Patrick calló, contrariado, y miró hacia el sótano.

El motor de varios vehículos llamó de pronto la atención de ambos: eran Clarisa DeLong, O'Connors y los agentes federales. Aquellos dos hombres y la mujer salieron corriendo, dirigiéndose hacia las puertas de la hacienda.

—¡Ahora es el momento! —exclamó Patrick.

En la entrada principal, los guardas de seguridad de Moebius impidieron la entrada de los agentes. Logan se acercó, desafiante y extrañado.

—¿Qué buscan ustedes aquí?

—La viuda de Merkel ha desaparecido. Nos preguntábamos si usted sabe algo de ello —le contestó O'Connors mientras le mostraba su credencial.

—¿Yo? ¿Por qué he de saber algo de esa bruja? —respondió Logan, encogiendo los hombros y frunciendo el entrecejo.

—¿Le importa si damos un vistazo por sus tierras?

—¿Traen una orden?

—No... ¿Tiene algo que ocultar?

—Si no tienen una orden, pierden el tiempo aquí. Tengo invitados y no quiero que los molesten ni que se lleven una mala impresión de mi hacienda —respondió Logan, mostrándose preocupado por su imagen e indiferente por la suerte de la desaparecida.

—¿Moebius? —preguntó DeLong.

—Sí, exacto.

Mientras, Patrick y Tracy se habían deslizado hasta el sótano. Era grande y espacioso, pero allí no se encontraba Sarima. Entre aperos y sacos de abono, el agente buscó algo que le ayudara. La joven lo observaba, le deseaba y una terrible angustia la inundó, cegando su mente. “Está enamorado de ella”, pensó y deseó hacerle daño. Luego, emitió un leve suspiro y quiso llorar. Se volvió y subió las escaleras corriendo, no quería que Patrick pudiera ver sus lágrimas. Al salir al exterior, la luz inundó su rostro y, llevándose las manos al pelo y a la cara, lloró celosa al sentirse despreciada por el hombre al que amaba.

—¡Señorita Tracy! ¿Qué hace usted aquí? —preguntó Joaquín, el capataz, acercándose a ella, con la escopeta en el hombro sujeta por la correa y cinco perdices en su cinto.

—Yo... yo... —murmuró entre hipitos y sollozos.

Joaquín observó la puerta del sótano, abierta. Dentro había luz.

—Me ha pegado y me ha hecho traerlo hasta aquí; es ese hombre..., el agente judicial.

El capataz se irguió serio, se armó, se acercó a la puerta y la miró con ojos desconfiados.

—¿La ha tocado? —le preguntó.

—Ha querido violentarme, está abajo —insistió cubriéndose la cara.

Joaquín apretó los dientes murmurando una blasfemia, revisó la carga de la escopeta y comenzó a bajar por los escalones. Ella lo miró temerosa. “¿Qué he hecho?”, se preguntó recobrando la cordura.

Patrick subía los escalones y, de pronto, el seco estallido de un disparo le ensordeció. Pudo ver el rostro del capataz que apuntaba hacia él antes de caer con una herida en el hombro que le inmovilizaba todo el brazo. El sonido alarmó a DeLong, a los agentes federales y a Logan; todos volvieron la mirada de inmediato hacia la hacienda.

—Eso es un disparo, vamos a entrar —aseguró la exagente.

—Aquí no entra nadie sin una orden de registro. Ese es el sonido de la escopeta de mi capataz: está cazando perdices —aseguró Logan de forma soberbia, posando su mano en la verja de la puerta.

Los guardas de seguridad se plantaron ante los agentes, en la línea de la puerta.

—No pueden entrar, lo saben... Es ilegal —dijo uno de ellos, desafiante.

—Veo que tienen buenas armas, supongo que estarán legalizadas.

—Somos de la empresa “Security for People”. Conozco mis derechos y mis obligaciones. Esto es una propiedad privada. Si no tienen una orden de registro, váyanse.

La agente O’Connors se dirigió a DeLong, en voz baja, con la intención de alejarla de la puerta y de aquellos hombres.

—Esa empresa está ligada a Defensa. Son conocidos como “Los Señores de la Noche”. La mayoría de ellos son mercenarios reciclados en escoltas y seguridad privada. Auténticos profesionales. Realizan trabajos para la CIA y otras instituciones en países “difíciles”. Si están aquí, es porque se esconde algo muy gordo o les pagan mucho dinero.

—No los conocía —apuntó DeLong, mirándolos de reojo.

—Yo solo sabía que existían por los comentarios del capitán Frederick. Nunca los había visto, creía que eran una leyenda.

—Demasiadas leyendas se hacen realidad —apuntó DeLong—. ¿Dónde estarán Tracy y Patrick? Se retrasan, espero que no hayan hecho ninguna tontería.

En el sótano de la mansión, Joaquín observaba con tranquilidad cómo Patrick trataba de ponerse en pie. De nuevo, levantó la escopeta y le apuntó al pecho con una mueca de desprecio.

—Estás muerto, payaso urbanita —le susurró mientras deslizaba su dedo por el gatillo.

El agente tragó saliva y alzó su arma. En ese momento, Tracy se abalanzó sobre el capataz, haciéndolo rodar. El arma se disparó conforme caía y Patrick también apretó el gatillo. La bala del agente atravesó el cráneo del capataz, que cayó fulminado, mientras los perdigones se estrellaron contra el techo.

DeLong alzó de nuevo su vista y O'Connors desenfundó su arma.

—Ese es el sonido de una Colt Government .45 ¿Qué está pasando ahí?

Se produjo un momento de tensión, los agentes se acercaron, con las pistolas en las manos, y los guardas levantaron sus armas.

—Es Joaquín, que está cazando —insistió Logan, inquieto, deseoso por saber qué ocurría detrás de la hacienda.

Moebius abrió sus ojos en la oscuridad de la bodega y se incorporó inmediatamente. “Disparos. Ya son tres”, murmuró. Miró a su alrededor y pudo ver cómo sus criaturas de la noche se levantaban. Todas excepto sus tres últimas adquisiciones, que no estaban. Pensativo, pasó sus blancos colmillos sobre el labio inferior, se relamió y se dirigió a la nevera. Tomó una bolsa de plasma y se la lanzó a Leyla, que dormía cerca de él en un estrecho pero cómodo camastro. La cual, abriendo sus portentosas fauces de colmillos afilados como dagas bostezó, con un alargado gruñido.

—¿Dónde están? —preguntó Moebius.

Leyla se alzó y miró los lechos de las amigas de Sarima, vacíos.

—Te dije que no era buena idea. Debiste ignorarlas en su muerte —apuntó ella.

Moebius la miró inquisitivo, por unos largos instantes que la hicieron estremecerse.

—Eran tu responsabilidad, hablaremos luego. Ahora ve a ver qué ocurre. El sol debe haber bajado ya lo suficiente... Solo a ver —le ordenó. Luego, se hizo con otra bolsa, la abrió con un corte de su uña y bebió hasta agotarla por completo, viendo cómo los demás le seguían.

En ese momento, el vehículo de Frederick llegó acompañado por dos furgonetas de cristales ahumados. Salió rápido, con una orden de registro en la mano. Los guardas de seguridad bajaron las armas y uno de ellos corrió hacia la bodega, casi tropezando con Leyla.

—¿Qué ocurre?

—El FBI está aquí con una orden de registro —le informó.

—¿Los disparos?

—No lo sabemos, creíamos que era ese viejo capataz, cazando... Pero hemos oído el disparo de una automática detrás de la hacienda.

En apenas unos segundos, Logan, los guardas y los federales se encontraban bajando las escaleras del sótano. Joaquín yacía muerto en los escalones y la escopeta, con los dos cañones humeantes, estaba en el suelo. No había nadie más.

—¡Joaquín! ¡Dios mío! ¡Me lo han matado! —exclamó Logan.

El registro duraría hasta bien entrada la noche, sin hallar nada. Los agentes federales se retiraron del Cortijo de Las Auroras de vacío, increpados constantemente por Logan, desquiciado por la muerte de su capataz y consolado por Moebius, que precavido y galante supo apoyarle sin desmerecer la autoridad del FBI.

—Va a ser una noche muy larga —apuntó DeLong, tomando una infusión aromática, sentada en la terraza de la hacienda del doctor Merkel y acompañada por la agente especial O'Connors.

Frederick subía por los escalones, visiblemente preocupado.

—¿Cómo está Morgan? —preguntó, sentándose con ellas.

—Ha tenido suerte —contestó DeLong, preocupada.

—Parecen unas heridas limpias y, aunque no creo que tenga complicaciones, deberían verlo con urgencia en la ciudad. Creo que algunos perdigones pueden traerle problemas —afirmó O'Connors.

—Se niega a ir a San Francisco. Tracy cuida de él —aseguró DeLong.

En Viñedos, la noticia corrió rápido. La tensión rebrotó y muchos vecinos fueron al bar de Jacinto en busca de más información sobre lo ocurrido. El ambiente estaba cargado tanto en aquella hacienda como en Las Auroras. A la muerte del capataz, se había sumando la de los dos guardas de seguridad que habían encontrado junto al tocón. Había opiniones para todos y nadie sabía ciertamente qué había ocurrido. Cada uno escondía su verdad para no delatar su mentira. El alcalde Rivas apuraba su penúltima copa en compañía de Celestino, Thomas y Jacinto.

—Esos monstruos se están cebando en nosotros —apuntó Jacinto, volviendo a llenar las copas.

—Espero que esos tipos los encuentren pronto y acaben con ellos —expuso el alcalde Rivas.

—Ahora que han matado a dos de ellos se lo tomarán más en serio —afirmó Jacinto, recordando la sonrisa burlona de Moebius en aquella reunión.

—¡Matías! ¡Mi hijita! —susurró lastimosamente Thomas, hundiendo su cabeza entre las manos.

Por un momento, se hizo el silencio y se limitaron a beber sus copas.

—¡Son dos demonios salidos de sus tumbas! ¡Venganza? ¡Buscan sangre! —espetó el alcalde Rivas. Acto seguido se irguió serio, se sirvió otra copa, la bebió de un trago y dio un golpe con ella en la mesa.

En el Cortijo de Las Auroras, avanzada la noche, Moebius observaba el tocón donde había atado a Sarima. Recogió la jeringuilla vacía del suelo y la olfateó.

Luego anduvo hacia la caseta de aperos, donde habían encontrado a sus hombre abatidos.

—Parece que ese vampiro, además de morder sabe disparar también con una automática. Ha matado a dos de mis hombres y a su capataz —apuntó Moebius, y fijó su mirada en Logan, que le había acompañado hasta allí.

—Es posible que se escondiera en el sótano. Desde luego, a nadie se le ocurriría buscarlo allí. Sus hombres no debieron alejarse tanto de la hacienda. Lo siento.

—Sí, es posible —asintió Moebius, con tono relajado y los ojos encendidos, pensando en Sarima—. Quizás hemos subestimado a ese asesino... o ha tenido suerte. En unos momentos, mis hombres y yo saldremos a buscarle. Le traeré su cabeza para que la cuelgue junto a sus trofeos.

—Quisiera acompañarles.

—No, es preferible que no. Trabajamos mejor solos. Además, usted debe quedarse en la hacienda para evitar molestias legales. Y, por si ese monstruo se acercara aquí, le dejaré a dos de mis mejores hombres.

Una estrella fugaz pasó por encima de la mansión, en la hacienda del doctor Merkel.

—¿Has visto? —preguntó O'Connors.

—Sí —contestó DeLong.

—¿Has pedido un deseo?

—Sí... y te lo diré, pues no creo que se cumpla: que ese hombre, Joaquín, sea la última víctima de este macabro caso. Estoy volviéndome loca.

—¿Crees que habrá más muertes?

—Sí, no lo dudo. Solo faltaban esos mercenarios y el agente Morgan disparando al capataz. Además, Sarima y su amiga desaparecida... Atraparemos a Logan y a Rivas, aunque a ese asesino me temo que no lo pillaremos.

Tras una pequeña visita al agente Patrick, Frederick salió de la casa en ese momento con un gesto evidente de contrariedad.

—Ya veremos cómo explicamos la muerte de ese capataz —dijo Frederick apuntando a las dos mujeres—. Morgan y Tracy aseguran que fue en defensa propia. Por lo menos, en las declaraciones de los demás agentes se indican que primero se escuchó el disparo de la escopeta. Ellos aseguran que no tienen nada que ver con los dos guardas asesinados, y es posible: los ha matado un salvaje que los desangró y luego les disparó a bocajarro. Esto cada vez se complica más... y más.

—Yo le creo. Ese capataz le disparó por dos veces antes de que él se defendiera y balística dirá sí tiene algo que ver con la muerte de los hombres de Moebius —afirmó DeLong.

—Sí, pero ¿qué hacía allí? —preguntó Frederick.

—Pensaba que tenían secuestrada a Sarima. Le dijimos que se quedara aquí.

—Pues no estaba.

—Quizás no la hemos encontrado.

—¡Por Dios! ¡A saber dónde está esa mujer! ¡Es joven, guapa y rica! ¿Qué pretenden? ¿Que se quede encerrada en la habitación del hotel? Es una excéntrica millonaria, hace lo que quiere.

—No creo... —intentó hablar DeLong, sintiéndose en parte culpable de lo ocurrido con Patrick.

—Señora DeLong, en su informe deja muy claro su perfil. Igual puede estar en Bahamas y aparecer en unos días. Y esa Mara, en el hospital me han asegurado que salió por su propio pie, riendo con unas amigas. ¿Cuál es el problema? Creo que nos desviamos del caso, nuestro asesino está aquí y no anda muy lejos.

—Es posible que no quiera saber nada de este turbio asunto. No parece una joven muy dispuesta a colaborar —apuntó O'Connors, acercando posturas con su capitán.

—El ático de Sarima estaba... ¡Algo había ocurrido! Uno: nadie se marcha sin cancelar la habitación. Dos: había alguien con ella y todo indica a una violenta situación.

—Es posible que sí... Pero las habitaciones de estos hoteles a veces quedan así, sin cancelar y como si hubiera habido una batalla campal en ellas, y no es necesario que sean ricos caprichosos —expuso Frederick.

—Sarima no es así, no... No la conocéis —respondió DeLong.

—¿Y usted, señora DeLong, la conoce? —preguntó Frederick, apretando la mano contra la nuca.

—Me temo que estoy empezando a conocerla demasiado. Sí, eso creo. ¿No le parece extraño una mancha de vino, sangre y veneno de crótalo en el suelo?

—Sí, desde luego ahí tiene razón —dijo Frederick, recapitando sus propias palabras—. En el laboratorio indican que en la base de la copa hallaron también lo mismo.

—¿Sarima se bebió un vaso de sangre con vino y veneno de cascabel? —preguntó O'Connors, incrédula.

—Eso exactamente es lo que creo que ha pasado —aseguró DeLong.

En la habitación de Patrick, la joven Tracy permanecía a su lado, angustiada, limpiándole el sudor de la frente, acariciando sus manos.

—¿Estás mejor? —le preguntó con una tierna mirada.

—Sí, sí... Nuestro equipo médico de urgencias me han atendido muy bien. Y, sin duda, no podría tener mejor enfermera —le contestó él, incorporándose un poco y posando la mano en la sonrojada mejilla de la joven—. Es tarde, tendrías que descansar.

—No, quiero estar aquí, a tu lado. Esa hombre podría haberte matado y hubiera sido culpa mía —contestó, tomando su mano y besándola.

—No fue culpa tuya, ese hombre nos sorprendió.

Tracy tragó saliva, agachó la mirada y pensó en contarle lo ocurrido: ella, en su ira, consumida por los celos, había enviado a Joaquín a por él.

—¿Qué será de Sarima? ¿Crees que es posible que se marchara sin decir nada?
—preguntó Patrick, recostándose y cambiando de tema.

—Soy yo la que está aquí cuidando de ti —dijo con cierto tono de despecho, olvidando sincerarse con él ni contarle nada.

—No creo que se marchara así, por las buenas.

—Antes nos mataría —murmuró Tracy.

Patrick sonrió y volvió a tumbarse.

—¿Por qué tendría que matarnos?

Tracy se inclinó sobre él, posando la mano en su pecho y, luego, deslizó sus labios sobre los de él.

—Porque te quiero...

En ese momento, DeLong entró en la habitación, dando un toque a la puerta y sin esperar respuesta. Tracy se retiró con un mal disimulado gesto y Patrick sonrió.

—Voy a descansar. Me quedo en una de las habitaciones de invitados; la primera. Si necesitas algo, llámame... Aunque ya veo que estás bien atendido.

—Gracias, no te preocupes. Si hay alguna noticia sobre Sarima, ¿me avisarás?
—le preguntó Patrick.

—Sí, descuida. Buenas noches.

La exagente se despidió de Tracy y salió, dejando la puerta abierta. Aún no había llegado a su habitación, al final del pasillo, cuando escuchó cómo se cerraba. Miró un tanto perpleja hacia atrás, alzó las cejas y movió los labios con un gesto expresivo de sorpresa. Entró en la habitación y, fiel a su rutina, sacó de la pequeña maleta que llevaba un pijama azul y dos kiwis; y de su bolso, el diario del doctor Frank Merkel, con el que empezaba a estar obsesionada.

Abrió la ventana para que entrara el aire fresco. Al permanecer tanto tiempo desocupada, la habitación mantenía un característico olor a madera vieja, húmeda. Tomó una pequeña navaja y partió un kiwi por la mitad y, con una pequeña cucharilla, comenzó a comerlo y a observar la noche. Allí se podía ver un verdadero mar de estrellas; era muy diferente a la noche en San Francisco, donde la contaminación lumínica impedía ver aquel espectáculo y el canto melódico de los grillos y las ranas no existía. Las luces del vehículo de Frederick era lo único que destacaba en aquella oscuridad: regresaba a Viñedos, donde el equipo de investigación del FBI continuaba su trabajo.

Un murciélago de gran tamaño entró por la ventana y revoloteó por la habitación, dando vueltas alrededor de la lámpara que la iluminaba. DeLong se encogió, asustada, y, por un momento, su mente la traicionó pensando que podría ser un vampiro que se transformaría ante ella, y sintió miedo. El inofensivo quiróptero salió como entró, llevándose la fantasía y el temor de la exagente, que esbozó una extraña sonrisa. Luego, se sentó en la cama, tomó entre sus manos el diario, se recostó sobre la almohada y comenzó a leer.

Capítulo 20

EL DIARIO DE FRANK MERKEL

“18 agosto de 2007. Llevo mucho tiempo sin escribir. Se me hace difícil, es como si las estuviera engañando de alguna forma que aún no acabo de entender, quizás traicionando. Sarima no quiere que plasme mis pensamientos sobre ellas, dice que mis escritos podrían caer en malas manos. Yo siempre la tranquilizo diciéndole que quién me iba a creer. Podría ser un texto narrativo, como tantos otros de vampiros. No, no quiere. Pero yo necesito plasmar mis inquietudes, este diario es mi confidente. ¿Con quién podría hablar si no de todo lo que estoy viviendo, de mis investigaciones y teorías? Me volvería loco.

En los últimos meses, he centrado mi trabajo en esta nueva especie, porque eso es lo que son estas hermosas cazadoras: una especie animal más. Son conjeturas, especulaciones, lo sé. Pero me horroriza pensar que puedan ser demonios malditos, almas condenadas de por vida. Dios no creó a ninguna criatura maldita. Las creamos nosotros, los humanos. Mis colegas antropólogos y biólogos darían parte de su vida por poder estudiarlas, por conocerlas como yo. Eso no ocurrirá nunca: Sarima jamás entraría en el juego de ser cobaya. No. De ningún modo se me ocurriría ni planteárselo. Sin embargo, eso no impide que hable con ella a menudo sobre sus peculiaridades como persona y de sus antepasados, y es sorprendente.

Yo denominaría *Homo vampyrus* a esta especie. Algunos de mis colegas discutirían el término *Homo*. Sería un error. No me cabe la menor duda de que la humanidad de estas criaturas es indiscutible. Como el lobo y el perro, ambos son cánidos carnívoros. Pero el lobo no dudará en devorar al perro, a pesar de poder tener descendencia no estéril.

¿Cuándo se separó esta rama del tronco evolutivo del hombre? Se me hace incierto. Tuvo que ser mucho antes de que los primeros *Homo* salieran de África.

Nunca se podrá probar, pues no existen fósiles, ya que la descomposición de sus órganos y huesos es asombrosamente rápida: en apenas unos minutos, tan solo quedan de ellos cenizas pestilentes. La energía que necesita su metabolismo en vida es tan grande, que absorben parte del calor generado a su alrededor, creando un ambiente frío; más, cuando su lado *vampyrus* las domina por completo, ocultando su lado humano. Con la muerte, toda esa energía acumulada se libera súbitamente, creando la autocombustión del cuerpo.

Sin duda, como buenos depredadores, evolucionaron y siguieron a sus presas habituales por todo el planeta: el hombre. Sangre azul, sangre de dioses, sangre de realeza, sangre de vampiros. Las mentes arcaicas sabían que existía la sangre azul. En todas las culturas, desde la más remota antigüedad, existen las leyendas de diosas y extrañas criaturas cazadoras de hombres que se alimentan de sangre y almas. Quizás muchas de ellas fueran historia o tengan su base en un episodio puntual pero cierto; y lo que nadie puede discutirme es que estas criaturas existen.

Sarima es hija de vampiros. Elizabeth lleva sangre humana en sus venas, es un híbrido o, quizás, una mestiza. No lo sé. Resulta imposible delimitar la línea que separa su humanidad del ser que las habita: esa bestia oculta que anda con ellas esperando su presa.

Son cazadoras natas y, como tales, han evolucionado perfeccionando constantemente sus facultades depredadoras, adaptándose a la caza humana; y lo siguen haciendo. Al igual que en todos los cazadores primarios, al especializarse en una presa, abundaron en sus carencias a la vez que en sus logros: el ser humano debió de ser más accesible en la oscuridad de la noche, por ello desarrollaron una adaptabilidad impresionante a la oscuridad, aunque a costa de perder la vida diurna, si en algún momento pudieron disponer de ella. Adquirieron un metabolismo que les proporciona una energía superior, una fuerza extraordinaria; en cambio, esa misma energía acumulada en sus cuerpos no les permite resistir la luz directa del sol. Por ello, la combustión es segura cuando alcanzan niveles máximos. La llegada de las cremas antisolares debió de ser un gran alivio para ellas.

Sí, son una especie adaptada a su presa. Viven entre nosotros, como humanos, hasta que la bestia las domina. Entonces, sus hormonas liberan una energía increíble que fluye por sus venas fortaleciendo sus acerados músculos, palideciendo su cuerpo y resaltando sus cualidades depredadoras. Los colmillos y las uñas surgen, son poderosas armas que guardan a su antojo, como los colmillos de una víbora y la garra retráctil del león. Siempre fui amante de los grandes felinos, los tiburones y aquellos animales a los que la evolución había convertido en grandes matadores. Hoy vivo con los más poderosos depredadores que habitan la Tierra y, como tales, su gran éxito ha sido el ser capaces de mimetizarse entre sus presas: lobos con piel de cordero dormitando sin temor entre el rebaño. Saciada su hambre, evitando el día y las pasiones humanas, podrían vivir toda la eternidad como nuestros amables vecinos sin darnos cuenta, alimentándose de nosotros, sin que lo sepamos. Son un mito para la mente humana: han triunfado.

Pero ¿y esos otros? Los que ellas llaman ‘criaturas de la noche’. ¿Qué son? ¿Muertos vivientes? Son diferentes, mucho más débiles en todos los aspectos. Pero igual de peligrosos para un ser humano. Son seres sedientos de sangre, despiadados y carentes de cualquier atisbo de humanidad. Sí, el reto es grande, aunque, al final, creo haber descubierto su horrible realidad. Quizás no sea así. Pero las palabras y los actos de Sarima me ponen en el buen camino.

Ellas son vampiras nacidas como tales. Los otros, convertidos. Esa es la gran diferencia. En estos años, la he visto acabar con tres de ellos, contando el que me atacó. No tiene piedad. Los detesta por carecer de lo que ella misma se sorprende tener: alma humana. Pero yo creo que la causa es el factor biológico, las leyes implacables de los grandes superdepredadores: el león acabará con las hienas y leopardos que encuentre en su territorio, incluso atacará a otros leones; defiende su territorio de caza, su hogar, su clan familiar. Y, para ellas, estas criaturas de la noche suponen un gran peligro: donde hay convertidos, es difícil ocultar muertes y eso alarma al pueblo, que busca y destruye y no distingue.

La conversión es un factor que aún se me escapa. Debe de estar relacionada con la saliva o con la sangre. ¿Cómo abarcar ese aspecto? No lo sé, espero descubrirlo con el tiempo. Sarima está cada vez menos reticente a comentarme sus secretos. Ella sabe bien quién es, no me cabe la menor duda.

‘Sí, es muy posible que estés en lo cierto. Pero no debes olvidar los infiernos donde habito. Quizás no halles una lógica científica para todo... o todo sea cierto’, me comentó cuando le expuse mis teorías evolutivas y, luego, sonrió.

Creo que su estirpe está influenciada por siglos de culturas religiosas, impregnada de creencias malditas, y a veces, no duda en hablar como si pensara que no es más que un demonio maldito, surgido de los infiernos. Me aterra pensar que esté equivocado en mis teorías científicas y que ella tenga razón, que sea una criatura de los avernos sin más. No encuentro explicación para esa niebla que la envuelve y eleva, aunque he pensado en corrientes de aire helado que pudieran absorber el calor a su alrededor. Eso explicaría el frío que la acompaña, aunque no cómo se funde en ella. Tampoco he encontrado respuesta para el reflejo de los cristales: quizás la propia naturaleza de su energía depredadora disminuya cuando se halla en armonía humana... No lo sé.”

Clarisa DeLong cerró el diario por un momento, marcando con el dedo la última página leída. Notó cómo un frío intenso entraba por la ventana y se levantó. Estuvo contemplando la luna por unos momentos, sin soltar el diario. Luego, se dirigió hacia la cocina y tomó un vaso con agua. Mientras, una siniestra sombra se deslizaba por los viñedos, rastreando el aire, observando cada detalle de la noche y acercándose a su cuarto, atenta a cada latido. La exagente, dejó el vaso vacío y buscó una pequeña bolsa de almendras peladas que había en su bolso. Cerró la ventana, apagó la luz de la lámpara y encendió la de la mesita. Unos ojos se clavaron en ella, asomándose a través del cristal; la observaron detenidamente y, después, desaparecieron entre las

sombras de la noche, dirigiéndose hacia las caballerizas de la hacienda: eran Moebius y sus sicarios, que buscaban a Sarima y a Elizabeth.

—No están aquí, notaría su maldito hálito. ¿Dónde pueden haberse metido?

—No lo sé. Hemos recorrido todas las fincas sin resultado; quizás estén en el pueblo o en San Francisco —contestó unos de sus convertidos, erigiéndose entre una neblina tan gris como su traje.

—En el pueblo no pueden estar, Leyla sentiría en los huesos su presencia. ¿O no? Sarima no deja de sorprenderme, es mi hermana, ¿sabes? —aseguró con una expresión orgullosa, seguida de una mueca de rabia.

—Aún queda noche por delante, daremos un paseo por Viñedos. Si se esconden allí, las encontraremos —aseguró Leyla, ignorando las palabras de Moebius sobre ella, y observó a DeLong con ansia de beber su sangre, de tragar su alma.

Moebius enseguida adivinó sus intenciones.

—¡No! Su muerte solo atraería más interés sobre nosotros, más policía, más federales... Sáciate en las afueras de San Francisco. No cometas el mismo error que ellas, no es bueno para la familia.

La vampira lo miró indecisa por unos momentos. Luego, como un susurro envenenado, se acercó a él.

—La familia no sabe lo que está pasando aquí ni que ella está viva. Deberías informar a Madre, quizás no aprobaría... —dijo enmarcando sus grandes ojos bajo unas estrechas y alargadas cejas.

Su voz fue cortada de golpe por el poderoso puño de Moebius, que ahondó en su vientre y la lanzó contra el tronco de un grueso roble, crujiendo el árbol hecho astillas. En un segundo, la mano del vampiro estranguló con fuerza a Leyla, que trataba de deshacerse de la presa inútilmente.

—¿Acaso crees que por ser nacida no estás bajo mi voluntad? No es necesario llevar este caso ante la familia. ¿Qué pensarían de nosotros? Que somos incapaces de barrer nuestra propia casa. No vuelvas a hablarme de Madre... o despellejaré tu alma con mis propias manos.

Leyla asintió con la cabeza repetidamente, siseando un agudo rugido y apretando los dientes. Moebius soltó su presa y ella cayó al suelo desgarbada. Entonces, sin dejar de mirarla, y perdonándole la vida, le propinó una tremenda patada en el costado que la hizo escupir sangre azul. En un haz de bruma de tonos violetas, la rubia vampira desapareció. Moebius rechinó los dientes y fijó la mirada en el horizonte.

—¡Vamos, tenemos que encontrarlas! —ordenó a sus sicarios vampiros.

En la habitación, DeLong retomaba la lectura royendo almendras, sin pararse a pensar si era cierto o no lo que leía y sin reflexionar sobre la locura del doctor. Sin quererlo, comenzaba a creer aquellas palabras escritas años antes de su muerte, textos que explicaban muchas cosas y que despertaban más interrogantes. Encontró los rastros de páginas arrancadas y, en otras, estaba tachado lo escrito: el doctor Merkel borraba una teoría para, a continuación, anotar otra según avanzaba en sus

investigaciones. Cansada, la exagente revisó por encima el diario, buscando aquello que más podría aportar, saltándose hojas llenas de tachones y teorías en las que él mismo manifestaba no confiar demasiado. Quería encontrar las conclusiones finales de aquel hombre y se detuvo ante “La conversión del hombre en vampiro”:

“22 de diciembre de 2009. Han sido unos días terribles: un convertido llegó hasta el castillo. No había vuelto a ver a una de esas criaturas de la noche. Ayer nos visitó, sedienta de sangre, monstruosa; era enorme, horrible. Llegó con el cuerpo de un joven campesino, sin sentido, herido y mordido. Si Sarima no hubiera estado, habría destrozado mi cuello y, seguramente, habría acabado con Elizabeth. Su fuerza era terrible.

No me cabe duda: los vampiros desarrollan un sentido especial, quizás parecido al de los tiburones, pues detectan la energía que existe entre ellos y quizás la de sus presas; notan la presencia de otro depredador a gran distancia, quizás a cien metros o un poco más. Pero ella los percibe mucho antes. Apenas había anochecido, estábamos cenando, cuando el rostro de Sarima, de pronto, cambió por completo. Con un chasquido en sus hermosos labios y una expresión de contradicción, se retiró de la mesa y desapareció por los pasillos de la fortaleza. Elizabeth se mostraba muy intranquila, sus ojos buscaban sin hallar y esperaba nerviosa el regreso de su hermana. A los pocos minutos, apareció con un enorme cuchillo de cocina, se sentó, colocándolo entre sus piernas, y, con esa tranquilidad que su Dios —no podía ser el mío— le había dado y que a mí me desquiciaba por completo, siguió comiendo su bistec de ternera poco hecha, en salsa de abundante plasma aliñada con pimienta, orégano y romero.

‘¿Ocurre algo?’, le pregunté intrigado. ‘Tenemos visita’, me contestó, de forma tajante, mientras lanzaba una tranquilizadora mirada a Elizabeth.

A los diez minutos, la puerta se abrió de un golpe seco y aquella aterradora criatura apareció ante nosotros, arrastrando del pelo a un joven que escupía palabras agónicas, ido entre sudores fríos y balbuceos penosos. Elizabeth saltó sobre la silla, erizada como un gato, lanzando un sorprendente rugido que heló mis venas, mostrando sus pequeños pero acerados colmillos. Sarima tan solo le dedicó una escueta mirada y, luego, le dijo: ‘Seas quien seas te has equivocado de lugar. No deberías estar aquí... Te mataré’.

Recuerdo cómo el pánico se apoderó de mí al ver rugir a aquel ser que mostraba sus poderosos colmillos. Soltó al joven, que rebotó en el suelo golpeándose la cabeza contra la fría piedra, y avanzó decidido. Tenía un pecho ancho y muy velludo, como su espalda, y una larga barba rizada, con numerosos tirabuzones. Sus pantalones persas estaban corroídos por el tiempo; sus manos eran enormes, llenas de callos y con unas uñas estremecedoras. El blanco de la esclera de los ojos era negro, como su pupila; solo el pequeño brillo que se reflejaba en ellos indicaba que no estaban vacías las cuencas oculares. Sus dientes deformes eran amarillentos, con largos colmillos, y una ligera baba sanguinolenta le descendía por la comisura de sus amoratados labios. Un olor tétrico, a putrefacción, invadió la estancia.

‘Busco un sitio tranquilo donde pasar el día, vengo de muy lejos. Este castillo me gusta, me lo quedo. Percibí vuestro hálito... ¡Estáis con un humano!’, dijo aquel demonio, avanzando seguro de sí mismo. ‘¿No me has oído?’, preguntó Sarima sin volverse hacia él mientras sus ojos se tornaban oscuros, su cabello se ponía al rojo vivo y la bestia surgía de su interior.

‘El castillo es mío ahora y tú me perteneces’, exclamó la enorme mole, salpicando oscuras gotas de sangre por el suelo que pisaba, y se acercó hacia nosotros, estirando sus brazos, respirando hondo, hinchando el pecho y curvando su tosca figura como muestra de su poder.

Sarima volvió su rostro. Apenas se inmutó; hizo una pequeña mueca y arqueó una de sus finas cejas. Cuando aquel ser le puso la mano sobre el hombro, se alzó como un rayo, lo levantó por el cuello y lo atravesó con el cuchillo. El apagado chasquido del crujir del esternón vino seguido de un agónico gemido, tétrico como el aullido lastimero de un perro. Fui consciente de la fuerza sobrenatural y de la frialdad terrible de mi joven, delicada y bella anfitriona: sacó la hoja ensangrentada del pecho de aquel ente y le seccionó la garganta con un golpe; una sangre muy oscura, espesa y pestilente comenzó a manar a borbotones.

Aquella mole se revolcaba en el suelo entre pequeños gemidos, con una mano en el cuello, sobre la brutal herida. Ante mi sorpresa, ladeó la cara, reflejando toda su maldad, y puso una rodilla en pie y, con la otra mano, sacó una pequeña pistola del bolsillo que llevaba oculta en su ancho pantalón, y disparó alcanzando a Sarima en el pecho. Temí por ella: un nudo me atenazó el alma. El impacto la hizo retroceder un metro. Pero no cayó: un fino hilo de sangre azulada manó de su herida. Ella se dirigió rápido hacia la horrible criatura y, antes de que pudiera realizar otro disparo, le amputó la mano con que sujetaba el arma. Luego, izó el ancho cuchillo y lo hundió en su cráneo. Le destrozó el cerebro con un movimiento de muñeca que me hizo vomitar lo que había cenado. Fue horrible. La miré preocupado, la bala le había atravesado el cuerpo limpiamente por debajo de la clavícula izquierda. Sin embargo, afortunadamente, parecía no haberla alcanzado. Mi curiosidad, una vez recuperado el ánimo, se disparó de inmediato: la herida se había cerrado sin dejar cicatriz ni marca alguna, apenas un pequeño rastro de aquella sangre azul.

Pero el horror iba a continuar. Un delicado gemido llamó nuestra atención y volvimos la vista hacia el joven campesino. El cual, aterrado como un cervatillo ante la fría mirada del lobo y con la cara manchada por el sucio llanto de la muerte, trataba en vano de erguirse. Intentó huir arrastrando su maltrecho cuerpo, su alma robada. Sarima lo siguió en silencio, escuchando sus amancillados gemidos, observando cómo se contorneaba inútilmente en el suelo buscando una salida que no encontraba, un perdón que no iba a tener para su vida perdida. En un instante, se lanzó sobre él, ladeó su cuello, le mordió en la yugular y bebió con ganas, saciando su instinto depredador con cada latido de aquel débil corazón. La pequeña Elizabeth saltó de la silla, extasiada, y se abalanzó sobre la muñeca derecha de aquel pobre desgraciado; la desgarró con sus colmillos y, luego, succionó ávidamente manchando sus labios

de espesa sangre que resbalaba por sus comisuras y la estrecha barbilla. Nunca las había visto así. Por primera vez, tomé conciencia de que estaba viviendo con dos superdepredadoras y comprendí que no habían dejado nunca de cazar a pesar de mis esfuerzos por alimentarlas con bolsas de plasma, sangre de cerdo y carne roja. Quedé absorto ante aquella horrible escena: dos leonas devoraban su presa ante mis ojos, en silencio, saboreando cada gota de aquel preciado líquido. No sentí aversión ni pude apartar la vista y, por un momento, lo confieso, estuve tentado de unirme a ellas. Dios me perdona.

Sus ojos se cruzaron con los míos, Sarima levantó su rostro manchado y chasqueó la lengua. Miró la masa deforme, polvo pestilente, en que se había transformado aquel ente y se levantó. Tomó el cuchillo del suelo y se acercó al joven. Desangrado totalmente, de sus heridas no salía ni una gota. Entonces, le giró la cara y hundió la hoja en su sien, atravesándole el cráneo. Después volvió a la mesa y me miró, como esperando una reacción mía. Eso era precisamente lo que hacía y yo lo sabía. Debía medir bien mis palabras, no sabía si hablaba con Sarima o con la bestia que habitaba dentro de ella.

‘¿No te terminas el bistec’, le pregunté, inclinándome sobre la mesa para tomar una hermosa pera. ‘No, ya no tengo hambre’, me contestó, con semblante relajado.

Pude ver cómo sus colmillos, al igual que sus uñas, se retraían. El tono rojizo de su cabello volvió a dar paso al castaño y apareció de nuevo aquel azul tan hermoso de sus ojos. ‘Lo siento, no debí...’, se disculpó. ‘No, eres lo que eres. Quizás encontremos un remedio. No debes avergonzarte por ser tú misma’, dije intentando tranquilizarla. ‘¿Un remedio? ¿Avergonzarme?’, preguntó sin entender.

En aquel momento, comprendí lo equivocado que estaba. Aunque era consciente de que hablaba con una criatura asesina, siempre creí que podría lograr que su lado más humano, el que yo disfrutaba, ocupara toda su existencia. Quería convertirlas en humanas, curarlas...¿Qué equivocado estaba!

‘¿Un remedio para qué?’, me insistió. Fui tan torpe que, aun habiéndolo entendido, le contesté: ‘Quizás pueda hacer que seas totalmente humana, que vivas como un ser humano normal, sin tener que esconderte y sin necesidad de matar. ¿Nunca has pensado en viajar, conocer gente, a un hombre bueno, crear una familia?’ No me dijo nada, aunque me miró sorprendida durante un largo minuto. Resultaba evidente: nunca había pensado en esa posibilidad y sonrió, para acabar riendo a carcajadas. De pronto, cesó y me miró seria: ‘¿Cómo puede una loba convertirse en oveja? No me avergüenzo de lo que soy y nunca he deseado ser otra cosa. Aunque sí, me gustaría crecer y conocer más de este mundo, gentes, culturas...’

Aquella noche fue muy confusa para mí. Pero, cuando ordené mis ideas, me valió de mucho, pues comencé a analizar las cosas desde otro punto de vista: aquellas criaturas no eran humanas. Sí, podían tener sentimientos, sentir e incluso amar. Pero no eran seres humanos, no lo habían sido nunca, no lo serían ni querían serlo. No sabría decir dónde acababa el Homo y comenzaba el vampyrus, ni si alguna vez fueron

Homo. Comprendí que ningún depredador sueña con ser víctima. Somos las víctimas las que soñamos con ser depredadores. No había remedio para su enfermedad, pues no había enfermedad. No eran virus ni células mutantes las que les habían convertido. Estaban sanas y fuertes, eran nacidas vampiro. Posiblemente Sarima tenía más razón de lo que creía. Y aunque me resisto a creer que sean criaturas del averno, quizá haya una parte irresistiblemente demoníaca en ellas que no pueda analizar.

Pero las llamadas criaturas de la noche no son nacidas. ¿Qué las convertía en lo que eran? Como el lobo contagia la rabia con su mordida, el vampiro puede transmitir parte de su esencia, su veneno, cuando se alimenta. Los nacidos vampiro no pueden ser curados, pues no son enfermos. Los convertidos, posiblemente, sí.”

DeLong levantó la vista del libro y consultó la hora. Se había hecho de nuevo muy tarde. Cerró el diario, se quitó las gafas y las limpió mientras resoplaba al aire. “¿Será verdad todo esto o estoy creyéndome una fábula como una idiota?”, se preguntó. El sueño la vencía. Pero deseaba, por lo menos, despejar la curiosidad de los convertidos, así que volvió a abrir el diario, buscando en su final algunas palabras que pudieran delatar que todo era la fantasía de un viejo loco.

“Enero de 2010. Me encuentro pletórico. Sarima y Elizabeth están muy contentas y esperanzadas. ¡Marchamos a Estados Unidos! Los resultados no han podido ser mejores. Pero necesito la colaboración de mis colegas y trabajar en un laboratorio de verdad. Sarima ha accedido a acompañarme, la posibilidad de exponer su colección de arte medieval le atrae mucho. Ella gestionará junto a Tracy mi mayor ilusión: el Museo Medieval Merkel. Aunque a veces me pregunto si será prudente llevar a América a estas hermosas y peligrosas criaturas. Pero confío en ellas y he de arriesgarme si quiero progresar en mis investigaciones. ¡Ah, mi pequeña Tracy! ¡Cuántas ganas tengo de estrecharte de nuevo entre mis brazos!

Por otro lado, estoy contento por que he avanzado mucho con las criaturas de la noche. Tras la mordida sufren un proceso de contagio similar al de la rabia. Si se trata a tiempo, podemos revertir su efecto. Con esta premisa, inicié mi investigación. Pensé que la saliva de un vampiro, la cual tiene un increíble poder desinfectante, podría ser tratada hasta conseguir un potente antídoto.

Descubrí que los colmillos de un vampiro nacido tienen unos pequeños orificios por los que inoculan su veneno, como las serpientes. Fue muy divertido hacerles morder un bote vacío con un corcho resistente para comprobarlo. Ellas lo sabían. El veneno en la sangre hace que el cuerpo entre en un estado de sopor placentero que impide a la víctima defenderse. Además, es anticoagulante; al contrario que la saliva del vampiro. Este agente no es letal, pero contiene células que se multiplican rápidamente acoplándose a cada una de las del cuerpo humano, actuando como un agente invasor; por lo que resultan indetectables si no se sabe lo que se busca. Una vez muerta la presa por un nacido, las células invasoras regeneran el cuerpo, los órganos causantes de la muerte. Pero la víctima no revive por sí sola, queda sumida en un largo sueño esperando. ¿El qué? No lo sé. Sarima me dijo: ‘El latido que les dé la vida’.

Por el contrario, los convertidos carecen de un colmillo auténtico de vampiro, pues no lo son. Sus cuerpos reaccionan a la depredación desarrollando los colmillos o los incisivos e incluso, en ocasiones, las muelas. Su mordida no es placentera, pues su saliva se convierte en un agente químico abrasivo que contiene células invasoras. Las cuales se acoplan de igual forma que las del vampiro nacido, aunque la transformación es mucho más rápida. Una vez muerta la víctima, las células invasoras regeneran el cuerpo infectado. Pero no pueden con todo el organismo. La mente y el alma del individuo degenera rápidamente, según su propia fortaleza, hasta que deja de ser él mismo, perdiendo la razón y convirtiéndose en los monstruos que he conocido. Quizás lo más significativo sea que las glándulas endocrinas dejan de segregar hormonas: por su cuerpo no corre la adrenalina ni la melatonina ni la oxitocina... ni ninguna otra. Esto le produce una descoordinación y una ansiedad incontrolable, y le induce a buscarlas rápidamente: en la sangre de las víctimas es donde halla las hormonas y de esta forma, alimenta a las células invasoras que regeneran constantemente su cuerpo. Los fallecidos por el ataque de un convertido despiertan de su letargo rápidamente, no necesitan ‘el latido’ e infectan a otras víctimas cada vez que se alimentan.

Esa es la causa por la que Sarima acaba con ellos de forma tan brutal, pues las células invasoras son incapaces de regenerar el cerebro o imprimir fuerza al corazón si estos órganos son dañados seriamente. Por esta regla de tres, los vampiros convertidos mueren si se les destruye el cerebro o el corazón y si son desmembrados, quemados o expuestos a un sol intenso. Pero ¿y los nacidos? ¿Mueren de igual forma? No he sido capaz de preguntárselo, no me he atrevido. Supongo que sí, aunque creo que su resistencia será mucho mayor.

Mañana nos casamos, es un día especial: ¡Dios me perdone! Es la manera más eficaz de llevarme a mis dos “nietas” a Estados Unidos. De otra forma, sería muy difícil nacionalizarlas y hacerlas partícipes de mis investigaciones. He decidido nombrarlas herederas universales de mi fortuna; creo que es lo correcto. Si yo muero, han de poder seguir con la investigación y, aunque su fortuna es enorme, no quiero que les falte nada. Ella cuidará de Tracy, lo sé. Estoy hablando como si fuera a morir pronto. No será así. ¡Eso espero! Me encuentro fuerte y sano a causa de alimentar en alguna ocasión a Sarima, y ella lo sabe. Su veneno es el mejor remedio contra la vejez. Deseo tanto su veneno en mi sangre, que a veces me pregunto si todo esto no será una excusa de mi mente para seguir junto a ellas por siempre, toda la eternidad. Mientras se alimente de mí, viviré; mientras no me mate, no me convertiré. ¿Llegará ese día?

Ese líquido azulado que inoculó Sarima en mis venas, el día que me mordió aquella bestia, era su propia sangre. Ello evitó que mi cuerpo se convirtiera en un ser abyecto, sin alma y sediento. ¡A mí edad! Y eso me dio la pista que necesitaba: un suero con base de plasma del vampyrus podría ser un remedio natural y eficaz contra la transformación y, quizás, podría retornar a los convertidos actuando como un retrovirus o un antídoto. Obviamente, el antídoto no era la saliva.

Durante los últimos meses hemos trabajado mucho. Nunca le pedí que matara a nadie para poder probar mis experimentos, jamás podría haber hecho tal cosa. Pero ella sabía que lo necesitaba. Así que, en vez de desmembrar a sus víctimas o deshacerse de ellas de algún otro modo, me las traía y aprendía algo más en cada ocasión: un vampiro adulto necesita una media de cinco víctimas al mes para subsistir en plena forma; menos si el grupo sanguíneo es O. ¿Será porque carece de antígenos o porque es rica en anticuerpos A y B? ¿O porque es el grupo más antiguo? Sarima caza lo que ella llama parásitos de la sociedad: delincuentes y asesinos. No debería alegrarme, aunque prefiero que estas sean sus víctimas. Le gusta cazar y no hay mejor caza que la del ser humano, tan listo, tan tonto. Nunca trajo una mujer, siempre varones. 'Podría alimentarme de una de ellas, sin problemas; pero no matarlas, pues en todas veo el rostro de mi madre', ha sido su único razonamiento.

He conseguido un suero que funcionó en el último convertido que conocí. Sarima lo cazó en un parque de Budapest; la víctima acababa de asaltar fatalmente a una pareja por unas monedas y un reloj, no me dijo más. Basándome en mis estudios e investigando los antídotos de la rabia, le inyecté 10 mg del suero; con eso bastó. Su organismo desechó todo atisbo vampírico. Desgraciadamente, a la semana, comenzó a perder la razón. Sarima lo mató, le arrancó el corazón con su cuchillo de carnicero y enterró el cadáver en los jardines del castillo. Necesité tiempo para descubrir mi error. Tenía que hacer funcionar aquella corriente muerta de órdenes hormonales, que se reactivara todo el cuerpo; el alma que mantenía con vida el cerebro, a la persona. ¿Cómo? ¿Podría estar la solución en la sangre humana? Sí, era muy posible. El suero que conseguí con la sangre de las venas de Sarima destruía totalmente las células convertidas, pero respetaba las humanas; aceleraba su regeneración sin colapsarlas, aunque no podía impedir la degradación de la mente y de algunos órganos vitales para la vida humana: creaba vegetales.

'¿Y mi sangre? Yo soy diferente a mi hermana y a ellos', me dijo la pequeña Elizabeth. Aquellas palabras encendieron en mí una luz.

He preparado cuatro dosis trabajadas con sangre de Elizabeth (10 mg) y de Sarima (5 mg); 15 mg en total en cada una de ellas. Basándome en las pruebas realizadas, mantengo 5 mg de suero puro. Si el 50% de la sangre de Elizabeth mantiene las propiedades vampíricas, conseguiré los 10 mg de plasma vampyrus que limpiaron a esa criatura asiática. El 50% restante debería de ser la parte humana del híbrido y desencadenar, por ello, una reacción en cadena con sus hormonas, reactivando las funciones corporales que se resistieron, especialmente en el cerebro y las glándulas endocrinas. Debería evitar la degradación del alma, como dice Sarima.

Las criaturas de la noche pierden la razón con el transcurso del tiempo, cautivas de los infiernos de la sangre. Vagan perdidas entre las sombras, muchas mueren desquiciadas bajo el implacable sol, sorprendidas de su propia vida, de su propia muerte, incluso antes de probar tan siquiera un sorbo de sangre. Otras se adaptan y se convierten en bestias que viven para saciar su sed. Cada noche han de matar a una o a más víctimas. Solo aquellas que son siervas de un mentor serán las que

mantengan cierta línea de cordura, la de su amo y señor: el vampiro nacido que les convirtió.

Las expectativas de poder ampliar las investigaciones, conseguir un suero definitivo, y trabajar con Elizabeth en su deficiencia de las hormonas de crecimiento, afianzaron mi decisión de viajar. La pequeña, al igual que Sarima, detuvo su crecimiento normal con el primer sueño. A partir de éste, en un vampiro puro, la urgencia de sangre es más acusada y el desarrollo normal del cuerpo queda suspendido. Le he propuesto trabajar con la somatotropina, la hormona que estimula el crecimiento de tejidos y órganos durante la niñez y la adolescencia. Es una teoría. Pero estoy seguro de que podemos obtener grandes resultados. Elizabeth está más que dispuesta: tras trescientos años de vida, desea ver su cuerpo convertido en el de una joven, quiere crecer y ser como su hermana: una hermosa mujer. Sarima no está muy convencida. Le asusta que pueda ocurrir cualquier cosa, incluso que envejezca súbitamente. Yo creo que, en verdad, teme que deje de ser su hermanita pequeña y que, un día, convertida en una mujer, pueda abandonarla para recorrer su propio camino. Quizás como hiciera Leyla, su hermana adoptiva, otra nacida que, sin duda, hoy día vive oculta en algún lugar desconocido. Le pregunté, pues mi interés creció cuando insinuó que podía haber marchado a América. Nunca me habló más de ella. Por alguna razón, no desea hacerlo; su rostro se entristece con mis preguntas, no me contesta y yo no insisto.

Así que está decidido: las llevaré conmigo a California. Mañana salgo hacia allí. Ellas llegarán más tarde, cuando terminen de embalar y enviar todo el material de la colección medieval. Mientras, yo lo iré preparando todo para su llegada. Quiero que sean recibidas como unas reinas. Aunque dejo todo aquí, viajaré con mi maletín y llevaré conmigo las cuatro dosis. No puedo dejar el nuevo preparado, ese azulado suero que puede significar tanto sin que nadie sepa nada. Es el resultado de la fusión entre humano y vampiro: funcionará.

A ti, mi pequeño diario, te dejaré entre la vieja documentación. Nadie te buscará mezclado con facturas olvidadas y catálogos sin valor. Te recogeré en Viñedos, cuando llegues acompañado por la colección entera. No me perdonaría nunca que cayeras en manos extrañas o que Sarima te encontrara en mi maletín. Despertaría la duda y nunca más confiaría en mí.”

DeLong cerró el diario y pensó: “¡Las ampollas azules que encontraron en el Ferrari son ese antídoto!”. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Ya no dudaba de lo que allí había escrito. Únicamente se preguntaba hasta dónde eran ciertas aquellas palabras. Apagó la luz y dejó el diario a su lado. No había más páginas escritas. Por su mente pasaron decenas de preguntas que le impedían descansar. Finalmente, la exigente quedó dormida con solo una cuestión: “¿Qué debo hacer?”

Capítulo 21

EL ÁRBOL CAÍDO

El lunes había amanecido nublado y chispeaba en la región de Sonoma. Pese a que una suave lluvia salpicaba los adoquines de Viñedos, la actividad en el pueblo era frenética: los vecinos iban de casa en casa, entre rumores indiscretos. En el bar de Jacinto, el sacerdote hablaba con Thomas, preocupado. Mientras, el alcalde Rivas, con un café y una copa de brandy, intentaba localizar a su primo Logan por teléfono. Todos le miraban.

—¿Qué ocurre? Anoche estuvimos de “cacería” hasta la madrugada. Me has despertado. No lo quería descolgar. Al ver que eras tú el que llamaba insistentemente, me he preguntado por qué serías tan pesado —contestó Logan con notable enfado.

—Déjate de ostias. ¿Habéis encontrado algo?

—No, nada... ¿Ha vuelto a matar?

—No. ¡Qué más quisiéramos! Tenemos problemas.

—¿Serios?

—Sí, el partido ha pedido mi dimisión. Quieren hacer alcalde a Jhon, el barbero.

—¡No! ¿Cómo es posible?

—Me temo que hay más.

—Rivas, no me toques los cojones. Estás mareando la perdiz. ¿Qué ocurre?

—Me acusan de prevaricación y soy sospechoso de asesinato.

—¿Cómo? Habla con tu amigo de San Francisco.

—Ha sido él. Ha hecho un comunicado en el que exige mi dimisión.

—¿Qué sabe? —preguntó tras unos segundos de intenso silencio.

—La noticia abre la portada de todos los periódicos.

—Pero...

—Me temo que lo sabe todo.

—Eso no es posible.

—Mira el periódico y dime tú. No sé qué hacer...

Logan cerró su teléfono y levantó la vista, indignado. Salió hacia el pasillo de la habitación.

—Mercedes, ¿tenemos el diario de hoy? —gritó.

—Sí, señorito. Francis lo subió del pueblo. Estamos muy apenados con la noticia. ¿Qué pasó, señorito? Es todo mentira, ¿verdad? —preguntó la sirvienta, saliendo de la cocina.

—No hagas preguntas, tráemelo. Parece que todo el mundo sabe lo que yo desconozco —dijo inquieto y malhumorado.

En la hacienda del doctor Merkel, un pitido sonó de forma reiterada e insistente en la habitación del agente Patrick; era su teléfono móvil.

—¿DeLong? ¿Qué ocurre? ¿Qué hora es? Aún es temprano...

—¿Temprano? Son las doce del mediodía. Acabo de llegar de San Francisco y no os encuentro ni a ti ni a Tracy. Te llamo para ver si puedo entrar en tu habitación o debo darte la noticia por teléfono.

—¿Entrar? —preguntó Patrick confuso. Se volvió y lo entendió. A su lado estaba Tracy, dormida junto a él, con su rostro hundido entre la almohada y su rubio cabello revuelto entre las sábanas—. ¿Qué noticia?

—Comprendo, mejor que no entre... Ya imagino dónde está la señorita Tracy.

—Está aquí, pero no es lo que piensas.

—Ya. Escucha, tu padre ha cursado la orden de detención. Frederick nos espera en Viñedos, va a detener al alcalde. Luego iremos a por Logan.

—¡Al fin! ¡Ahora salgo!

—Date prisa.

—¿Y el cura?

—Hasta que progreseemos con los interrogatorios de ambos y el registro de sus bienes, no podemos detener a nadie más. De momento, no hay nada contra él.

—¿Has almorzado?

—Sí, te espero en la cocina.

Patrick se levantó de un salto y se metió en la ducha. Se aseó rápidamente y salió vistiéndose con cuidado: sus heridas aún estaban muy recientes.

Durante el domingo nadie había avanzado en nada y no se tenía noticia alguna de Sarima; parecía haber desaparecido para siempre. Tracy se había ocupado de Patrick y de su herida con tal dedicación que, al final, había ocurrido lo inevitable. Al salir del baño, ella estaba sentada sobre la cama, con los brazos doblados sobre sus rodillas y con ojos tristes.

—¿Ha aparecido Sarima? —preguntó Tracy, preocupada.

—No. Vamos a detener a Logan y al alcalde. Al fin tenemos la orden. En unos días acabará esta pesadilla —contestó Patrick, satisfecho, sin percatarse del tono de la joven.

Tracy volvió la vista, cabizbaja.

—¿Te quedarás conmigo? —le preguntó con voz suave, dejándose querer.

Patrick no contestó, terminó de vestirse e hizo una mueca extraña que ella comprendió.

—No te quedarás. Piensas en ella, ¿verdad?

—Tracy, te quiero... Pero no puedo dejar de pensar en Sarima. Estoy preocupado, no sabemos qué le ha ocurrido.

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en ella. En sus labios sobre mi cuello. ¿Te mordió a ti también?

—¿Morder? ¿Te ha mordido? ¿Qué locuras dices?

—Acércate, bésame... Te necesito a mi lado, no me dejes sola.

Patrick la miró y se acercó titubeando, y la besó en la frente.

—Descansa. Cuando vuelva, hablaremos —le dijo.

—¿Por qué besas mi frente después de haberme amado? No me ha gustado ese beso. Parecías mi padre...

—Tracy, estoy confuso. No sé qué voy a hacer después de estos extraños días.

—¿Extraños? —preguntó indignada—. No me quieres, solo querías poseerme...

—Tracy, yo... —susurró él, con voz apagada, acariciándole su alborotado cabello.

—Vete. Déjame: me haces daño.

Patrick alzó los ojos al techo, con un claro gesto de desconcierto y algo de rabia contenida. Una vez vestido, tomó su arma y salió de la habitación. Cerró la puerta con una última mirada hacia aquella joven que había cuidado de él y lo había amado y se dirigió a la cocina con paso ligero.

Tracy comenzó a llorar, agarrándose a la almohada y sintiéndose muy desgraciada. Pensaba que el hombre del que se había enamorado, al que había entregado su amor, no la amaba, ni la amaría. Escuchó el motor del vehículo alejarse, se puso en pie y salió furiosa de la cama, desnuda, y golpeó la lámpara de la mesita, que cayó rodando al suelo. Se miró en el espejo y acarició sus pechos aspirando con fuerza: el olor a la lujuria de la noche todavía inundaba cada rincón de su ser y se estremeció pensando en Patrick cuando abrazaba su cuerpo y la hacía suya.

Tomó un fino camisón de seda, se enfundó en él y, con un gesto de rabia y una maldición, recorrió frenética el pasillo. La ira la consumía, se sentía dolida, rechazada y se dirigió a las caballerizas, en busca de su semental blanco. De un salto, montó a pelo sobre el hermoso caballo y galopó veloz entre las sendas de los viñedos, saltando obstáculos y vallas, cruzando el barranco y alejándose de la hacienda sin dirección alguna en su mente, gritando con cada salto, a galope tendido, exigiendo más y más, fustigando a la noble bestia hasta que, en un salto, sobre un grueso muro, el animal,

forzado, rozó sus patas delanteras y se zarandó con fuerza para no caer, elevando los cuartos traseros y dando un giro brusco. Tracy cayó, rodó hasta un barrizal que había junto a un abrevadero del camino y se golpeó contra el tronco de un gran árbol. Se alzó descompuesta y dolorida, aunque sentía más la herida de su corazón que las de su cuerpo magullado. Entonces, lloró sin consuelo. Estaba enamorada, pero se sentía tan desgraciada.

Unas botas altas interrumpieron su lamento.

—¿Tracy? ¿Qué haces aquí?

En su loca carrera, la joven se había adentrado en el Cortijo de Las Auroras.

—¡Logan!

Su primo estaba sobre un hermoso corcel zaino. Como cada vez que necesitaba relajarse y pensar, había salido a galopar. Se quedó mirando fijamente el cuerpo de su prima, apenas oculto por aquel camisón, sin percatarse de sus lágrimas ni de la angustia que la consumía.

—Levántate, me acompañaras —le ordenó agarrándola del brazo con fuerza.

—No, déjame... Estoy harta de todo y de todos. Solo quiero morirme —replicó ella, liberándose de golpe.

Logan la tomó de los pelos, dando un tirón fuerte.

—Te equivocas conmigo. Ya está bien de juegucitos estúpidos. Hace un momento me preguntaba qué hacer y tú vienes a mí... Los caminos del señor son inescrutables.

Le dio un puñetazo en la cara y la dejó inconsciente. Seguidamente, la cargó sobre el caballo y galopó hacia la hacienda.

No muy lejos de allí, con paso decidido, Leyla entró en la bodega del Cortijo de Las Auroras, encendió las luces y se acercó con precaución hasta el lecho de Moebius. El bello rostro de la vampira mostraba los golpes recibidos aún por sanar; su frágil y estilizado cuerpo marcaba las cicatrices del atroz sufrimiento. En sus ojos, el verde había muerto y un intenso brillo violeta inundaba su mirada. No valieron excusas, ella estaba al cargo y no podía explicar qué había pasado. Acusada de abandonar la vigilancia, había sido castigada duramente por permitir que Sarima escapara y por perder a las tres últimas convertidas. Moebius había desahogado su frustración con ella.

—El sol está alto. Pero es soportable, es un día nublado. Hay novedades, creo que era mi deber despertarte: el FBI está detrás de Logan y de Rivas, el alcalde. Será mejor que nos marchemos de aquí... Lo registrarán todo a conciencia, no tardarán —aseguró Leyla, temerosa, acercando sus labios al oído de Moebius.

—¿Qué tienes? —gruñó él, sin abrir los ojos.

—Nuestro contactos nos han comunicado que van a detenerlos por el asesinato del doctor Merkel: tienen pruebas suficientes para encerrarlos de por vida, incluso para ejecutarlos. El alcalde de San Francisco le ha acusado públicamente. Está perdido:

sus amigos comienzan a darle la espalda.

—A perro flaco todo son pulgas. No deben relacionarnos con ellos —dijo Moebius, alzándose de su lecho—. Salgamos de aquí antes de que lleguen los federales. Recogedlo todo, seguiremos la búsqueda en Viñedos. ¿Estaremos seguros?

—Sí, ahora trabajaremos para el próximo alcalde: Jhon, el barbero. Ya está hablado.

—Deben vernos junto a él, que no nos relacionen con Logan ni con Rivas. Tenemos que encontrarlas pronto y desaparecer de este lugar. Esta historia está levantando demasiada expectación, demasiado revuelo —apuntó Moebius.

—Debemos encontrarlas rápido —dijo Leyla.

—Sí, lo haremos. ¿Dónde te escondes, hermanita? —murmuró el vampiro, con ademán vengativo.

—Dicen que el agente judicial es su amante, el joven del cementerio... Patrick Morgan —le susurró Leyla, con una mueca felina, malvada.

—¿Quién dice eso? —se volvió Moebius, expectativo.

—Lo comentaron unos jornaleros de la hacienda en el bar de Jacinto. Dicen que la viuda no pierde el tiempo.

—Interesante... ¡Traédmelo!

Sentado en el sillón de su despacho, en la alcaldía, Rivas escuchaba perplejo la radio: las noticias no eran de su agrado. Entre la rabia, la impotencia y la desidia, releía una y otra vez los titulares de los periódicos: “El alcalde Rivas Alvarado acusado de asesinato. Newsom exige su dimisión ante la inminente detención”, “El juez Rieri cree que la trama de los Alvarado se inició con el asesinato del doctor Frank Merkel”, “La herencia multimillonaria y la ejecución de un ambicioso proyecto mobiliario en la zona desataron la locura en Viñedos”.

Rivas lanzó los periódicos contra la pared del despacho y profirió una sonora maldición. Se levantó nervioso, se asomó a la ventana y vio cómo sus amigos, en la terraza del bar de Jacinto, sonreían, abrazaban y felicitaban a Jhon, el barbero, su próximo nuevo y flamante alcalde.

—¡Malditos traidores! —exclamó.

Lo habían abandonado. Rivas lo sabía: estaba solo, todo se había perdido. Los periodistas cercaban el edificio. Una gran losa pareció caer sobre él. Cerró los ojos y volvió a maldecir su suerte en silencio. Asomándose al recibidor, salió del despacho. Su secretaria estaba tan ensimismada, escuchando un boletín informativo, que ni se percató de su presencia. La voz de su antiguo amigo, el alcalde de San Francisco, retumbaba en su cabeza con cada palabra que oía por aquella radio: “Es necesario que la corrupción en política sea castigada de forma ejemplar. Hace tiempo que se me notificó la posible implicación del señor Rivas en un trama inmobiliaria y que podía ser sospechoso incluso de asesinato. Yo mismo alenté esa investigación y hoy ha dado sus frutos... La justicia se encargará de dictar la última palabra y poner a cada cual en su sitio. Quiero aprovechar para felicitar al juez Rieri, así como al FBI y los

cuerpos de policía que han intervenido en este caso, por su excelente trabajo...”

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Rivas.

La secretaria se volvió de un brinco y, sin saber qué decir, apagó el radio. Rivas entró de nuevo en su despacho, cerró la puerta de golpe y, ante el sonido lo que parecía un gran tumulto, miró de nuevo por la ventana: los vecinos y los periodistas llenaban la plaza. Varios coches del FBI y tres de la policía aparcaban junto a las escaleras del Ayuntamiento. Rivas se sintió acosado, tragó saliva y maldijo de nuevo su suerte. De repente, recibió una llamada de Logan.

—¡Dime!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Logan.

—Ya sabes lo que ha pasado: alguien debe de haberse ido de la lengua.

—Eso no es posible. No tienen nada; los periódicos no dicen nada de mí.

—¿Por eso me llamas? ¿Te preocupa lo que yo pueda decir?

—No, me preocupo por ti. Sé que no dirás nada, nunca me delatarías.

—Thomas se ha ido de Viñedos. ¡Ha huido! ¡Seguro que es el chivato!

—Sí, nunca debimos confiar en él. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Vienen a por mí... El puto FBI está en la plaza, veo muchos policías.

—Piensa en tu familia, sabes lo que tienes que hacer —dijo Logan en un tono muy serio. Luego, colgó.

El alcalde Rivas escuchó cómo subían los federales por las escaleras y corrió a encerrarse pasando el pestillo. Se sintió acorralado, vencido y tomó un pequeño revólver de la mesita de su escritorio. Unos golpes aporrearón la puerta. Se colocó tras la mesa del despacho, comprobó el cargador, estiró su cuerpo y apuntó, altivo, directamente hacia ella. El sudor le recorría la frente, haciéndole parpadear, y pensó, amartillando el arma: “Los mataré a todos”.

La puerta se abrió con un fuerte golpe y los federales entraron empuñando las armas.

—¡Dios, perdóname! —exclamó Rivas. Luego, miró al techo, colocó el cañón de la pistola bajo su barbilla y se pegó un tiro. La bala le atravesó el cráneo y se incrustó en el techo, salpicándolo todo.

El disparo resonó en el interior del edificio y estremeció a todos. La secretaria intentaba hacerse un hueco entre los agentes para ver qué había pasado mientras los demás funcionarios se aproximaban lentamente. Frederick se acercó a DeLong, que permanecía frente al cuerpo sin vida de Rivas, con una expresión de fracaso.

—Debimos prever esto —dijo la exagente.

—Marchemos a por Logan. Los noticiarios no dicen nada de él. Con un poco de suerte, no nos esperará y lo detendremos —le comentó Frederick.

Patrick miró el cadáver con disgusto. Le molestó aquella muerte. Ese hombre podría haber aclarado muchas cosas.

—¡Vamos! —insistió la agente especial O’Connors.

Dos vehículos, escoltados por sendos coches patrulla, se prepararon para salir hacia el Cortijo de Las Auroras. Cuando Patrick fue a subir al coche de Frederick, escuchó una voz que lo llamaba.

—Agente, agente Morgan —le reclamó el padre Celestino.

—Sí...

—Venga conmigo; es confidencial —le dijo en voz baja, impidiendo que nadie escuchara nada.

—Pasaré luego a verle. Debemos marcharnos —le contestó, intentando esquivarle.

—Escuche, es Sarima. Le espera, es urgente, le necesita. Venga, le está esperando. Acompañeme.

Al oír aquellas palabras, Patrick se volvió hacia DeLong, decidido.

—Te llamo más tarde. No lo dejéis escapar —le dijo.

—Pero...

—No me necesitáis para detener a ese hombre. Marchaos. Avisame si hay alguna novedad, yo tengo una cita —le contestó guiñando un ojo, tranquilizándola.

—Ten cuidado, no me fío nada de ese sacerdote.

El coche de los federales se alejó. Patrick miró al padre Celestino, animado, esperando una respuesta. La plaza estaba llena de gente, periodistas que preguntaban y policías que acordonaban el ayuntamiento. El sacerdote comenzó a caminar hacia la iglesia, en silencio, abriéndose paso entre la multitud. El agente judicial le siguió.

—¿Está bien?

—Sí, no se preocupe. Pase, le está esperando —le contestó abriendo la puerta y cerrándola tras su paso.

Avanzaron por el angosto pasillo que separaba las filas de bancos que conducían al altar. Patrick observó las figuras y lienzos que se hallaban, el decoro y las cruces de oro. Entonces, una voz potente resonó, acompañada de un inquietante eco.

—Buenos días, agente Morgan —le saludó Moebius, desde el primer asiento.

En apenas un segundo, sin más, el vampiro se abalanzó sobre él y comenzó a presionar con fuerza la herida del agente al tiempo que tomaba su cuello intentando asfixiarlo. Un grito de dolor resonó en la iglesia, mientras el sacerdote, sorprendido ante tal acción, corría hacia la salida aterrorizado. Dos sicarios del vampiro le impidieron huir.

Leyla permanecía en silencio, cabizbaja, tras Moebius y jugando con su dedo índice sobre el gatillo de la Desert Eagle que colgaba de su mano.

Lejos de allí, en una estrecha litera, Sarima abría lentamente los ojos. Había dormido durante estos días para recuperarse de sus heridas. Alrededor de una pequeña mesa, jugando con unos dados al póquer, estaban Mara, Zoia y Gabrielle. Enseguida percibió el olor de la sangre y vio dos bolsas de suero enganchadas en una percha. Un tubito de plástico llevaba directamente aquel espeso líquido a los labios de sus amigas que, de vez en cuando, sin despegar la vista del juego, pegaban

un sorbo. Mara tomaba una cerveza a la luz de una pequeña bombilla que apenas la sacaba de la penumbra.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sarima, levantándose confusa del pequeño lecho.

—Estamos en el refugio nuclear de mi abuelo, en una finca al norte de San Francisco —dijo Gabrielle—. Lo construyó durante la guerra fría, bajo cuatro metros de hormigón y acero. Mi abuela vivió aterrorizada temiendo que cualquier día explotara la III Guerra Mundial. Aquí estamos a salvo. Ahora creo que valió la pena.... Siempre pensé que era un estupidez de refugio.

—¿Te encuentras mejor? Voy a prepararte un buen cubo de sangre —dijo Zoia, volviéndose.

—Ya tienes mejor cara —aseguró Gabrielle, con una mueca sincera.

Mara no dijo nada. La miraba con los brazos cruzados, apretando el cubilete de dados en la mano, sin dejar de agitarlo lentamente. Sarima se levantó y se acercó a ella.

—Oh, he tenido tanto miedo —suspiró Mara, de pronto, soltando los dados para abrazarla—. Creí que morirías.

—¡Menos mal que nuestras amigas se acuerdan de nosotras hasta muertas! —exclamó Sarima—. Es terrible lo que ha pasado.

—¿Terrible? ¡Más aún! ¡Estoy rodeada de vampiras y ninguna suspira por mi sangre! —exclamó Mara.

—No me tientes —susurró Zoia.

—Sí, no nos tientes... Que se te pone cara de globuloso pastelito —aseguró Gabrielle con una sonrisa ronca.

Las cuatro amigas rieron durante un rato, indiferentes a la difícil situación. Sarima se había recuperado por completo y se encontraba a gusto con ellas en aquel improvisado refugio de vampiras.

—¿Dónde está Izarne? No la veo —preguntó, volviendo a la realidad acuciente.

—Es nuestra espía. Como es medio india, sabe cuidarse.

—Debo regresar. Tracy está en peligro. Moebius acabará con todos aquellos con los que me he relacionado y sabe de ella. No dejará rastro de nadie que conozca el secreto.

—¿Y tu amigo? ¿Qué sabe? —preguntó Mara con tono algo serio.

—No sabe nada.

—Moebius, sí —dijo Izarne, entrando en el refugio inesperadamente.

—No he notado llegar tu hálito, este antro funciona. Aquí estamos a salvo de Moebius. ¡Fascinante! —aseguró Sarima, mirando las paredes del refugio.

—En ese pueblo están pasando muchas cosas. El alcalde se ha suicidado —comentó Izarne, acercándose a la nevera, y tomó una bolsa de plasma.

—¿Qué quieres decir con que Moebius sí? —preguntó Sarima.

—Lo tiene en su poder —aseguró, mientras abría la bolsa.

—¿Te vio? —preguntó Sarima. Luego, bebió de un vaso muy grande, donde Gabrielle había volcado dos bolsas de suero.

—No, aunque sabía que estaba cerca. Sus demonios relamidos me buscaban sin parar. Gracias a Leyla, los he podido esquivar. Llevaron a ese agente a la iglesia. Ese cura lo engañó. Le hizo creer que estabas allí. Moebius le esperaba. Le ha golpeado duro y lo tiene preso en la iglesia.

—¿Leyla te ayudó?

—Sí, claro. Sin su ayuda no hubiéramos podido liberarte.

—Tengo que marcharme —dijo Sarima.

—Es una trampa, ¿no lo ves? —aseguró Izarne—. Leyla me dijo que no te lo contara, sabía que irías, temía que fueras... Sufría por lo que te pudiera ocurrir. ¿Qué te pasó con Leyla? Parece una buena amiga.

—Es muy largo de contar —respondió Sarima.

—Un lío de faldas —apuntó Gabrielle, morbosa.

—No vayas —insistió Mara.

—Escuchadme, Moebius es mi problema. Mara, debes irte lejos. Ellas dejarán de ser quienes son en unos días, quizás unas semanas. Estás en peligro.

—Lo sabemos. Mara nos contó lo que podría ocurrir. Creemos que si permanecemos unidas, quizás retrasemos esa situación o incluso podamos esquivarla —explicó Zoia.

—Estamos muertas, no tenemos nada que perder —expuso Izarne.

—Eso sí, queremos que nos hagas un favor —le pidió Gabrielle, seria como no había estado hasta ese momento.

—¿Un favor? —preguntó Sarima.

—Sí, sus demonios bebieron nuestra sangre, nos mataron. Pero Moebius nos ha convertido en lo que somos, visitó nuestros cuerpos en la morgue y también se alimentó de nosotras. No sabemos que nos pasará. Si perdemos el alma... No queremos vivir muertas en vida, sin recuerdos ni alegrías, como monstruos asesinos, con esta maldita ansiedad por satisfacer nuestra sed. No acaba nunca, es horrible, quema...

—¿Mataros? ¿Me estás pidiendo que os mate? —preguntó Sarima.

—Ya estamos muertas. Si nos convertimos en esas horribles criaturas, si deseamos alimentarnos de Mara, si matamos a gente sin saber ni quiénes somos, mátanos otra vez. Ya no seremos nosotras. Lo comprendes, ¿verdad? —apuntó Izarne, acercándose a ella y tomándole las manos.

—Ahora debéis ocultaros —contestó Sarima, rehuendo la respuesta—. Moebius os destrozará si os encuentra. Pero antes os hará sufrir como no imagináis. No olvidará esta afrenta. Para él, le pertenecéis... Sois suyas y le habéis traicionado, y eso debe estar consumiéndole.

—Moebius también es nuestro problema —replicó Zoia.

—No nos pidas que nos quedemos al margen, no te haremos caso —afirmó Izarne.

—Lucharemos todas, no esperaremos a convertirnos en monstruos sin cerebro. No es mi idea de vampiro —aseguró Gabrielle.

—De acuerdo. Pero para Mara será muy peligroso, ella es humana. Mejor que se quede aquí, a salvo.

—¿Peligroso? ¿Quedarme? ¿Estás de guasa? —saltó Mara, enfadándose.

—Ella también tiene derecho a morir: somos un grupo de amigas y nunca hemos dejado a una de nosotras atrás ni hemos permitido que vaya por delante... sola —aseguró Zoia.

Sarima comprendió que cualquier esfuerzo por intentar que se quedaran en el refugio, a salvo, sería inútil. Bufó como una bestia y agachó la cabeza. Nunca había tenido una amiga, ahora tenía cuatro de verdad. Una sensación desconocida recorrió su cuerpo, se preocupaba por ellas tanto como por Morgan y Tracy, igual que se preocupaba antes por el doctor Frank Merkel, y eso, era nuevo en su larga existencia... Únicamente antes había experimentado un sentimiento similar con una persona ajena a su familia, con Leyla.

“¿Me estoy volviendo débil? ¿Humana?”, se preguntó en silencio. Sabía que aquellas sensaciones eran propias de los humanos, sus víctimas. “¡Qué tontería!”, se dijo para tranquilizarse y, comprobando sus propias fuerzas, alzó los brazos y apretó sus puños.

—¿Hay más lugares cómo este? —se dirigió a Gabrielle.

—Sí, hay unos cuantos. En aquella época, todo el que pudo se construyó un refugio atómico. ¿Por?

—Mi hermana Elizabeth debe de estar en un lugar como este. Ahora entiendo por qué me resultaba imposible hallar su hálito. Si se esconde en uno de estos refugios, nunca podría encontrarla aunque estuviera mi lado. Mejor, así podrá esquivar también a Moebius. Cuando esto acabe, tendré que visitarlos todos... hasta encontrarla.

Capítulo 22

LA REINA DE LAS VAMPIRAS

En el Cortijo de Las Auroras, Logan recorría el pasillo de la mansión con un largo cuchillo de cocina en una mano y un cubo en la otra. Su expresión era fría, decidida, terrorífica. Una llamada telefónica desde el bar de Jacinto le había comunicado que Rivas había muerto. Lejos de sentirlo, descansó por su silencio y pensó que ahora toda la herencia le pertenecía: el complejo que estaban creando, toda aquella urbanización de descanso sería suya.

También supo que Moebius seguía en el pueblo, buscando, y dio por hecho que sus profesionales de mirada tétrica y penetrante acabarían con la viuda de Merkel y las extrañas muertes que sacudían Viñedos. Eran asesinos despiadados, lo había visto en sus miradas, habían acabado con Magali y terminarían el trabajo. Todo era cuestión de tiempo. Solo faltaba pulir un detalle: Tracy.

En su mano, resplandecía el afilado cuchillo. Miró la hoja, en ella se reflejaban sus ojos llenos de ambición e ira. Ignoraba que, por los caminos que llegaban a la hacienda, DeLong y los agentes del FBI se acercaban con una orden de detención por asesinato.

—¿Crees que se suicidará también? —preguntó Frederick.

—No, no creo. Es posible que tengamos que enfrentarnos a él. No es como su primo. Espero que esos guardas de seguridad no se interpongan en nuestro camino —contestó DeLong.

—No lo harán.

—¿Cómo estás tan seguro?

—En cuanto supieron la noticia, corrieron a negociar su trabajo con el próximo alcalde. Los guardias que llegaron la otra noche regresaron a San Francisco. No serán un problema. Como era de esperar, no quieren verse envueltos en un turbio asunto

ni enfrentarse con agentes federales. Pueden parecer mercenarios indeseables, pero actúan al lado de la ley. No les beneficia en nada parecer matones contratados por unos sospechosos de asesinato.

—¿Qué me estás diciendo?

—La agente O'Connors los vio llegar al pueblo, se presentaron a ese hombre, al barbero; luego, fueron a la iglesia. Parece ser que el cura los esperaba.

—¡Para el coche! ¡Dios! —exclamó DeLong, recordando que Moebius era el hermano de Sarima y, según el diario, un vampiro despiadado.

—¿Qué ocurre?

—Patrick Morgan, ese sacerdote lo llevaba a la iglesia... Tengo un mal presentimiento.

—¿Qué?

—¡Que pares! No me necesitas para detener a Logan, deja que regrese a Viñedos. Si me equivoco, no pasará nada. Pero, si estoy en lo cierto, Morgan está en serio peligro.

—Que te acompañe O'Connors..., nosotros iremos a por Logan —le dijo Frederick.

En la iglesia, Patrick gemía vapuleado por los sicarios de Moebius. Cada diez minutos, de forma automática, recibía golpes que le hacían estremecerse de dolor. El sabor amargo de la sangre llenaba su boca, machacada. La herida de los perdigones se le habían abierto. Su aspecto era lamentable. Apenas podía tenerse en pie y no entendía nada. Volvió su mirada y vio al sacerdote, que permanecía en pie tras el altar, con cara de sufrimiento.

—¿Qué queréis de mí? —gritó Patrick.

—¿Cuánto crees que tardará tu amiguita en venir a por ti? —preguntó Moebius, sacándole de su ignorancia.

—¿Sarima? No vendrá... Ha desaparecido.

—Sí, ya estoy al corriente.

—¿No la tenéis vosotros?

—Nosotros, qué tontería... Si estuviera con nosotros, tú no estarías aquí, vivo.

—No sé nada de ella.

—Sí, te creo. Pero me han dicho que lo pasáis bien a menudo. Últimamente suele cuidar de sus seres queridos. Aunque sean humanos. No lo entiendo. Con lo matadora que ha sido siempre —apuntó pasando los dedos por la barbilla, lentamente, estirando el labio inferior con cierta expresión de sorpresa.

—Ella no me quiere, pierdes el tiempo —espetó Patrick con un golpe de saliva sanguinolenta.

—Entonces, morirás. Aunque yo creo que vendrá, no está lejos —afirmó alzándose, mirando hacia la puerta de la iglesia—. La verdad es que morirás de todas formas.

Los tres vampiros que le acompañaban se mostraron inquietos, percibían un hálito mortal, muy poderoso. Se armaron y dirigiendo su mirada hacia Moebius.

—Solo puede ser ella, se acerca —dijo él, extendiendo sus brazos y exhalando profundamente.

La puerta se abrió de pronto y una corriente de viento helada inundó por completo la iglesia. Tras ella, apareció Sarima, y avanzó con paso firme hasta Moebius.

—¿Ves? Te dije que vendría, parece que le importas —aseguró el vampiro, volviendo su rostro sobre Patrick.

El agente la observó, limpiándose la sangre que cegaba sus ojos.

—¡Sarima! ¿Eres tú? —preguntó sin obtener respuesta.

Los sicarios cerraron la puerta tras ella y cruzaron las manos sobre sus potentes armas, manteniéndolas preparadas. Leyla sonrió desconcertada: su rostro herido pareció iluminarse ante la presencia de Sarima.

—Has venido. Ahora ya sabes por qué marché, conoces la fuerza de la que te hablé... El poder del corazón humano, del amor —susurró con una exhalación apenas audible, lo suficiente para que llegara al interior de Sarima; y desapareció.

—¡Suéltala! ¡Esta es nuestra guerra no la suya! —espetó Sarima, evitando cruzar su mirada con la de Patrick.

Ella se erguía soberbia, vestida con sus ropajes rojizos, el chaleco, la minifalda, esas botas altas y con un enorme cuchillo de cocina en su cinto. Su hermoso cabello castaño resplandecía como el fuego; sus hermosos ojos azules eran tizones que brillaban como perlas negras; sus manos parecían tener garras y, entre sus labios, dos blancos colmillos relucían.

—¡No! ¡No puede ser ella! —susurró Patrick sin apartar la vista.

Un poderoso rugido le sobrecogió. Aquel hombre de aspecto galante se transformó en un ser desconocido: su pelo engominado se erizó por completo y sus ojos se convirtieron en ascuas al rojo vivo; de sus manos crecieron aceradas garras y dos aterrorizadores colmillos destellaron en sus gruesos labios hechos poderosas fauces. Sus músculos amenazaban con romper en jirones aquel traje y las venas parecían querer reventar en su cuello.

—¡Estás muerta! —dijo dando dos pasos hacia a Sarima.

—Lo sé —apuntó ella escuetamente—. Ahora ven a por mí.

Los dos vampiros corrieron, estallando en el centro del pasillo con un violento golpe que estremeció la iglesia por completo. Los golpes se repetían, ahondando en la resistencia de cada uno de ellos. Ambos pegaban duro. Y Sarima, ante la desmedida potencia de su hermano, acabó estrellándose estrepitosamente contra el altar.

Patrick intentó incorporarse al verla caer. No pudo. Su cuerpo no respondía y cayó de nuevo, para asistir a aquella colosal lucha sin poder hacer nada.

Moebius saltó sobre Sarima y, alzándola de la melena, le dio un tremendo golpe en el vientre, que la hizo rodar hasta los asientos de la quinta fila. En apenas un

segundo se posó de nuevo sobre ella.

—Estás jodida —le dijo mientras sacaba un potente Colt de su costado.

Propinándole un certero tajo en la pierna con su cuchillo de carnicero, Sarima se rehizo ágilmente y le golpeó con un madero el brazo de su hermano, astillándolo por completo y haciendo volar aquella potente arma por los aires, a la vez que le cortaba, ahondando la afilada hoja en el pecho, buscando su corazón. Moebius reaccionó, tomándola por la muñeca armada, y tiró fuerte contra él, para golpearle en la cara con su frente. El tremendo choque hizo tambalearse a Sarima; el cuchillo, manchado de sangre azul, cayó al suelo; y recibió un fuerte revés que hizo que se empotrara contra el confesionario. Moebius arrancó un enorme crucifijo de la pared y lo lanzó contra ella. Sarima se volteó y el crucifijo se clavó a dos centímetros de su costado, astillándose por completo de la fuerza que llevaba.

El sacerdote aterrizado, arrodillado y rezando sin parar, pudo ver en su mente cómo el Cristo de aquella cruz aullaba angustiado de horror, y cómo la iglesia parecía temblar toda ella.

—Las criaturas del averno han ocupado la casa de Dios —susurró Celestino, sin parar de rezar, sin atreverse a mover un músculo.

Sarima se levantó despacio, rugiendo, sangrando.

—Siempre has sido muy superior a mí en la lucha, más fuerte y ágil. Veo que tu hábito humano, si lo tienes, no te ha debilitado. Estás tan fuerte, como hermosa —le dijo Moebius, recuperando su arma.

—No podrás conmigo y esta vez no tendré piedad de tus huesos —le espetó Sarima, recuperando su cuchillo, posándose de costado, en guardia.

—¡Ja! No seas ridícula, ya no soy aquel estúpido borracho que solo quería follarle; ahora soy mucho más fuerte y ágil que tú y tengo la mente clara. Con tus tripas atraeré a la pequeña bastarda hasta mí y, luego, disfrutaré con ella como no puedes imaginar —le aseguró Moebius.

Dos disparos sonaron. De la mano de Sarima salió despedido el cuchillo y una bala se alojó en su pecho, haciéndole perder el equilibrio mientras un espeso golpe de sangre azul salpicaba el suelo. Moebius sonrió.

—Te advertí... El poder de estas armas es terrible. ¡Notas las esquirlas fragmentadas de la bala recorrer tu cuerpo? Son balas explosivas. ¡Ah, duele! ¡Verdad?

—¡Nooooo...! —gritó Patrick desesperado al ver caer de rodillas a Sarima.

Tres descargas de balas explosivas sonaron repetidas veces. Moebius sintió un terrible impacto en su pecho y dos de los vampiros que le acompañaban estallaron en un charco de sangre oscura que rápidamente se hizo ceniza. Mara y sus amigas aparecieron en la cima de la iglesia. Habían entrado por el campanario y, al ver la situación, descargaron furiosamente sus armas contra ellos. En unos instantes, el fuego cruzado hizo que Moebius, herido, saltara a ocultarse entre los taburetes de la iglesia.

Sarima se alzó tambaleándose, apretó la herida con una mano, agarró su cuchillo y, con un brutal golpe, lo hundió hasta el puño en el cráneo del último de los vampiros de Moebius. Los disparos cesaron. Un golpe a su lado la hizo girarse y fijó su vista en Mara, había caído a su lado, con la frente herida por el roce de una bala y gemía con la clavícula destrozada.

En ese instante, Moebius se levantó y apuntó a Sarima.

—Solo con veneno y malas artes puedes acabar conmigo... Ni así. Eres lo que eres... No más —le espetó ella, segura de poder esquivarle.

El vampiro apretó los labios y, con un giro sorprendente, apuntó a Patrick, que en ese momento se sintió muerto. Sarima cruzó su mirada con la del joven agente y corrió.

—Acabemos, primero él y luego tú —espetó Moebius, apretando el gatillo.

Sarima saltó sobre Patrick y notó como una nueva bala alcanzaba su costado y se deshacía en metralla, arrasando sus entrañas. Cayó inerte al suelo. Un terrible dolor la sacudió en su interior y su sangre azul manchó a Patrick conforme la abrazaba. Aturdida, aún se levantó, se balanceó hacia los lados, separándose del agente y, volviéndose ante el arma que apuntaba directa a su corazón, vio a su hermano sonreír. Con otro disparo, todo acabaría. Quiso hablar, pero no pudo: la bala se había fragmentado en su interior y sus heridas eran muy graves, aunque su corazón seguía latiendo lentamente. Necesitaba tiempo para regenerarse y Moebius no estaba dispuesto a dárselo.

Los ojos de Mara se cruzaron piadosos con los de Sarima. Izarne, Zoia y Gabrielle quedaron expectantes, apuntando a Moebius, tragando saliva.

—¡Moebius, si disparas, te mataremos! ¡No podrás resistir el impacto de tres balas explosivas! —gritaron en un intento por salvar a su amiga.

—¡Qué tontería! Acabaré con ella y pobre de vosotras...

Las puertas de la iglesia se abrieron de pronto con un rugido atronador, astillándose en mil maderos.

—¡Suelta ese arma! —resonó en el interior; era una voz firme, poderosa, de mujer.

Todos se volvieron, excepto Moebius, que apretó los labios y acercó su arma hacia el pecho de Sarima, quien apenas podía mantenerse en pie.

Un poderoso chasquido resonó en la iglesia; y un feroz látigo, acabado en siete puntas de acero, sacudió con fuerza la espalda de Moebius, destrozándole el traje y la piel. Aguantó sin apenas moverse, estoico, apretando los dientes hasta hacerlos rechinar y volvió su vista. Ante él, al lado de Leyla, se alzaba una impresionante mujer de ojos como ascuas, pelo rojo como las llamas vivas y cubierta con un hermoso vestido rojo ajustado en la cintura.

—Leyla, maldita, me has traicionado —susurró Moebius.

—¡No! ¡Ella ha hecho lo que debía hacer! ¡Eres tú quien nos traiciona con tu silencio y tus mentiras! —exclamó la mujer y avanzó por el pasillo de la iglesia,

recogiendo el látigo en su mano.

Moebius bajó el arma y, tras un grito estremecedor de rabia, una neblina gris lo envolvió y desapareció rápidamente como una bruma fugaz.

El sacerdote notó cómo temblaban los cimientos mientras el suelo que pisaba esa mujer se agrietaba; vio cómo las almas de las estatuillas gritaban, cómo la imagen de la Santa Virgen lloraba lágrimas de sangre, cómo hervía el agua bendita al tornarse rojiza y cómo el Cristo de la cruz del altar de oro se agitaba, manando abundante sangre de sus heridas conforme se derretía.

—Madre... —susurró Sarima, dobló las rodillas y cayó al suelo, quedando sentada. Luego, alzó la vista, con los ojos nublados por la emoción y el dolor.

Lilith, aquella que dicen que fue la primera mujer de Adán, venenosa como la vil serpiente y tentadora como la fe maldita; la que fuera la primera de su especie en alimentarse de sangre humana, despiadada cazadora, diosa de paganos y demonios, la tomó en brazos con una delicadeza extrema, la apretó contra su pecho y le besó la frente. Luego, observó a Mara, a las tres vampiras, al sacerdote y a Patrick, que permanecían atónitos; se volvió y caminó hacia la salida llevándose con ella a Sarima, recogida como un bebé en sus brazos. Tras ellas, Leyla las seguía. Con una inmensa sacudida que reventó todos los cristales de la iglesia, que evaporó el agua santa e hizo prender cada cruz sagrada, desatando un infierno de llamas, desaparecieron del lugar envueltas en una nube roja antes de llegar a la puerta. El edificio se venía encima consumido por aquel infierno que había desatado la reina de las vampiras.

Gabrielle, Izarne y Zoia corrieron a socorrer a Mara.

—Morgan... Sacad a Morgan de aquí... y al puto cura. ¡Maldita sea! —exclamó ella.

Zoia saltó sobre Patrick, cubriéndole con su cuerpo y lo sacó del templo. Gabrielle se encargó del padre Celestino y, echándose al hombro, corrió entre los cascotes que caían. Izarne tomó a Mara entre sus brazos y salió tras sus amigas, lanzando maldiciones sin parar. El techo de la iglesia se derrumbó entre llamas de diez metros y una tremenda grieta se abrió en el suelo.

El coche de los federales llegaba en ese momento y una multitud corría hacia la iglesia. DeLong, abriendo la puerta, vio a las tres muertas en vida sacar a Patrick, al sacerdote y a Mara. O'Connors frenó junto a las escaleras y salió del vehículo con el arma en la mano.

En ese momento, un crujido espantoso las detuvo: una enorme sima se abrió y la iglesia se derrumbó por completo, levantando una polvareda espectacular que lo cubrió todo.

—¡Patrick! ¡Patrick! —gritó DeLong.

—¡Aquí!

Atravesando la intensa columna de polvo y humo, DeLong y la agente O'Connors llegaron hasta Patrick, Mara y el sacerdote, el cual no paraba de rezar. Zoia, Gabrielle e Izarne habían desaparecido.

—¡Dios! ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó atónita O’Connors.

La tierra crujió de nuevo.

—¡Dios santo! ¡Saquémosles de aquí! —gritó DeLong, echándose a Patrick sobre su hombro y arrastrándole de la cintura.

Apenas salieron de aquel oscuro infierno de cenizas y polvo, la sima se abrió más y la iglesia desapareció por completo; como tragada por los infiernos, apenas asomaban los restos del campanario, oscurecidos por el polvo levantado, en la profundidad de la sima.

Alejados del peligro, DeLong se situó frente a Mara. Y miró hacia Patrick.

—No es posible —susurró él, pasando la mano por su pecho al tiempo que reparaba en aquella mancha azul oscuro de su camisa, junto al rojo de su propia sangre.

—Estábamos rezando y, de pronto, tembló la tierra y se declaró un fuego y el techo comenzó a ceder —aseguró Mara—. ¿Qué ha sido, un terremoto?

—¡Tú! ¿Rezando! —exclamó DeLong—. No sé por qué no te creo...

Patrick la miró, calló y bajo la cabeza. No sabía qué decir, ni qué pensar, ni siquiera si lo que había visto era real o producto de su mente.

—Los demonios de los infiernos nos han visitado para recordarnos que existen y que les pertenecemos por derecho —dijo el padre Celestino, sin parar de santiguarse.

DeLong lo miró y se sentó al lado de Patrick, revisando las heridas del agente.

—Rápido, hay que llevarles al hospital —ordenó a O’Connors a los sanitarios que se acercaban—. Tenemos que avisar a Frederick. Pero, ¿alguien sabe qué ha ocurrido aquí?

—Agente, deténgame: diré todo lo que sé, confesaré. No soy digno del Señor. Dejó que las bestias del infierno profanaran Tierra Santa porque Él ya no habitaba en ella, mi iglesia... Mi querida iglesia. Olvidé que no era mía, sino de Dios. ¡Oh! ¡Perdóname Señor! —exclamó el padre Celestino, arrojándose y llorando.

En el Cortijo de Las Auroras, Logan abrió la puerta de la habitación de invitados.

—Nos han dejado solos. Pero no temas, yo lo arreglaré —dijo fijando los ojos en Tracy, la cual permanecía sollozando atada sobre la cama, con un trapo en la boca.

Su cuerpo se contorneaba sin hallar consuelo, cubierto por aquel camisón sucio de barro y presa de Logan. El cual avanzó serio, con el enorme cuchillo de cocina en la mano y mascullando palabras irreconocibles, y se posó sobre ella.

—¡Podríamos haber sido tan felices! Primero tuve que acabar con tus padres, ¡querían vender su propiedad! ¡Nuestra propiedad! Y con el viejo, que no se moría nunca. Y después con toda esa gente que nos quería robar. Aún así, después de todo lo que he hecho por ti, me sigues rechazando. Pero esto se acabó, ya no te necesito. Mira, lo tengo todo preparado. Ese monstruo será mi coartada. Será rápido, no te

preocupes. Primero, cortaré tus venas, extraeré toda la sangre y la verteré en este cubilete, ¿ves? Después, tendré que arrancarte el corazón, como hace la bestia. No te dolerá mucho. Mi querida Tracy, es necesario. Lo entiendes, ¿verdad?

Sin más, Logan liberó uno de los brazos de Tracy, lo estiró con fuerza sobre el cubilete, mostrando la muñeca, y deslizó sobre ella el cuchillo. La sangre comenzó a brotar. Se irguió y alargó la mandíbula dejando ver sus dientes inferiores, y mantuvo aquella mano indefensa tensa sobre el cubilete. Tracy notó el corte y trató de retraer el brazo. Pero no pudo. Logan la atenazaba con fuerza y ella dejó escapar lágrimas de horror mientras mordía con fuerza el trapo que silenciaba sus gritos.

Él la miró, fijando sus ojos en los de ella, y, por primera vez, al ver la agonía de Tracy, sintió algo en su interior ajeno a la locura que lo embargaba. Se alzó sobre ella, decidido, y levantó el cuchillo sobre su pecho.

—No sufrirás más —le dijo.

Tres disparos sonaron de pronto, el pecho de Logan estalló. Su cuerpo se mecía y cayó doblado hacia atrás, acompañado del sonido de su propio cuchillo al rebotar en el suelo. Tracy levantó un poco la cabeza y vio entrar a Frederick empuñando su arma humeante. Su vista comenzó a nublarse mientras oía voces y notó cómo alguien le hacía un torniquete mientras liberaban su boca. Luego, nada más.

EPÍLOGO

Pasaron tres largas semanas y la aparente normalidad había vuelto a Viñedos. Un nuevo alcalde gestionaba el Ayuntamiento y los vecinos no hablaban nunca de lo acontecido. Los periodistas abandonaron el lugar: no había más asesinatos que cubrir. El vampiro de Viñedos había resultado ser un enfermo y ambicioso Logan que, finalmente, había sido abatido por el FBI al ser sorprendido practicando uno de sus horribles crímenes. La noticia fue primera plana en todo el país.

La ejecución de los proyectos del doctor tenía una nueva directora: la señorita Tracy Merkel Alvarado. El museo contaba con una plantilla extraordinaria que trabajaba para adecuarlo todo. Pronto sería presentada al público la colección Merkel, inaugurada por el alcalde de San Francisco, Gavin Newsom, y por el gobernador de California, Arnold Alois Schwarzenegger. Los tiempos de corrupción y muertes habían acabado en Viñedos.

En un despacho de los juzgados de San Francisco, el padre Celestino se sentó, derrotado, con la cara descompuesta, y empezó su estremecedor relato ante el juez Rieri, el agente Frederick, la señora DeLong y su propio abogado.

—Todo ocurrió un mes después del entierro del doctor Frank Merkel. Yo no sé que pasó con él, pero sí lo que aconteció después. El nerviosismo recorría el pueblo, perdimos la cordura y el diablo se apoderó de la sensatez de nuestras almas. Estábamos en la ruina, desesperados... Aquella joven, surgida de la nada, amenazaba con arrebatarnos nuestra única esperanza, se quedaría con todo. Nadie sabía nada de la inesperada viuda, a la cual ya habíamos prejuzgado y condenado. Aquel día mirábamos el reloj del campanario desde la terraza del bar de Jacinto, esperando que se agotara la mañana. Por un momento, creíamos que la herencia se quedaría en el pueblo, que no vendría... Pero llegó, en un coche oscuro, con el notario. Nadie se

alegró de su llegada y pronto fue increpada... '¡Es una cría!', recuerdo que exclamó Jacinto. 'Lo sabía, ¡una cazafortunas!', exclamó Thomas, el banquero. '¡Zorra!', añadió Víctor. Dios... ¡Qué vergüenza! ¡Aún no puedo creerlo! ¿Cómo pudo el doctor caer tan bajo?, me pregunté. Podría ser el abuelo de esa joven desvergonzada que nos dejaba en la ruina. Ella nos dedicó una sola mirada, cautivadora. En su rostro se percibía la tristeza que la consumía. Nadie quiso verlo. Dios me perdone, pues me contaba entre ellos. Del coche salió también una niña y corrió junto a ella, buscando la sombra. Entraron en el Ayuntamiento, acompañados por el alcalde Rivas. Cuando salieron a la calle, el alcalde les invitó a pasear en carro hasta la hacienda. El carro cruzó el pueblo, pasando ante el bar de Jacinto. 'Esa furcia nos ha robado la herencia', dijo Víctor. 'Esa niña no puede ser hija del doctor. Seguro que es una bastarda', apuntó Logan, tomando la escopeta. Y, decididos, siguieron el carro. No eran ellos, en sus cuerpos habitaba ya la locura: comenzaron a increparla, en voz baja; incluso le lanzaron piedras. Yo les seguí, no sabía qué iba a pasar... o sí lo sabía, no lo sé. Los vi tan decididos, que tuve miedo. No hice nada por impedirlo. Dios me perdone. Una piedra bien dirigida le golpeó en la frente al notario y, otra, dio en la cabeza de uno de los caballos que, encabritado, se desbocó y salió en estampida. El alcalde no hizo nada por controlarlos, sino que saltó. El carro volcó en el pequeño barranco que había en la curva, cerca de la mansión. No fue un accidente, todo estaba previsto. La joven viuda salió despedida por el aire, junto al notario, rodando por el suelo hasta golpearse violentamente contra la roca de la quebrada; la pequeña quedó ensartada por las astilladas ruedas del carro, agonizando. Y yo sentí mi alma presa del demonio, me santigué por dos veces. Pero no hallé consuelo. Mi alma ya no era mía. Dios me había abandonado. Nos acercamos todos: Rivas, Logan, Stanley, Thomas, Manuel, Víctor, Alberto... Nadie dijo ni hizo nada por ayudarles. ¡Dios, perdóname! ¡Estáis locos! ¡La habéis matado!', gritó el notario al ver a la niña, cojeando. El sonido de la escopeta silenció su voz. Logan le había disparado por la espalda, alcanzándolo en el corazón. No se enteró de su propia muerte. Aquella joven corrió mareada, con una gran herida en su cabeza, hacia la pequeña y le sacó los maderos que la atravesaban; y cayó sentada, rodeándola con sus brazos. Observó resignada cómo la rodeábamos. Nos mirábamos los unos a los otros. Nadie decía nada. Todo fue muy rápido. Cerré los ojos y me giré para no ver, era horrible: la iban a matarla y ella lo sabía, lo vi en sus ojos. No tenía miedo. Algunos de los vecinos se marcharon hacia el pueblo, no querían ver lo que iba a pasar ni saber nada, aunque todos deseaban que pasara. Entonces, aparecieron las hijas de Víctor, María y Eva, dos terremotos, dos niñas muy traviesas. Llegaron corriendo hasta el lugar y les tiraron piedras, riendo... Para ellas era un juego: '¡Putá! ¡Putá!', le gritaban lo que habían oído. La última mirada de aquella niña malherida fue para ellas antes de morir. Jacinto se las llevó. Tenía que parecer un accidente; el alcalde cerró los ojos y asintió con la cabeza: Stanley le golpeó en la cara con un madero astillado del carro y la sangre corrió por su cuello manchando sus ropas. Apretó los dientes, posó la mano en la herida y se marchó ayudado por Alberto, el letrado, y por Manuel, el médico. Quise irme, pero no pude;

quise impedirlo, pero me entró pánico... Me matarían a mi también. Logan levantó la cabeza de la joven con el cañón de la escopeta aún caliente, empujando su mentón hacia arriba y, tras una sonrisa socarrona, le golpeó con la culata en la frente y le gritó: '¿Acaso creías que lo íbamos a permitir, zorra?' Ella cayó de espaldas y cerró sus ojos con un pequeño lamento. Oí hasta tres disparos. Luego, Víctor se acercó y remató a la niña el suelo con una tremenda porra. A sangre fría, la golpeó duro, por dos veces, en la cabeza; la sangre manchó la tierra reseca mientras un silencio atroz se abatía sobre ellos y sobre mi conciencia. ¡Y yo lo supe! ¡Era muy oscura, azulada! Sangre real, de dioses... Ya estábamos malditos. Lo sabía. Salí corriendo hacia el pueblo, huyendo de lo que había presenciado, como si pudiera dejar atrás aquellas muertes. Esa noche, por fin, llovió. Fue la noche que vendimos nuestras almas al demonio a cambio de la herencia del doctor Frank Merkel. Cuando llegó la noticia del terrible accidente, nadie en el pueblo se sorprendió ni se alteró. 'Ella se lo había buscado', se escuchó entre el murmullo. Es imperdonable, todos sabían lo ocurrido y el que no lo sabía lo sospechaba o, simplemente, prefería ignorarlo. Viñedos las mató... Todos fuimos culpables: los que alzaron su brazo impío y los que callamos.

El padre Celestino terminó su exposición. Ya no tenía nada más que decir. El juez Rieri apagó la grabadora y llamó a dos agentes para que lo custodiaran de nuevo hasta la celda. La señora DeLong asintió, esperando que el sacerdote abandonara el despacho, acompañado por su abogado.

—Me marcho a ver a Patrick. Se alegrará de ver que todo acabó —dijo la psicóloga.

—¿En verdad cree que todo acabó? —preguntó el juez.

—No le entiendo.

—Sí, ya sé que el sacerdote ha confesado. Los tenemos. He leído su informe y el de Frederick: el desmembrador, ese vampiro, resultó ser Logan. Pero, no sé. Queda un cabo suelto: Sarima. ¿Qué ocurrió en verdad en esa iglesia? La conozco desde hace muchos años, agente especial DeLong y esa cara... —apuntó el juez.

—Ya vio el informe del FBI, parece que hace referencia a un corrimiento de tierras debido a las intensas lluvias, y se abrió una sima bajo esa iglesia.

—Patrick, el sacerdote y esa joven escaparon por los pelos. ¿Estaban en la iglesia los tres rezando? No, seguro que no. ¿Qué hacían? —preguntó Frederick.

—Ya no soy agente, desde el 2000. Estoy jubilada, ¿recuerda? Tenemos a los asesinos. Mi trabajo terminó. El caso está resuelto y no es tan raro que se desplome un viejo edificio, más en ese pueblo de locos. Cualquier día lo hará este.

—Para mí siempre serás una agente, la mejor. ¿Y Sarima? Parece que regresó hace unos días y que ha vuelto a desaparecer. Era tu principal sospechosa —insistió el juez, con un tono de broma.

—Es tarde, el caso está cerrado para mí. Está anocheciendo. Me marcho de vacaciones, lejos. Quiero descansar —contestó DeLong, con una sonrisa, volviéndose hacia la salida.

El juez Rieri asintió y dejó el expediente sobre la mesa.

—Hazme un favor: dile a Patrick que más tarde me pasará a verle.

Clarisa DeLong atravesó la ciudad hasta llegar al hospital, bajó del vehículo y se dirigió a la habitación donde se hallaba el agente Patrick Morgan. Cuando entró, se cruzó con una enfermera.

—Déjelo descansar, acaba de dormirse. Le he inyectado unos calmantes; hoy no se encuentra muy bien.

DeLong se acercó a él y lo miró con ternura. Había estado tan cerca de la muerte, que era un milagro que permaneciera con vida, pensó. Entonces notó un escalofrío, la temperatura de la habitación descendió bruscamente, la ventana estaba abierta y ese característico olor a jazmín le anunció que no estaba sola.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó sin volverse.

—¿Cómo está? —preguntó Sarima, tras ella. A su lado, la pequeña Elizabeth la observaba con denotado interés.

—Se recupera, llegamos a tiempo, es un joven muy fuerte. Ha mejorado mucho de la paliza. En unos días le darán el alta.

Sarima se acercó a él, le besó los labios y acarició sus mejillas.

—¿Qué piensas hacer? Sea lo que sea, no te será fácil —apuntó DeLong.

—Lo sé. He venido a despedirme. Solo puedo hacerle daño... Todo cuanto amo muere o queda maldito por siempre. No quiero ser su perdición. No podría resistirlo. Además, ya le pertenece a Tracy. Es lo mejor, lo propio, lo natural.

DeLong se volvió hacia ella y la observó: Sarima estaba seria, pero con una extraña mueca alegre.

—Ten, esto es tuyo —le dijo, entregándole el diario del doctor Frank Merkel.

Sarima lo tomó, la miró a los ojos y, luego, lo revisó por encima.

—Disfrutaba escribiéndolo, él creía que yo no lo sabía. Frank esperaba encontrar remedio para mi oscuridad. No podía aceptar que soy lo que soy. Eres una buena detective. ¿Qué piensas hacer? ¿Crees que podremos ser amigas?

—Me marcho mañana de vacaciones. Necesito mucho aire fresco... Creo que estoy volviéndome loca.

—Comprendo.

—Una cosa más: dales la oportunidad de elegir, si todavía son ellas —le dijo DeLong, entregándole un pequeño maletín de seguridad abierto—. Las preparó el doctor como suero, una cura, aunque supongo que ya lo sabes.

Sarima lo tomó entre sus manos y sus ojos parecieron engrandecerse: eran tres ampollas preparadas con un suero azulado. No pudo evitar una ligera sonrisa y lo cerró.

—Aún son ellas.

—Me alegro.

—¿Mara está bien? No sé nada desde que volvió a abandonar el hospital. Dile que nadie le busca.

—Lo haré.

—Morgan te espera, te ama.

—No puede ser, no estoy preparada... Ni él. Además, como te he dicho, ya hay quien le espera en Viñedos —asintió Sarima, dirigiéndose hacia la ventana, mientras guardaba el diario en su cintura, sujetando fuerte el maletín en su mano.

DeLong la acompañó.

—Mira, quizás deberías esperar a que despierte —le dijo, al cruzarse frente a un pequeño armario.

Sarima volvió su vista y pudo verse reflejada en un espejo que había frente a ella, y sonrió por última vez, se giró y saltó por la ventana. Elizabeth la siguió. DeLong corrió, asomándose, buscándolas, pero no pudo ver nada. Habían desaparecido.

—Ha estado aquí, ¿verdad? —preguntó Patrick, despertándose.

—Sí —respondió la psicóloga, volviendo a su lado.

—Su fragancia es embriagadora. Ese dulce aroma a jazmín y el sabor de sus labios... Se ha marchado para siempre, ¿verdad?

—Sí. Dijo que solo puede ofrecerte muerte... Tracy te espera. Debes olvidarla.

Patrick suspiró, con tristeza, y cerró los ojos.

—La buscaré —susurró.

DeLong le cubrió el pecho con la sábana.

—Ahora descansa. Dentro de un rato vendrá tu padre. Tiene buenas noticias: el sacerdote confesó, tal y como prometió... Quiere hacer las paces con Dios. Lo tiene difícil.

Patrick no contestó.

—He de irme. Espero que la próxima vez que te vea te encuentres mejor. ¿Me contarás alguna vez qué ocurrió en esa maldita iglesia? —preguntó DeLong.

—Algún día... Es mejor que no sepas... —murmuró Patrick.

—¿Es mejor que no sepa? Te dejo. Pero ves como no me equivocaba, ella era mi asesina y solo buscaba venganza.

Patrick se volvió sorprendido, para ver como su compañera en este caso salía de la habitación.

Clarisa DeLong se marchó. En su vehículo llevaba dos maletas y en el bolsillo, un billete de avión. Cruzó rápido la ciudad en dirección al aeropuerto. Ya no tenía dudas sobre Sarima, sabía bien lo que era y también que ella sabía dónde encontrarla. Finalmente había leído aquel diario detalladamente y comprendió que nadie que conociera el secreto del vampiro vivía por mucho tiempo. Confiaba en Sarima, pero no pensaba comprobar su paciencia. En su maletín, una ampolla con un suero azulado y un bloc con las fotocopias del diario del doctor Frank Merkel la acompañaban.

—Los vampiros no existen, pero nunca se sabe —pensó.

En el hospital, Patrick abrió los ojos, triste. De pronto, una corriente helada entró por aquella ventana, levantándole el ánimo.

—Sarima... ¡Eres tú!

Y se sentó en la cama, con renovadas esperanzas, alegre, con ilusión. Pero ante él no se alzó su amor, sino una joven rubia de apenas dieciocho años, con los ojos violeta, unos largos colmillos y una vieja herida que vengar.

—Hola, soy Leyla... —le susurró, acercándosele libidinosa.

FIN

